JOHN BUENO



EXTINCIÓN SALVAJE

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Lara

Luna

Tyna

Luna

Malóu

Luna

Liz

Tyna

Malóu

Luna

Liz

Kitsuna

Epílogo

Glosario de clanes y personajes

Agradecimientos

Biografía

Créditos

EXTINCIÓN SALVAJE

Fieras

John Bueno

Click
EDICIONES

Para mi abuela y segunda madre, Mari.
No pudiste conocer esta historia,
pero siempre tuviste fe en que el mundo sí lo haría.

Para mi compañera de vida, Leticia.
Te amo.

Tu hogar no es el lugar donde conoces todos los árboles,
sino el lugar en que todos los árboles te conocen a ti.

(Proverbio ruso)

El que con lobos anda, a aullar aprende.

(Proverbio español)


Pyrkra
Isla Carmesí
Kárchax
Yaguarex
Tigrixa
Panteros
Leoxia
Cordilleras Pálidas
Leópalis
Karyáfil
Aetosia
Arkanda
Isla Caparazón
Archipiélago Escamoso
Dcnohx
Bosque Hueco
Lykaina
Kélyfos
Kalópix
Zacria
Glauxolia
Aracnis
Koraxia
Océano Uróboro
N
Zerlón

Fases del ciclo

Lobo
Zorro
Osa
Elefante
Serpiente
Tortuga
Tiburón
Araña
Cuervo
Águila
Búho
Pantera

(Una docena tiene doce días)

(Cada fase tiene dos docenas)

(Doce fases hacen un ciclo)

Prólogo

Día 1 de la fase del Lobo
Ciclo 24 después de la Gran Guerra

El crepitar de las llamas rompía el abrumador silencio del Bosque Aullante en aquella noche tan iluminada por la luna llena. Una suave brisa nocturna acariciaba las ramas de los robles que rodeaban el claro, en cuyo centro las llamas danzaban atrapadas en un círculo de piedras. Observando aquel espectáculo tan sencillo, y a la vez tan majestuoso, de la naturaleza se encontraba un hombre de cabellos blanquecinos, sentado sobre un tronco de encina, que observaba con sus grisáceos ojos el fulgor de la hoguera.

«Hermosa noche para morir», pensó.

Likamory, así fue nombrado aquel ritual por los chamanes en los albores de la fundación del clan al que pertenecía aquel hombre. Una forma de morir que pocos entendían, pues el mundo estaba cambiando, y con él las viejas tradiciones.

El hombre de cabellos blancos y ojos grises echó otro leño al fuego, aunque la noche era cálida, pero a él le gustaba observar el poder de las llamas. Miraba al fuego como a un viejo amigo, el cual reflejaba en sus llamas las innumerables batallas de su pasado.

La guerra había sido algo recurrente en su vida, y aquel hombre estaba cansado de ver cómo perdían la vida personas inocentes. Estaba harto de contemplar cómo los niños no tenían tiempo de

saborear la jugosa miel de la vida. Y él siempre había pensado que su destino sería morir en combate, con un hacha en cada mano.

Los ciclos no habían hecho mella en aquel hombre. Por edad era un anciano, aunque nadie lo diría al verlo. Si bien su rostro mostraba la dureza del paso del tiempo, él conservaba su aspecto de guerrero. Sus músculos delataban que no había parado de entrenar ni siquiera en tiempos de paz. Su pelo y barba eran blancos, pero no era debido a la vejez, sino a que había nacido con esa peculiaridad.

Una larga cicatriz le recorría el ojo izquierdo, recordándole que había merecido la pena todo por lo que había luchado en su vida. Aquella cicatriz había marcado el inicio de un nuevo mundo, había significado el final de la Gran Guerra, y había traído luz a un mundo cada vez más oscuro. Sin embargo, aquel hombre había vivido lo suficiente para saber que los tiempos luminosos atraían a la oscuridad.

Un aullido rompió el silencio de la noche.

Ya faltaba poco.

El hombre cerró los ojos, quería dedicarles un último momento a aquellas personas que dejaba para siempre. A su hija, ahora líder de su clan; a su hijo, un gran explorador. Ambos lo entenderían, eran hijos del clan del Lobo y, por tanto, respetaban las tradiciones. Por último, a su adorable nieta, cuya última mirada estuvo a punto de hacerle cambiar de opinión. El hombre sonrió al recordar los ojos de su nieta, sabiendo que el futuro del clan estaba en buenas manos: ella sería el rayo de esperanza que atravesaría cualquier oscuridad que atentara contra su pueblo.

Otro aullido, esta vez más cerca.

El hombre pronto se reuniría con los ancestros de su clan, con los hijos que había perdido en la Gran Guerra, y con su difunta esposa.

Una lágrima cayó por su mejilla. Pocas eran las personas que habían visto llorar a aquel hombre, aunque una de ellas todavía vivía, su gran amor, sembrado en la flor de su juventud. Un amor escondido, enterrado entre los tejidos de la historia, pues muchas cosas son las que desaparecen con la muerte, entre ellas, los secretos.

Se alegraba de no haberle contado nada, ya que ella no lo entendería y, si algo temía aquel hombre, era la ira de aquella mujer. Su amor fue fugaz, pero había dejado una huella que ninguna lluvia podría borrar jamás. Ella se enfadaría, aparentaría indiferencia, pero a solas gritaría, lloraría y le maldeciría.

Otro aullido, esta vez acompañado de varios más.

Estaban rodeando el claro.

Dedicó el último momento a pensar en ella, aquella por la que no podía seguir viviendo: su loba Rhea.

Aquel hombre formaba parte del clan del Lobo, y como tal había tenido un compañero lobuno. Había participado en el primer ritual de su clan, en sus doce ciclos, en el cual los lobos de la manada elegían a su compañero humano. Una unión entre ambos tan mágica como peligrosa. Ya que, si ese lazo se rompía por cualquier extremo, significaría el fin para ambos; como aquel hombre había comprobado hacía poco, cuando su loba había muerto al dar a luz a su última camada de cachorros.

Habían compartido toda su vida juntos, su loba había estado en sus peores y mejores momentos. Pocos entendían la relación que se formaba entre un lobo y su compañero, pocos conocían el hilo que los unía, un hilo tejido por el propio destino. Ahora que su compañera lobuna había muerto, ya no había nada por lo que vivir. Nada le importaba, había un vacío en su interior, irreemplazable.

Debía someterse a la Likamory.

La Likamory funcionaba en ambos sentidos. La leyenda decía que eran los mismos lobos errantes que un día perdieron a sus compañeros humanos los que ahora juzgaban a los que a ella se sometían. Lobos primigenios que todavía tenían un cometido en el juego del destino. Leyendas igual de antiguas hablaban de humanos que se sometieron a la Likamory y esta no proporcionó a su alma la paz que anhelaban, pues no era aquel su sino; debían seguir viviendo, atormentados, hasta cumplir la tarea que el destino les tenía encomendada.

El hombre no necesitó escuchar otro aullido, ya los sentía.

Unos grandes ojos rojos iluminaron la oscuridad que reinaba fuera del claro. El hombre se quedó allí sentado, no tenía miedo a los lobos primigenios, no tenía miedo a morir.

El gran lobo de ojos rojos entró en el claro, su pelaje era tan oscuro como la noche. Su aspecto era imponente, mágico. Cualquier persona que viera aquella bestia habría salido corriendo. Pero aquella bestia no estaba ante cualquier persona, se encontraba frente a la ferocidad personificada.

El lobo mostró sus colmillos, y el hombre sonrió.

Lara

Día 24 de la fase de la Pantera
Ciclo 23 después de la Gran Guerra

El canto del gallo anunció que ya era hora de levantarse.

Lara apenas había pegado ojo en toda la noche de la emoción; llevaba mucho tiempo esperando aquel día: hoy recibiría a su lobezno.

Unos golpes en la puerta de madera de roble de su alcoba la sacaron de su ensoñación.

—¡Despierta, dormilona! —le gritó desde el otro lado una voz femenina.

Lulú, la madre de Lara, tan puntual como el cacareo del gallo.

Lara saltó de la cama, se vistió con rapidez y salió corriendo, atravesando el salón de la casa hasta llegar a la puerta del jardín, la cual abrió con gran entusiasmo. A Lara le encantaba madrugar para ver el sol asomarse por encima de las montañas; adoraba escuchar el bullicio típico de cada amanecer. Lara amaba su vida, pero sobre todo amaba al clan del Lobo.

Lara apuró sus tareas mundanas, vació el orinal y lo lavó en apenas unos instantes. Su madre le tenía listo un cubo con agua recién sacada del pozo. Lara se desvistió y, con los ojos bien cerrados, se tiró el agua por encima. Estaba helada. Arrojó la ropa

sucia al cubo y se puso una muda limpia. Ya estaba lista para su gran día.

—¡Lara, el desayuno! —gritó Lulú desde el interior.

Lara entró rauda en la casa y se le hizo la boca agua al visualizar la mesa de madera en el centro del salón, con sus longanizas de cerdo rodeadas por unos huevos fritos recién hechos al fuego. Todo acompañado de una gran jarra con zumo de naranja. En el centro de la mesa, un cuenco de barro albergaba una inmensa cantidad de arándanos y frambuesas. Lara estaba a punto de alcanzar dicha mesa cuando unas grandes manos le impidieron llegar a su objetivo.

—¡Papá! —gritó Lara riéndose.

Balego, el padre de Lara, había estado esperando a su hija detrás de la puerta para alzarla del suelo y subirla sobre sus grandes y fuertes hombros.

—¿Acaso pensabas comerte mi desayuno, joven loba? —preguntó su padre con tono muy serio.

—¡Pues sí! —dijo Lara entre risas—. ¡Y tú no podrás impedírmelo!

—¿Crees que podrás derrotarme tan fácilmente? —preguntó su padre con una fingida y exagerada expresión de ferocidad en el rostro.

Lara sabía bien qué hacer.

—¡Colmillo! —exclamó.

Colmillo no tardó en aparecer. El gran lobo gris de ojos azules entró como una flecha por la puerta principal. Se lanzó sobre Balego y empezó a lamerle la cara, hasta que este no tuvo más remedio que bajar a Lara.

—¡Buen chico! —dijo Lara acariciando el suave pelaje del lobo.

—Traicionado por mi propio lobo. Ya te vale, Colmillo —dijo su padre mientras se sentaba fingiendo estar enfadado.

Lara se sentó en una silla y comenzó a desayunar, aunque tuvo que compartir las longanizas con su lobo salvador. Era lo menos que podía hacer.

—¿Ya habéis terminado con vuestro jueguecito de todas las mañanas? —preguntó su madre, y se sentó con ellos.

—¡Colmillo volvió a salvarme, mamá! —gritó Lara, y le lanzó una longaniza al gran lobo.

—Es normal, es el lobo de tu padre, y por tanto protege a lo que él más quiere. —Lulú dijo esto deleitándose con el suculento plato de comida que tenía delante—. Te ha quedado el desayuno delicioso, cariño. —Lulú le agradeció el desayuno a Balego con un beso en la mejilla.

—Te voy a echar de menos estos días, cielo —respondió Balego con un beso en la frente.

—¿Te vas hoy? —preguntó Lara con la boca llena.

—Sí, peque. Siento no poder estar hoy contigo, y sé que es un día muy importante para ti. —Balego sujetó la mano de su hija entre las suyas—. Pero volveré por la noche para la fiesta. Así podremos Colmillo y yo conocer a tu lobita.

La sonrisa de Balego ahuyentó cualquier enfado de Lara.

—Lástima que no estemos todos, disculpad. —Lulú se levantó de la mesa con la cara ensombrecida. Nadie fue detrás de ella: tanto Lara como su padre sabían lo que le ocurría.

—Papá… ¿Mamá algún día lo superará? —preguntó Lara dubitativa.

—No, hija. Nadie puede superar la pérdida de su lobo. Solo hay dos salidas: aprender a vivir con esa pérdida o…

—La Likamory… —terminó Lara.

—Sí, peque. Aunque dudo que tu madre decidiera tomar ese camino… Ha perdido a su compañera, pero aún te tiene a ti.

—Y a ti, papá. —Ahora fue Lara la que sujetó las manos de su padre.

Balego se echó a reír.

—Yo soy su marido, cariño. Los maridos pueden ser relevados de su puesto con suma facilidad, pero las hijas sois irreemplazables.

Su padre se levantó y fue en busca de su madre. Colmillo corrió detrás de él.

Lara terminó el desayuno en silencio.

Hacía ya cuatro fases del fatídico incidente. Tanto Balego como Lulú eran exploradores, la élite del clan del Lobo. Era habitual que ambos se fueran de expedición, aunque tenían compañías distintas, así siempre había alguien al cuidado de Lara.

Había sido en una expedición rutinaria: aprovisionamiento de comida y exploración del terreno. Lulú había participado en ella con Yari, su loba, cuyo pelaje era tan oscuro como la noche.

Los problemas comenzaron cuando se toparon con el rastro de un jabalí primigenio: una bestia gigantesca muy poco común, cuya carne podía alimentar a medio clan. Lulú desconocía el peligro, ya que se había separado del grupo para seguir el rastro de un conejo. Fue entonces cuando la salvaje bestia decidió postergar su extinción.

El jabalí atacó a Lulú por la espalda, con una embestida que le habría partido la columna por la mitad, pero Lulú era rápida y reaccionó a tiempo, aunque el jabalí le golpeó en la pierna, rompiéndosela en el acto. Lulú yacía ensangrentada mientras el jabalí se preparaba para otra embestida cuando Yari se lanzó a por él.

El grupo encontró a Lulú malherida, tumbada en el suelo, abrazada al cuerpo inerte de su loba. Enfrente de ella, bajo una capa de hierba ensangrentada, yacía un jabalí gigantesco con una mordedura en la yugular. Yari había conseguido acabar con la bestia,

pero había sido a costa de su propia vida. La loba había usado sus últimas fuerzas para llegar hasta Lulú y morir en sus brazos.

Lara terminó de comer y salió de la cabaña. Quería despedirse de su padre antes de que se fuera. Balego hablaba con Lulú sin percatarse de la presencia de Lara. Colmillo sí la vio, pero no la delató.

—Cariño, ya lo hemos hablado, no debes preocuparte —dijo Balego, que abrazaba a Lulú.

—Sabes bien que sí, estoy herida y apenas puedo correr, además no tengo a Yari. —Lulú se soltó del tierno abrazo de su marido—. Si pasara algo, no podría defender a nuestra familia, sería un estorbo.

—Tu pierna sanará, los chamanes te lo han dicho, solo tienes que esperar un par de fases más. Alegra esa cara, que en estas Lupercalias podrás bailar conmigo.

—No tengo ganas de fiesta… Anoche soñé con un búho de alas negras que gemía de dolor y emanaba plañidos mientras sobrevolaba nuestra aldea… Temo que ocurra alguna desgracia…

—¡Tranquila, mamá! —Balego y Lulú se sorprendieron ante la presencia de su hija—. Yo protegeré la casa, ya soy una exploradora; además, desde hoy tendré mi lobo. Tengo mi arco y mis flechas, no permitiré que nadie nos haga daño.

—Ven aquí, mi pequeña guerrera —dijo su madre esbozando una sonrisa.

Lara se lanzó sobre ellos, seguida de Colmillo, juntándose todos en un cálido abrazo.

—Bueno, creo que es hora de partir, y me voy sabiendo que dejo la casa en buenas manos —dijo Balego, y le revolvió el pelo a su hija.

Acompañaron a su padre a la puerta delantera de la casa. Afuera, en el camino, se hallaba un grupo de exploradores, todos con sus

lobos. Estaban sentados, esperando a que fueran llegando los miembros de la expedición.

Lulú le entregó a Balego su morral de cuero, con todos los enseres para el viaje. Balego llevaba su capucha verde de explorador, con su hacha atada al cinturón; además, en la espalda, portaba un arco de madera de nogal junto a un carcaj repleto de flechas de puntas de obsidiana.

—Llevas carne de jabalí, un odre de agua y otro de hidromiel. Suficiente para pasar el día.

—Soy un hombre muy afortunado —dijo sonriente.

—No te emociones tanto, necesito que vuelvas de una pieza, y trae bien de alimento, porque pronto tendremos otra boca que alimentar. —Lulú dijo esto último acariciándose la barriga.

Balego rodeó con sus brazos a Lulú con una enorme sonrisa en el rostro.

—¡¿Voy a tener una hermanita?! —preguntó ilusionada Lara.

—Sí, peque —afirmó su madre mostrando un atisbo de felicidad.

—Os veré por la noche, al inicio de las festividades. Os quiero mucho. —Balego dio un beso en la frente a ambas y salió por la puerta acompañado de su lobo gris.

—Que Gaia te proteja —susurró su madre.

—¿Ahora te has vuelto religiosa? —preguntó Balego con una sonrisa. Acto seguido se volvió y de espaldas ondeó su mano derecha de lado a lado en señal de despedida.

Balego se alejó en dirección al camino, donde le aguardaba su grupo, formado por cuatro exploradores. Lara los conocía a todos. Estaba entre ellos Daxos el Verde, el más famoso explorador del clan del Lobo, Lupita Cazajabalís, Elva Medioloba y Yorh el Sediento. Todos ellos iban con su lobo al lado: la unión entre un miembro del

clan y su lobo era algo mágico. Lara ardía en deseos de conocer esa sensación.

El reloj solar del jardín marcaba las ocho de la mañana. El gran astro rey inundaba la aldea con sus rayos luminosos y cálidos. Todo el poblado estaba ya despierto, y sus gentes comenzaban a realizar las tareas diarias. Lara no iba a ser menos.

El clan del Lobo tenía ciertas peculiaridades que lo diferenciaban de otros clanes, ya que era uno de los pocos que no tenía siervos. En Lykaina, que era como se conocía al poblado del clan, todas las personas eran libres, no había distinciones por clases o sangre. El clan prosperaba debido al excelente sistema de roles que imperaba en el poblado. Un sistema sencillo: cada persona trabajaba en lo que mejor sabía hacer.

Cuando un niño llegaba a cierta edad, debía pasar una serie de pruebas para poder ser ubicado en algún rol del clan. Las pruebas se hacían a los diez ciclos de edad. Edad en la que cada niño tenía claro qué quería ser. Bien sea por haber visto a sus padres o motivado por haber escuchado las historias de los chamanes a la luz del fuego.

Si te apasionaba talar árboles y construir casas, tu rol era el de constructor. Aquellos que adoraban la tierra, las plantas y la crianza de animales se dedicaban a la agricultura y a la ganadería. Para los que les apasionaba la guerra, pero no luchar en ella, estaba el oficio de herreros. Si soñabas con viajar, pero de forma cómoda, te unías a los mercaderes. A los que no les gustaba ensuciarse las manos, pero sí quebrarse la cabeza con conjeturas, se les mandaba a las reuniones del consejo. Si buscabas conocimiento, te ibas con los chamanes. Pero por encima de todo estaban los exploradores: todo niño quería ser explorador, pues aquello implicaba tener un compañero lobuno.

El sistema de roles tenía sus inconvenientes, ya que podías desear ser explorador, pero no tener las aptitudes adecuadas para serlo, y entonces debían buscarte otra profesión. Para resolver aquellas y otras disputas, el clan disponía de un líder, elegido mediante votación cada cinco ciclos por todos los miembros de pleno derecho. Para ser considerado miembro de pleno derecho debías tener la marca del clan, una cabeza de lobo con las fauces abiertas, tatuada en la piel. El tatuaje se hacía a los miembros del clan que hubieran superado el ritual de iniciación, a la edad de dieciséis ciclos.

Lara ardía en deseos de que llegara ese día. Había superado las pruebas para ser exploradora sin dificultad, pero no podía salir de expedición hasta que no tuviera la marca del clan. Su tarea hasta ese día era obedecer a sus padres y asistir a las clases con los demás jóvenes. Hoy, según su madre, tocaba partir leña.

La villa se encontraba entre dos grandes bosques. Al sureste se hallaba el Bosque Ululante, llamado así por albergar gran cantidad de búhos, lechuzas, mochuelos y autillos. Al noroeste estaba el mágico Bosque Aullante, repleto de lobos primigenios. Entre ambos bosques, a modo de separación, había una dehesa que era el corazón del clan; sus encinas, alcornoques y robles les proporcionaban abundante madera. Contaba con una gran variedad de arbustos frutales, tales como zarzamoras, arándanos, groselleros, frambuesos y madroños. Vacas, ovejas y cabras pastaban libremente por aquellos campos, suministrando carne, leche y pieles al clan.

La tarea de Lara era recoger la leña que su madre iba partiendo a hachazos. Lara sentía fascinación por el manejo que tenía Lulú de aquella arma. La herida de su madre no le impedía partir por la mitad un gran trozo de encina de un solo tajo. Cada día que salían a talar, Lara rogaba a su madre que le permitiera usar el hacha, pero la respuesta era siempre la misma.

—Podrás usarla cuando tengas la fuerza suficiente para mover ese leño. —Lulú señaló un gran trozo de encina donde había dejado clavada el hacha; su madre solía usar ese gran pedazo de madera para colocar y partir la leña.

Lara lo intentaba mover cada vez que podía. Empujaba y empujaba, apretaba los dientes y maldecía usando todas las palabrotas que conocía, que no eran pocas; el resultado siempre era el mismo: Lara acababa sudada y dolida, sobre todo en su orgullo, ya que el enorme leño no se había movido ni un ápice; luego volvía a su tarea, que era y seguiría siendo la de llevar la leña partida a la leñera, con la esperanza de fortalecer así sus músculos.

—Mamá, ¿es necesaria tanta leña? —preguntó Lara, cansada de transportar tantos leños—. Los ciclos son cada vez más calurosos, y para cocinar tenemos de sobra.

—Se nota que naciste después de la guerra, hija —respondió Lulú, que destrozaba un pequeño leño y se secaba el sudor de la frente con el antebrazo—. Antes de aquel fatídico evento, en el que todos los clanes estuvimos a punto de extinguirnos de una forma salvaje y cruel, existía el invierno, y créeme, hija, si el invierno vuelve y no tenemos leña, será peor que la guerra.

Siguieron en silencio hasta dejar la leñera, que estaba al lado de la cabaña, repleta de madera. Al terminar, el hambre tronaba en sus estómagos. Lulú cogió un par de ramas e hizo una pequeña fogata.

Dos grandes y lisos troncos fueron convertidos en asientos, y allí descansaron esperando a que las serpenteantes llamas asaran la jugosa y rojiza carne de jabalí que Lulú había sacado de su morral.

El goteo de la grasa salpicando las llamas les indicó que ya era hora de ponerse a comer. Acompañaron la carne con una hogaza de pan del día anterior. Estaba algo dura, pero más dura estaba una piedra. Para beber, Lara llevaba su cantimplora de agua fresca, pero

no le quitaba el ojo al odre de hidromiel de su madre. El hidromiel era la bebida por excelencia del clan, y Lara ardía en deseos de probarla. Pero solo aquellas personas que portaran la marca del clan podían beber dicho licor.

Lulú, ya con la barriga llena, miró al sol para calcular la hora.

—Lara, ya va siendo hora de que te marches a clase. ¿Con quién te toca hoy?

—Con el Gran Chamán Líkodux.

—Entonces date prisa, antes de que el vetusto chamán estire la pata.

Lara soltó una carcajada. En el clan era una tradición bromear con la muerte de Líkodux. El anciano chamán tenía ciento tres ciclos y era el miembro más longevo del clan.

Lara se despidió de su madre y se encaminó al norte del poblado. Un pequeño camino empedrado serpenteaba por toda la villa, comunicando cada casa con los lugares más importantes, pero Lara prefirió salirse del sendero y tomar un atajo, para así evitar pasar por la plaza del pueblo, ya que estaría abarrotada de gente ultimando los preparativos de las Lupercalias.

Sus pasos la llevaron hasta la cima de una ladera conocida como los Colmillos del Lobo, llamada así por las cuatro grandes piedras calizas que adornaban la cumbre, colocadas de tal forma que se asemejaban a las fauces de un lobo. Según los chamanes, allí nació el clan del Lobo, y ni siquiera Líkodux conocía la antigüedad de aquel megalito.

En el centro de aquellas enormes rocas hubo antaño un gigantesco árbol, pero ahora solo quedaba un tocón, cuya superficie había sido lijada. Tres concéntricas ruedas de madera rodeaban dicho tocón; apiladas a su alrededor, iban acrecentando su tamaño

hasta tocar el suelo. Numerosas piedras negras se encontraban esparcidas por aquel altar, con diversas runas pintadas de blanco.

Encima del tocón se hallaba sentado, con las piernas cruzadas, un anciano calvo de larga barba blancuzca; su cuerpo estaba repleto de tatuajes, símbolos de runas tan antiguas como el fuego. Entre sus manos sostenía una vara de hueso, formada por los restos de lobos primigenios, en cuya punta tenía como adorno la calavera de un lobezno que había muerto de forma prematura. Aquel hombre no era otro que Líkodux, el Gran Chamán del clan del Lobo.

Alrededor del altar estaba la generación de futuros exploradores, formada por niños y niñas de la misma edad que Lara. Entre las quintas se llegaban a formar lazos tan profundos como los de la familia, ya que lo hacían todo juntos: asistir a clase, iniciarse y formar equipos de exploración.

—Toma asiento, Lara, hija de Lulú —dijo Líkodux con los ojos completamente cerrados.

Lara visualizó a Ane y Zoe, sus amigas, y se acercó a ellas, que estaban hablando, por supuesto, de asuntos lobunos.

—¡Apenas he pegado ojo en toda la noche! ¡Estoy tan ansiosa por ir a elegir mi cachorro! —comentó Ane.

—El lobo te elige a ti, no tú a él —intervino Lara, sentándose a su lado.

—¡Lara, ya era hora de que te dejaras ver el pelo! —exclamó Ane al verla. Lara las saludó con su tradicional choque de puños.

—¡Mi madre no me deja tranquila!, siempre tengo alguna tarea que hacer —farfulló Lara.

—No eres la única: llevo toda la mañana curtiendo pieles con mi abuela. Estoy hasta el higo —dijo Zoe.

Ane era hija de Lupita Cazajabalís, y Zoe, de Yorh el Sediento, por lo que siempre habían estado juntas desde pequeñas, ya que sus

padres eran muy amigos.

—¿A qué espera nuestro machucho chamán para empezar la clase? —susurró Lara para que Líkodux no la oyera.

—Sabes que hasta que no estemos todos no empieza… —murmuró Ane.

—Siempre tiene que llegar tarde… —bufó Zoe.

Lara sabía bien quién faltaba, ya que nada más llegar la había estado buscando con la mirada y no la había encontrado.

A la clase de aquel día solo podían ir aquellos que habían pasado la prueba de exploradores, ya que en las Lupercalias siempre nacían nuevas camadas de lobeznos. Los demás tenían el día libre. Aparte de sus amigas, también se encontraban los gemelos Daven y Dáruk, hijos de Elva Medioloba. Ambos estaban sentados enfrente de ella, discutiendo sobre batallas y combates del legendario guerrero Férox el Implacable.

El silbido de una flecha atrajo las miradas de los allí presentes. Su punta había impactado contra el tocón en el que estaba sentado Líkodux, aunque el anciano ni se había inmutado.

—Ya estamos todos —dijo Líkodux abriendo los ojos.

Ane, Zoe, Daven, Dáruk y Lara desviaron su atención al origen del disparo, aunque todos conocían ya la identidad de la arquera.

Una chica pelirroja acababa de subir la colina. Sujetaba un arco de madera de nogal con la mano derecha; el arco había sido barnizado y pintado con adornos de color negro azabache en su agarre. Portaba un carcaj de idéntica tonalidad que el arco a su espalda, el cual estaba repleto de largas flechas de madera de abedul con puntas de obsidiana y plumas de búho. Además llevaba un morral de piel de venado en un costado y portaba un esmeraldino manto.

Luna acababa de hacer acto de presencia.

«Siempre con sus pertrechos a cuestas, como si estuviera de expedición», pensó Lara esbozando una sonrisa nada más verla.

La joven de cabellos ardientes se encaminó al altar mientras su esbelta figura se movía con agilidad y gracia a cada paso que daba.

—Luna, hija de Mylena, llegas tarde —dijo Líkodux sacando la flecha del tocón de un tirón—. Aunque he de admitir que ha sido un tiro excelente.

Luna le dedicó una reverencia burlesca al Gran Chamán. Acto seguido recogió la flecha que el viejo le entregaba y la guardó en su carcaj. Luego se alejó del altar y se sentó en la mullida hierba con las piernas cruzadas.

Aunque era hija del famoso explorador Daxos el Verde, Luna era conocida como Loba Solitaria. Luna se llevaba bien con todos, pero no tenía un grupo específico de amigas. Lara fantaseaba con un futuro en el que Luna formase parte de su grupo de expedición; quería ser su mejor amiga, y quería pasar el resto de su vida viajando con ella. Lara conocía sus sentimientos por Luna, pero no se atrevía a decírselo a nadie.

Líkodux emitió un silbido, la clase había comenzado.

—Hoy es un día muy especial para todos vosotros —comenzó a relatar el Gran Chamán con una voz rasgada—. Esta noche, vuestras vidas cambiarán para siempre, y mi deber como Gran Chamán es aconsejaros. Por eso quiero que seáis conscientes de que… vuestras vidas… van a cambiar esta noche. Debido a… que es un día muy especial para vosotros.

Líkodux asintió ante su propio discurso. Lara y los demás reían por lo bajo, acostumbrados a las divagaciones del Gran Chamán.

—Hoy se os hará entrega de vuestro compañero lobuno —continuó Líkodux—. Eso significa que un cachorro de lobo se os

entregará esta noche. Eso… hará que vuestras vidas cambien para siempre. Hoy es un día muy especial para vosotros…

Líkodux volvió a asentir ante sus palabras, luego sacó su pipa y le dio una larga calada.

—¿Por dónde iba, Luna? —preguntó el Gran Chamán mientras soltaba una bocanada de humo.

—Nuestras vidas van a cambiar para siempre, y hoy es un día muy especial para nosotros —dijo Luna sin disimular su sonrisa.

Líkodux asintió y continuó.

—A partir de esta noche vuestra alma se dividirá en dos pedazos. —Líkodux cogió una piedra negra y la golpeó con su vara de hueso, partiendo la piedra en dos mitades—. Uno permanecerá en vuestro interior, y el otro se fusionará con el alma de vuestro lobo. —Líkodux cogió las dos mitades y las chocó entre sí, volviéndolas a unir sin dejar ninguna señal de fractura en la piedra—. Pero habéis de saber que el alma del lobo también se partirá en dos mitades, y será su mitad la que complete vuestra alma fragmentada. Al igual que vuestra otra mitad, la que le habéis entregado a vuestro compañero lobuno, será la que fusione su alma fragmentada. —Líkodux se quedó en silencio, fumando su pipa.

Hasta que Daven alzó la mano y Líkodux le dio permiso para hablar.

—Gran Chamán, ¿es cierto que el lobo abandonará el clan ante la pérdida de su compañero humano?

—¿Y qué ocurre si es el lobo el que muere primero? ¿Nos darán otro? —interrumpió Ane sin pedir permiso para hablar.

—Ambas preguntas desembocan en la misma respuesta —respondió Líkodux, deslizando su pipa al otro extremo de la boca—. Animales y humanos sentimos por igual, ya sea amor o dolor. —Líkodux exhaló una larga bocanada de humo—. El lobo no podrá

vivir en sociedad sin su compañero humano, por lo que huirá al Bosque Aullante, donde se unirá a la sagrada manada de lobos primigenios que allí habitan, retornando a sus orígenes salvajes. El humano, por el contrario, sí puede continuar con su vida, aunque se convertirá en un espectro enmascarado que deambulará por el mundo fingiendo estar vivo, y cuando su desesperación venza dicha máscara, solicitará el ritual de la Likamory, para así volver a estar completo.

Los jóvenes allí sentados asintieron ante las palabras del Gran Chamán, aunque no todos las habían comprendido.

—Gran chamán, yo… no sé exactamente qué es la Likamory —titubeó Ane al tiempo que levantaba su temblorosa mano.

Lara no se sorprendió ante aquella pregunta, ya que dicho ritual era algo desconocido para la mayoría de los jóvenes, y ella no lo conocería si no fuera por el trágico destino de Yari.

—La Likamory es nuestro más antiguo y sagrado ritual —respondió Líkodux con énfasis—. Dicho ritual tiene como objetivo sofocar el inmenso dolor provocado por la trágica pérdida del compañero lobuno, y solo aquellos que padecen dicho dolor pueden acogerse a la Likamory. —Líkodux escrutó con sus ojos plateados los rostros de los jóvenes allí presentes—. Para solicitar dicho ritual, el afligido deberá acudir al corazón del Bosque Aullante en una noche de luna llena, y allí deberá realizar una hoguera. El baile de llamas alertará a la sagrada manada, la cual visualizará y juzgará al pretendiente. Si es considerado apto, su fragmentada y atormentada alma será despojada de su desolado cuerpo para ser transportada al Reino de los Espíritus, donde se fusionará con la de su difunto compañero lobuno, creando un único espíritu: un lobo místico que correteará eufórico durante toda la eternidad en una inmensa plenitud.

Líkodux hizo una pausa, fumando con tranquilidad su pipa.

—Voy a contaros una historia muy importante que trata sobre la relación que se forja entre un miembro del clan y su compañero lobuno —prosiguió el Gran Chamán—. Os voy a contar la historia de Lykos y Cerys.

»Dicha historia tiene lugar hace eones, en una época conocida como la Era de los Dragones. Por aquel entonces, nuestros antepasados vagaban libres por los bosques de Terión, recorriendo sus sendas a lomos de sus formidables lobos, aunque no eran lobos corrientes, sino lobos primigenios. Nuestro clan no tenía asentamiento fijo, ni tampoco un rumbo establecido. Éramos una gran manada y vivíamos acorde a los designios de la naturaleza. Hasta que nació un joven que más adelante sería conocido como Lykos el Druida.

»Lykos tenía una filosofía distinta a los demás miembros de su manada: estaba cansado de corretear de un lado para otro, él quería echar raíces y formar su propio bosque loboso. No sabemos si convenció a los demás con palabras o con sangre, pero lo que sí sabemos es que fundó nuestra actual y amada villa: Lykaina.

»Lykos no se desposó, lideró Lykaina juntó a Cerys, su loba; aunque era famoso por su comportamiento rijoso, y no había noche en la que no yaciera con alguna mujer, y no había día en el que no naciera un vástago suyo; pero Lykos consideraba frívolos dichos menesteres, ya que él solo tenía ojos para su compañera lobuna, y todos los demás sentimientos palidecían ante el amor que Lykos sentía por Cerys.

»Lykos se proclamó druida supremo del clan, y creó el consejo de sabios, formado por aquellos con sangre mágica en las venas: los chamanes. También creó el cuerpo de exploradores; decretó la norma de que todo miembro del clan debía poseer un compañero

lobuno, y fue el creador del ritual de iniciación, además de la mayor parte de las normas que ahora consideramos sagradas.

»Lykos prohibió el culto a los antiguos dioses lobunos: Fénrir y Selene, y se enfrascó en venerar a Gaia, madre de todos nosotros y protectora de la naturaleza. Lykos creía que debíamos ofrecerle obsequios para que ella velara por nosotros y nos trajera prosperidad. Por eso mandó construir este mismo altar, sobre el que estoy ahora sentado, y cada noche de luna llena obsequiaba a la diosa con distintos tipos de sacrificios, tales como cabras, ovejas, jabalíes, lobeznos e incluso humanos. Aunque el tema de los sacrificios fue algo cuestionado al principio, Lykos comenzó a compensar con favores a las familias que entregaban ofrendas para realizarlos, en especial a aquellas que entregaban a sus propios hijos.

»Todos estos cambios llevaron al clan del Lobo a su momento de mayor plenitud. Lykos gozaba de tan inmenso poder que la villa se le quedó pequeña. Nuestro clan crecía con cada fase, ya que Gaia nos bendecía con niños sanos y fuertes, con majestuosas camadas de lobos primigenios, con abundante caza y con grandes cantidades de lluvia. Éramos más numerosos, tanto en lobos como en personas, y nuestras huestes estaban bien alimentadas. Era cuestión de tiempo que Lykos formara un ejército y se lanzara a conquistar tierras desconocidas. Y eso hizo, lo que llevó al clan del Lobo a la cúspide de poder de Terión, solo superado por la hegemonía de los dragones.

»Lykos mandó exploradores a cada rincón de Terión, y entonces descubrió que había más líderes como él. Líderes que gobernaban clanes muy distintos al suyo, clanes que creían en dioses diferentes, que poseían bestias, costumbres y leyes distintas a las del clan del Lobo. Pero Lykos era sabio y no buscó la guerra, sino que unió

fuerzas con dichos clanes, ya que ansiaba el conocimiento por encima de todo. Pero su sabiduría le jugó una mala pasada, pues en su búsqueda de conocimiento había olvidado las leyes más primarias de la naturaleza. Entonces llegó el aciago día en el que un explorador regresó con malas nuevas para Lykos: anunció que sus compañeros habían sido asesinados por unos monstruos. Aquello fue el inicio de nuestra primera guerra entre clanes.

»Lykos formó un grupo con sus mejores exploradores y chamanes, y él mismo lo lideró. Partieron de inmediato a lomos de sus enormes lobos, y no tardaron en dar con el enemigo. Escondida en el corazón de un frondoso bosque había una villa distinta a todas las demás. Un clan muy distinto habitaba allí: no poseía animales como compañeros, sino que el propio clan estaba formado por bestias. Aquellas bestias eran parecidas a nosotros, pero sus cuerpos estaban cubiertos de un frondoso pelaje oscuro, su constitución era mucho más robusta que la nuestra, y eran más rápidos que cualquiera de nuestros mejores exploradores; incluso podían viajar y balancearse por las copas de los árboles debido a sus musculosos brazos. Aquel pueblo fue denominado el clan del Mono.

»Lykos quedó fascinado por esos seres. Él no quería luchar contra ellos, sino estudiarlos y aprender todo sobre su cultura y origen. Perdonó el asesinato de su grupo de exploración y les tendió la mano para una alianza. Pero los monos eran desconfiados y temían a los humanos y a sus bestias, por lo que la alianza no cuajó. Aquello desembocó en un baño de sangre. Los monos estaban en su territorio, tenían armas, eran más inteligentes, más fuertes, y además superaban en número a los lobos. Nadie sabe cómo Lykos logró sobrevivir a la batalla, pero lo que sí sabemos es que fue el único superviviente, ya que todo su grupo, incluida su loba, Cerys, perecieron en el enfrentamiento.

»Lykos regresó a Lykaina, pero ya no era la misma persona que antes: la muerte de Cerys había desatado en Lykos una magia hasta entonces desconocida para él, un poder oscuro, alimentado de rabia y de resentimiento hacia aquellos seres que le habían arrebatado lo que él más amaba. Lykos abandonó Lykaina esa misma noche, sumido en un pozo de ira y rencor. Buscó refugió en las montañas, y muchos creen que fue allí a morir. Pero el destino quiso que se topara con la guarida de una dragona, donde Lykos usó su nueva y corrompida magia para doblegar la voluntad de tan majestuosa bestia.

»Lykos consiguió domar al animal más indomable de Terión. Y en aquella noche oscura y sin luna, emergió entre las tinieblas a lomos de su dragona. Voló hasta el mismo poblado donde su querida Cerys había sido asesinada, y allí utilizó su oscura magia unida a la poderosa llama de la dragona: la villa del clan del Mono, junto con el bosque, fueron reducidos a cenizas en un instante.

»Aquella fue la primera extinción salvaje de la que tenemos constancia. La primera de muchas. Nadie volvió a ver a Lykos desde aquella fatídica noche. Los sabios dicen que sigue vivo, que aparece en las noches sin luna, a lomos de su dragona cadavérica. Otros dicen que aparece en las noches de luna llena, adoptando la forma de un enorme lobo negro. Y otros dicen que después de aquello se quitó la vida, dando lugar a la primera Likamory.

»Y esa, queridos alumnos míos, es la historia de Lykos y Cerys.

Líkodux terminó su historia y cerró los ojos, dejando un silencio sepulcral en el ambiente.

—Y por eso desapareció el puesto de druida supremo, y además se os prohibió a los chamanes volver a tener lobos como compañeros… —murmuró Luna, rompiendo el silencio y acaparando las miradas de sus compañeros.

—Muy sagaz, joven Luna —dijo Líkodux abriendo los ojos—. Muchos consideran la historia algo aburrido, otros la consideran el opio de los nostálgicos. Nosotros, los chamanes, vemos en la historia la posibilidad de anticiparnos al futuro, y por eso aprendemos de ella, para no repetir los mismos errores de nuestros antepasados y así evolucionar. ¿Alguna pregunta antes de finalizar la clase?

—¿Cuándo recibiremos nuestros lobos? —preguntó Daven impaciente.

—Si prestaras atención, lo sabrías, Daven, hijo de Elva —gruñó Líkodux.

—Será esta noche, cuando la luna llena marque el inicio de un nuevo ciclo, la fase del Lobo y, con ello, los festejos de las Lupercalias —respondió Lara.

—Muy bien, joven Lara —le felicitó el Gran Chamán—. Esta noche daremos la bienvenida al ciclo número veinticuatro después de la Gran Guerra. Recordad esta Lupercalia, pues marcará vuestra vida para siempre. Ahora idos, vuestras familias os estarán esperando en la Ribera.

Los seis futuros exploradores se encaminaron juntos a la Ribera. Solo tenían que seguir el sendero que conducía desde el poblado hasta el río Jato. El camino se internaba en el extremo norte del Bosque Ululante, pero dicha senda había sido acondicionada para facilitar las idas y venidas de los miembros del clan, ya que era una zona muy frecuentada.

Lara caminaba con paso lento; avanzaba en silencio sin prestar atención a la discusión que tenían Ane y Zoe con Daven y Dáruk sobre qué nombres eran más adecuados para un lobezno. Lara miraba de reojo hacia atrás cada pocos pasos, con la intención de aminorar su marcha lo suficiente para que Luna la alcanzara, pero

con el objetivo de hacerlo de modo que pareciera una casualidad, y no un acto intencionado.

Su plan funcionó. Luna la alcanzó con paso firme, pero sin caer en su presencia, ya que iba absorta en sus propios pensamientos, y Lara se dio cuenta de que su plan tenía un único fallo: no sabía qué hacer ahora.

Lara sentía que su corazón palpitaba a gran velocidad; sus manos comenzaron a sudar, sus mejillas se ruborizaron, y no paraba de manosearse el cabello. Aquella era una oportunidad perfecta para estar a solas un rato con Luna, y Lara sentía que lo estaba echando todo a perder por su nerviosismo. Tenía que decir algo.

—¿Ya sabes el nombre que le pondrás a tu lobezno? —farfulló Lara mirando a Luna de reojo.

Luna alzó la cabeza. Lara vio en su rostro la misma expresión que tenía alguien que acababa de despertarse y todavía seguía perdido en sus sueños.

—¿Eh? ¡Ah, Lara! —dijo Luna volviendo a la realidad—. No te había visto, ¿me habías preguntado algo?

Luna sonrió, y Lara tuvo que volver a aunar fuerzas para concentrarse.

—¡Hola, Luna! —dijo Lara, que volvió a manosearse el pelo con mayor intensidad, sintiendo que cada palabra que soltaba era una completa estupidez—. Sií, te había preguntado por… el futuro nombre de tu lobezno.

Luna asintió en silencio y luego miró al cielo.

—Mi abuelo siempre decía que los nombres tienen poder, ya fuera un niño o un lobezno, y que no debías nombrar un ente hasta que no lo vieses con tus propios ojos y lo palpases con tus propias manos, ya que solo así podrás ponerle su verdadero nombre, aquel que Gaia le había impregnado a su alma, y no un falso nombre que

no encarnara la naturaleza congénita del propio ser. —Luna volvió a dedicarle una hermosa sonrisa a Lara—. Y contestando a tu pregunta…: no, no tengo pensado ningún nombre.

Lara no sabía cómo continuar con la conversación y comenzó a arrepentirse de haber preguntado, ya que el silencio solo conseguía ponerla más nerviosa.

—¿Cómo llevas lo de tu abuelo? —preguntó Lara, lamentándose al instante de sus desafortunadas palabras.

«Debía haber elegido el silencio», pensó.

Luna volvió a perderse en sus pensamientos, agachando la cabeza y clavando sus esmeraldinos ojos en el suelo. Su sonrisa había desaparecido de su rostro. Lara no podía hacer otra cosa que maldecirse a cada paso que daba.

El abuelo de Luna había solicitado recientemente la Likamory, y aunque todavía no se había hecho efectiva, él ya había abandonado el clan y se había internado en el Bosque Aullante. Aquel acto había enorgullecido enormemente a las gentes del clan, tomándolo como una gran muestra de respeto a aquel sagrado ritual, y más viniendo de una leyenda viva como era aquel hombre, pero Lara no veía en Luna aquel orgullo, solo un rostro apenado de alguien que sabía que no volvería a ver a su abuelo.

—Lo siento, ha sido una pregunta estúpida… —se disculpó Lara.

Luna alzó la cabeza y la miró fijamente. Lara se perdió en aquella mirada. El rostro de Luna era el más bello que jamás había visto, su tez era como la de un durazno, con sus pecas rojizas esparcidas sobre su anaranjada y brillante piel. Aunque lo más fascinante eran sus verdosos ojos, que resplandecían ante los rayos del sol.

—No pasa nada —dijo Luna forzando una sonrisa—. Tú estarás pasando por algo parecido: tu madre perdió recientemente a su loba. Entiendo que quieras saber qué se siente, pues tú ves a diario

el sufrimiento de ella, y quizás te preguntes si ella sería más feliz… recurriendo al ritual.

Lara se preguntaba eso todos los días desde aquel incidente. Sabía que el ritual le traería paz y felicidad a su madre, pero también sabía que ella no la quería perder.

—Lo de mi abuelo me dolió en el alma, era mi mejor amigo —continuó Luna—. Y sí, sé que es triste que tu abuelo sea tu mejor amigo con casi doce ciclos.

Luna no pudo evitar soltar una pequeña carcajada, y Lara se contagió de aquel espléndido sonido, dejando asomar una enorme sonrisa; ya que no hay nada más hermoso en el mundo que ver feliz a aquella persona que quieres hacer feliz.

—Y aunque me duela admitirlo, creo que fue una sabia decisión por su parte —siguió Luna—. Ya no era el mismo, se había vuelto lúgubre y sombrío. Es ley de vida que nuestros padres y abuelos mueran antes que nosotros, y duele llegado el momento, pero te reconforta saber que siempre perdurarán en tus recuerdos. Por eso entiendo la decisión de mi abuelo: él no hubiese querido que lo recordasen así, y prefirió recurrir al ritual y evitar el doloroso y lento letargo que provoca vivir cada día sabiendo que has perdido al ser que más amabas.

La sonrisa de Luna se tornó agridulce.

—Tienes razón, y creo que tu abuelo fue muy valiente —dijo Lara —. Además pienso que es el último de su especie, el último *berserker* del clan del Lobo, y que sus hazañas serán recordadas durante eones. —Lara hizo una pausa y por un momento se sintió cómoda al lado de Luna, sintiendo que se podía abrir a Luna de una forma tan sencilla como respirar—. Pero no creo que nadie más vuelva a solicitar la Likamory: es una tradición que acabará desapareciendo. Las nuevas generaciones son diferentes a las de sus

padres; evolucionan, como dice Líkodux, y nos toca a nosotras renovar las tradiciones, cambiar al clan del Lobo.

—¿No te habrás equivocado de profesión? Estás a tiempo de dedicarte a la política —dijo Luna entre risas.

—¡No!, yo quiero explorar el mundo entero, quiero conocer hasta la última piedra de Terión —Lara miró fijamente a Luna—, y espero hacerlo a tu lado.

—¡Por supuesto! —respondió con brío Luna—. Nosotros seis formaremos una manada legendaria. Dejaremos en ridículo a los demás grupos de exploración.

Luna alzó su mano con la palma abierta enfrente de Lara.

—¡Hermanas lobunas hasta la muerte! —dijo Lara chocando su mano contra la de Luna.

El tiempo había pasado volando para Lara, ya que habían llegado a la Ribera sin que se diera cuenta. La Ribera se encontraba situada en un terreno escarpado, desde el cual las vistas de los rayos de sol resplandeciendo sobre el agua cristalina eran maravillosas. Para llegar abajo tenían que descender por un pequeño sendero que serpenteaba por la ladera. Al final del sendero se encontraba la orilla del río Jato, el cual estaba poblado por numerosos árboles gigantescos, más antiguos que el propio clan.

Entre los abedules y nogales destacaba sobre todo un gran roble que arrojaba sombra a un gran número de mesas, en las cuales se encontraban sentados varios miembros del clan. Allí se reunía el consejo, en una gran mesa redonda de granito, donde se encontraba sentada Eyra Lobablanca, la novata líder del clan.

Eyra solo llevaba dos ciclos en el poder, y era su primer mandato. Era la hermana de Daxos el Verde, por lo tanto, la tía de Luna. Se había casado con Eir, la hermana de Lulú, por lo que también era tía política de Lara. Lobablanca era una mujer joven; la diferencia de

edad con sus consejeros era abismal. Su elección como líder había generado controversia, ya que, aunque había ganado los comicios de forma legal, muchos achacaban su victoria al hecho de ser la hija del anterior jefe del clan.

—Nos han quitado el sitio —dijo Ane.

Ane tenía razón. Un grupo de jóvenes, que además portaban lobeznos, se había apropiado del tronco del gran roble, lugar por el que sentía predilección el grupo de Lara.

—¿No es el grupo de tu hermano, Zoe? —preguntó Dáruk.

—Sí, allí está mi hermano Karú junto con su lobezno anaranjado —respondió Zoe—. Los otros son Leila, Koyo y Siri. Qué suerte tienen; mañana ya tendrán la marca del clan.

Los miembros del grupo del hermano de Zoe eran cuatro ciclos mayores que ellos, por lo que iban a ser iniciados esa misma noche.

—¿Por qué van siempre con el arco a cuestas? —preguntó Daven frunciendo el ceño.

—El arco debe ser una extensión de vuestro brazo —respondió Luna de improvisto—. Deberíais hacer lo mismo.

—¿No deberían estar preparándose para la iniciación? —preguntó Lara.

—La iniciación es un paripé, Lara —bufó Luna—. El clan no tiene tantos hijos para andar sacrificándolos como antaño. Ahora solo te dan un par de tortas, te dan de beber vino aguado y te hacen un tatuaje. —Luna hizo una pausa al darse cuenta de que los demás la miraban—. Mi abuelo me contó historias sobre antiguas ceremonias de iniciación: los que iban para exploradores debían superar una prueba que consistía en sobrevivir una noche en el bosque con un arco y tu lobezno. Y no solo tenías que salir vivo, sino que el lobezno también debía sobrevivir.

—¡Tampoco es para tanto! —dijo Daven con una mueca—. ¡Lo peor que te podía pasar era toparte con un jabalí!

Luna se acercó a Daven y le miró fijamente.

—No hablo de estúpidos jabalíes —dijo Luna—, sino de enormes uros. En aquella época, incluso el Minotauro andaba suelto…

Daven palideció ante el nombre del Minotauro.

—El Minotauro es un mito, no existió tal ser —intervino Zoe.

—Sí que existió —replicó Dáruk—. Mi madre nos contó la historia a Daven y a mí. Fue nuestra bisabuela, Ariadna la Astuta, quien consiguió encerrarlo en una cueva bajo tierra para siempre. Algunos dicen que murió; en cambio, otros cuentan que se adaptó al mundo subterráneo y ahora reina allí abajo…

—¿Qué pasaba… si perdían al lobezno? —preguntó Lara.

—Ya no eran considerados dignos —respondió Luna desenfundando el arco que llevaba colgado a su espalda—. Se les daba la opción de ser sacrificados o expulsados del clan para siempre.

—¿Y los que no eran exploradores? —preguntó Ane.

—Tenían pruebas similares. La idea era purgar las nuevas generaciones, así el clan se quedaba con los miembros que más valían. —Luna se acercó al saliente desde donde se divisaba el tronco del roble—. Cuando un clan acepta a los estúpidos como iguales, acaba extinguiéndose. Al menos eso decía mi abuelo. —Luna preparó una flecha y apuntó al roble.

—¡¿Qué haces?! —preguntaron todos a la vez.

—Recuperar vuestro sitio —respondió Luna al tiempo que disparaba.

La flecha cayó en picado como un búho cazando a un topo. Koyo estaba sentado con la espalda apoyada sobre el roble, viendo jugar

a su lobezno. La flecha se clavó justo encima de su cabeza, lo cual provocó un estrepitoso grito por parte de Koyo.

La gente de la Ribera desvió sus miradas hacia arriba. Luna se dio cuenta de que había atraído la atención del público, por lo que hizo una reverencia burlesca mientras el viento ondeaba su cabello y una sonrisa asomaba en su rostro.

—Ya tenemos el sitio despejado —dijo Lara sonriendo también.

Luna encabezaba el grupo mientras bajaban por el sendero cuando un grito hizo que todos se sobresaltaran.

—¡LUNA! —gritó una mujer.

El alarido provenía de la mesa donde estaban sentados los miembros del consejo. La madre de Luna se había levantado y le hacía señas para que se acercara.

—Me va a caer una buena bronca. Nos vemos —dijo Luna mientras se dirigía a la mesa.

El grupo de Karú se había sentado a una mesa cercana a la del consejo, esperando con entusiasmo oír la bronca que le iba a caer a Luna, aunque las voces que le estaba dando Mylena a su hija podrían haberse oído desde el poblado.

—¡Te lo tengo dicho, no puedes practicar con el arco cuando haya gente cerca! —gritó furiosa Mylena.

—Nunca ha salido nadie herido; además, soy la mejor arquera de este clan —respondió Luna con guasa.

—¿Mejor incluso que tu padre?

—He dicho arquera, no arquero.

—Está bien, haremos una cosa —dijo Mylena con una siniestra sonrisa—. ¿Ves aquel fino abedul en la otra orilla del río?

Luna miró en la dirección y asintió.

—Si le das desde aquí con una de tus flechas, me tragaré mis palabras. Ahora, si fallas, no solo te irás a disculpar con Karú y los

demás, sino que deberás cruzar el río y traerme un ramo de rosas para decorar la casa esta Lupercalia.

—A mí no me gustan las rosas, mamá —dijo Luna enfadada—. Además, no hace falta cruzar el río, hay rosas en más sitios.

—A mí me gustan las que están cruzando el río. ¿Es que acaso temes fallar?

Ese comentario fue lo único que necesitó Mylena para encender un fuego en los ojos de su hija. Luna dio un paso al frente y apuntó al tronco del abedul.

Toda la Ribera aguardaba expectante a ver si la joven era capaz de salirse con la suya. Pero justo cuando Luna cogía aire y se disponía a efectuar el disparo, recibió una colleja por parte de su madre que hizo que la flecha saliera desviada y cruzara el río sin dar a ningún árbol.

—¡Mamá! —gritó Luna atónita.

—Qué pena, hija —dijo Mylena—. Has fallado. Anda, ve a por mis rosas, y no olvides disculparte luego.

—¡No es justo! —gritó Luna.

—La vida no es justa, hija. —Mylena desenfundó una pequeña hacha y se la entregó a Luna—. Ten, llévate mi hacha.

Lara se quedó observando cómo Luna cruzaba el río.

—Pobre Luna… —dijo Lara.

—Un poco de humildad no le hará daño —dijo Zoe.

Lara se sentía apagada sin Luna. Visualizó a su madre sentada a otra mesa: Lulú estaba conversando con su hermana, Eir, por lo que Lara se dirigió allí.

—¿Dónde vas, Lara? —preguntó Daven.

—A por mi arco, y vosotros deberíais ir a por los vuestros. Recordad que somos exploradores —respondió Lara.

Lulú no reparó en la presencia de su hija, y Lara aprovechó para escuchar a hurtadillas.

—¡Eir, las cosas están muy tensas! —dijo Lulú alterada.

—Hermana, prefiero la guerra antes que ver a nuestro clan de rodillas —bufó Eir.

—Sé que ambas opciones son malas, por eso debes entender mi preocupación.

—No eres la única que se preocupa. —Eir cogió de la mano a su hermana.

—¿Eyra tiene algún plan?

—Está algo perdida ahora mismo, lo de su padre la ha dejado perturbada. Cuando le pregunto sobre este tema, me dice que no es una prioridad, que intentan asustarnos para que aceptemos sus condiciones, como han hecho con los demás clanes.

—Eso no quita que debamos ser prudentes. Hoy he visto a muchos exploradores salir… El clan está indefenso…

Eir se percató de la presencia de la pequeña Lara.

—¡Cariño, no te había visto!

—¡Hola, tita!, ¿pasa algo malo?

—Nada que tu tía no pueda solucionar —respondió Lulú—. ¿Quieres algo, cielo?

—Quiero ir a la casa de la yaya —respondió Lara—. Dejé allí el arco el otro día para que me lo terminara de tallar, y quería recogerlo para poder practicar. Y también quiero comprobar si se ha recuperado de la caída que tuvo el otro día.

—Se lo tiene merecido, aún se piensa que tiene el cuerpo de una jovenzuela —rio Eir.

—Vale, cielo. Te acompaño, así veo si se le curó la herida de la pierna —dijo Lulú levantándose.

—Nos vemos esta noche, chicas —dijo Eir.

Lulú y Lara pusieron rumbo a la casa de la yaya. Lara se percató antes de irse de que Mylena miraba con fijación al río, esperando el regreso de su hija.

Llevaban un rato caminando de vuelta. Lara iba agarrada de la mano de su madre, silbando una melodía e irradiando felicidad a cada paso que daba.

—Hoy estás especialmente contenta —dijo Lulú.

—¡Por fin me van a entregar mi lobezno! —dijo Lara con efusividad—. Llevo esperando esto toda mi vida.

—¿Seguro que es solo por el lobezno? ¿Acaso no tiene Luna nada que ver con esa sonrisa? —preguntó su madre.

Lara se sonrojó. Estaba a punto de contestar a su madre cuando vio algo que la dejó atónita y borró su sonrisa: varias columnas de humo emanaban del poblado.

—Mamá… —masculló Lara.

Debido al serpenteo del sendero no habían podido visualizar el poblado hasta salir a la explanada en la que se encontraban, pero ahora podían ver lo que sucedía con total claridad: la villa estaba siendo atacada. El resplandor de las llamas se reflejaba en los ojos de Lulú y Lara, sus rostros se ensombrecieron al contemplar las columnas de humo y al oír los gritos de dolor que provenían del interior del poblado.

Lulú reaccionó al instante, desenfundó el hacha que siempre llevaba encima y se arrodilló para mirar de frente a los ojos de su hija. Lara observó que el miedo y la rabia se arremolinaban en la mirada de su madre.

—Lara, escúchame bien —dijo Lulú con la voz quebrada—. No hay tiempo para explicaciones, debes hacer exactamente lo que te voy a ordenar.

—Mamá, me estás asustando… —la interrumpió Lara entre sollozos.

—¡Lara, eres una exploradora del clan del Lobo! —dijo Lulú con brío. Aquel cambio de tono insufló valor y entereza a Lara, la cual sintió, ante aquellas palabras, cómo su orgullo crecía y sus temores se reducían—. Solo tú puedes alertar al clan. Debes volver con presteza a la Ribera; luego informa a Eyra de lo que has visto.

—¡Mamá, pero tú no puedes correr! ¡No puedo dejarte aquí sola! —gritó Lara.

—Ahora solo importa el clan —dijo Lulú, colocando un brazo sobre el hombro de su hija—. Yo puedo defenderme sola. —Lulú se inclinó y le dio un beso en la frente a Lara—. Te quiero, hija.

Los ojos vidriosos de Lulú insuflaron valor a Lara. La joven exploradora asintió y partió rauda de vuelta a la Ribera.

Lara corría sin mirar atrás, con los puños apretados y la firme decisión de no parar, pero el relincho de un caballo le hizo girar la cabeza para ver qué ocurría a sus espaldas, y lo que vio la paralizó en seco.

Tres jinetes galopaban en dirección a Lulú. Los caballos, junto con los jinetes, iban cubiertos con oscuras armaduras; los jinetes habían desenfundado sus espadas y cada vez estaban más cerca de Lulú.

La madre de Lara sujetaba su hacha con firmeza y esperaba la embestida de los tres atacantes con entereza. Lara quería obedecer a su madre, quería salir corriendo a la Ribera y no mirar atrás, pero no podía apartar la vista de la escena que tenía enfrente.

Uno de los jinetes se adelantó a los otros dos y se lanzó directo a Lulú; el hacha de la antigua exploradora voló como si fuera una flecha y derribó al jinete, el cual cayó al suelo de espaldas; su sangre regaba el sendero y en su pecho resplandecía clavada el hacha de Lulú. Lara vio a su madre acercarse con calma al cuerpo

inerte de aquel guerrero, extraer el hacha sin mirar siquiera a la persona que acababa de matar y plantar cara al destino.

El hacha de Lulú goteaba sangre, y con cada gota que caía, los dos jinetes restantes se acercaban más y más, hasta que Lulú los tuvo encima. Lulú había sido una experta exploradora y esquivó al primero sin problemas, habría esquivado al segundo, pero su pierna herida le recordó el motivo por el que ya no era exploradora. El segundo jinete embistió a Lulú y la arrolló con su caballo, hundiéndola contra el suelo y lanzando su hacha por los aires.

Lulú aulló de dolor.

El guerrero que había embestido a Lulú se bajó de su caballo; con paso lento se dirigió adonde yacía el cuerpo de la madre de Lara. El rostro del guerrero estaba cubierto por un oscuro yelmo, pero Lara pudo discernir que, bajo aquel metal, se escondía una sonrisa afilada.

El desconocido guerrero alzó su espada sobre el cuerpo jadeante de su rival y, con un veloz movimiento, la clavó en el pecho de Lulú.

Lara palideció ante aquella escena. Quería gritar y llorar, pero lo único que podía hacer era obedecer la última orden de su madre. Lara salió corriendo hacia la Ribera, y esta vez no miró atrás. Corrió sin cesar. Sus ojos llorosos le nublaban la vista del sendero. Todavía podía oír el estremecedor aullido de su madre. Aquello hizo que Lara no prestara atención a los obstáculos del sendero y tropezó con una piedra. Sus piernas cedieron y se estampó contra el suelo.

Todavía quedaba un largo trecho hasta la Ribera. Lara golpeó con los nudillos el empedrado camino; tenía la boca seca y las lágrimas surcaban sus mejillas. Debía continuar, debía salvar al clan, no podía consentir que su madre hubiera muerto en vano. Alzó la cabeza para levantarse, pero su mirada se topó con la oscura armadura de un guerrero, el mismo que había asesinado a su madre.

—Quieta, niña —ordenó aquel hombre.

—¡Malnacido! ¡Te voy a matar! —gritó Lara, y le lanzó una piedra desde el suelo.

La piedra chocó contra la coraza del guerrero, que soltó una carcajada ante el fútil ataque de Lara. El asesino de Lulú se acercó a la joven y, con la espada en la mano, golpeó a Lara con una patada en la barriga.

—¿No sabes quiénes somos, niña estúpida?

Lara sintió un dolor atroz, pero no podía rendirse con tanta facilidad. Aunó sus últimas fuerzas y consiguió ponerse de rodillas. Tenía que llegar a la Ribera, era su cometido.

—¿Qué hacemos con esta, Nixon? Es solo una cría —dijo el otro jinete, que había llegado a caballo y se había colocado detrás de Lara.

—Las órdenes son claras: extinguir al maldito clan del Lobo.

El asesino de Lulú lanzó una estocada justo al acabar la frase. Lara sintió una punzada en el pecho, saboreó su propia sangre y se estampó de cara contra el suelo. El guerrero, girándola con su bota, la volteó hacia arriba.

La niña tenía los ojos abiertos, miraba al cielo, pero ya no veía su azul celeste, tampoco veía los rayos del sol, sino a sus padres besándose, a sus amigas riendo, a Luna sonriendo, a una loba gris moviendo su cola feliz…

Al final, todo se esfumó y solo quedó una inmensurable oscuridad.

Luna

Día 24 de la fase de la Pantera
Ciclo 23 después de la Gran Guerra

—¡Por la maldita Gaia! —maldijo Luna mientras cruzaba el río Jato, cuyas aguas le cubrían hasta las rodillas.

No solo tenía que ir a buscar un ramo de rosas para su madre, algo absurdo, ya que había rosales dentro del poblado, sino que además había hecho el ridículo delante del clan.

«Soy la hija de Daxos, nieta del gran Férox, tengo una reputación que mantener», pensó Luna nada más alcanzar la otra orilla.

Luna siempre había vivido con esa presión encima. El clan esperaba de ella grandes hazañas, ya que provenía de una familia de leyenda. Primero estaba Daxos el Verde, considerado el mejor arquero del clan del Lobo. Luego estaba su abuelo, Férox, con tantos sobrenombres y apodos que en cada clan se le conocía de una forma, con gestas que acabarían convirtiéndose en leyendas, tan famosas que los niños y niñas de todos los clanes las escuchaban ensimismados a la luz del fuego.

Luna temía que la gigantesca sombra de su familia absorbiera sus proezas, que al final, el clan la conociera por ser nieta o hija de alguien, en lugar de por sus propios logros. Sentía que el clan la juzgaba a cada paso que daba, advertía el peso de las miradas suspicaces que observaban cada uno de sus actos, y oía los

murmullos recelosos sobre si aquella niña era digna sucesora de la sangre que corría por sus venas.

Luna se dio cuenta de que llevaba un rato deambulando por el bosque, sin rumbo, y con el morral desprovisto de rosas. La pelirroja sacudió la cabeza y echó un vistazo a su alrededor; se encontraba en las inmediaciones del conocido Bosque de los Desterrados, lugar donde habitaban los también llamados apátridas: personas que habían sido expulsadas de su villa nativa por algún delito. El acceso al bosque estaba prohibido: únicamente podían internarse en él los exploradores que portaran la marca del clan. Sin embargo, Luna había recibido una multitud de prácticas en los alrededores, por lo que conocía a la perfección la ubicación de la linde que separaba el territorio de los lobos con el de los desterrados.

La joven exploradora desenvainó el hacha de su madre, observó los alrededores hasta que dio con unos rosales y se dirigió a ellos. Luna cortó varias rosas rojas con suma paciencia, ya que primero debía depilar sus tallos para evitar pincharse con sus espinas. Sabía que un ramo de comunes rosas rojas no sería suficiente para apaciguar a su madre, por lo que escudriñó la zona hasta dar con un rosal que tuviera las singulares rosas azules, las preferidas de Mylena.

Luna no encontraba por ningún lado aquellas peculiares rosas azules, por lo que decidió escalar el tronco de un abeto y otear desde su copa los alrededores; una vez arriba, halló unos rosales azulados a pocos pasos de donde estaba. Pero también tropezó con otra cosa, algo curioso e insólito: una columna de humo emergía de la villa del clan.

Descendió veloz del abeto; aquel humo la preocupaba. Debía volver rauda a la Ribera, pero tampoco podía volver con las manos vacías, por lo que avanzó primero adonde estaban las rosas azules y

cortó una sin miramientos, lo que provocó que se clavara una espina.

—¡Maléfica y vil planta! —maldijo mientras se lamía la herida y corría en dirección a la Ribera.

No tardó en llegar a la orilla. Una vez allí, descubrió que el humo era el menor de sus problemas. Al otro lado del río Jato, en la cima del sendero que descendía desde la colina hasta la Ribera, el sol resplandecía sobre las metálicas armaduras de un grupo de jinetes.

No podía cruzar el río en aquel momento, no hasta saber si aquellos jinetes eran aliados o enemigos, por lo que buscó un árbol al que poder trepar y desde donde observar sin ser vista.

Encontró un gran alcornoque cerca de la orilla y lo escaló sin ninguna dificultad. Una vez arriba, comenzó a cavilar sobre lo que estaba sucediendo al otro lado del río.

El grupo de jinetes se había detenido en lo alto de la colina. Eran un total de diez miembros los que formaban aquella tropa. Dos de ellos se habían quedado subidos a lomos de sus caballos; los demás se habían apeado de sus monturas y descendían por el empinado y estrecho sendero a pie. Todos portaban armaduras oscuras, excepto dos. Uno portaba una armadura parda, con una única hombrera plateada, igual que la coraza, y cuyo rostro estaba oculto bajo un yelmo enterizo de color rojo sangre. El otro encabezaba el grupo, con una armadura nívea que relucía sobre las demás, y con un yelmo de idéntica tonalidad con dos grandes astas que emergían arqueadas desde la parte trasera hasta alzarse por encima de la cabeza.

Las personas que se encontraban en la Ribera debían de haber oído el trote de los jinetes desde bien lejos, ya que la mayoría se había reunido en torno a la mesa de Eyra, donde la líder esperaba de pie a que los forasteros bajaran.

Luna sospechaba que el humo proveniente del poblado y la llegada de aquel grupo de jinetes no era mera casualidad, pues sabía quiénes eran esos hombres, ya que solo conocía la existencia de un clan que usara caballos como montura: el clan del Cazador.

Que un clan mandara emisarios a otro era algo muy común en Terión, ya que siempre había alguna disputa abierta entre clanes, y la mayoría de ellas acababan solucionándose con una boda o con un pago de tributos; pero otras tantas acababan con derramamiento de sangre, aunque no había habido ninguno desde la Gran Guerra.

La cara de preocupación de Eyra indicaba que ella también se había dado cuenta de que aquella visita inesperada iba más allá de unos simples emisarios.

«Yo también tengo un mal presentimiento ante esta visita, tía», pensó Luna.

El mal presentimiento de Luna se debía a la mala fama del clan del Cazador. Dicho clan era el más joven de todo Terión, y su ansia de poder le llevaba a no respetar las antiguas tradiciones de los demás clanes, ya que ningún clan se atrevería a atacar a otro en su fiesta local, y menos en las Lupercalias, pues no solo eran las fiestas del clan del Lobo, sino que marcaban la llegada de un nuevo ciclo, por lo que también eran festejadas en los demás clanes.

«Nadie viene de fiesta ataviado con una armadura de batalla», pensó Luna, cada vez más preocupada.

El hombre que encabezaba el descenso alcanzó la Ribera. Luna no necesitaba ver su rostro para saber de quién se trataba: Sauro, el líder de los cazadores.

Sauro era un glorioso campeón de la Gran Guerra, incluso había luchado codo con codo junto a Férox, pero eso no quitaba que fuera un vil e infame bellaco, además de un ingrato e insolente déspota y malasangre. Luna lo sabía, Eyra lo sabía, y todo Terión lo sabía.

El líder de los cazadores se acercó a la mesa; su marcha era lenta, con la cabeza bien alta, irradiando soberbia a cada paso.

Eyra tenía una pose firme, mostraba entereza, y en su rostro no se atisbaba ni una pizca de sumisión o miedo, sino más bien rabia. La líder del clan del Lobo le señaló un asiento en la mesa, a su lado, con la intención de dialogar. Mylena reunió a los pocos niños que quedaban y los alejó hacia la orilla.

Luna observó que su madre escrutaba la maleza del otro lado del río, buscando algún indicio de su hija.

Sauro hizo un gesto a sus secuaces, luego se quitó el yelmo, dejando relucir un oscuro cabello puntiagudo junto con una afilada barba. Llevaba una gran maza a sus espaldas, la cual desenfundó y apoyó sobre la mesa. Las personas allí sentadas se llevaron las manos a la boca, asqueadas: la maza estaba embadurnada de sangre.

Eyra Lobablanca, a pesar de ser una persona razonable y coherente, se levantó y, colocándose enfrente de Sauro, le escupió en pleno rostro. Aquel acto provocó enormes carcajadas al grupo de los cazadores, incluido al propio Sauro, que había echado la cabeza hacia atrás y se reía de forma espeluznante.

Eyra Lobablanca no tenía fama de guerrera, era una mujer que había destinado su vida a la política y jamás había luchado en ninguna batalla, por lo que no vio venir el golpe de Sauro. El gran jefe de los cazadores había alzado su enorme maza con ambas manos y, con un raudo movimiento similar al de una fuerte ráfaga de viento, había descargado un súbito mazazo contra la líder de los lobos.

El silencio se apoderó de la Ribera.

Eyra, la tía de Luna y líder del clan, yacía sobre la mesa, con medio cráneo al descubierto y con sus sesos esparcidos entre los

miembros del consejo.

Luna ahogó un grito de consternación. Su tía había muerto ante sus ojos, y ella no había podido hacer nada.

Un halo de estupefacción recorrió la Ribera. Los miembros del clan del Lobo cruzaban sus miradas, reflejando en sus semblantes la funesta idea que todos compartían, ya que si por algo se caracterizaba el clan del Lobo era por su orgullo, y sus miembros no iban a permanecer impasibles ante aquella infamia.

Una de las niñas que protegía Mylena se escabulló en dirección a Sauro. Armada con una piedra y unos ojos vidriosos, lanzó su ataque. La piedra golpeó el espaldar reluciente del líder de los cazadores. Aquella piedra no le hizo ningún daño a Sauro, pero avivó la sed de venganza que invadía el ambiente, provocando que los demás miembros allí presentes se alzaran coléricos. Muchos eran ancianos, otros eran niños, y la mayoría no portaba ningún arma más que el indómito carácter que les enorgullecía.

Luna había pasado largas noches alrededor de una hoguera, escuchando historias sobre épicas batallas de épocas pretéritas. Había escuchado epopeyas de incontables héroes y heroínas que con sus hazañas habían salvado a su familia, a su clan, a Terión. Pero Luna jamás había presenciado una de esas batallas.

Hasta ese día.

En ese momento, Luna aprendió una valiosa lección que jamás olvidaría: el honor impregnado en las historias era irreal. En las batallas reales, los niños eran masacrados sin piedad. Los defensores desarmados sucumbían ante contiendas injustas. La muerte te llegaba por la espalda, sin previo aviso. No se perdonaba la vida a nadie.

Aquello no era una batalla, sino una masacre.

Luna no aguantó más. Era incapaz de quedarse allí, inerte, mientras su familia y sus amigos morían. No soportaba observar cómo masacraban a su pueblo, así que sacó su arco y preparó una flecha.

Apuntó a la cabeza descubierta del líder de los cazadores. Sabía que aquel disparo sería el último, ya que delataría su posición, pero al menos moriría sabiendo que había matado al malnacido que había provocado la extinción salvaje del clan del Lobo.

Visualizó a Sauro: estaba subido en la gran mesa, riendo, embadurnado de sangre. Luna calculó la distancia, la caída y el viento: era un disparo sencillo. Tensó el arco y, cuando estaba a punto de disparar, su línea de visión se topó con un rostro sonriente, uno con el que Luna estaba muy familiarizado: su madre.

Mylena se encontraba de pie, petrificada junto a la orilla del río. Su mirada estaba fija en la posición, para los demás oculta, de Luna. Mylena no portaba ningún arma, pues había entregado su hacha a Luna; tampoco tenía ninguna posibilidad de salir viva de allí. Mylena conocía su destino y, aun así, sonreía, ya que, como a cualquier madre, le importaba más el bienestar de su hija que el suyo propio.

Luna comenzó a temblar. Sus brazos no eran capaces de sujetar el arco ni de tensar la cuerda. Luna podía matar al canalla de Sauro con aquel disparo, y con ello, saciar su sed de venganza. Pero aquel disparo entristecería a su madre, rompería su sonrisa, y Luna no quería decepcionar a su madre, no quería provocarle más dolor del que ya estaba sufriendo.

Guardó la flecha en el carcaj y enfundó su arco. Sacó con cuidado la rosa azul que había recogido y se la enseñó a su madre junto con una sonrisa inundada en lágrimas. Mylena se llevó una mano al corazón, ensanchó su sonrisa y cerró los ojos.

Luna jamás olvidaría el semblante de felicidad con el que su madre se despidió de la vida, como tampoco olvidaría al guerrero de yelmo rojizo, cuya hacha de doble filo decapitó a Mylena, con pasmosa facilidad, mediante un único y fugaz tajo por la espalda.

La rosa azul se desprendió de los dedos de Luna y fue a caer a las cristalinas aguas del río Jato, donde sus pétalos fueron regados con las lágrimas que habían sido vertidas en aquel torrente de amargura. Uno de los pétalos se desmembró de la anegada rosa. Luna empatizó con aquella desdichada flor: el mismo tajo que había cercenado la cabeza de su madre había arrancado un fragmento de su alma.

El tiempo se paralizó para Luna. Su figura permanecía subida en aquel árbol, petrificada. Los rayos de sol que antaño la inundaban de calor ahora secaban su felicidad hasta evaporarla por completo, dejando una estatua rocosa, repleta de agonía y dolor. Una estatua desalentada ante la vida, la cual no respiraba, no lloraba, no reía ni amaba. Solo persistía.

Encerrada en una jaula de abatimiento, Luna cedió el control a su primitivo y salvaje subconsciente. Y como un animal herido que huye ignorando el dolor, Luna saltó de aquel árbol. Cayó al suelo dañándose los pies, pero aquello no le impidió salir corriendo, sin pensar, sin rumbo, ya que su mente seguía aprisionada en lo alto del árbol.

El bosque pasaba de forma vertiginosa ante sus inexpresivos ojos. Su corazón palpitaba a un ritmo frenético, bombeando sangre sin parar, mientras su cuerpo danzaba sobre los obstáculos del bosque como el de una asustadiza lobezna. Pero aquella lobezna no tenía manada, ni territorio al que volver, solo su ímpetu de supervivencia.

La salvaje Luna corrió hasta quedar exhausta, hasta que sus pies sangraron tanto que cada pisada era un tormento, hasta que su

cuerpo dejó de esquivar las ramas y piedras del frondoso bosque. Y cuando ya no pudo más, se estampó contra el suelo. Yacía en el corazón del bosque, con el cuerpo dolorido y el alma rota, sin ninguna razón para levantarse. Luna cerró los ojos con la esperanza de no volver a abrirlos nunca más.

No tardó ni un instante en abrirlos.

Había vuelto al árbol funesto donde su vida había dejado de tener sentido. Volvió a ver a los cazadores bajar por un sendero a la Ribera. Ya sabía lo que iba a ocurrir a continuación, por lo que sacó su arco y los abatió con una lluvia de flechas. Ninguno salió vivo.

Cuando llegó la noche, todo el clan vitoreaba su nombre. Los exploradores habían vuelto y escuchaban, como niños pequeños, la historia de cómo Luna la Temeraria había derrotado al enemigo.

El sonido alegre del laúd inundaba el ambiente de las fiestas; la gente bailaba y celebraba la Lupercalia con una sonrisa en el rostro. Los niños saltaban hogueras, los adultos bebían y reían sin cesar. Luna danzaba con sus amigas y, cuando la canción llegó a su fin, Lara le regaló su primer beso.

Luna no quería que aquella noche se acabara jamás.

Un repentino viento, seguido de una fuerte lluvia, apagó las llamas de la gran hoguera. La música cesó. La gente dejó de bailar. Todo el clan posó su mirada en Luna; la señalaban mientras murmuraban una palabra: cobarde.

Los alegres semblantes de los miembros del clan se tornaron lúgubres. Sus rostros se desencajaron, sus blancos ropajes se ensuciaron con las gotas de sangre que manaban del cielo. Rodearon a Luna al tiempo que entonaban una retahíla de injurias y afrentas: temerosa, pusilánime, medrosa…

Luna escapó a empujones de aquella muchedumbre, y volvió a salir corriendo. No paró hasta llegar a su casa, donde encontró a su

madre. Mylena estaba sola en el jardín, de espaldas a su hija. Luna suplicaba ayuda, pero su madre no respondía.

Luna agarró a su madre del brazo, y esta se volvió de forma frenética. Su rostro dejó al descubierto una siniestra sonrisa junto a unas cuencas desprovistas de ojos y anegadas en sangre. Mylena abrió la boca, pero no salieron palabras; en su lugar apareció una gran araña, negra y peluda. Luna gritó, tan fuerte que se despertó de aquella horrible pesadilla.

La oscuridad de la noche la había alcanzado. Luna notaba el sabor de la sangre seca mezclada con la tierra en su boca. Le seguía doliendo todo el cuerpo y no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba. Luna permaneció allí tumbada, boca abajo y llorando.

Por encima de aquel bosque, las nubes continuaban con sus constantes movimientos, y quiso el destino que, entre aquella sosegada danza, quedara al descubierto un haz de luz que atravesó la oscuridad e incidió en el alicaído ser que yacía en el bosque.

Luna se volvió ante aquel destello luminoso y, cuando miró hacia arriba, aquella luz la inundó por completo. Se encontró frente a su gemela y descubrió que ambas estaban rodeadas por un mar de oscuridad. Pero una resplandecía ante las tinieblas, mientras que la otra sucumbía ante ellas.

La luna llena refulgía en el firmamento. Su haz luminoso inundaba por completo todo Terión. Y aquellos seres que recibían una brizna de aquella luz sentían más calidez que si hubiera sido con la del propio sol, ya que la esperanza que emergía de aquel fulgor servía de alimento para sus sueños.

Aquel plenilunio era de suma importancia para Luna. Terión contaba con un calendario dividido en ciclos, fases y días. Cada ciclo tenía doce fases, y cada fase tenía veinticuatro días; cada plenilunio marcaba el inicio de una nueva fase, y el de la Lupercalia, además

de marcar el inicio de la fase del Lobo, daba la bienvenida también a un nuevo ciclo. Y Luna había recibido su nombre a causa de haber nacido en el plenilunio de la Lupercalia.

Existía una tradición muy arraigada por los chamanes del clan del Lobo, según la cual tu destino estaría determinado por la luna de tu nacimiento. Nacer en plenilunio auguraba un destino lleno de grandes hazañas, pero nacer en el plenilunio de la Lupercalia profetizaba el nacimiento de una nueva leyenda.

Luna soltó una sardónica carcajada que resonó por todo el bosque en calma.

«Acabo de cumplir doce ciclos y no tengo a nadie con quien celebrarlo. Malditos chamanes. ¿Qué nefanda leyenda voy a ser si ni siquiera pude defender a mi clan?», pensó.

La luz de la luna había encendido una chispa de vida en el cuerpo de Luna, que, aunando todas sus fuerzas, consiguió ponerse en pie. No tenía adónde ir, por lo que anduvo por el desconocido bosque hasta que encontró un claro en el que poder pasar la noche. Luna colocó una gran rama caída a modo de asiento, recogió un par de pequeñas ramas secas y al poco tiempo ya tenía una pequeña hoguera prendida.

La noche era cálida y no había necesidad del calor del fuego, pero Luna sentía una verdadera fascinación por el baile de llamas que provocaba una hoguera en la oscuridad de la noche. El crepitar de la madera junto con la danza flamígera activó ciertos recovecos de su embotada mente.

Luna recordó la última despedida de Daxos, la última sonrisa de Mylena y el último abrazo de Férox. Ahora su madre había sido decapitada, su padre seguramente habría sido perseguido y cazado, y su abuelo…

Luna escrutó el firmamento. Una lágrima resbaló por su mejilla al recordar que aquel plenilunio marcaba, además, la Likamory de Férox. Aquella misma noche su abuelo se uniría al Reino de los Espíritus. Una sonrisa asomó en el rostro de Luna, una brizna de regocijo provocado por el hecho de saber que su abuelo abandonaría aquel mundo sin haber tenido que presenciar la masacre ni la extinción de su propio clan, y por tanto lo haría colmado de felicidad e ignorante de la desazón que aquello le hubiera provocado.

«Aunque si el abuelo hubiera estado en la aldea en el momento de la batalla…, otro gallo cantaría», pensó.

—Aún en la noche más oscura, la luna siempre arrojará un destello de esperanza —dijo Luna contemplando el plenilunio.

Era una frase que su abuelo le repetía a menudo. Y siempre le decía que en realidad se refería a ella y no al astro luminoso. Férox la había sacado del lema del clan del Lobo, y la había adaptado para su nieta. Para esos momentos en los que Luna estaba triste, y su abuelo la animaba con palabras dulces.

Luna comenzó a tararear el lema al son de las llamas de la hoguera.

En la noche más tenebrosa,
cuando hayas perdido la esperanza,
aúlla a la luz de la más hermosa
y la manada vendrá buscando venganza.

Un aullido la acompañó al finalizar su cántico. Luna conocía a la perfección las costumbres y los hábitos de los lobos salvajes. Los aullidos servían para comunicarse con la manada, y aquel aullido había venido de muy cerca.

Se levantó, intentando entrever más allá del claro. Buscaba el origen del aullido cuando otro aullido, diferente al primero, resonó detrás de ella. La estaban rodeando.

Una sombra se deslizó, fugaz, entre la frondosidad que envolvía el claro. Luna oyó otro aullido y, entre la maleza, atisbó numerosos ojos que centelleaban y la observaban. Una manada la tenía acorralada, y ella estaba a punto de convertirse en su cena.

Echó una rápida mirada a su arco y sus flechas: estaban a un lado de la hoguera, por lo que le daría tiempo a cogerlos sin problemas. Luna, además, contaba con la ayuda de las llamas, con las que podía improvisar una antorcha y espantarlos. Pero había un problema, y era que Luna no quería hacer nada de eso.

Las leyes de su clan eran claras al respecto: estaba terminantemente prohibido hacer daño a un lobo, aunque fuera en defensa propia. El castigo era ser desterrado del clan, y Luna no iba a romper ninguna de las leyes sagradas del clan del Lobo. Ella seguía formando parte del clan. Es más, en aquel instante, ella era la líder del clan, ya que era su última integrante. Y una líder debe dar ejemplo y actuar acorde a su posición.

Si debía morir, lo haría siendo leal a su clan.

Se arrodilló ante la hoguera y cerró los ojos. No tenía miedo a la muerte. Aunque sí maldijo a Gaia por haber permitido la masacre de su clan. También pidió a los antiguos dioses, Fénrir y Selene, que vengaran a sus caídos adeptos, ya que a ella no se le había dado el tiempo suficiente para llevar a cabo tan ardua tarea. Apretó los labios y contuvo las lágrimas, relajó los brazos sobre sus muslos y aceptó su destino.

El claro permaneció en silencio, un silencio tan poderoso que acallaba el crepitar de la madera que emanaba de la hoguera, que silenciaba la respiración, pausada y en calma, de la propia Luna.

Aquel silencio dominó el bosque. Las pisadas de los lobos se veían amortiguadas por él, ya que el bosque era su hogar y les daba cobijo. La manada rodeó el claro en silencio.

Luna captó su presencia; sintió que numerosos ojos la estaban escrutando, cómo esperaban, agazapados, a que los lobos alfa dieran la orden. Luna se vio invadida por el silencio que inundaba el claro y su respiración se sintonizó con la de sus depredadores. Sus corazones latían al unísono. Por fin encontró la paz que tanto había anhelado, una paz que solo podía provenir del dulce beso de la muerte.

«Han sido rápidos y no he sentido dolor; los chamanes tenían razón». Pensó que su alma se había desligado de su cuerpo y que su espíritu era libre para recorrer la desconocida senda del más allá. Un débil llanto la devolvió a la cruda realidad terrenal.

Abrió los ojos, desconcertada, en busca de la manada de lobos. Los había oído, los había atisbado e incluso los había sentido en su interior.

Volvió a oír el mismo llanto que antes.

Oteó los alrededores del claro hasta que encontró su origen: medio oculto entre unos matorrales, un asustadizo lobezno lloraba. Luna se quedó absorta, con la mirada fija en aquella adorable criatura. Hasta que el lobezno se volvió y sus miradas se encontraron.

El lobezno dejó de llorar en cuanto se topó con los esmeraldinos ojos de Luna. El pequeño cachorro, de pelaje blanco como la nieve, se encontraba sentado y con las orejas caídas. Sus anaranjados ojos escrutaban con fijación a Luna. El lobezno volvió a gemir, apartó su mirada y volteó la cabeza, asustado ante la idea de haberse quedado solo y abandonado en mitad del bosque. Agachó la cabeza

y volvió a posar sus vidriosos ojos en aquella desconocida joven que había ante el fuego.

Aquel llanto despertó ciertos recovecos de la mente de Luna, lugares heredados por sus ancestros, listos para ser usados ante la llamada de la naturaleza, llamada que acababa de presentarse ante ella.

Luna se levantó con calma, sin hacer ningún movimiento brusco, ya que no quería asustar al cachorro. Avanzó hacia el lobezno y, cuando estuvo a su alcance, se agachó y lo acarició como si fuera algo tan natural como respirar.

El lobezno se impregnó del amor que le transmitía aquella joven y reflejó en sus diminutos ojos la afinidad innata que sentía por aquella humana. El cachorro se incorporó, alzando su cola hasta enroscarla sobre su lomo, al tiempo que daba pequeños saltos alrededor de Luna.

Aquel pequeñín consiguió algo que a Luna le habría parecido imposible hacía unos instantes: la mirada del lobezno la había desarmado y Luna había sentido cómo una chispa de felicidad se colaba en su interior. En su semblante brotó una complacida sonrisa provocada por aquella inocente criatura.

Luna cogió al pequeño cachorro en brazos, que apenas tendría una fase de vida. Sintió una conexión especial cuando lo estrechó entre sus brazos; ambos estaban solos, sin familia, con un único objetivo en la vida: sobrevivir.

—Ya estás a salvo, pequeño. No dejaré que nada malo te pase, nada ni nadie podrá separarnos, te lo prometo.

«Aunque has sido tú el que me has salvado a mí», pensó.

Luna volvió a la hoguera con el cachorro en brazos y se sentó alrededor del fuego mientras le acariciaba la cabeza para que se durmiera. El lobezno era un macho. Además tenía pequeñas

manchas de hollín en la cola, lo que solo podía significar una cosa: aquel cachorro pertenecía a la camada que debía haber sido entregada en la Lupercalia.

Las tradiciones del clan dictaban que los futuros exploradores no podían ver a sus lobeznos hasta el día de la elección, donde el cachorro debía elegir a su compañero. Según los chamanes, la unión entre un miembro del clan y su lobezno era sagrada, estaba forjada a fuego entre los lazos del destino, y nada ni nadie podía impedir que se encontraran.

El destino había querido que Luna escapara de aquella masacre; y también había querido que aquel lobezno escapara del poblado, entre el caos del fuego y la matanza. El pequeño había huido al bosque, había cruzado el río y había sobrevivido. Los lobos primigenios lo debían de haber encontrado y lo habían llevado junto a la manada, para al final entregarlo a la que debía haber sido su compañera. Después de todo, Luna había recibido su cachorro por la Lupercalia.

Entre el silencio de la noche y el baile de llamas, el pequeño se durmió en los brazos de Luna. Ahora solo quedaba una cosa: ponerle un nombre. Luna llevaba varias fases con la duda del nombre, indecisa ante qué destino le depararía al lobezno. Pero después de la masacre, después de lo ocurrido, solo había un nombre que le viniera a la cabeza. Un nombre de guerrero, de *berserker*; un nombre que inspirara pavor en aquellos que osaran desafiarlo; un nombre que la inundara de felicidad cada vez que lo escuchara; un nombre que ya perteneciera a una leyenda: Férox.

Férox emitió un pequeño llanto, debido a que Luna había dejado de acariciarlo. En el clan del Lobo se decía que, aunque aquellos animales eran considerados salvajes y feroces debido a su aspecto, en el fondo eran unos mimosos.

—Tranquilo, Férox —dijo Luna acallando su llanto con más caricias —. Duerme…

* * *

La luz del primer rayo de sol incidió sobre el bosque, atravesó las copas de los árboles y despertó a la naturaleza; los pájaros iniciaron sus cánticos matutinos; los elanios azules se posaban sobre las ramas para entonar su melodía; la poipa mostraba con orgullo su cresta; los buitres negros sobrevolaban el claro, buscando seguramente carroña.

Luna se puso en pie. Llevaba toda la noche recostada en el suelo contra el tronco de un enorme roble en las inmediaciones del claro. Férox había dormido acurrucado a su lado. Luna, además, no había pegado ojo en toda la noche, aunque tampoco le había hecho falta, pues ya había dormido suficiente el día anterior. Había preferido pasar la noche vigilando a su lobezno.

Estiró su dolorida espalda y se dispuso a amontonar sus cosas. Luna ató el hacha de su madre al cinturón, recogió su carcaj repleto de flechas y lo anidó a su espalda. Con el arco colgado del hombro despertó a Férox: el lobezno se desperezó y lanzó un enorme y contagioso bostezo, se sacudió y se puso en pie, listo para dar su primer paso a una nueva vida, junto a su compañera.

La noche en vela había ayudado a Luna a trazar un plan. Ahora era una huérfana, pero eso tenía solución, ya que sus padres, y sobre todo su abuelo, tenían muchos amigos ahí fuera.

Los lobos contaban con dos poderosos aliados: el clan del Búho y el clan del Zorro.

Había conocido a los hijos del líder del clan del Zorro, y no le habían caído especialmente bien; además, su abuelo le había

comentado una vez que él no confiaba del todo en la alianza con ellos. Férox sospechaba que, a la hora de la verdad, los zorros solo mirarían por salvar su propio pellejo, y si para ello debían traicionar a sus propios aliados, no dudarían en hacerlo.

Del clan del Búho tenía mejores recuerdos. Había conocido a sus líderes, antiguos amigos de su abuelo; además, su asentamiento se encontraba relativamente cerca si se alejaba de los caminos y atravesaba el bosque directamente; aunque el problema no era llegar, sino saber si los búhos seguían siendo aliados del clan del Lobo.

Luna desconfiaba de ambos clanes, pero sí confiaba en su abuelo. Y Férox siempre tenía buenas palabras para los líderes de los búhos, por lo que decidió emprender su viaje a Glauxolia, la villa del clan del Búho.

Como exploradora, algo fundamental era saber orientarse, así que buscó la posición del sol y fue en dirección contraria a este, ya que tenía que ir al oeste para volver al río Jato. La manera más fácil de llegar a Glauxolia era siguiendo el curso del agua, porque su asentamiento se encontraba al sur. El río Jato descendía desde las Cordilleras Pálidas hasta desembocar en el mar, y durante todo su recorrido pasaba por dos clanes, el del Lobo y el del Búho.

Seguir el curso del río era la mejor opción: tendría agua y comida para cada día, y evitaría los peligros del bosque. Luna se encontraba ahora en territorio de los desterrados, por tanto, territorio enemigo. Debía apresurarse para dar con una zona del río con poco caudal, para así cruzarlo e internarse en el Bosque Ululante, mucho más seguro.

Llevaba un rato andando cuando el borboteo del agua le indicó que se encontraba cerca de su primer destino. Solo tuvo que guiarse por el sonido para encontrar el río Jato. No tardó en llegar a un risco

desde el cual podía observar las aguas cristalinas y profundas del río; en la parte norte, el caudal era menos profundo. Las cigüeñas bebían y cazaban pequeñas truchas.

Férox se adelantó, descendió el terreno escarpado con gran agilidad y llegó a la orilla. Luna contempló con alegría cómo el pequeño lobezno bebía de las frías aguas del río mientras agitaba la cola. Siguiendo el ejemplo de su compañero, Luna también descendió, bebió hasta hartarse y llenó la cantimplora.

El agua estaba estupenda, por lo que se desnudó y decidió darse un buen baño; se lo merecía. Férox, después de unas dudosas miradas a la profundidad del río, se lanzó hacia Luna para compartir el chapuzón.

Luna perdió la noción del tiempo en aquellas aguas. Sus problemas parecían ahora minúsculos ante la inmensa belleza del mundo; sentía un torbellino de emociones positivas que expulsaron sus pensamientos lúgubres. Y se dio el capricho, por un pequeño instante, de sentirse feliz.

«Ya habrá tiempo de sentirme culpable más tarde», pensó, sabiendo que luego la invadirían los remordimientos.

Después de secarse al sol como si fuera una lagartija, se vistió. Cayó en la cuenta de que no tenía nada de comer; y no había nada como un buen baño para despertar al hambre.

Por suerte, Luna conocía un viejo truco que le había enseñado su padre: cogió una de las cuerdas de su morral (todo buen explorador debe llevar siempre cuerdas), sacó una flecha de su carcaj e hizo un nudo en la punta, luego ató el otro extremo de la cuerda a su cinturón. Ahora podía lanzar una flecha y recogerla como si fuera una caña de pescar.

Buscó una zona elevada desde donde observar a las truchas. No tardó en dar con ella. Encontró un remanso repleto de aquellos

peces y se colocó en posición. Eligió una trucha al azar, apuntó a su objetivo y soltó la flecha. El resultado la decepcionó enormemente: la flecha había impactado en el agua, justo en el lugar donde había estado la trucha nadando, pero no había atinado a su objetivo.

Luna había visto a su padre hacerlo muchas veces, y él nunca había fallado. La hija de Daxos era testaruda y tenía hambre, además de un lobezno al que alimentar, por lo que volvió a disparar. Al cabo de varios intentos fallidos, comprendió que sus ojos la engañaban, ya que debía corregir el espejismo que provocaba el agua. Volvió a tirar y, con una precisión asombrosa, por fin consiguió atravesar con la flecha el cuerpo escamoso de una trucha. Al cabo de un rato, la roca se vio repleta de peces.

Luna preparó un pequeño fuego cerca de allí y compartió su festín con Férox. El lobezno devoraba las truchas con afán. Pronto descubrió Luna que aquel pequeñajo comía el triple que ella. Aquella noche, Luna durmió acurrucada junto a su lobezno, y ninguna pesadilla fue capaz de atormentarla.

En el segundo día encontró la zona del río que andaba buscando. Antes de cruzarlo, vio un gran número de huellas, tanto de personas como de caballos. Las más recientes indicaban que una pequeña tropa había cruzado el río Jato en dirección al Bosque de los Desterrados, pero había otras no tan recientes que indicaban que una gran hueste había cruzado el río en dirección al Bosque Ululante hacía dos días. Luna dedujo lo que aquello significaba: ya sabía por dónde habían cruzado los cazadores.

Luna cruzó con Férox aquella zona poco profunda del río Jato y continuó su camino hacia el sur por el Bosque Ululante.

Fue al cuarto día de viaje cuando encontró lo que buscaba. En el momento en que el sol estaba a punto de irse a dormir, oteó en el horizonte un puente en la lejanía: había llegado al clan del Búho.

Luna sabía que no era buena idea entrar en el poblado por la noche, por lo que buscó un pequeño claro alejado del puente. A la mañana siguiente pensaría cuál debía ser el siguiente paso. Había contemplado la posibilidad de quedarse toda la noche en vela, haciendo guardia, pero tenía la barriga llena y había cogido la postura sobre aquella mullida hierba. Cerró por un momento los ojos, y en el duermevela le pareció oír el ulular de un búho en la lejanía del bosque. No sabía si había sido real o se lo había imaginado. No tuvo tiempo de saberlo, ya que el sueño la alcanzó.

Tyna

Día 1 de la fase del Lobo
Ciclo 24 después de la Gran Guerra

Tyna soñaba que era una lechuza y, en su forma de rapaza, sobrevolaba en absoluto silencio un gran bosque al amparo de la oscuridad de una noche sin luna.

Nada escapaba ante sus enormes y agudos ojos, ni siquiera la figura de un diminuto conejo que correteaba por los arbustos creyéndose a salvo; pero el conejo se equivocaba.

Tyna clavó sus garras en la rama de un árbol, a pocos pasos de su presa. La lechuza calculó el siguiente movimiento, alzó sus alas y, cuando estaba a punto de abalanzarse sobre su futuro trofeo, el repentino aullido de un lobo la sobresaltó y espantó a su presa.

El aullido despertó a la luna, que inundó con su luz el bosque, dejando al descubierto a su heraldo: un enorme lobo blanco se alzaba sobre una colina rocosa.

Tyna escrutó el porte y la majestuosidad con la que el lobo miraba al firmamento. De pronto unas oscuras nubes ocultaron la luna, un trueno resonó en la noche y el cielo comenzó a llorar. El lobo no bajó la cabeza, las gotas de lluvia resbalaban por su hermoso pelaje.

Tyna comenzó a sentir frío, ya que el agua estaba tan gélida que la sacó incluso de aquel sueño.

Despertó con el cabello y toda su ropa de dormir empapada. Enfrente de ella, un chaval de tez morena reía con un cubo vacío en la mano.

—¡Ja, ja, ja! —rio el artífice de aquella travesura, que salió corriendo de la habitación.

—¡Malóu, te voy a matar! —gritó Tyna furiosa. Se levantó con presteza, tiró sus prendas mojadas al cesto de la ropa sucia, se vistió y partió rauda en busca de su presa.

«Maldito zopenco», pensó dirigiéndose al salón.

La casa de Tyna no se parecía a la de los demás miembros de su clan, ya que tenía un rango diferente debido a que era la hija de la líder.

El salón era más grande que alguna de las casas del poblado, dominado por una gran mesa central, cuadrada y de madera de roble, rodeada de sillas, todas ornamentadas y con un búho en el respaldo. Presidía la sala una grande y alta silla, negra y con una decoración más ostentosa que las demás, ya que pertenecía a la mujer más poderosa del clan, y sobre ella se alzaba un gran búho de madera anclado a la pared y dos topacios melados por ojos. Allí sentada estaba Kaira Aveoscura, líder del clan del Búho.

—Buenos días, madre —saludó Tyna con educación, y acto seguido se sentó al lado de Kaira—. Próspero ciclo nuevo… Que Gaia nos proteja…, y todas esas sandeces…

—Vigila tus palabras, hija. Dentro de poco cumplirás doce ciclos y dejarás atrás tu niñez. Así que no debes burlarte de la diosa Gaia, es posible que necesites su ayuda en el futuro…

—¡Majaderías! —espetó Malóu con la boca llena—. En mi clan no creemos en esas patrañas. El cambio de ciclo es un día como otro cualquiera. Hay que ser un pazguato para adorar a la tal Gaia esa…

—¡No se habla con la boca llena, tragaldabas! —le espetó Tyna.

—¡Tú a mí no me mandas! —replicó Malóu, lanzando un tomate que Tyna esquivó con suma facilidad.

Tyna sopesó lanzarle algo de su plato a Malóu, pero tenía huevos con queso y tocino. Sería un sacrilegio desperdiciar tal manjar, por lo que optó por darle una patada por debajo de la mesa.

Malóu captó el mensaje y siguió desayunando, aunque no apartó la mirada de Tyna en ningún momento.

—Kaira, ¿sabes cuándo volverá mi padre? —preguntó Malóu al terminar su plato.

—Tu padre partió en la madrugada de anteayer para su reunión con el clan del Lobo. Si no ha encontrado ningún impedimento en el camino, llegará hoy al atardecer. Entonces podrás volver a tu poblado con él.

—¿Poblado? —replicó Malóu con un tono punzante—. Zaeria no es ningún poblacho, sino una ciudad, con sus murallas y casas de piedra, a diferencia de vuestras chozas de madera y empalizadas…

Kaira mantuvo un inmutable semblante en silencio, no reprendió a Malóu por su ofensa ni se rebajó a su nivel, lo ignoró por completo. Tyna había notado un sutil cambio en su madre desde la llegada del grupo de Malóu; era como si su mente estuviera en otro lugar.

Todo había comenzado hacía tres días, cuando un emisario había anunciado que el controvertido y temido clan del Cazador se acercaba a Glauxolia. Kaira no se había alterado ante aquel aviso y, si lo había hecho, su hija no lo había notado.

El clan del Búho y el del Cazador eran aliados, aunque su madre le había confesado que no era por gusto, sino por supervivencia.

Kaira había supuesto que los cazadores vendrían a pasar el cambio de ciclo en su poblado, para así unir lazos con los búhos, ya que el ambiente se había vuelto algo frío y distante desde hacía algunos ciclos. Kaira se había equivocado.

Los cazadores habían venido de paso, ya que su destino era Lykaina y sus fiestas, las Lupercalias, y habían partido hacia allí, pero Sauro había dejado a su hijo en Glauxolia, sin ningún motivo aparente, o al menos ninguno que Tyna conociera.

—¿Todavía no ha vuelto papá? —preguntó Tyna.

Sétrix, su padre, había salido de expedición el mismo día en el que los cazadores habían partido hacia Lykaina. Tyna tenía sus sospechas ante aquella coincidencia, pero sabía que su madre no le contaría nada delante de Malóu.

—No te preocupes por él, sabe cuidarse solo —respondió Kaira sin quitar la vista de su copa de vino.

—¿Qué vamos a hacer hoy hasta que vuelva mi padre? —preguntó Malóu.

—Idos al lago y pasad todo el día allí. —Kaira se levantó de la mesa—. Informaré a Nina para que os prepare algo de comida.

Nina llevaba con ellos desde que Tyna tenía memoria, era como su segunda madre para ella, ya que Kaira pasaba la mayor parte del tiempo cumpliendo con sus obligaciones como líder. Nina provenía de una familia humilde, pero ella y Kaira habían sido grandes amigas en el pasado. Kaira confiaba plenamente en ella, y por eso la escogió para cuidar de sus hijas.

—Aquí tienes, señorita —dijo Nina con su enorme sonrisa matutina—. Tu morral con comida para todo el día. —Nina se inclinó y bajó la voz—. Le añadí también unas galletas de esas que tanto te gustan, pero no le digas nada a tu madre, que ya sabes cómo se pone.

—Muchas gracias, Nina.

Tyna y Malóu emprendieron su viaje hacia el lago. Una vez fuera de la empalizada que rodeaba y protegía el poblado, Tyna permitió

que Malóu se adelantara para acto seguido arrearle una sonora colleja.

—¡Ay, qué haces! —gritó Malóu mientras se frotaba la rojiza nuca.

—Eso por no respetar ni a mi madre ni a mi villa —dijo Tyna con tono serio.

—¿Necesitas que te recuerde quién soy? —preguntó Malóu con altanería.

—¡En absoluto! —exclamó Tyna—. Eres un niñato, un fanfarrón que no para de soltar estupideces. No estamos en Zaeria, sino en Glauxolia, así que más te vale cerrar la boca y comportarte, ya que estás muy lejos de casa…

—¡Soy dos ciclos mayor que tú, y aquí la única niñata eres tú! —bufó Malóu—. Además, soy el hijo de Sauro, y todo Terión es propiedad de mi padre, por lo que estoy en mi territorio. Más te vale no volver a amenazarme…

Tyna soltó una enorme carcajada.

—Estás en los dominios del clan del Búho, donde la palabra de mi madre es la ley —replicó Tyna sin alzar la voz—. Y olvida esa estupidez de que tu padre gobierna Terión, ya que la soberanía de Terión pertenece únicamente a Gaia y a nadie más.

Malóu no estaba acostumbrado a que nadie le hablara así, y Tyna lo sabía; así que cuando el joven moreno comenzó a apretar los puños, fruncir el ceño y resoplar como un jabalí, Tyna ni se inmutó.

—¡No me importa vuestra fútil diosa! ¡Nosotros no creemos en absurdas tradiciones! —farfulló Malóu alzando la voz y haciendo aspavientos con las manos—. ¡Mi padre es el rey de clanes, y por tanto de todo Terión! ¡Lidera a los cazadores, búhos, cuervos, tortugas, águilas y lobos!

Tyna ensanchó su sonrisa ante el berrinche de Malóu. Kaira había enseñado a su hija a controlar sus emociones para que así nadie

pudiera manipularla, pero también la había enseñado a avivar las emociones de los demás para así poder manipularlos.

—Te repito que es mi madre la que lidera el clan del Búho —contestó Tyna con frialdad—. Además, los lobos no forman parte de nuestra amada alianza, infórmate antes de hablar…

El clan del Lobo llevaba ciclos rechazando las invitaciones de Sauro a la alianza, y Tyna sospechaba que la visita de los cazadores a Lykaina tenía por objetivo otro torpe intento de persuadir a los lobos.

—Lo harán si quieren conservar la cabeza…

—Sigamos, todavía nos queda un largo camino —dijo Tyna ignorando a Malóu.

Tyna frecuentaba mucho el lago; solía ir allí junto a sus primas a pasar el día. El lago se encontraba resguardado en el interior del Bosque Ahogado, ubicado al sur de Glauxolia y perteneciente a los búhos. Un sendero, sin señalizar y oculto entre los arbustos, conducía a sus aguas. El sendero serpenteaba por el frondoso bosque hasta llegar a una colina, desde la cual se podía divisar el mar, pero no el lago. Un invisible camino, de tierra y repleto de piedras traicioneras, descendía por el lado oeste de la colina. Si conseguías descender por aquella senda sin despeñarte, solo tenías que guiarte por el borboteo del agua y pronto llegarías a tu destino.

En el corazón del Bosque Ahogado, la naturaleza había creado un mágico lugar resguardado por las altas copas de los robles y las sombras de las laderas colindantes, donde una sucesión de cascadas descendían ladera abajo hasta caer sobre un círculo perfecto incrustado en el núcleo del bosque.

El lago estaba rodeado de piedras grandes, grisáceas y lisas entre las que zigzagueaban numerosos hilos resplandecientes de agua que manaban del lago y que acabarían siendo transportados al mar por

un débil arroyo. Las aguas del lago eran turquesas y cristalinas, y su profundidad, inescrutable. Una antigua leyenda decía que el lago escondía en sus profundidades una puerta oculta, que era el umbral de un reino olvidado, pero nadie había conseguido tocar la recóndita puerta, y el lago jamás se había secado.

—Nunca había visto un lugar así. ¿Cómo llamáis a este sitio? —dijo Malóu intentando disimular su asombro.

—Nosotras lo llamamos simplemente el lago, pero las ancianas lo llaman el Lamento de Dakrya. —Tyna señaló las cascadas—. Sus aguas proceden del Nido Olvidado, lugar donde descansan los restos de nuestros ancestros.

»Según mi abuela, Dakrya vivió en la Era de los Dragones. Fue la líder de los búhos, y estaba considerada la mejor guerrera de su tiempo, pero Gaia le tenía reservado un trágico destino.

»El clan del Búho estaba enfrascado en una batalla con otro clan, y Dakrya encabezaba la contienda. Nadie podía derrotar a Dakrya, era invencible en el campo de batalla, y condujo a su clan a la victoria. Pero al llegar a casa se encontró con una siniestra sorpresa: habían quemado viva a su lechuza, decapitado a su marido, y sus hijos habían sido ahorcados en el jardín trasero.

»Tan despiadado acto había sido obra de miembros del propio clan del Búho, furiosos y coléricos ante los destierros de Dakrya, ya que la líder era célebre por su mano dura. Aquellos cobardes consiguieron lo que nadie había logrado nunca: derrotar a Dakrya.

»Aquella noche, Dakrya subió a una colina que sería conocida en el futuro como el Nido Olvidado. Allí quemó y después enterró los restos de su familia. Nadie volvió a verla nunca más. La leyenda dice que su llanto fue lo que creó este lago, y que hay noches en las que todavía resuenan sus lamentos.

—¡Puf! ¡Qué historia tan ridícula y absurda! Anda que sois palurdos los de vuestro clan. ¿Ahora resulta que las lágrimas de una llorica crearon este lago? —Malóu soltó una profunda e hiriente carcajada.

—Acércate y dime si eres capaz de ver el fondo, listillo —dijo Tyna frunciendo el ceño.

—¡Pues claro que soy capaz!

Malóu dio grandes zancadas, saltando de piedra en piedra, hasta que llegó a la orilla. Permaneció allí quieto, pasmado, absorto en su intento de vislumbrar el fondo de aquellas aguas. Tyna se acercó de forma sigilosa a Malóu. En sus labios asomaba una silenciosa sonrisa.

—Quizás debas acercarte un poco más…

Malóu se volvió sobresaltado, y cuando intentó maldecir a Tyna, esta ya le había propinado una patada y lo había arrojado al lago.

—¡Está helada! —chilló Malóu, nadando de vuelta a las piedras.

—¡Como tu cerebro! —exclamó Tyna entre risas.

Malóu se alzó sobre las piedras, con la ropa calada y mirando furiosamente a Tyna.

—¡Yo te mato! —gritó Malóu apretando los puños.

—Te la debía —dijo Tyna encogiéndose de hombros—, por el cubo de agua fría que me lanzaste esta mañana.

—¡Haré que te azoten por esto!

—¡Eso!, ve corriendo a contárselo a tu papaíto. ¿También te sigue limpiando el culo después de cagar?

Malóu se abalanzó sobre Tyna. Ella sabía que su contrincante era mayor y más fuerte que ella, pero no más inteligente. La joven búho esquivó el ataque con una rauda finta. El cazador volvió a la carga más furioso: fue a por todas con el siguiente ataque, se abalanzó

con un salto contra el cuerpo de Tyna, pero esta rodó por el suelo y lo esquivó.

—Tu clan debería llamarse el clan del jabalí, por lo tontos que sois —dijo Tyna riéndose ante el golpe que se había dado Malóu contra una piedra.

Malóu sangraba por la nariz y bufaba como un verdadero jabalí. El dolido y humillado hijo de Sauro golpeó la roca con los nudillos, se puso en pie y con un bramido embistió contra Tyna.

La heredera del clan del Búho permaneció fija en su posición, a la espera. El joven con aspecto de jabalí creyó alcanzar a su presa. En el último instante, Tyna ladeó su cuerpo, al tiempo que ponía la zancadilla a su oponente. Malóu volvió a estamparse contra otra roca. Tyna sacó el cuchillo que siempre llevaba escondido en la bota y se abalanzó sobre su presa.

—¿Qué vas a… hacer? —balbuceó Malóu al sentir el frío acero acariciándole la garganta.

—Tú y yo vamos a tener una charla. Y más te vale dejar esta actitud de cretino —ordenó Tyna en un tono semejante al que usaba su madre.

Malóu asintió. Tyna quitó el cuchillo de su garganta y le dejó levantarse.

—¡¿Se puede saber qué demonios te pasa?!

—¡A mí nada, en todo caso te pasa a ti! ¿Acaso las mujeres cuando os viene la sangre os volvéis así de lunáticas? —Malóu se encogió de hombros y procedió a limpiar la sangre de su rostro.

—¡¿Tú te estás oyendo?! —Tyna le propinó un guantazo que dejó atónito a Malóu.

Aquello desató un sentimiento oculto en Malóu que parecía haber estado reprimiendo largo tiempo. El Malóu gallito y bravucón se

esfumaba, y en su semblante arrugado afloraban sentimientos que el joven intentaba disimular.

—Creía… que éramos amigos… —dijo con la voz quebrada, dando la espalda a Tyna.

—¡Sí, yo también! —dijo Tyna furiosa—. Es más, te consideraba mi mejor amigo, pero eso fue antes de que volvieras convertido en un zafio cernícalo.

Malóu no respondió.

Tyna cogió una pequeña piedra y la arrojó contra el lago. Le dio también la espalda a Malóu, ya que comenzó a sentir que sus defensas y escudos emocionales flaqueaban. Aquellas palabras habían abierto una grieta en su mente que Tyna había intentado sellar con fuego sin éxito.

Tyna se acercó a la orilla del lago y, cuando vio su reflejo en las cristalinas aguas, no se vio a sí misma, sino lo que tanto tiempo llevaba reprimiendo: a su hermana mayor, Surnia. El reflejo de su hermana le sonreía con los ojos cerrados, agitando la mano con jovialidad. Tyna cerró los ojos, incapaz de presenciar aquella imagen, sabiendo que ya era tarde. Al igual que Dakrya, Tyna dejó que sus lágrimas desembocaran en aquellas aguas.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó Malóu al oír los sollozos de Tyna.

Malóu se acercó e intentó colocar su mano sobre el hombro de Tyna, pero ella se apartó.

—La última vez que te vi… fue hace cuatro ciclos, en el funeral de mi hermana —dijo Tyna entre lágrimas, con la voz quebrada—. Estuviste conmigo todo el día, dándome abrazos e intentando consolarme. —Se limpió las lágrimas con el antebrazo—. Ayer llegaste aquí y ni siquiera me preguntaste cómo había llevado su pérdida. No hiciste nada más que hablar de tu padre, de vuestro

maldito clan y de vuestra condenada ciudad… —Malóu callaba—. No lo he superado —continuó Tyna—, y creo que jamás lo haré. Siento que murió una parte de mí aquel día. ¡Y tú dijiste que estarías ahí para siempre, que podría contar contigo! ¡Que nunca me abandonarías! Luego te fuiste, y has tardado cuatro ciclos en volver… Ya no eres el chico que hizo aquellas promesas…, no eres ni una sombra de él.

—Lo… siento —masculló Malóu.

Tyna ladeó la cabeza para dedicarle una mirada. Malóu agachó la suya, apesadumbrado. Tyna volvió a mirar las aguas del lago.

—¡Siento no haber vuelto antes! —dijo de improvisto Malóu—. Siento no haber estado ahí para compartir tu dolor y hacerlo más ameno. Siento haberme comportado como un imbécil…, y… entiendo que no me perdones… No te molestaré más… Adiós.

Tyna oyó que Malóu se alejaba, que se disponía a volver al sendero que conducía a la villa. Y sin saber qué fue lo que la impulsó a hacerlo, se volvió y alcanzó a Malóu, agarrándolo por el brazo. Malóu ladeó su cuerpo y, con una sonrisa agridulce, se fundió en un abrazo con su amiga. No hicieron falta palabras.

Después de aquel fugaz, pero intenso abrazo, Malóu entrelazó sus manos con las de Tyna y ambos se miraron mutuamente.

—¿Qué fue de aquel chico sensible que era mi amigo? ¿Quién te arrebató lo que me gustaba de ti?

—En mi clan… no hay lugar para los sensibles —contestó Malóu con un triste suspiro—. Si muestras debilidad, te machacan.

Tyna frunció el ceño.

—¿Acaso mostrar tus sentimientos es un signo de debilidad? ¿Quién te dijo semejante estupidez?

—Mi padre —dijo Malóu con una amarga sonrisa—. Él dice que para poder liderar a los cazadores en un futuro, antes debo

convertirme en alguien fuerte, seguro de sí mismo, alguien que no se deje manipular por los sentimientos ni embaucar por una mujer.

—¿Y tú te crees todas esas sandeces?

Malóu suspiró, se apartó de Tyna y se quitó la camiseta; ladeó su cuerpo y le mostró unas cicatrices.

—No tengo más remedio —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Esto son latigazos? —Tyna pasó la mano por la piel de Malóu.

El contacto con las rugosas cicatrices de Malóu le erizó el vello de los brazos. El látigo había arrancado la piel de cuajo y había dejado su señal para que aquel joven no olvidara jamás el castigo.

Tyna le volvió a poner la camiseta, le apretó la mano y lo condujo hasta una gran piedra, donde se sentaron.

—¿Cómo fue? Aunque si no quieres hablar de ello, lo entenderé.

—No hay nada que no quiera hablar contigo —dijo Malóu—. Fue hace unas pocas fases y, aunque no te lo creas, por hacerme el héroe.

—¡Anda ya! —rio Tyna.

Malóu se encogió de hombros, suspiró y asintió.

—¿Qué sabes de las leyes de mi clan?

—Poca cosa… —contestó Tyna con una mueca—. Los chamanes nos dan lecciones sobre los demás clanes, pero no suelen hacer mucho énfasis en el vuestro…

Malóu asintió, esperando aquella respuesta.

—Nosotros no tenemos chamanes ni leyes ancestrales. Nuestro clan es muy joven, y las normas han sido redactadas por mi padre y su grupo de consejeros. Hay distintos rangos, y no todos tienen los mismos derechos; y luego están los esclavos, que no tienen derecho alguno. Tampoco tenemos un animal sagrado: para nosotros, los animales son… mascotas, herramientas.

—¿Herramientas? —preguntó Tyna con la voz quebrada.

—Sí, herramientas… —dijo Malóu con un largo suspiro—: los caballos nos llevan velozmente de un lugar a otro, las mulas hacen los trabajos duros por nosotros, y los perros defienden el ganado y son prácticos a la hora de cazar. Pero su vida no vale igual que la nuestra…

Tyna hizo una mueca, pensativa.

—No soy quién para juzgar las leyes de los demás clanes…, al igual que no me gustaría que los demás cuestionaran las del mío.

Aunque Tyna había oído conversaciones de su madre en las que se mencionaban conductas incoherentes y disparatadas sobre los actos del clan del Cazador, consideró que era mejor no mencionar nada más sobre aquel asunto.

—Eso es muy sabio por tu parte. Mi castigo fue ocasionado por un conflicto con un perro. —Malóu suspiró, recordando aquel momento —. Aquí no tenéis perros, ¿no?

—No…, no tenemos. Ni siquiera he llegado a ver uno en mi vida. Lo único que sé de ellos, según los chamanes, es que provienen del lobo y que son conocidos como los animales que agacharon la cabeza y escondieron la cola ante los humanos.

—En mi clan son muy abundantes. La mayoría de las familias tienen más de uno. Y sí, son muy obedientes.

Tyna asintió con incredulidad. Se decía que los lobos eran salvajes e indómitos. ¿Cómo podía una raza que provenía de ellos ser obediente?

—En Zaeria tengo una amiga llamada Olaya. Estábamos dando una vuelta, y ella iba con su perro, cuando nos topamos con un grupo de chicos… bastante conflictivos. Uno de ellos, su cabecilla, intentó levantarle la falda a Olaya para ver…

—Sé lo que quería ver —le cortó áspera Tyna—. Sigue.

Malóu se rascó la nuca, intranquilo ante el recuerdo de lo que estaba contando.

—Olaya es una chica dulce, nunca le había visto una mala palabra contra nadie, ni tampoco se había metido en peleas, por eso nadie se esperaba que acabara pateándole los huevos a aquel chico.

—¡Bien por Olaya! —exclamó Tyna alzando el puño.

Malóu hizo una mueca.

—El problema era… que aquel chico no era un cualquiera, sino Tux, el hijo de Zánatos.

—¿Zánatos, el del yelmo rojo? —preguntó Tyna pensativa.

—¡Sí!, aunque los demás se suelen fijar más en la gigantesca hacha de doble filo que siempre lleva a la espalda —dijo entre risas Malóu—. Zánatos es la mano derecha de mi padre, y Tux se cree intocable debido a eso.

—La cosa no acabó bien… —masculló Tyna.

Malóu suspiró.

—El perro ladraba sin cesar; dos de la banda de Tux me sujetaron, y los demás agarraron a Olaya. Tux se levantó, furioso y dolorido, y comenzó a desnudarla —Tyna ladeó la cabeza, incapaz de escuchar lo que Malóu estaba a punto de decir—, pero entonces el perro se abalanzó contra Tux sin ningún temor. La bestia mordió a Tux en el brazo derecho y le destrozó los tendones.

—¡Que se fastidie! —exclamó con brío Tyna.

—Entonces todo se fue al carajo… —Malóu chasqueó la lengua y se rascó la barbilla—. Tux chillaba, suplicando ayuda a su banda, ya que no era capaz de zafarse de la mordida del perro, y de su antebrazo había empezado a manar sangre a borbotones. —Malóu dio un largo suspiro—. Los tipos que sujetaban a Olaya salieron corriendo acobardados. No ocurrió lo mismo con los que me sujetaban a mí, Tix y Tex, los primos de Tux.

Tyna soltó una carcajada ante los rimbombantes nombres de aquella familia. Malóu puso una furtiva e irónica mirada.

—Como iba diciendo, los primos me soltaron, pero fue para sacar las ballestas que llevaban a sus espaldas. Cargaron las armas ante mi atónita mirada y apuntaron al perro, pero Olaya se interpuso. Mi amiga consiguió separar a su perro de Tux, creyendo que así salvaría la vida de su mascota. —Malóu ladeó la cabeza—. Tux bramaba a gritos que alguien ensartara al pobre animal. Tex se apresuró a atender a su primo, y Tix alzó la ballesta, empujó a Olaya y apuntó al indefenso animal… Y cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de suceder, algo en mí despertó. Me abalancé contra él, derribándolo por la espalda; acto seguido le quité la ballesta y disparé contra su hermano, el cual me apuntaba, hiriéndole en el hombro. Tux me maldecía y me insultaba, así que le cerré la boca de un puntapié.

Tyna comenzó a aplaudir de forma estrepitosa, al tiempo que profería gritos de euforia sin parar.

—Cuando mi padre se enteró de lo sucedido, no le hizo ninguna gracia —dijo Malóu con una amarga sonrisa que apagó los ánimos de Tyna—. Nunca le había visto tan enfadado conmigo.

Tyna cesó de aplaudir.

—¿Fue tu padre el que…?

—No —respondió Malóu sacudiendo la cabeza—. Él solo dictó el castigo: cuatro latigazos. La tarea de ejecutarlo recayó en el verdugo del clan, que casualmente es Zánatos; aunque los latigazos fueron lo que menos me dolió de aquel día… —La voz de Malóu se rompió. Tyna le tendió la mano y él la apretó con fuerza—. Mi amiga Olaya… proviene de buena familia y se libró de los latigazos, ya que no había hecho nada malo…, pero no ocurrió lo mismo con su perro. —Malóu tragó saliva—. Ella tuvo que presenciar… cómo los guardias de la

ciudad le arrebataban al perro de sus brazos, cómo lo golpeaban y lo ataban para subirlo al cadalso…, donde Zánatos le cortó la cabeza. —Unas lágrimas recorrieron las mejillas de Malóu—. Hay noches en las que, al cerrar los ojos, oigo los gritos de Olaya, sus alaridos de dolor… Oigo el llanto y los gemidos de súplica del pobre perro…, observo cómo el animal clava sus vidriosos ojos en Olaya y en los allí presentes…, incapaz de comprender por qué le están haciendo daño… si él solo había protegido a su dueña…

—Lo siento mucho —dijo Tyna rodeando con los brazos a su amigo.

Malóu abrazó a Tyna y posó la cabeza en su hombro.

—Si mi padre me viera llorando…, me daría otro par de latigazos.

Tyna soltó un bufido.

—Llorar es lo más normal del mundo —dijo Tyna separándose un poco para poder mirar sus centelleantes ojos azules.

—Entiendo que me odies —masculló Malóu desviando la mirada.

—No te odio…, no a ti —dijo Tyna alzándole la barbilla y mirándolo fijamente—. Odio a lo que te quieren convertir. Siento lástima por la gente de tu clan, ya que nadie se merece pasar por algo así…, y me da rabia no poder hacer nada para cambiar las cosas…

—No te preocupes por eso. Podrás cambiar las cosas una vez nos casemos y mandemos nosotros —dijo Malóu sin apartar la mirada.

—¿Casarnos? —Tyna arqueó una ceja.

—¡Es broma! Un día oí a mi padre decir que me casarían con la líder de algún clan para aumentar nuestro poder.

—¿Acaso soy la única líder?

—Eres la única que me gusta —respondió Malóu con una sonrisa que extinguió las lágrimas de sus malos recuerdos.

Tyna se ruborizó al instante, sin saber qué decir o hacer. Mantuvo la mirada fija en los azulados ojos de Malóu. Aquellos ojos cuya profundidad era tan desconocida como la del lago, en cuyo abismo se debatía una eterna lucha entre la bondad y la maldad. Malóu tampoco apartó la mirada. Tyna sentía que su corazón se aceleraba y que con cada latido sus rostros se acercaban más y más. Hasta que los ojos de ambos se cerraron al unísono y sus labios se vieron atraídos como una abeja al néctar de una flor. Sus lenguas se movieron con intensidad, buscándose, como si llevaran toda la vida anhelando estar juntas. Fue un beso fugaz, pero a la vez eterno, pues jamás lo olvidarían, ya que el primer beso nunca se olvida.

Los dos jóvenes se quedaron allí sentados, contemplando la belleza del atardecer y compartiendo un agradable silencio.

* * *

Tyna y Malóu recorrieron el camino de vuelta agarrados de la mano, con risueños semblantes y dedicándose sendas miradas de complicidad cada pocos pasos.

Al llegar a la puerta que daba acceso al poblado, las dos férreas guardianas que la custodiaban les impidieron el paso. Tyna las conocía bien, ya que pertenecían a la distinguida facción de las lechuzas. A diferencia de las demás huestes del clan del Búho, las lechuzas se dedicaban únicamente a la protección de la villa y de sus habitantes. Tyna reconoció a las dos guardianas, una era Melaris, y la otra su tía Layna.

—¿Pasa algo, tita? —preguntó Tyna.

Layna le dedicó una severa mirada de preocupación.

—Sí, tu madre me ha encomendado la tarea de llevarte a casa… de inmediato.

—Yo puedo acompañarla… —intervino Malóu.

—No —respondió Layna negando con la cabeza—. Tu padre ha vuelto de su expedición, y ha ordenado que seas llevado junto a los miembros de tu clan. Melaris te conducirá a ellos.

—Prometo volver más a menudo —masculló Malóu soltando la mano de Tyna con delicadeza.

—No —dijo Tyna—. Quiero que me prometas que no vas a olvidar nunca quién eres…, que no vas a permitir que tu clan te convierta en alguien que tú mismo repudies.

—Te lo prometo. He de ser un buen marido para ti.

Tyna se quitó una cadena que siempre llevaba puesta y que tenía colgando un medallón plateado con la forma de un búho.

—Para ti. Así nunca olvidarás este día…, ni tu promesa. Yo jamás me casaré contigo… por obligación. —Tyna se acercó a él y le susurró al oído—: Aunque sí lo haría por amor.

Tyna se despidió de Malóu y fue conducida por su tía hasta su casa, aunque ella sabía perfectamente el camino y no entendía a qué se debían tantas precauciones.

—No hace falta que entres también a arroparme, tita —dijo Tyna al llegar a la puerta.

—Estaré aquí fuera, hasta que tu madre me relegue de mi puesto —dijo Layna colocándose de espaldas a la puerta y manteniendo firme la espalda.

Tyna se encogió de hombros y entró en su casa.

—Tyna, vete a tu habitación —ordenó su madre nada más oír que la puerta se abría.

—Sí, mamá —contestó Tyna, acostumbrada a las reuniones secretas de su madre.

—Espera un momento… —dijo una voz grave y autoritaria.

Tyna se acercó al salón, donde encontró a su madre sentada en su imponente silla. Sentado junto a ella se encontraba un hombre de tez acanelada, robusto y de espaldas anchas que sujetaba una enorme jarra de cerveza entre sus gruesas manos y escrutaba con sus acerados ojos a la hija de Kaira.

Tyna se había quedado petrificada. Había visto a aquel hombre en varias ocasiones, pero nunca había mediado una palabra con él. Sabía a la perfección quién era. Sus súbditos lo llamaban el Cercenador de Felinos, pero en todo Terión se le conocía como el Mezquino. Para Tyna no era más que el padre de Malóu: Sauro, el líder de los cazadores.

—¿Qué tal la tarde con mi hijo? —preguntó Sauro rascándose su punzante y oscura barba.

—Placentera… —contestó Tyna con voz temblorosa. Luego se dio cuenta de que estaba en su territorio. Kaira estaba allí, y los búhos son depredadores, no presas—. Aunque he tenido que enseñarle modales —añadió con un tono altivo y firme.

Sauro estalló con una sonora carcajada y alzó su jarra en dirección a Tyna.

—Por las mujeres con carácter —bramó al tiempo que apuraba por completo la jarra—. No esperaba menos de la hija de Kaira Aveoscura. —Sauro lanzó una mirada de soslayo a Kaira y una sonrisa a Tyna.

Kaira hizo un gesto a Tyna para que se marchara a su habitación. Tyna obedeció sin rechistar; aunque, una vez allí, pegó la oreja a la puerta: no quería perderse nada de lo que hablaran su madre y Sauro.

—¿Por dónde íbamos, Aveoscura?

—Estabas mintiéndome como un bellaco. Puedes seguir si quieres, o puedes decirme la verdad —contestó Kaira con tono

gélido.

Sauro dio una fuerte risotada.

—¡Kaira, por favor! Nos conocemos hace ya muchos ciclos, y hemos luchado en el mismo bando en la Gran Guerra. ¿Por qué te iba a mentir?

Kaira suspiró y se tomó su tiempo en contestar.

—Sauro, de haber luchado en diferentes bandos…, tus huesos llevarían ciclos pudriéndose bajo tierra —Sauro volvió a soltar otra risotada—, y como tú acabas de decir, nos conocemos hace mucho, por eso mismo sé que mientes. —Kaira impregnó su voz de un tono autoritario—. Así que deja de tratarme como a una fulana de tu maldita ciudad… Mide tus palabras, ya que estás en mi territorio.

Sauro permaneció en silencio.

—¿Sabes lo que le haría a cualquier otro líder que me hubiera hablado así? —siseó con un tono calmado Sauro—. Su cabeza ya estaría rodando por el suelo. Pero a ti te respeto, Aveoscura…, y por qué no decirlo, también te temo. Eres una heroína de la Gran Guerra, al igual que yo…, y has mantenido la paz en tu clan desde entonces con un encomiable liderazgo. No quiero luchar contra ti, no busco la discordia con tu clan, sino todo lo contrario.

Kaira soltó un bufido.

—Tu sueño de una Liga de Clanes es una patraña, no me vengas con ese cuento —bufó Kaira.

—Me duele que digas eso —dijo Sauro con un fingido disgusto—, ya que tú formas parte de ese sueño. La Liga de Clanes es el futuro de Terión. Imagina un gobierno central formado por los líderes de cada clan, donde todos los clanes compartan y respeten las mismas leyes, donde podamos ayudarnos unos a otros.

—¡¿Y dónde queda la soberanía de cada clan?! No puedes exigir a los demás que abandonen sus antiguas leyes o sus sagradas

tradiciones. En Terión, los clanes solo se unen para la guerra. Parece mentira que lo hayas olvidado.

—Quizás la guerra sea el camino…

—Eso se llama imperio, Sauro. Apuesto a que tu Liga de Clanes es solo un ardid para convertirte en el emperador de Terión.

—Me conformo con ser el adalid que esta tierra necesita —dijo Sauro reclinando su silla—. Es hora de que vuelva a Zaeria…

—Ni te atrevas, Sauro —ordenó furiosa Kaira—. Aún no has contestado a la pregunta que te hice antes. ¿Qué demonios significa que habéis tenido una trifulca con los lobos?

Sauro dio un largo suspiro.

—Estaba cansado de mandar mensajeros a Lykaina, así que decidí ir en persona para ofrecerles un puesto en la Liga de Clanes…

Kaira bufó.

—¿Y no se te ocurrió otro día? ¿Tenía que coincidir con la Lupercalia? —preguntó Kaira con tono airado.

—¡Les quería pillar de buen humor! Así que decidí llevar a toda la tropa para pasar allí las fiestas. Me reuní con Eyra Lobablanca, y hablé con ella y sus consejeros. Al principio todo iba como la seda, escucharon mis palabras, les expliqué que la unión solo nos traería beneficios, e incluso me ofrecí a darle privilegios a su clan sobre los demás miembros de la Liga…

—¡Por Gaia, Sauro! Sabes de sobra que a los lobos les importan una mierda esas cuestiones. Ellos solo buscan la comodidad de su hogar, tener su propia soberanía y ser libres. Lo demás les da igual. Ni de rodillas lo habrías conseguido.

—¡Tenía que intentarlo, Kaira! —rugió Sauro, golpeando la mesa con un puño—. Fui amable, educado y paciente. Pero cuando el perro es rabioso no se le puede calmar con caricias. Se me insultó y

se me trató con desdén. Aquello fue un ultraje a mi persona y a mi clan.

—Al grano, Sauro, ¿cómo estalló la batalla?

Sauro resoplaba como un jabalí.

—Por lo visto, herí su orgullo con mis palabras, y Férox, el que yo consideraba mi amigo y mi igual, me intimidó y amenazó.

—Férox podrá ser orgulloso, pero no es ningún necio. Además, Eyra no permitiría que corriera la sangre en una Lupercalia.

—¡Férox ya no es el hombre que conociste! —Sauro volvió a golpear la mesa, esta vez con más furia—. Los ciclos han hecho mella en él, y su mente seguía anclada en los tiempos de la Gran Guerra. Férox comenzó a pelearse con mis hombres, y yo intenté apaciguar la situación. Pero ya sabes cómo son los altercados, y más cuando está Férox de por medio: es como lanzar un leño seco a una hoguera ardiente.

—¡No me lo trago!

—¡¿Dices que el gran Férox el Sanguinario no sería capaz de hacer lo que lleva toda su vida haciendo?! Él solo conoce la senda de la violencia, de la guerra; su corazón anhela aquellos días. ¡Lo sabes muy bien, Kaira!

—No negaré la indómita ira que caracteriza a Férox —dijo Kaira, luego resopló y golpeó la mesa con furia—. Pero sí pongo en duda que los tarugos de tus guerreros, los cuales no son capaces ni de sujetarse su propio miembro para mear, pudieran derrotarlo. Dime, Sauro, ¡¿cómo demonios han podido derrotar al mejor guerrero de Terión?! ¿Cómo demonios has podido vencer a uno de los clanes más fieros y bárbaros con una hueste de apenas veinte unidades?

—Cálmate, Aveoscura. Te he relatado lo acontecido en Lykaina, y has de saber que Férox ya no era el mismo guerrero que aparece mencionado en las gestas. Se había convertido en un anciano

decrépito y lastimoso. Y creo que por eso hizo lo que hizo, para así poder despedirse de la vida en mitad de una batalla, como siempre había anhelado su espíritu de *berserker.*

Kaira guardó silencio.

—Si no tienes más preguntas…, es hora de que me marche —dijo Sauro. Sus pasos indicaban que iba hacia la puerta.

—¿Qué pasó con los demás? —preguntó de improvisto Kaira.

Sauro detuvo sus pisadas y esperó unos instantes antes de contestar.

—Aveoscura…, ya sabes cómo son las refriegas… Los guerreros se vuelven locos, exaltados, sedientos de sangre…, y siempre acaba muriendo gente inocente. —Sauro exhaló un largo suspiro—. No quedó nadie con vida allí…, y el poblado fue reducido a cenizas. —La puerta de la casa se abrió. Sauro soltó unas últimas palabras antes de irse—. El clan del Lobo se ha extinguido…

La puerta se cerró y reinó el silencio en la casa.

—Tyna, ya puedes salir —ordenó Kaira.

—Mamá, no estaba escu…

—Sé que estabas escuchando, y me alegro, así me ahorras volver a contártelo. —Kaira se había levantado y miraba por la ventana—. A partir de mañana empezarás a formarte para ser la siguiente líder del clan del Búho.

Tyna no entendía nada.

—Pero, mamá…, la líder eres tú —balbuceó Tyna—. Nuestro pueblo te admira y te respeta…, y nuestros rivales te temen.

—Mi juicio se ha visto nublado desde la muerte de tu hermana —admitió Kaira—. He permitido que la pesadumbre me invadiera, y eso me ha vuelto irresponsable con mi deber como líder, ya que no solo he de mirar por el clan del Búho. Nosotros, los búhos, somos los adalides de la sabiduría, y también es mi deber preocuparme por el

bienestar de Terión. Hoy he fallado como líder y como adalid. —Kaira se volvió a su hija—. Debes estar preparada para lo que venga, ya que el futuro del clan del Búho, y quizás el de Terión, dependerá de ti, hija mía.

Tyna se sorprendió ante el repentino abrazo que le dio Kaira. Habían pasado cuatro ciclos desde la última vez que había visto a su madre dar una muestra de afecto. Tyna permaneció junto a su madre, sumergida entre sus brazos, hasta que el ulular de un búho las alertó.

—¡Es Zazú, ha vuelto papá!

—No, hija —dijo Kaira acercándose a la ventana donde el búho estaba posado—. Papá no ha vuelto, pero Zazú nos trae noticias.

Kaira abrió la ventana y se acercó a Zazú. El enorme búho inclinó la cabeza hasta que hizo contacto con la frente de Kaira. Para alguien ajeno al clan del Búho, aquella escena no tenía sentido. Pero Tyna sabía muy bien el poder que poseía su madre y permaneció allí, absorta, viendo a Kaira y Zazú comunicarse mentalmente.

Tyna no podía oír a Zazú, pero sí pudo vislumbrar las lágrimas que recorrían las mejillas de su madre. Y supo que el búho no traía buenas noticias.

Luna

Día 4 de la fase del Lobo
Ciclo 24 después de la Gran Guerra

El estrepitoso retumbar de un trueno interrumpió el sueño de Luna.

La joven exploradora abrió los ojos: el bosque estaba sumido en una vacilante y tímida oscuridad, la luna se había resguardado bajo las nubes, y el centelleo de los relámpagos atravesaba la noche como una hoja afilada.

Se avecinaba tormenta.

Férox también se había despertado y olisqueaba el ambiente con agitada curiosidad. Luna conocía la gran capacidad que tenían los lobos para predecir las tormentas, al igual que sabía de su enorme fascinación por ellas. En el pasado, su abuelo Férox solía salir con su loba Rhea a contemplar el hermoso e imponente despliegue de poder que emanaba de las tormentas, y Luna iba siempre con ellos.

Una llovizna, seguida de un gemido de Férox, indicó a Luna que debía apresurarse en recoger sus pertrechos y buscar un lugar en el que cobijarse. Una cosa era sentir fascinación por las tormentas, y otra muy distinta era permanecer a la intemperie en su apogeo.

Luna abandonó el claro junto a Férox. Si bien prefería dormir bajo las estrellas, necesitaba una gruta para pasar la noche, a pesar de que odiaba los lugares estrechos y subterráneos, ya que la hacían sentir atrapada y enjaulada.

Los truenos rugían con mayor ferocidad, y la lluvia caía con mayor ímpetu. Luna no encontraba resguardo. Dependía de los intermitentes destellos de luz de los relámpagos. Fue Férox el que, con su extraordinario olfato y sentido de la orientación, alzó la cola y salió raudo en una dirección. Luna le siguió con premura.

El lobezno había atravesado unos frondosos robles para dar con una zona breñosa que desembocaba en una colina escarpada. El sonido del agua fluyendo le indicaba a Luna que más allá de la colina se encontraba el río Jato. Una gigantesca roca descansaba en la zona oriental de la colina; la piedra era de granito y, bajo su peso, una oscura fisura penetraba en la tierra.

Una persona alta y robusta habría tenido que agacharse y ladearse para acceder a la gruta. No era el caso de Luna. A pesar de tener espacio de sobra, era incapaz de dar un paso más. Si bien el umbral era espacioso, no ocurría lo mismo con el interior de la cavidad, que se iba estrechando más y más hasta perderse en una desconocida y angosta oscuridad.

Le comenzó a faltar el aire. Su corazón comenzó a latir de forma frenética. Su mente se tornó díscola, y un pensamiento gobernó su ser: escapar de aquella jaula. El miedo dio paso al agobio, y este se convirtió en ansiedad. Luna abandonó la oscuridad y sus piernas la devolvieron al umbral.

Afuera, la lluvia y la tormenta dominaban el bosque. Luna se sentó en la linde de la gruta con el exterior; apoyó la cabeza en sus rodillas, y con sus brazos rodeó sus piernas. Las gotas de lluvia golpeaban con suavidad sus mejillas, uniéndose al fluir de sus lágrimas.

Férox atravesó con su hocico sus defensas, y con su lengua limpió las lágrimas de Luna. Los gemidos del lobezno junto con su tierna

mirada devolvieron a la joven pelirroja al mundo real. Luna aupó a Férox sobre su regazo, y su húmedo pelaje enfrió sus miedos.

Ella exhaló una gran bocanada de aire con calma. Sentada en aquel umbral, cerró los ojos y disfrutó de uno de los mayores placeres de la vida: el olor a tierra mojada. Se empapó de la fragancia que emanaba del bosque. Sus oídos también se afinaron, y ahora pudo escuchar las gotas de lluvia golpear la piedra y el aullido del viento que mecía los árboles, sonidos que reconfortaban su corazón y la envolvían en una perfecta sintonía con la naturaleza.

Hasta que el crujir de una rama cercana rompió esa armonía.

Luna abrió los ojos, sobresaltada. De forma inconsciente, agarró el arco y aprestó una flecha con premura. Sabía que no podían ser lobos, por lo que esta vez no dudaría en disparar a matar. No permitiría que le pasara nada a Férox; ahora era su única familia y no volvería a perderla.

Férox, con la cola erizada sobre su lomo, olfateaba el exterior de la gruta. Luna escrutaba los robles cercanos con inquietud, y cuando Férox gruñó en una dirección, apuntó sin dudar.

Un relámpago iluminó por completo la noche, y su resplandor cegó a Luna. El trueno que siguió al relámpago fue tal que, además, la ensordeció. Cuando Luna recuperó sus ojos y sus oídos, encontró que sus sospechas eran certeras. Una flecha había sido disparada y se encontraba clavada cerca de la entrada de la gruta. Una flecha disparada con precisión, a modo de advertencia, ya que, si el tirador hubiera querido, habría matado con suma facilidad a Luna.

—Baja ese arco, lobita —dijo una voz varonil, proveniente de los árboles a los que Férox gruñía.

Luna se quedó petrificada. ¿Cómo sabía que ella era del clan del Lobo?

—¿Quién anda ahí? —preguntó Luna con voz trémula.

—No tengas miedo…, no somos tus enemigos —respondió una voz femenina y dulce.

—¡Tampoco sé si sois mis amigos! —exclamó Luna sin bajar el arco.

—¿Acaso el clan del Lobo no tiene aliados? —preguntó la mujer.

—¡El clan del Lobo ha sido extinguido! —gritó Luna con rabia y enfado.

—Te equivocas…, tú eres el clan del Lobo…, y tu clan siempre podrá contar con la ayuda del clan del Búho —dijo la voz de hombre.

«El clan del Búho», pensó Luna. Su objetivo era contactar con ellos, pero los búhos se habían adelantado. Luna no entendía cómo habían dado con ella. Había sido muy cautelosa, y la lluvia debía haber ocultado su rastro. Luna sopesó las opciones. Si aquellos desconocidos fueran enemigos, ya la habrían matado, por lo que decidió seguir con el plan inicial: arriesgarse y confiar en los líderes del clan del Búho.

—¡Mi nombre es Luna, hija de Daxos el Verde, y nieta del gran Férox el Implacable! —vociferó mientras salía de la cueva soltando el arco—. ¡Exijo que me llevéis ante vuestros líderes!

Luna permaneció inmóvil, a la espera. Durante aquel eterno instante un atisbo de miedo relampagueó en su corazón. De haberse equivocado, no solo perderían la vida ella y su lobezno, sino que acabaría la esperanza de vengar a su clan. Pero no fue la esperanza lo que desapareció, sino la tormenta.

El bosque volvió a relucir bajo la tenue luz de la incipiente luna menguante. Escampó de forma tan repentina que Luna tuvo la entera certeza de que, entre los desconocidos, al menos uno era un chamán de enorme poder.

El fulgor de una llama atrajo la mirada de Luna. Entre los árboles, la figura que portaba la antorcha se desplazó hasta que emergió y se

colocó a pocos pasos de ella: se trataba del hombre desconocido.

Era de complexión robusta y sujetaba un arco con la otra mano. Su rostro alargado se ocultaba bajo una capucha; una corta melena, de color castaño, le caía por detrás de las orejas. Vestía una camisa negra, sin mangas, junto a unos pantalones oscuros. Nadie habría sido capaz de verlo entre las tinieblas de la tormenta.

—Ya estás a salvo, joven loba —dijo alzando su capa y dejando al descubierto una sonrisa.

Luna conocía bien aquel rostro.

—¡¿Sétrix el Afortunado?! Eres tú, ¿verdad? El marido de… Kaira Aveoscura, la líder del clan del Búho… Mi familia os adoraba.

—La pequeña Loba Ígnea —susurró la voz femenina—. Has crecido mucho desde la última vez que nos vimos…

La voz provenía de los árboles, ya que la mujer no había emergido de entre las sombras. Aquello pareció alterar a Férox, el cual comenzó a gruñir de improvisto y se abalanzó directo a la oscuridad.

—¡Férox, quieto! —gritó Luna.

Férox hizo caso omiso de la orden de Luna. El lobezno avanzó sin temor, con la cola alzada, hacia el lugar de donde provenía la voz. Entonces, una figura envuelta con un oscuro manto surgió de entre los robles. El lobezno dejó de gruñir, se acercó a la figura y, después de un suspicaz olfateo, comenzó a agitar la cola con brío.

—El Férox que yo conocía no eran tan adorable como este lobezno, aunque era igual de gruñón —dijo la mujer mientras cogía a Férox en brazos y acariciaba su pelaje—. El destino te sonríe, pequeña.

La mujer volvió a depositar a Férox en el suelo, con cuidado y mimo. Acto seguido sacó una antorcha de debajo de su capa y la

prendió con un gesto de la otra mano. El fuego cobró vida e inundó la resina de la tea.

El fulgor de las llamas permitió ver la figura de la desconocida mujer. Doblaba en altura a Luna, y su capa era tan larga que la arrastraba por el suelo. Su rostro seguía oculto bajo una capucha negra; de la cabeza emanaba una larga cabellera, lisa y de color gris ceniza, extendiéndose hasta la cintura. No portaba ningún arma, pero su presencia era intimidante.

«Una poderosa chamana… acompañada por Sétrix en mitad de la noche… y que me ha llamado por un apodo que pocos conocen… No cabe duda…, es…», caviló Luna.

—Kaira Aveoscura —susurró Luna, reconociendo a la célebre líder del clan del Búho.

No había niña en todo Terión que no hubiera crecido escuchando las hazañas de aquella gran heroína.

—Han pasado cuatro ciclos desde la última vez que nos vimos, en las Lupercalias que marcaron el fatídico ciclo veinte… Muchas son las cosas que han cambiado desde entonces —dijo Kaira.

Luna asintió, recordaba a la perfección aquel día.

—Mi abuelo os invitó para celebrar el nuevo ciclo juntos… Todavía recuerdo vuestro regalo por mi octavo ciclo de nacimiento —dijo Luna, que recogió su arco y lo alzó.

—Veo que lo has cuidado muy bien. Espero que también hayas mejorado tu puntería —dijo Sétrix entre risas.

Luna recordaba cómo sus ojos habían centelleado cuando había recibido aquel arco. También recordaba que le habían prohibido usar el arco aquella noche, y que Sétrix se había ofrecido para practicar con ella al día siguiente…, pero al amanecer Sétrix y Kaira se habían ido sin despedirse. Luna no los había vuelto a ver hasta ahora.

—Sé por qué os fuisteis de forma tan apresurada al día siguiente…, y lamento mucho vuestra pérdida.

—Y yo lamento que este sea nuestro primer encuentro después de aquel terrible suceso —dijo Kaira—. Me dejé impregnar por la tristeza y la desolación. Aparté de mi lado a los demás, incluido a tu clan, pero en ningún momento fue por desamor a tu pueblo. De eso puedes estar segura. —Kaira hizo una pequeña pausa—. Aunque aquello fue una tragedia, no tiene parangón con el infierno que has tenido que pasar tú. Es un milagro que hayas llegado hasta aquí sana y salva.

—Escapé por el Bosque de los Desterrados, luego crucé el río Jato y seguí por el Bosque Ululante hasta dar con el puente de vuestro poblado —contestó Luna encogiéndose de hombros.

—¿Has conseguido atravesar el Bosque de los Desterrados sin ser vista? ¿Acompañada de un lobezno? —preguntó Sétrix sorprendido —. Su orín podría atraer a grandes depredadores, y tus pasos alertar a una caterva de rufianes… Podrías haberte topado con el mismísimo Dante el Bífido.

Luna había oído historias sobre Dante, todas asquerosas. El Bífido no era más que un rufián que había sido desterrado del clan de la Serpiente, algo bastante insólito. Luego se había asentado en el Bosque de los Desterrados. Al poco tiempo había estallado una guerra entre Dante el Bífido, y el actual líder del bosque: Arturo el Noble. Al final de las escaramuzas, Dante se proclamó líder de la región este de dicho bosque, dejando a Arturo únicamente con la región oeste.

—He sido entrenada para ser exploradora del clan del Lobo. Sé cubrir mis huellas y pasar desapercibida —contestó Luna envarada —. Además, en todo momento permanecí en la zona de Arturo, pero

tampoco me topé con ninguno de su banda… Era como si el bosque hubiera sido abandonado.

Sétrix se rascó la barbilla.

—Si hubiera habido otro enfrentamiento, Dante no habría dudado en invadir la zona de Arturo si este hubiera sido derrotado —caviló Sétrix—. Lo que nos lleva a preguntarnos ¿dónde están las bandas de los desterrados?

—Ese asunto será tratado a su debido tiempo —dijo de forma tajante Kaira—. Ahora lo primordial es llevar a Luna a Glauxolia.

Sétrix asintió.

—¡No! —gruñó Luna, acaparando las miradas de ambos—. Antes tengo algunas preguntas. —Luna suspiró—. ¿Cómo me habéis encontrado? ¿Cómo habéis averiguado que era miembro del clan del Lobo? ¡¿Cómo es posible que sepáis del infierno por el que he tenido que pasar?! —Luna notaba que su ira crecía—. Decís que sois aliados del clan del Lobo, entonces, ¡¿por qué no acudisteis en nuestra ayuda?!

Luna agachó la cabeza. Su enorme melena ocultaba su furioso y dolorido semblante. La joven tenía los puños apretados y la rabia palpitaba en cada poro de su piel. Férox se había colocado junto a ella, dispuesto a defender a su compañera ante cualquier peligro.

Una figura se acercó a ella con paso lento, y Luna notó cómo una fría y delicada mano le alzaba la barbilla.

—Aún en la noche más oscura… —susurró Kaira mientras se echaba hacia atrás la capucha.

—… la luna siempre arrojará un destello de esperanza —terminó Luna con asombro.

La luz de la antorcha iluminaba por completo el broncíneo semblante de Kaira, y la sonrisa de la líder del clan del Búho ahuyentó los temores de Luna. La beldad de su fino rostro solo

podía ser comparada con la venustidad de una diosa; sus ojos eran como dos brillantes piedras de ámbar que centelleaban a la luz de las flamas. También resplandecían sus pendientes, plateados y con forma de alas, que emergían desde la parte trasera del lóbulo de cada oreja y caían hasta formar una línea recta con el mentón. Kaira le tendió la mano, y Luna la aceptó sin titubear.

* * *

Sétrix, con Férox a su lado, lideraba la marcha hacia Glauxolia; detrás, agarradas de la mano, iban Kaira y Luna.

—Nos queda un largo trecho hasta el poblado —dijo Kaira mirando a Luna de soslayo—. Puedo responder a tus preguntas por el camino… si así lo deseas. —Luna asintió—. Que así sea —dijo Kaira asintiendo también—. La primera pregunta tiene fácil respuesta: te hemos encontrado porque estabas en la parte sur del Bosque Ululante, y eso forma parte de nuestras fronteras. He incrementado la vigilancia en esta zona desde lo ocurrido en tu clan, con la esperanza de encontrar a algún superviviente, y parece que he tenido suerte.

»La siguiente es aún más fácil. Una arquera pelirroja acompañada de un lobezno en las inmediaciones de mi aldea: no solo deduje que eras del clan del Lobo, sino que supe desde el primer momento que se trataba de Luna, la hija de Daxos y nieta de Férox.

»Las dos siguientes son más dolorosas de contestar. La masacre lobuna, las noticias de lo ocurrido en tu clan han llegado ya a oídos de todos los clanes que habitan en Terión. —Kaira hizo una pequeña pausa y exhaló un profundo suspiro antes de seguir—. El clan del Búho no os brindó ninguna ayuda debido a que su líder fue una ilusa.

Luna paró su marcha y miró a Kaira a los ojos.

—Kaira…, tú no eres la culpable de la masacre de mi pueblo —dijo con determinación Luna—. Los únicos responsables son la caterva de rufianes que forman el clan del Cazador y, en especial, su repugnante líder: Sauro el Mezquino.

—Te equivocas, joven loba —dijo Kaira con un tono apesadumbrado—. Sauro atravesó Glauxolia pocos días antes. Vino acompañado con una pequeña comitiva de veinte guerreros. Se dirigían a Lykaina, con intención de acudir a las Lupercalias y mejorar las relaciones con tu clan. —Kaira sacudió la cabeza—. No vi la amenaza ni fui capaz de predecir sus planes, caí de lleno en su mentira. —Kaira miró al cielo, y una lágrima resbaló por sus hermosos pómulos—. La Gran Guerra provocó tal estrago en Terión que creí que no viviría para volver a ver a nuestros pueblos enfrentarse y masacrarse entre ellos, pero fui una ingenua. —Kaira volvió a ocultar su rostro con la capucha—. He olvidado el arte de la guerra, y mi torpeza le ha costado la vida a tu pueblo. Por eso te prometo que haré lo posible por enmendar ese error, aunque sea lo último que haga.

Luna se acercó a Kaira, soltó su mano y abrazó a la líder de los búhos.

—Kaira no fue la única culpable —espetó de pronto Sétrix.

Luna cesó su abrazo y observó la figura cabizbaja del marido de Kaira.

—Partí con premura hacia vuestro poblado. Quería alertar a Eyra antes de que el grupo de cazadores llegase, por si acaso —dijo Sétrix—. Pero me fue imposible, y ahí fue cuando supe que aquello olía mal. —Sétrix tenía los brazos sobre la cintura y ladeaba la cabeza, frustrado—. La zona norte del Bosque Ululante estaba siendo vigilada por exploradores de origen desconocido. Luego

descubrí que una gran hueste había cruzado el río Jato desde el Bosque de los Desterrados para unirse a los desconocidos. Tuve que andar con mucho cuidado para no delatar mi presencia, ya que, de haberse topado conmigo, me habrían asesinado sin dudarlo.

—Luna no se encontró con nadie en el camino —murmuró Kaira —. Eso significa que el grueso del ejército volvió por el camino del norte, siguiendo la ruta del clan del Águila. Solo unos pocos debieron volver a cruzar el Bosque de los Desterrados, pero Luna tampoco se topó con nadie allí. Eso significa…

Sétrix asintió ante las palabras de Kaira.

—Significa que los desterrados han dejado de ser unos parias y por fin han encontrado un clan que los acepte —terminó Sétrix—. Debemos reanudar la marcha.

Sétrix llamó a Férox y continuaron el camino. Luna todavía tenía más preguntas para Kaira y no tardó en formularlas.

—«Aún en la noche más oscura, la luna siempre arrojará un destello de esperanza» —musitó Luna—. Kaira, esa frase es de mi abuelo, ¿cómo la conocías?, ¿cómo sabías lo que significaba para mí?

—Por Férox el Bárbaro. Sus hazañas son conocidas por todo Terión, aunque pocos lo conocían de verdad. Tu abuelo y yo nos conocimos cuando él no era más que un chaval barbilampiño y yo una joven ilusionada por la magia de tu clan. —Kaira dejó escapar una pequeña carcajada—. Esa frase ya se la había oído antes de que tú nacieras, aunque sé de buena tinta que le robaste el corazón nada más llegar a este mundo.

Luna no pudo evitar sonreír al escuchar aquellas palabras, aunque lo que más le sorprendía de aquella historia era el hecho de que Kaira y su abuelo fueran de la misma edad, ya que Kaira aparentaba la edad de una muchacha de veinte ciclos.

—¿Férox el Bárbaro? —preguntó ceñuda Luna—. Nunca me gustó ese apodo, prefería el de Férox el Implacable.

Kaira se encogió de hombros.

—El Implacable, el Despiadado, el Sanguinario…, cada enemigo le dio un apodo. Todos merecidos.

—El Sanguinario… —musitó Luna.

—¿Te dice algo ese apodo? —preguntó Kaira mirándola de soslayo.

—Me ha recordado un apodo que me puso mi abuelo: Luna, Aullido Sangriento —dijo Luna entre risas.

—¿A qué se debía?

—A una bobada chamánica.

—Los chamanes pueden ser tildados de locos, pero nunca de necios. Me encantaría oír esa bobada.

—Fue por la luna de mi nacimiento; según ellos, un evento sin igual —dijo Luna fingiendo sorpresa al tiempo que se encogía de hombros—. Nací en la fase de la luna llena del lobo, y ya sé lo que opináis los chamanes de nacer en luna llena. —Kaira soltó una risotada—. Ese día, además, la luna se había teñido de rojo sangre. —Luna suspiró, recordando aquel día—. Aquello me marcó para siempre, ya que los chamanes pensaron que yo había sido bendecida por los dioses. ¡La niña nacida de la sangre!, ¡la mismísima Selene, que se había reencarnado en una joven pelirroja! —Luna bufó—. Cuando crecí, la gente me llamaba siempre la Loba Sangrienta o la Loba Rojiza, aunque mi verdadero apodo es y siempre será Loba Solitaria.

—Solo aquellos que han experimentado la oscuridad que habita en la soledad saben apreciar el esplendor luminoso que emana de los lazos que se entrelazan junto a nuestros seres queridos —Kaira

se llevó una mano al pecho—, y el lazo que me unía a tu abuelo arderá siempre en mi corazón.

—Y en el mío —dijo Luna imitándola—. Al menos él murió en paz, sin saber lo ocurrido a su querido clan.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Kaira con efusividad.

Sétrix se dio la vuelta ante aquellas palabras. Luna sintió cómo ambos la miraban.

—Su loba, Rhea —comenzó a relatar Luna con titubeos—, había dado a luz una camada de lobeznos más grande de lo normal, por lo que no sobrevivió al parto. Los chamanes debatieron, y llegaron a la conclusión de que el macho debía de haber sido un lobo primigenio del Bosque Aullante. —Luna hizo una pausa y tuvo que armarse de valor para seguir—. Mi abuelo… no soportó su pérdida y me dijo que estaba seguro de que uno de esos cachorros me elegiría como su compañera…, pero que él no estaría para verlo, ya que abandonaría el clan con la siguiente luna llena…, la cual correspondía a la de la Lupercalia, ergo al día en el que yo cumpliría doce ciclos y recibiría al lobezno…

—La Likamory —musitó Kaira al tiempo que se agachaba para estar a la altura de Luna—. Tu abuelo murió en paz consigo mismo, en sintonía con la naturaleza y acorde a las tradiciones de sus ancestros. Además, tu abuelo sigue contigo, ya que la sangre llama a la sangre. —Kaira escrutó con la mirada al pequeño y adorable Férox.

Kaira limpió la lágrima que había caído por la mejilla de Luna, se levantó y reanudó la marcha junto a Sétrix.

Luna notó que algo había cambiado en el semblante de Kaira. Hablaba en susurros a Sétrix, y Luna no era capaz de entender nada de lo que decían. De repente, Sétrix alzó el puño derecho, en señal de parada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luna.

Sétrix estaba agachado, observando unas huellas en el camino.

—Estas huellas…, hay algo raro en ellas —masculló Sétrix.

—No hay nada raro en ellas —dijo Luna al ver las pisadas—. Son huellas de jabalíes.

—Sí, cualquier explorador novato sabría eso —respondió Sétrix pensativo.

—En mi clan se rumoreaba que había jabalíes en el Bosque de los Desterrados —dijo Luna reanudando la marcha—. Quizás se haya extraviado…

—Quieta, no des un paso más hasta estar del todo seguros de que no anda cerca —dijo Sétrix.

—No podemos sobrevolar el bosque —puntualizó Luna.

—¿Segura? —preguntó de forma irónica Kaira.

Kaira Aveoscura volvió a echarse atrás la capucha, luego colocó las manos en una extraña posición sobre sus labios y ululó. En apenas un instante, una gran lechuza descendió del cielo, en absoluto silencio, para acabar posándose en su brazo. La lechuza tenía el pelaje blanco, pero sus redondas y aterciopeladas alas eran doradas, al igual que su cabeza; sus ojos eran tan oscuros como una noche sin luna.

—Luna, te presento a Kori, la lechuza más inteligente de Terión —dijo con orgullo Kaira mientras acariciaba la cabeza de su lechuza.

Otro ulular resonó en la noche, esta vez provenía de Sétrix. Un gran búho, más grande que Kori, descendió de los cielos. Su pelaje era marrón claro, con un lóbrego pico y unas tenebrosas garras; su rostro era intimidante, y sus ojos eran idénticos a los de Kaira.

—Zazú, saluda a nuestra nueva amiga —dijo Sétrix.

Zazú ululó mientras alzaba un ala a modo de saludo.

—Son extraordinarios…, hay algo imponente en ellos —musitó Luna sin poder apartar los ojos de aquellas aves.

—No te haces una idea de lo mágicos que son —respondió Sétrix.

Kaira acercó su cabeza a la de Kori, y tanto ella como la lechuza cerraron los ojos unos instantes. Luna tenía una ligera sospecha de lo que estaba ocurriendo.

Kaira abrió los ojos y miró a Sétrix.

—Tus dudas eran certeras, esposo. Faya ha vuelto a pasar cerca de nuestros dominios —dijo con preocupación.

—Debemos apresurarnos —dijo Sétrix mientras Zazú y Kori volvían a alzar el vuelo—. Tranquila, joven loba. Ellos nos vigilan las espaldas.

—Las leyendas eran ciertas —dijo Luna mientras reanudaban la marcha—. Conque así me habéis encontrado…

—Solo Kaira tiene ese don —aclaró Sétrix al escuchar los murmullos de Luna—. Yo puedo comunicarme con Zazú o Kori como haces tú con Férox, pero Kaira puede hacer mucho más.

—Antes has mencionado a Faya —espetó Luna—. No os estaréis refiriendo a Faya, la hembra de los tres jabatos, ¿verdad?

—Veo que conoces la historia de Faya, Kaldón y Erinto —dijo Sétrix asintiendo.

—Es un cuento para asustar a los niños, para que no vayan al bosque —farfulló Luna frunciendo el ceño.

—No es un simple cuento —terció Kaira—. Kaldón y Erinto compiten por el amor de Faya, pero para ganarse el amor de Faya, primero hay que ganarse su respeto, derrotándola. Ninguno de ellos ha sido capaz hasta la fecha.

—Erinto es tan fuerte que puede arrancar los troncos de los árboles de cuajo, y Kaldón es tan rápido que nadie puede alcanzarle,

pero, aun así, no pueden con la temible y poderosa Faya —explicó Sétrix.

Luna soltó una profunda carcajada.

—Claro que sí…, y el Minotauro ha escapado de su prisión —dijo Luna con retintín—. A los del clan del Lobo no se nos asusta tan a la ligera.

Cuando salieron del bosque, siguieron un sendero que desembocó en un cruce de caminos. A la izquierda se encontraba el mismo puente que Luna había avistado el día anterior; en el otro extremo del puente, custodiando su acceso, se encontraban dos figuras armadas con lanzas. El puente era de piedra y estrecho, cualquiera que quisiera cruzarlo debía enfrentarse a sus guardianes.

Kaira tomó el camino de la derecha, al final del cual emergía una gran puerta de madera. La puerta estaba arropada por una ristra de estacas que se extendía por ambos lados, rodeando el asentamiento por completo. Dos grandes columnas, adheridas a la puerta, resaltaban por encima de las estacas. En la cima de cada columna había una figura; en la de la izquierda, un gran búho con dos grandes orejas onduladas que apuntaban al cielo, con enormes ojos; en la otra, una lechuza, más pequeña y sin orejas, con la cabeza redondeada.

El acceso a la aldea también estaba custodiado por dos figuras, armadas también con lanzas. Se trataba de dos mujeres, ataviadas con ceñidas armaduras de cuero blanco; de las hombreras sobresalían unas plumas, blancas también, que cubrían hasta el codo de cada una de las guerreras, con la silueta de una lechuza repujada a la altura del pecho.

—¡Buenas noches, hermana! —exclamó una guerrera escrutando a Luna de soslayo.

—Tranquila, Layna. —Kaira revoloteó el pelo de Luna—. Hemos encontrado a esta pequeñaja abandonada por el bosque.

—¿Es una descastada? —preguntó Layna.

—Sí, sus padres eran desterrados que perecieron hace poco —mintió Kaira—. Su nombre es Luna, y la acogeré en mi hogar, por lo que tendrá los mismos privilegios que cualquier otro miembro del clan.

Layna asintió con firmeza, aunque echó una mirada sospechosa a Férox.

—Sí, la chica se encariñó del pequeño lobezno —adivinando los pensamientos de su hermana Layna—. Hermana, te encomiendo la tarea de comunicar las nuevas al consejo, con la mayor premura posible, y diles que si alguien causa algún daño a la joven o a su lobezno, será desterrado para siempre del clan del Búho.

Layna se golpeó el pecho al tiempo que profería un grito de asentimiento, luego partió rauda al poblado. Kaira y Sétrix también se encaminaron al poblado, y Luna los siguió con Férox.

Una vez dentro, siguieron un serpenteante camino cercado por numerosas antorchas que iluminaban el sendero. Había muchas casas de madera, con techos de paja, similares a las del antiguo poblado de Luna. Glauxolia era mucho más grande que Lykaina.

Siguieron aquel camino marcado por el fuego hasta llegar a una gran casa que ocupaba mucho más terreno que las demás. Era, sin duda, la casa más grande del poblado. La rodeaba un jardín repleto de flores.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo Kaira.

Luna tuvo un hormigueo al oír aquellas palabras.

—¿Dónde dormiré yo? —preguntó Luna.

—Mis hijas compartían una gran habitación, ya que les encantaba pasar tiempo juntas —dijo con melancolía Kaira—. Al morir Surnia,

Tyna rogó que no me deshiciera del jergón de su hermana mayor, por lo que compartirás la habitación con ella.

Luna siempre había querido tener una hermana, ya que entonces no habría sido Luna la Solitaria.

—No quiero causarle ninguna molestia a tu hija —dijo Luna cabizbaja.

—¿Molestias? —dijo Kaira arqueando una ceja—. Tyna perdió a su hermana, y tú has perdido a toda tu familia. Espero que os causéis muchas molestias la una a la otra, como buenas hermanas.

—De acuerdo. Pero Férox duerme conmigo, esa es mi condición.

—Férox, al igual que tú, ahora es parte de nuestra familia —dijo con determinación Kaira—. Y por supuesto que dormirá contigo.

Kaira alzó a Férox en brazos, lo estrechó contra su pecho y le dio un beso en la cabeza. Luego se lo entregó a Luna y echó una mirada a Sétrix.

—Vamos, joven loba —dijo Sétrix abriendo la puerta—. Es hora de que te vayas a dormir.

—¿No vienes, Kaira? —preguntó Luna al ver que Kaira no se había movido.

—Antes debo resolver unos asuntos —contestó pensativa mientras observaba el firmamento—. Pero te prometo que mañana desayunaré contigo. —Kaira se inclinó y besó a Luna en la frente—. Hasta mañana, hija.

Luna se despidió de Kaira y siguió a Sétrix al interior de la casa. Una vez dentro, soltó a Férox para que pudiera corretear a su antojo. Su primera impresión de la casa le hizo sentir que había vivido toda su vida en una zahúrda. La casa de Kaira era fascinante.

Un amplio salón dominaba la parte baja de la casa, en cuyo centro había una gran mesa rodeada con sillas ornamentadas con figuras de búhos. Por todos lados había numerosos objetos que Luna

no sabía si eran decorativos o tenían alguna utilidad. Las paredes estaban repletas de estanterías, atestadas de pergaminos y libros; y en una esquina, una gran hoguera iluminaba e inundaba de calor la estancia.

—Puedes secarte al fuego mientras preparo nuestra alcoba para que pases allí la noche —dijo Sétrix, que subía unas escaleras—. Tyna estará dormida ahora, y prefiero no despertarla: haría demasiadas preguntas.

Luna asintió y se colocó de espaldas al fuego. La noche era cálida, como todas las noches, pero tenía la ropa empapada por la lluvia.

Sétrix volvió al poco.

—Ya lo tienes todo listo. Sube las escaleras, sigue el pasillo y entra en la habitación de la derecha. Buenas noches, pequeña.

Sétrix, al igual que Kaira, le dio un beso en la frente y se marchó con premura.

Luna se fue a la habitación. Al igual que el salón, la alcoba era fascinante. La estancia era cuadrangular. Al fondo se hallaba la cama, enorme y alzada del suelo por unas patas de madera; en una esquina había otra chimenea, aunque estaba apagada. Lo que más le sorprendió fue el techo: no había tablones, sino un enorme cristal que dejaba traspasar la luz de la luna y las estrellas. Jamás había visto algo así, ni siquiera imaginaba que existiera.

Con un largo suspiro, Luna dejó su arco y su carcaj encima de una pequeña mesa redonda en la que había un pergamino y un tintero. Se sentó en un escabel y procedió a quitarse sus ropajes.

De un salto cayó sobre el mullido jergón. Comprobó que estaba relleno de plumas y que era increíblemente cómodo. Sobre el jergón, Sétrix había colocado unas mantas de lana. Luna no tenía frío, pero el suave contacto de aquella tela le agradaba tanto que decidió echarse una por encima.

—Férox, ¡sube! —exclamó al ver que el lobezno estaba echado en el suelo.

Férox no se lo pensó dos veces. El lobezno dio un brinco y, con algo de esfuerzo, consiguió subirse al jergón. Luego dio varias vueltas sobre sí mismo hasta que encontró la postura y se hizo un ovillo junto a su compañera.

Luna colocó una mano sobre el pelaje de Férox y cerró los ojos. Antes de dormir, pensó en cómo un absurdo disparo fallido había cambiado su destino; cómo su madre, de forma inconsciente, había conseguido salvarla de la masacre con uno de sus reproches.

—Mamá, lo conseguí, he sobrevivido…, y ha sido gracias a ti —susurró a las estrellas al tiempo que una lágrima le caía por la mejilla—. Te quiero, y juro que algún día vengaré a nuestro clan.

* * *

Los rayos del sol la despertaron; atravesaban el transparente cristal para incidir directamente en el rostro de Luna.

—Ya era hora —espetó una voz femenina.

Luna se incorporó. La luz le cegaba los ojos, pero distinguió la figura de una chica, similar a ella, sentada en el escabel. La joven tenía los cabellos lisos, de color castaño, y le caían por debajo de los hombros. Su rostro era fino, pero lo que más destacaba en ella eran sus melados ojos.

—Eh… Hola. ¿Tyna, supongo? —preguntó Luna.

—Sí, la misma. —Tyna tenía entre sus brazos a Férox, jugueteaba con él—. Tu perro es muy adorable.

—¡No es un perro, sino un lobo! —gruñó Luna sin controlar su tono de enfado.

—Lobos, perros…, ¿no son acaso lo mismo? —Tyna se levantó y dejó a Férox en el suelo con cuidado. Luego le dio la espalda a Luna y se encaminó a la puerta.

—Creía que los búhos eran famosos por su sabiduría. Ya veo que no era más que un mito. —Luna se levantó de la cama. Tyna se había quedado parada, apoyada en el marco de la puerta—. Debería haberme ido al clan del Cuervo, allí al menos sabrían diferenciar un perro de un lobo.

Luna sabía la rivalidad que existía entre los cuervos y los búhos, era algo conocido por todo Terión.

—Por mí, perfecto —dijo Tyna arqueando una ceja—. ¿Necesitas que te enseñe el camino, perrita? —Tyna lanzó una desafiante mirada a Luna.

—Cuidado, pajarita —masculló Luna mientras se dirigía a Tyna—. No sea que alguien te arranque las plumas de un mordisco.

Tyna sonrió de forma maliciosa y empujó a Luna de forma repentina.

—¡¿Acaso eres idiota?! —farfulló Luna, apretando los puños.

—La única idiota aquí eres tú —gruñó Tyna—. Mamá me puso al día esta mañana, sin ocultarme nada. —Tyna escrutó muy seria el rostro de Luna—. Sé lo que ha ocurrido en tu clan, sé de quién huyes, y sé que ardes en deseos de vengar a tu familia. —Tyna se acercó a Luna y la miró directamente a los ojos—. Ahora somos hermanas, así que olvida esa actitud salvaje, tan propia de tu clan, ya que así solo conseguirás que te maten. No volveré a perder a otra hermana.

Luna retrocedió y se sentó de nuevo en el escabel. No sabía qué había ocurrido, no sabía por qué Tyna la trataba así.

—Sabías que Férox era un lobo desde el principio. Solo querías provocarme —pensó en voz alta Luna.

Tyna se acercó a ella. En su rostro ya no había esa mirada severa y furiosa; en su lugar había asomado una sonrisa en mitad de un semblante jovial.

—Claro que lo sabía, boba —dijo sentándose junto a ella—. Aunque es la primera vez que veo un lobo. Pero he estudiado a tu clan. En realidad, a todos los clanes, y sé que os cuesta controlar vuestros impulsos. —Tyna rodeó a su hermana con el brazo—. Debes saber que, aquí en Glauxolia, si no aprendes a fingir, te comen viva. En este clan no manda el más fuerte, sino el más sabio.

Luna agachó la cabeza. Llevaba muchos ciclos enorgulleciéndose de sus raíces, de las costumbres de su pueblo. No sabía si sería capaz de ocultar eso. Tyna pareció leer sus pensamientos.

—Luna —susurró Tyna en un tono más amable—. Puedes seguir siendo una loba, pero de puertas para dentro. Por fuera debes ser Luna del clan del Búho, alguien que mata con una mirada y apacigua con una sonrisa. Debes aprender a observar, a ser paciente. Olvida la ferocidad y abraza la sabiduría. —Tyna suspiró y se levantó—. No te agobies, que yo te ayudaré en todo momento. Ya no estás sola, nunca más lo estarás.

Luna alzó la cabeza y sus miradas se encontraron, pero esta vez no notó tensión en la de su nueva hermana, sino preocupación y una chispa de alegría.

De improvisto, Luna se levantó y abrazó a Tyna.

—Gracias —le susurró al oído.

—¡Bueno, bueno! —espetó Tyna sorprendida—. Aquí no somos tan… cariñosos.

Luna se separó y ambas se sonrojaron ante aquella muestra de afecto tan repentina.

—¿Tienes hambre? —preguntó Tyna, golpeándola en el hombro con cariño.

—Me comería un jabalí.

Ambas rieron. Luna no conocía a fondo a su hermana, pero sentía que podía confiar en ella. Además, tenía la corazonada de que Tyna no solo sería su hermana, sino que acabaría convirtiéndose en su mejor amiga.

Bajaron al salón, donde Luna se encontró de nuevo con Kaira. La líder de los búhos estaba sentada en una silla distinta a las demás, comiéndose unos huevos con mantequilla. Kaira le dio un sorbo a su copa de vino y sonrió a Luna.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido, Luna?

—Creo que no he dormido mejor en toda mi vida. Tu alcoba es alucinante.

—¡Eh!, tu futura alcoba es mucho mejor —dijo Tyna a la vez que se sentaban—, debido a que estoy yo en ella.

Luna soltó una pequeña carcajada de complicidad con Tyna y se sentó al lado de Kaira, con Férox a su lado. La mesa estaba repleta de comida, con una gran variedad de platos para desayunar: huevos con mantequilla, muslos de pollo, carne ahumada, truchas, tomates, fresas y arándanos. Aquello parecía el festín de un banquete.

—Veo que ya os habéis conocido —dijo con jovialidad Kaira, que lanzó un muslo de pollo a Férox.

Luna cogió un plato y fue echándose un poco de todo. Estaba hambrienta.

—¿No ha vuelto Sétrix? —preguntó al ver que faltaba.

—No, y tardará bastante en volver. Partió a una expedición muy importante —zanjó Kaira.

Luna sabía que no debía hacer más preguntas.

—¿Cómo es que nunca habías venido a Glauxolia? ¿Nunca saliste de Lykaina? —preguntó Tyna.

—Pasaba la mayor parte del tiempo en Lykaina, entrenando duro para convertirme en exploradora —contestó Luna, que mordisqueaba un muslo de pollo—. Ansiaba iniciarme y convertirme en exploradora oficial de mi clan, así podría luego recorrer Terión. Salí una vez, pero fue para visitar Kalópix, el poblado de los zorros, ya que mi madre era de allí.

Luna y Tyna terminaron de desayunar en silencio. Luego, Tyna insistió en salir a dar un paseo para enseñarle el poblado a su hermana. Luna accedió a regañadientes, ya que le daba vergüenza conocer a más gente nueva.

—Hay mucha actividad en el poblado —mencionó Luna mientras recorrían el mismo sendero que había tomado la noche anterior con Kaira.

—Sí, y muchas miradas puestas en ti y tu lobezno…

Después de enseñarle el poblado, Tyna la condujo al exterior por la misma puerta que seguía custodiada por dos guerreras, aunque diferentes a las de la noche anterior. Una vez fuera, en el cruce del puente, tomaron el sendero de la derecha, hacia el sur de Terión.

—¿Dónde vamos? —preguntó Luna.

—Ya lo verás.

Anduvieron largo rato por senderos ocultos que atravesaban el Bosque Ahogado, hasta llegar a un hermoso lago de aguas cristalinas.

—El Lamento de Dakrya, mi lugar favorito del clan, y pronto el tuyo —dijo Tyna extendiendo los brazos ante el esplendor de aquel fascinante lugar.

Cerca del lago había un gran roble y, bajo su sombra, se encontraban sentadas dos chicas. Ambas parecían tener la misma edad que Tyna.

—¡Ey, primas! —saludó Tyna—. Os presento a Luna, mi hermana. Aunque supongo que ya habéis oído hablar de ella. Y este chiquitín que nos acompaña es Férox, su lobezno.

—¡¿Que si hemos oído hablar de ella?! —exclamó una, que se levantó.

—No se habla de otra cosa en el poblado —contestó la otra—. Yo soy Yina, y esta de aquí es mi hermana, Arixa.

—Hola, encantada de conoceros —dijo Luna, y estrechó sonriente la mano de ambas.

Luna se sentó junto a ellas. Férox correteaba con jovialidad por el lugar. Aquella mañana, mientras las cuatro chicas conversaban y reían, algo cambió en el interior de Luna.

La pérdida de su familia y la extinción de su clan le habían arrebatado las ganas de vivir, habían convertido su mundo en un lugar terrible y desolador. Pero ahora tenía un compañero lobuno, una nueva familia, una hermana, un nuevo clan e incluso amigas; y todo ello había provocado algo insólito en Luna, ya que un destello de esperanza había atravesado su corazón en aquel mismo instante, y el mundo había dejado de parecerle un lugar lúgubre y horrible. Ahora era un lugar hermoso y repleto de luz.

Malóu

Día 1 de la fase del Lobo
Ciclo 24 después de la Gran Guerra

Malóu observaba, indiferente, que los demás miembros de su clan le adelantaban. Todos iban montados en sendos caballos de batalla, portentosas bestias que envanecían a los jinetes que, con una subrepticia sonrisa, le pasaban de largo.

Un tarpán oscuro, con las crines blanquecinas, pasó muy cerca de su costado izquierdo. Malóu lanzó una desdeñosa mirada al jinete, ya que era la montura distintiva de Tux, el hijo de Zánatos.

Malóu apretó con firmeza el medallón que colgaba de su cuello y siguió cabalgando en su tranquilo asno grisáceo.

Sauro había indicado que todos debían ir al trote. El grupo había partido con el ocaso y debían llegar lo antes posible a Huesos del Buitre, a cinco leguas de Glauxolia.

Malóu había aminorado el paso con la intención de quedarse en la retaguardia; así podría evadirse del mundo, dejando su cuerpo a lomos del asno, mientras su mente se zambullía en los dulces recuerdos procedentes de aquella tarde en el lago.

Hasta que un relincho atrajo su mirada. Se trataba del resplandeciente bayo de Zánatos, que había pasado muy cerca del flanco derecho de su asno. Otro sonido llamó su atención por el flanco izquierdo, esta vez fue un resoplido. Malóu supo entonces, sin

necesidad de volverse, que el oscuro y gigante garañón de su padre le había alcanzado, y algo le decía que no iba a pasar de largo.

—La noche nos acecha…, y tú bajas la velocidad —masculló Sauro colocándose a la par de Malóu.

—Todavía quedan dos días de completa luna llena —dijo Malóu mirando al sangriento firmamento que se iba tornando oscuro—. No veo problema en cabalgar bajo su luz.

—Da igual lo mucho que brille la luna, muchacho —gruñó Sauro —, si las nubes la rodean y menguan su luz.

Malóu prefirió no contestar, aunque sabía por experiencia que su padre se había parado por algo en concreto.

—¿Qué tal tu estancia con los búhos? —preguntó con indiferencia Sauro.

—Placentera —contestó sin emoción Malóu—. Me habría gustado quedarme más tiempo allí.

—¿Ocurrió algo interesante durante mi ausencia?

Malóu notó el cambio de tono de su padre.

—Depende de lo que consideres interesante. —Malóu sabía que no debía jugar con fuego cuando se trataba de su padre, pero no estaba dispuesto a contarle nada relacionado con Tyna.

—Para el caballo, muchacho —ordenó Sauro.

—Es un *asno*, padre —dijo Malóu con énfasis en «asno».

—Tendrás una montura de batalla cuando seas un hombre —masculló Sauro, escrutando con su afilada mirada el rostro de su hijo —. Además, lo mío también es un asno.

Malóu tiró de las riendas y detuvo su asno. El gigantesco garañón sacudió su cabeza a poca distancia de Malóu. Aquella bestia era tan alta que Malóu tenía que alzar la cabeza para ver a su padre.

—Muchacho, yo he tenido tu edad; también fui un tarambana y un zascandil. —Sauro hablaba con voz pausada—. Mi padre me

molió a golpes por mis insolencias. Yo los encajaba sin quejarme, y sabía que más de uno era merecido. —Sauro se encogió de hombros —. Eran otros tiempos, pero una cosa no ha cambiado. Pronto harás catorce ciclos, y sé que empezarás a pensar más con el rabo que con la cabeza. ¡Y me alegro, demonios! —Sauro le dio una firme palmada en el hombro a su hijo, seguido de una carcajada—. Es bueno saber que te interesan las mujeres, me tranquiliza saber que mi linaje está asegurado.

—No he dicho nada sobre ninguna chica —dijo vacilante Malóu.

—Ni falta que hace. Por eso cuando te he preguntado si había ocurrido algo, ¡no me estaba refiriendo a si le habías metido la mano entre los muslos a la hija de Kaira, sino a tu maldito cometido!

«Mierda, se me había olvidado por completo lo de la misión», pensó Malóu exhalando un profundo suspiro, en parte aliviado por saber que su padre no estaba interesado en Tyna, y en parte asustado por la bronca que le iba a caer.

—La misión… —balbuceó Malóu—. Me pediste que tuviera los ojos abiertos, y eso hice… No vi nada raro en tu ausencia, nada fuera de lo normal. —Malóu se aclaró la garganta—. Los búhos están de nuestro lado, no tienes nada por lo que preocuparte, padre.

Sauro acarició la puntiaguda y afilada barba que emanaba debajo de su mentón; soltó una pequeña carcajada al tiempo que asentía y, de improvisto, golpeó con su pierna el pecho de su hijo.

Malóu cayó del asno y se estampó contra el suelo. Aunque fue un duro golpe, lo primero que hizo fue agradecer no haber estado montado en un gran caballo de batalla. Con un leve y silencioso quejido se alzó, escupió un gargajo de sangre y saliva a la hierba, y se levantó sin decir nada.

—¿Acaso crees que soy un crédulo? ¿Me tomas por necio, muchacho? —preguntó Sauro bajando de su garañón.

—No, padre —masculló Malóu alzando la cabeza—. Te he dicho…

Sauro agarró a su hijo por la pechera, lo miró a los ojos y le arrancó con furia el colgante que Tyna le había regalado.

—Humm —dijo mirando cómo ondeaba el medallón plateado con forma de búho—. Mide tus siguientes palabras u ordenaré que lo fundan y hagan monedas con su plata.

Malóu palideció ante aquellas palabras; su rostro se tornó macilento, y un dolor superior al de la caída se introdujo en su corazón. Aquel medallón atesoraba el alma del verdadero Malóu, aquel al que Tyna había besado. Perderlo a manos de su padre empañaría el mejor día que había tenido hasta la fecha. Necesitaba pensar algo, y rápido.

—¡Sétrix! —espetó de pronto Malóu—. Partió a una misteriosa expedición justo después de que os fuerais hacia Lykaina. Es posible… que partiera con intención de adelantaros y avisar a los lobos de vuestra llegada…

Sauro gruñó, soltó a su hijo y dejó caer el colgante al suelo.

—Interesante —musitó Sauro—. Aunque era de esperar. ¿Algo más?

Malóu había recogido el colgante y lo apretaba contra su pecho.

—Sí —susurró cabizbajo—. Tyna.

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó Sauro arqueando una ceja.

—Dijiste que algún día me casaría con alguna líder importante, y exijo que sea con ella. ¡No aceptaré a ninguna otra! —Malóu alzó la cabeza y desafió con la mirada a su padre.

Sauro soltó una profunda y siniestra carcajada.

—¿Exiges? —Sauro se aupó en su montura—. A eso me refería con lo de pensar con el rabo. Ahora te has enamorado, se te han hinchado los huevos y te atreves a desafiarme. —Sauro escrutó el

impávido semblante que había aflorado en su hijo al hablar de Tyna —. Haces que me sienta orgulloso, muchacho.

—¿Entonces…? —preguntó Malóu sin comprender las palabras de su padre.

Sauro hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Kaira es una mujer orgullosa y de mucho carácter, y su hija apunta a seguir los pasos de la madre —Sauro miró de arriba abajo la figura de su hijo—, y tú eres un pelele sin pelos en los huevos. Serías un títere en sus manos. —Malóu agachó la cabeza y apretó los puños, furioso—. Aunque eres mi hijo, y si consigues convertirte en el hombre que espero que seas, entonces estaría encantado de organizar dicho connubio.

—Gracias, padre —dijo Malóu aún cabizbajo—. Prometo no defraudarte.

Sauro respondió con un gruñido, acarició a su garañón y reanudó la marcha. Malóu lo vio alejarse y volvió a atarse el colgante al cuello. En aquel momento se prometió a sí mismo que se convertiría en un hombre. Aunque no para complacer a su padre, sino para proteger a Tyna de hombres como Sauro.

* * *

La luna llena iluminaba el firmamento para cuando llegaron a Huesos del Buitre. Las ruinas de aquel lugar pertenecían a la antigua villa de Gypósteox, hogar del extinto clan del Buitre. Malóu recordaba, de las lecciones de sus maestros en Zaeria, que aquel clan había sido aniquilado por los búhos en una batalla anterior a la Gran Guerra.

El resplandor de las llamas le indicó a Malóu que sus compañeros habían empezado la cena sin él, ya que había sido el último en

llegar.

Sentados sobre enormes piedras derruidas, los miembros del clan del Cazador comían las viandas que Kaira les había proporcionado para el tan largo y arduo viaje hasta Zaeria; también bebían y brindaban alzando sus odres, que debían estar inundados de vino o hidromiel.

Allí sentados, a la luz del fuego, se hallaban los miembros más cercanos a Sauro. La mayoría no destacaba por su habilidad con la espada o por su puntería certera, sino por su lealtad. Malóu despreciaba a la mayoría.

—¡Por el clan del Lobo! —gritó Nixon entre risas, al tiempo que alzaba su odre.

Nixon era el zoquete del grupo. A su lado, y riéndole las gracias, estaba siempre Tux. Malóu sintió un cosquilleo en las cicatrices de su espalda al observar el semblante jocoso y las estridentes risas del hijo de Zánatos.

Tux le dio un codazo a Nixon y señaló con la cabeza la posición de Malóu. Este había reparado en ello, pero siguió comiendo y bebiendo con absoluta calma, ya que había decidido no brindar y seguir sumido en sus pensamientos.

—¡¿Qué te pasa, Malucho?! —exclamó Nixon lanzándole un hueso de costilla.

—¡Malucho, estás alelado! —vociferó Tux—. ¿Estás triste por no haber ido con los mayores?

—¡Pobre Malucho! —dijo una chica posando su brazo en el hombro de Tux—. ¿Qué tal con tu amiguita Tyna? ¿Ya has descubierto qué esconde entre las piernas?

Tux le rio la gracia a su inseparable amiga Lily. Malóu se había vuelto un experto en ignorar las burlas, y eso fue lo que hizo.

—Liliana, cierra esa bocaza —ordenó Maruxa, fulminando con la mirada a su hija. Acto seguido le dio un codazo a Zánatos, que estaba sentado a su lado.

Zánatos estaba bebiendo y por poco se atraganta; luego captó la mirada de Maruxa y, después de aclararse la garganta, se dirigió a Sauro.

—Sauro, creo que tu hijo merece saber lo que ha ocurrido en Lykaina.

Sauro asintió; no solía rechazar los consejos de Zánatos. Luego miró a los ojos a su hijo, sentado enfrente de él. Sauro gruñó, y el silencio gobernó las ruinas.

—Muchacho, eres lo bastante inteligente para saber que no íbamos a ninguna fiesta —relató Sauro—. No estabas al tanto del plan debido a que no formabas parte de él. Tú tenías otro cometido, ya que todavía no estás preparado para entrar en batalla.

—No importa, padre —dijo Malóu encogiéndose de hombros—. No tengo prisa, y no me importa haberme perdido esta batalla.

Malóu había sido como Tux y los de su calaña, y había ansiado el momento de luchar en una batalla, pero ahora no pensaba así. Ahora tenía algo más importante por lo que vivir. Por eso aquella respuesta provocó murmullos y silenciosas carcajadas entre los allí presentes.

—¡¿Batalla?! —exclamó Zánatos con una mueca—. Aquello no fue ninguna batalla, chaval. Fue una maldita masacre.

—¡Se lo merecían! —exclamó Ózef—. Por tercos y testarudos. —Ózef le dio un largo trago a su odre—. Siempre nos miraron por encima del hombro.

—Y ahora su clan ha sido extinguido —remarcó Fergus.

Ózef y Fergus eran cuñados, y ambos eran muy apreciados por Sauro, ya que habían combatido en la Gran Guerra junto a él.

Malóu tragó saliva al pensar en el clan de los Búhos. ¿Qué le ocurriría al pueblo de Tyna si osaba rebelarse contra los cazadores? ¿Correrían la misma suerte que los lobos? ¿Tendría Malóu que participar en dicha batalla?

—¿Extinguido? —vaciló Malóu—. ¿No quedó nadie con vida? ¿Rehenes? ¿Niños?

—*Na queó* allá —masculló Rúrik mientras escupía un gargajo al fuego y movía una rama entre sus dientes de forma hipnótica—. *Tos* perdieron el *pelleju*: machos, féminas y *zagalinus*…, *tos* por igual. E *inclusu tamién* escabechamos a los *hideputas* de sus chuchos.

Rúrik era el miembro más viejo del grupo. De rostro anguloso, con nariz aguileña y una larga cabellera, lacia y canosa, que le descansaba sobre los hombros. Le faltaban más de la mitad de los dientes, y los pocos que le quedaban estaban amarillentos. Rúrik era un ser de otra época, de la vieja ralea del clan del Cazador. Su lenguaje era arcaico y, si bien pocos lo entendían, nadie le replicaba. No se atrevían. Rúrik era un malasombra, un malaje y, aunque Malóu lo consideraba un ser repugnante, había algo hipnótico en él, en su porte, en su figura y en el modo que tenía aquella persona de ver el mundo a su alrededor. Rúrik, con su siniestro y jocoso semblante, conseguía que los demás escucharan sus palabras como pazguatos ante un farandulero.

No obstante, Malóu seguía teniendo sus dudas.

—A diferencia de la mayoría de vosotros, yo he sido instruido y he asistido a numerosas lecciones en Zaeria —comenzó a relatar Malóu, atrayendo todas las miradas—. Lykaina, hogar de los lobos. Está resguardado al sur por el Bosque Ululante, territorio de los búhos; al suroeste se encuentra Kalópix, la villa del clan del Zorro, férreo aliado de los lobos; y al este está el gran Bosque de los Desterrados, territorio compartido por Arturo y Dante. —Malóu suspiró, tragó

saliva y siguió—: Los lobos, además de ser célebres por sus habilidades como exploradores y guerreros, también cuentan con sus fieles y fieros compañeros lobunos. —Malóu recorrió con la mirada a los allí presentes—. ¿Cómo demonios habéis conseguido extinguirlos?

Los cuchicheos de los demás se convirtieron en murmullos, que dieron paso a los bramidos, insultos y todo tipo de quejas a Malóu.

—¡Cierra el pico, socarrón lenguaraz! —profirió Tux.

—¡¿Pero tú de qué lado estás, mocoso ingrato?! —gritó Nixon al tiempo que estampaba su odre contra una roca.

Hasta que Sauro alzó la mano y acalló la barahúnda.

—Mi hijo tiene razón —gruñó—. El clan del Lobo era un clan formidable, y habría sido un duro enemigo en una batalla abierta. ¿Habríamos ganado? ¡Por supuesto que sí! —Los demás comenzaron a vitorear, pero Sauro los calmó con la mano—. Pero también muchos de vosotros no estaríais ahora aquí, ya que habríamos tenido grandes y duras pérdidas. —Sauro le dio un largo trago a su odre antes de seguir—. Todo clan tiene unas virtudes y unas debilidades. Nosotros hemos sabido aprovechar nuestras virtudes y atacar las debilidades del enemigo. ¿Quieres saber cómo, muchacho? Escucha atentamente.

»Lo primero y más importante: la fecha. La Lupercalia es su fiesta más importante, más que para cualquier otro clan de Terión, y por tanto, cuando más expuestos estarían. Sus exploradores habrían partido al noroeste, a cazar para la celebración, dejando la ruta del sureste despejada.

»Pero había una piedra en el camino en dicha ruta: los desterrados. Pelear con ellos arruinaría la misión, por lo que decidimos aceptarlos en nuestro clan. Incrementamos nuestras tropas y conseguimos una ruta de paso hacia Lykaina.

»El clan del Águila nos mandó una pequeña hueste por el norte, y el grupo de Arturo se unió a ella. Mientras, el de Dante se unió a la gran hueste que avanzaba por el Bosque de los Desterrados hasta Lykaina.

»Esta misión tenía varias ramas secundarias. Una era comprobar la lealtad de los búhos, y la otra poner a prueba a los zorros.

»Era importante cruzar Glauxolia, así Kaira vería que éramos una pequeña comitiva. Además, dejarte a ti allí cumplía dos funciones: restringir sus movimientos y un motivo para volver. Aveoscura sabía que, si hacía cualquier tontería, a la vuelta habría consecuencias. En definitiva: Kaira tenía las manos atadas.

»Luego estaban los zorros. Necesitábamos un sitio donde descansar antes del ataque. Su líder, Zox, es un pusilánime. Y sabíamos que ardía en deseos de unirse a la Liga, pero su alianza con los lobos era un impedimento para su adhesión. Le informamos de nuestra llegada con antelación, y se le dejó un mensaje claro: con la Liga o contra la Liga. Zox ni siquiera se lo pensó, aceptó sin dudarlo. Los lobos acababan de perder a su mejor aliado.

»El ataque fue como un relámpago contra un árbol. Rápido, cruel y mortífero. Masacramos a toda la villa, sin contemplaciones. Perdimos a algunos guerreros cuando comenzaron a llegar exploradores lobunos de los bosques, pero venían en grupos reducidos y nosotros los superábamos en número. Luego, los desterrados peinaron las zonas y dieron caza a los desperdigados miembros lobunos que hubiera por los alrededores. No dejaron a nadie con vida.

»Nosotros nos fuimos una vez acabó la refriega, pero hemos dejado allí un gran número de guerreros. Ellos terminarán de quemar el poblado y de incinerar los cadáveres.

»Pronto daremos órdenes de que todos los clanes busquen a miembros que porten la marca del clan del Lobo y los ejecuten. Pagaremos por cada uno que encuentren. La idea es conseguir que no quede ni un solo miembro del clan del Lobo con vida. Si alguno de ellos ha logrado sobrevivir, estaremos en peligro.

Malóu asintió, aunque aún albergaba algunas dudas al respecto, pero prefirió mantener la boca cerrada. Los demás comían y bebían en silencio, sopesando las palabras de su líder, hasta que una risotada llamó la atención.

—¡Anda ya, jefe! —bramó Nixon—. Si da la casualidad de que se nos ha escapado alguno, lo buscamos y luego le cortamos el pescuezo. Te preocupas demasiado por esos chuchos. ¡Fue más fácil acabar con ellos que convencer a una ramera para que me chupe el rabo! —exclamó riéndose junto con Tux.

—¡*Traspella* tu *malditu* pico, pazguato! —espetó Rúrik furioso—. *Cenzillu* fue *debío* al plan del caudillo, de *habe ío* sin plan los chuchos te hubieren *merendao* los *huevus*. —Rúrik lanzó un hueso a Nixon que le dio en toda la cara.

—¡Chúpamela, decrépito cascajo! —gritó Nixon agarrándose con firmeza la entrepierna—. Yo solito me cargué a un par de furcias. ¿Verdad, Tux?

Tux prefirió no hacer ningún gesto, ya que, al igual que Malóu, palpaba la tensión que flotaba en el ambiente. Zánatos, que se había puesto a afilar su descomunal hacha con una piedra, dejó la piedra a un lado y se levantó.

—¡Felicidades, Nixon! —bramó con brío mientras golpeaba a Nixon en el hombro—. ¡Si tenemos aquí a alguien digno de llamarse a sí mismo guerrero! ¡Alguien que presume de haber matado a una pobre mujer que yacía en el suelo, desarmada y maltrecha! ¡Y de rematar después a su infeliz hijita pequeña! —Zánatos agarró a

Nixon por el pescuezo—. ¿Qué tal si te enfrentas a mí, bravucón? ¡Así podrás poner a prueba tu valía!

Zánatos soltó a Nixon, y este agachó la cabeza en silencio.

—¿*Ande* están tus agallas *agora*? —preguntó entre risas Rúrik—. ¡Gallinaza! *¡Pataruco!* ¡Baladrón! ¡Que *ere* un pazguato! —Rúrik se acercó y por cada insulto le iba propinando una sonora colleja a Nixon.

Malóu decidió caldear un poco más el ambiente.

—Tengo una duda más, padre —dijo Malóu mirando de reojo a Nixon—. Según he escuchado, los lobos contaban con el mejor guerrero de Terión: Férox el Sanguinario. ¿Quién de vosotros lo derrotó? —Malóu alzó la mano hacia Nixon—. No creo que el pazguato de Nixon pudiera hacer nada contra un oponente como el legendario Férox…

Nixon tuvo que ser agarrado por Tux para no lanzarse a por Malóu mientras Rúrik reía con la mandíbula desencajada y aplaudía la pulla de Malóu.

—No vas desencaminado, chaval —contestó Zánatos—. La presencia de Férox era un duro bache en el plan de tu padre.

—La idea era abatirlo con una lluvia de saetas —añadió Maruxa—. Si eso fallaba, nos enfrentaríamos a él en un combate cuerpo a cuerpo. Ózef, Fergus, Zánatos, Sauro y yo seríamos los contendientes. Aunque a ninguno nos hacía mucha ilusión, claro está.

—Pero la suerte nos sonrió —dijo Fergus.

—No fue suerte —mencionó Sauro—. Una de las arpías me informó, en secreto, de que Férox había abandonado la aldea para realizar un ritual de su clan llamado Likamory. La arpía me informó de que es un ritual para abandonar este mundo. —Sauro tenía la

mirada clavada en el fuego—. Si no os lo conté fue para que no os confiarais.

—¡¿Y qué habría pasado si hubiera estado?! —gritó Nixon escapándose de Tux—. ¡¿Ese ajado guerrero habría cambiado el curso de la batalla?! ¡Anda ya!

Rúrik, harto ya de las sandeces de Nixon, paró de reír y le pegó un guantazo a Nixon, tan fuerte que hizo que este cayera al suelo.

—Tú *ta tontu* o es que tu padre se traginó a una cabra y *velaí* que naciste tú, so payaso —farfulló Rúrik, que escupió a las llamas de la hoguera.

—¡Vale ya, Rúrik! —terció Tux—. ¡Aquí somos todos del mismo bando!

—Zánatos, vigila la lengua de tu jamelgo —masculló Rúrik, y se volvió a sentar.

—¡Basta! —zanjó Sauro.

Todos callaron. Tux ayudó a Nixon a levantarse y ambos se sentaron también. Sauro recorrió con la mirada a los presentes y siguió hablando.

—Vosotros, los jóvenes, nacisteis después de la Gran Guerra —dijo Sauro mirando en particular a Nixon—. Jamás visteis combatir a Férox, y solo sabéis de él las historias que se cuentan. —Sauro ladeó la cabeza—. Todas se quedan cortas. Sabéis bien que luché a su lado, codo con codo, como buenos aliados en la Gran Guerra. Juntos derrotamos a la Gran Pantera y ganamos la guerra. Sin Férox habría sido imposible. —Sauro hizo una pausa y aprovechó para avivar las llamas—. No tengo problema en admitirlo, en reconocer su supremacía en el campo de batalla. Albergaba mis dudas sobre el ataque a Lykaina, pero cuando me llegó la noticia de que Férox no estaría, mis dudas se esfumaron. —Sauro escrutó el rostro de los demás miembros del grupo, sacó una rama de la hoguera y los fue

señalando uno a uno—. Si cualquiera de vosotros, compañeros, hubiese luchado en un combate singular contra él, ahora mismo estaríamos enterrando vuestro cadáver.

»Ese día nació mi sueño, el día en que derrotamos a la Gran Pantera. Todos los clanes unidos, luchando codo con codo, dejando a un lado nuestras diferencias por un bien común. Juntos por la supervivencia de nuestra especie. ¡La Liga de Clanes de Terión!, sí, ese día empezó todo esto, y hoy hemos perdido un clan. No penséis que disfruto de la extinción de los lobos, no, maldita sea. Sus exploradores eran excepcionales, y pocos clanes los igualaban en el arte de la guerra. Pero era un sacrificio necesario.

Sauro tiró las últimas ramas a la hoguera y se levantó de la piedra. Se dirigió con calma a una zona herbosa desprovista de rocas, y allí se tumbó a descansar.

—Basta de charla por hoy —ordenó Zánatos—. Mañana debemos alcanzar el Desfiladero Sombrío, así que descansad.

Los allí presentes asintieron, se levantaron y fueron buscando un lugar donde dormir. Malóu, en cambio, se levantó y se alejó de la hoguera. Quería estar a solas. Anduvo por los alrededores hasta toparse con un pequeño montículo; lo subió y, una vez arriba, contempló la alta torre, oscura y afilada, que emergía al sur de su posición: el Pico del Cuervo. Permaneció allí, sentado, a solas con sus pensamientos. El crujir de las ramas le indicó que alguien le había seguido. Malóu intuía quién era.

—¿Qué quieres? —preguntó Malóu con aspereza, sin siquiera girarse.

—¡Venga ya, chaval! —respondió Zánatos—. ¿Todavía sigues molesto?

Malóu suspiró.

—¿Cómo debería estar, según tú? ¿Contento? ¿Satisfecho? —contestó Malóu furioso. Se levantó y clavó su mirada en los oscuros ojos de Zánatos—. ¡¿Orgulloso por tener mi espalda marcada con las cicatrices de tus latigazos?!

Zánatos agachó la cabeza, evitando la mirada.

—No fue idea mía. Tu padre me lo ordenó. Enfádate con él.

Malóu bufó.

—Si mi padre me diera la orden de asesinar a Tux, ¿con quién te enfadarías?

—Buena pregunta. —Zánatos acarició su barbirrubia perilla—. Supongo que descargaría mi ira con la mano ejecutora. —Zánatos alzó la cabeza y esbozó una sonrisa—. Entiendo tu enfado, y lo siento. Para mí tampoco fue agradable. —Zánatos se volvió e hizo ademán de irse—. No me importa que Tux y tú os hayáis zurrado, ya que son cosas de críos. ¡Pero sí me fastidia lo que ha ocurrido entre nosotros! —Zánatos suspiró y se tomó su tiempo—. Espero que algún día puedas perdonarme, chaval.

La coraza de hierro de Malóu se vino abajo, ya que Zánatos había cuidado siempre de él; además, en más de una ocasión había actuado más como padre que el propio Sauro. Malóu sabía, en el fondo, que había desatado su rabia contra Zánatos debido a que no tenía valor para hacerlo contra Sauro.

—Tux y yo no nos hemos zurrado. Yo le zurré a él —dijo Malóu—. No te puedo perdonar, ya que no fue tu culpa. Pero jamás se lo perdonaré a mi padre.

Zánatos soltó una pequeña carcajada.

—¿Qué crees que hace a un clan fuerte? —preguntó Zánatos acercándose a Malóu y sentándose en una piedra.

—¿El número de guerreros? ¿Las armas? ¿La magia? —caviló Malóu sentándose también.

—Nada de eso, chaval —contestó Zánatos, negando con la cabeza —. Son las riñas internas las que fortalecen a un clan. Son las rivalidades que has forjado contra tus amigos, contra tus compañeros. Son las ansias de superación de cada uno de los miembros del clan. —Zánatos palmeó el hombro de Malóu—. Así, llegado el día en que tu clan sea atacado, deberás aunar fuerzas con tus mayores rivales. Y ambos lucharéis con gran frenesí para salvar al clan, pero también para demostrar quién de vosotros es el más fuerte. Esa rivalidad será la que lleve al clan a la victoria.

—Como la que existió entre tú y mi padre, ¿verdad?

—Tu padre se ganó mi respeto, chaval.

—Yo nunca me ganaré el respeto de nadie. Siempre seré el niño mimado de Sauro, el joven que nació para ser líder.

Zánatos soltó una profunda carcajada.

—Sí, y lo peor es que tienen razón —dijo Zánatos, provocando que Malóu frunciera el ceño—. Para liderar a esta caterva de rufianes no basta con ser el hijo del líder, chaval. No, nuestro clan no funciona así. Aquí no manda el más listo, ni el más fuerte, sino el que más respeto infunde. —Zánatos arqueó una ceja y escrutó el rostro de Malóu—. Y el respeto no se puede comprar ni heredar. No, el respeto se gana, y conlleva sacrificios.

Malóu apretó con fuerza el colgante de Tyna. Si había que sacrificar algo, no sería a ella.

—Yo no soy tan fuerte como él, ni como tú —aseveró Malóu.

—Tu padre y yo nos criamos en una época anterior a la Gran Guerra. Hoy todo es distinto. —Zánatos se levantó—. Aquellos fueron tiempos duros y difíciles para nuestra gente, y muchas personas perecieron en el camino. Esas adversidades nos hicieron mella y nos curtieron, convirtiéndonos en lo que somos ahora. Vuestra generación es más lista que la nuestra, de eso no hay duda.

Vosotros no habéis pasado ni una penuria en vuestra cómoda vida, pero eso pronto va a cambiar para ti.

—¿A qué te refieres? —preguntó Malóu con gesto adusto.

Zánatos ladeó la cabeza y gruñó.

—No me correspondería a mí contarte lo de tu viaje —contestó.

—¡¿Viaje?! ¿Qué viaje? —Malóu se levantó, y su corazón cada vez latía más rápido.

Zánatos colocó su brazo sobre el hombro de Malóu.

—He venido por eso, para hacer las paces contigo antes…, antes de que emprendas el viaje que te va a encomendar tu padre, ya que vas a estar fuera mucho tiempo —dijo Zánatos apesadumbrado.

Malóu quedó estupefacto. No sabía qué pensar y, por un momento, sintió miedo y angustia.

—¿Adónde iré? —preguntó vacilante.

—Yo no puedo… —titubeó Zánatos.

—Por favor…

Zánatos no pudo resistirse a la mirada de Malóu. Alzó la cabeza, suspiró y asintió.

—Debes curtirte, chaval. Y para eso te hará viajar por todas las villas de nuestros clanes aliados. En cada uno te someterás a duras pruebas, aprenderás sus costumbres y leyendas. En definitiva: vas a hacerte un hombre y convertirte en el líder que nuestro clan necesita.

El temor que había invadido el cuerpo de Malóu se desvaneció, y en su lugar emergió el entusiasmo y la emoción de la aventura.

—¿Cuál será mi primer destino?

—Primero, con las tortugas —contestó Zánatos con jovialidad, al ver que Malóu se lo había tomado bien—. Allí aprenderás mucho sobre el mar. Después irás con las águilas, a curtirte en la montaña.

Después con los cuervos, a fortalecer la mente y volverte un erudito. Y después, los búhos.

«Donde avivaré la llama del amor», pensó Malóu.

—¿Qué pasa con los zorros? —preguntó Malóu al darse cuenta de que no los había mencionado.

—Primero debemos asegurarnos de que los zorros son de fiar, ya que han sido los últimos en unirse a la Liga de Clanes, y tu padre todavía no confía plenamente en ellos. —Zánatos soltó una risotada y abrazó a Malóu—. Te voy a echar de menos, chaval.

—Y yo a ti —dijo Malóu.

—¡Y yo os echaré de menos a ambos! —anunció Sauro, atrayendo las miradas de los dos—. Vine a echar una meada y no pude evitar escucharos.

—Sauro, yo siento haber… —comenzó a disculparse Zánatos.

—¡Bah!, tranquilo, no pasa nada, me has ahorrado la charla a mí —interrumpió Sauro—. Además, al escucharos se me ha ocurrido un pequeño cambio: tú irás con él. Eso me tranquilizaría. ¿Qué te parece, muchacho?

—¡Me encantaría, padre! —contestó Malóu con brío.

—¡Pues no se hable más! Una vez lleguemos a Zaeria, tendréis un par de días para ponerlo todo en orden. Después cogeréis un barco y navegaréis a isla Caparazón.

Sauro les sonrió. Zánatos agarró a Malóu por el hombro y lo apretó con fuerza. Malóu se prometió a sí mismo que volvería de aquel viaje siendo una persona muy distinta a la que era.

Luna

Día 24 de la fase del Cuervo
Ciclo 28 después de la Gran Guerra

Luna se aproximó con cautela al borde de la elevada roca; inclinó la cabeza y echó un vistazo abajo, a las abismales, cristalinas y verdosas aguas del Lamento de Dakrya.

El cuerpo de Luna permaneció en lo alto de la roca, como una estatua petrificada por la luz del sol. Su corazón quería saltar, lanzarse al abismo y sentir el viento acariciando su melena, pero sus piernas no estaban por la labor, aunque no era la primera vez que le ocurría.

El impulso le llegó como siempre, sin previo aviso.

—¡Maldita hija de…! —gritó Luna.

Pegó los brazos contra su torso y aulló como una loba mientras caía. Su cuerpo chocó con las gélidas aguas y se hundió por completo. Su desnuda piel se erizó, y en su pecho el corazón latía de forma frenética. Cuando emergió, lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Sigues viva, lobita? —vociferó desde lo alto Tyna.

—¡Baja aquí, pajarraca! —gritó Luna.

Su hermana no se lo pensó dos veces.

Tyna cogió carrerilla y saltó. A diferencia de Luna, Tyna no tenía miedo a saltar, así que lo hizo con la cabeza por delante, con los

brazos rectos y las palmas de las manos unidas. Tyna atravesó el agua como si fuera una flecha, y cuando emergió para coger aire, Luna la estaba esperando con una maliciosa mirada.

—¡Traga agua! —gritó la pelirroja al hacerle una ahogadilla a su hermana.

Luna había celebrado ya cuatro cambios de ciclo en Glauxolia, y ya no era aquella huerfanita asustada que Kaira y Sétrix habían encontrado en el bosque. Ahora había cumplido los dieciséis ciclos y ya era una mujer. Su cuerpo de niña se había esfumado; se había vuelto tan alta como lo había sido Daxos, y había heredado la figura esbelta de Mylena. Su larga, lisa y rojiza melena no había parado de creer y le caía hasta la cintura. Aunque el mayor cambio no se apreciaba a plena vista, ya que había ocurrido en el interior de su ser: Luna había vuelto a encontrar la felicidad.

—¡Casi te quedas sin hermana! —jadeó Tyna cuando consiguió zafarse de Luna.

Luna soltó una risotada, pero Tyna golpeó con el dorso de la mano el agua y roció el rostro de su hermana, cegándola. Luna sintió entonces unos musculosos brazos enroscarse alrededor de su cintura y sumergirla bajo el agua. Pero Luna conocía, por experiencia, la identidad de su atacante: Arixa, la prima de Tyna.

Arixa era mucho más alta y robusta que Luna, pero aquello de poco le sirvió ante el golpetazo que Luna le dio en la entrepierna. Luna se vio libre y emergió a la superficie, pero solo para encontrar más problemas: Yina, la hermana de Arixa, la esperaba junto a Tyna.

—¡Ayúdame, Liz! —bramó Luna.

Liz había sido la última incorporación al variopinto grupo de amigas, y tenía predilección por Luna. Liz acudió al instante, removió el agua y cegó a Tyna, luego se lanzó a por Yina y la sumergió subiéndose a sus hombros.

La contienda continuó hasta que acabaron exhaustas. Después, las jóvenes nadaron hacia unas piedras que servían de escaleras naturales para llegar a la orilla. Una vez allí, fueron en busca de sus ropajes, los cuales yacían sobre la sombreada figura de un enorme roble. Custodiando el árbol se encontraba un imponente guardián. Antaño había sido un pequeño lobezno, pero ahora era un majestuoso lobo.

Férox estaba tumbado en la hierba, con las patas delanteras cruzadas y la cabeza alzada. Su inmaculado pelaje recibía las caricias del viento, y su blancura era tan pura que resplandecía como un plenilunio en una noche sin nubes.

Hacía muchos ciclos que no nevaba, y Luna solo conocía la nieve de las historias, pero Kaira decía que ver a Férox le erizaba la piel, pues le parecía ver al espíritu del añorado y frío invierno. Los ojos de Férox eran dos soles resplandecientes, cuyas oscuras pupilas se fundían con las tinieblas de la oscuridad al caer la noche, dándole un aspecto fantasmagórico.

Luna había visto una gran cantidad de lobos en su niñez, pero ninguno igualaba en tamaño al suyo. En sus dos primeros ciclos, Férox había adquirido el tamaño de un lobo normal, pero en los dos siguientes había alcanzado la estatura de un caballo.

Férox era amado y odiado a partes iguales por el clan del Búho. Algunos lo temían, y otros se sentían más seguros con su presencia, y luego estaban los que desconfiaban y murmuraban sobre la sinergia que existía entre Luna y su lobo.

Los murmullos crecieron y se convirtieron en rumores que comenzaron a extenderse como las llamas sobre la leña seca. Rumores peligrosos sobre si Luna era una extraviada de la masacre lobuna. Rumores que dieron paso a la histeria y al miedo.

Kaira tuvo que aplacar las revueltas de aquellos que querían entregar a Luna a los cazadores, ya que estos creían que Luna era una loba y que provocaría otra masacre, pero esta vez en Glauxolia. Aunque Kaira sabía que no valdría con sofocar los rumores, debía extinguirlos. Así que permitió que una heralda de Sauro examinara a Luna.

Los cazadores mandaron a Irena, una de sus más importantes consejeras, ya que Sauro estaba de viaje. Irena inspeccionó a Luna a fondo, pero no encontró ninguna marca del clan del Lobo en su cuerpo. Kaira le aseguró, de forma engañosa, que los lobos marcaban a sus iniciados a una edad muy temprana, y que si ella hubiera visto la marca habría mandado de inmediato a la niña a Zaeria. Irena dictaminó que Luna era una huérfana más, una de tantas que vagaban por Terión. Así, los reticentes de Glauxolia siguieron con sus vidas, y los rumores cesaron.

Sí había algunos que conocían el secreto de Luna, aparte de su familia: sus amigas. Tyna había convencido a Luna para que se lo contara. Para tranquilizarla, todas se habían sometido a un juramento de sangre. Yami, la abuela de Tyna y madre de Kaira, había oficiado el ritual, ya que ella también conocía el secreto de Luna. Según les había contado Yami, aquel ritual entrelazaba la sangre de las cinco amigas, creando una unión entre sus espíritus. Si alguna traicionaba el juramento, su espíritu sería encarcelado por la Gran Chamana y sería atormentado toda la eternidad.

Férox se levantó y se desperezó nada más verlas llegar; elevó su peluda cola hasta enroscarla sobre el lomo y la agitó con brío. Luna le acarició la cabeza: sabía que por muy grande que fuera su compañero, en el fondo seguía siendo su pequeño lobezno asustadizo.

Las cinco amigas se colocaron en una zona besada por el sol para secar sus mojados cuerpos. Luna había pasado tanto tiempo con sus amigas que ya no se imaginaba la vida sin ellas.

A su lado estaba Yina, la más bajita del grupo. Yina era un ser de luz y no albergaba maldad en su corazón. Su inocente, pecoso y redondeado rostro inspiraba confianza; su pelo, ondulado y del color del cobre, le llegaba hasta los hombros. Yina y Luna empatizaban con un trágico sentimiento: ambas eran huérfanas. Los padres de Yina, Ceilán y Maísa, habían muerto en una expedición cuando ella era una niña. Fue Odilus, el hermanastro de Ceilán y padre de Arixa, quien la crio como si fuera su propia hija. Yina era la única del grupo que soñaba con convertirse en chamana.

Arixa estaba apoyada sobre el tronco del roble. Se la consideraba el reverso de Yina. Arixa era la más alta y robusta del grupo; de rostro alargado y exótica belleza. Sus cabellos eran oscuros, lisos y afilados, a juego con las dos piedras de obsidiana que tenía por ojos. Su aspecto imponente se debía a que tenía sangre de osa por parte de padre, o eso decían los rumores. Arixa tenía las cualidades de las que su hermana carecía: desconfianza, impulsividad y bravuconería. Y, a diferencia de su hermana, quería convertirse en miembro del distinguido grupo de guerreras conocido como las lechuzas. Layna, la madre de Arixa, era un respetado miembro de las lechuzas. Arixa llevaba toda la vida preparándose para seguir los pasos de su madre.

Liz se había tumbado en una roca para así recibir de lleno la luz solar, pero hasta el propio sol anhelaba que sus rayos iluminaran tanto como lo hacía la sonrisa de Liz. Además de su jovial carácter, la joven era considerada la más hermosa del grupo con diferencia. Su figura era alta y esbelta; con una larga, brillante y lacia melena de color añil. Su fino rostro tenía los pómulos marcados y albergaba

dos grandes ojos violetas que resplandecían como si fueran dos amatistas; y su tez era similar a un tostado y achocolatado grano de café.

Liz, a diferencia de las demás, había sido invitada al grupo por parte de Luna. Ocurrió cuando Kaira asignó a Luna a las lecciones para convertirse en exploradora del clan del Búho. Allí, Luna volvió a verse envuelta por el oscuro manto de la soledad. Pero no era la única, ya que Liz tampoco tenía amigas, debido a que no pertenecía a ninguna de las familias poderosas, sino que provenía de una humilde. Liz se acercó a Luna y, al igual que huyen las tinieblas con el primer rayo de sol del amanecer, Liz había ahuyentado los viejos temores de Luna. Después del primer apretón de manos, Luna supo que sus destinos estarían ligados.

Y luego estaba su querida hermana, Tyna, que todavía tenía los pies metidos en el primer escalón del lago. Tyna se había convertido en una mujer muy hermosa; de tez trigueña y fino rostro, con los ojos melados y el pelo castaño siempre recogido en una larga coleta. Luna permaneció largo rato mirando su imagen desnuda, sus pequeños pero firmes pechos, su cintura estrecha y delgada…

«Pero ¿qué estoy haciendo?», pensó avergonzada. Ruborizada, se vistió apresuradamente.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Arixa rompiendo el silencio—. Estoy hambrienta.

—Aquí tienes un higo bien maduro —le espetó Liz.

Las chicas comenzaron a vestirse entre carcajadas, pero cuando Tyna se agachó para coger la ropa, Liz aprovechó la situación para darle un sonoro azote.

—¡¿Cómo osas azotar así a nuestra futura y majestuosa líder?! —preguntó Yina con una perplejidad fingida.

—¡Liz, pídele perdón antes de que decida picotearte los ojos mientras duermes! —añadió Luna siguiéndole el juego.

Liz terminó de vestirse y se arrodilló ante Tyna.

—Le pido perdón, eminencia —suplicó Liz bajando la cabeza—. Solo soy una humilde sierva que no ha sabido cuál era su lugar. —Las demás no podían contener las carcajadas—. No soy digna de compartir mi presencia con vos todopoderosa, y me conformaré con comer una hogaza de pan que le sobre.

Tyna había intentado aparentar seriedad, pero al final acabó llorando de la risa junto a las demás. Liz se llevó una buena colleja por el cachete. Una vez terminaron de vestirse, partieron de vuelta al poblado.

* * *

—Te toca, Arixa —dijo Tyna.

—Humm —gruñó Arixa pensativa—. ¡Ya sé! Nox, el hermano de Liz.

—¿Mi hermano mayor? —preguntó Liz arqueando una ceja—. ¡Ni en sueños! Eso te convertiría en mi cuñada. Además, mi hermano es muy mayor para ti.

—Solo nos saca cuatro ciclos… —apuntó Yina.

—¡Yina! —bufó Liz.

—¡Vale ya, Liz! —dijo Tyna alzando la voz—. Es un juego. ¡Y tú has dicho a mi padre!

—¡Está como un queso! —dijo Liz entre risas—. Para tener más de cuarenta ciclos…

Liz se ganó otra colleja.

—Te toca, Lunita —dijo Arixa.

Todas se callaron y fijaron su mirada en Luna, la cual se ruborizó.

—No sé… —mintió Luna agachando la cabeza.

—¡¿Cómo que no sabes?! —bramó Arixa—. ¡Eso no vale!

—¡Vale ya, Arixa! —gruñó Tyna.

—No pasa nada, Tyna —dijo Luna—. No me molesta, simplemente es que no me gusta ningún chico… de por aquí.

Arixa iba a replicar, pero calló al ver la puerta del poblado y a las lechuzas que la protegían.

Esa noche, Luna fue incapaz de conciliar el sueño. No podía quitarse de la cabeza el hecho de que se había excitado mirando el cuerpo desnudo de su propia hermana, y, aunque había sido de forma inconsciente, se sentía culpable.

Luna sabía, desde antes de su menarquia, que le gustaban las mujeres. La primera chica por la que había sentido algo más que amistad había sido Lara, pero como sentía mucha vergüenza al hablar de ese tema, nunca llegó a decírselo a nadie. En cambio, ahora no era la vergüenza lo que volvía muda a Luna, sino el miedo. Temía no ser aceptada si revelaba su secreto, no ya por sus amigas, sino por todo el clan del Búho. Su tía, Eyra, le había comentado en una ocasión que no todos los clanes tenían las mismas leyes. Los miembros del clan del Lobo gozaban de una gran libertad de elección, pero no ocurría lo mismo en los demás clanes.

Luna se levantó de la cama. Los ronquidos de la cama de al lado atrajeron su mirada: Tyna dormía profundamente. Por un instante pensó en despertarla y hablar con ella, así saldría de dudas, pero al final no lo hizo. Recogió su arco y aljaba y salió de la casa en silencio.

En el exterior, las estrellas eran las secundarias de una gran luna llena que acaparaba el protagonismo del firmamento. Aquel plenilunio indicaba que había dado comienzo la fase del Águila.

Férox dormía tumbado en el jardín, pero al oír los pasos de Luna se despertó. Al principio, el pequeño lobezno había dormido junto a ella, pero ahora habría aplastado la cama. Además, Férox amaba dormir al raso, bajo la luz de la luna y las estrellas. Luna no podía dar dos pasos fuera del poblado sin que Férox la siguiera; de él era imposible escaparse.

Luna salió del poblado sin ser vista, para ello usó una estaca suelta del palenque; aquella puerta secreta había sido usada por la propia Kaira en su juventud, y había sido Tyna la que se la había revelado una noche. Férox, en cambio, no necesitaba aquella salida secreta: el gran lobo era capaz de saltar la empalizada sin problemas. Una vez fuera del poblado, se dirigieron a una zona del Bosque Ululante que Luna solía frecuentar cuando necesitaba aislarse en sus pensamientos.

Férox se internó en el frondoso bosque, con Luna siguiendo sus pasos. El lobo conocía mejor que nadie la senda que conducía al santuario que ambos frecuentaban. Después de una pequeña caminata, un gran peñasco que brotaba del bosque como un estilete afilado les indicó que habían llegado. Debajo de aquel peñasco discurría el agua del río Jato. Luna se tumbó sobre la cómoda hierba a sumirse en sus pensamientos mientras oía el suave borboteo del río junto con el ulular de los búhos, lechuzas, autillos, mochuelos y cárabos que poblaban el bosque.

Había algo más: un ser patoso, ruidoso y poco dado a deambular por sus frondosas sendas. Luna no conocía a ningún animal que pudiera ser tan torpe, y el jovial y brioso movimiento de la cola de Férox le hizo adivinar la identidad del desconocido.

—¡No me dispares! —gritó Tyna nada más acceder al claro donde Luna estaba tumbada.

—Sabía que eras tú, fisgona —dijo Luna entre risas, dejando el arco a un lado.

—¡En qué hora te acogimos! —refunfuñó Tyna.

—¿Qué haces aquí? —Luna volvió a tumbarse.

—Eso te iba a preguntar yo…

Luna permaneció en silencio, hasta que Tyna se tumbó junto a ella y la cogió de la mano.

—Hermana…, no soy tonta —susurró—. Solo acudes aquí cuando algo te atormenta…

—No podía dormir con tus ronquidos —gruñó Luna con una mueca.

Tyna arqueó las cejas y resopló.

—Cuando Férox mordió al cretino de mi primo Tynses, y este pidió que lo sacrificasen, ¿qué hiciste tú?

Luna recordaba bien aquel día, incluso pensó en abandonar el clan y fugarse con Férox.

—Vine aquí y me escondí hasta que mamá vino a buscarme.

—Y ella te prometió que nadie le iba a poner un dedo encima a Férox.

—Tynses se mereció aquel mordisco.

—No seré yo quien ponga eso en entredicho. Pero compartimos sangre y no podemos tirarlo al río, de momento.

Luna esbozó una sonrisa y ambas comenzaron a reír.

—¡Venga! ¡Que soy tu hermana! ¡Dime qué te pasa! —espetó Tyna, y la pellizcó en la mejilla.

Luna intentaba zafarse, entre risas, de los ataques de su hermana, pero Tyna insistía.

—¡Ahh! ¡Ya sé lo que hiciste! —gritó Tyna—. ¡Tú fuiste la que se comió mi chocolate!

—¿Eh?

Tyna se colocó encima de Luna y la señaló con el dedo.

—El chocolate, aquel manjar que nos trajeron unos mercaderes —gruñó Tyna—. Tenía un trozo reservado para un evento especial, pero alguien se lo comió. ¡Fuiste tú!

—¡Yo no me comí tu chocolate, embustera! —replicó Luna, intentando zafarse de Tyna.

—¡Mentira! Con razón rehúyes de mí. —Tyna comenzó a pellizcar por todo el cuerpo a su hermana.

—¡Que no es eso! Es… otra cosa. Esta… esta tarde… ¡me he excitado al verte desnuda!

Luna lo soltó sin pensar, aunque, para sorpresa de Luna, Tyna pegó una gran risotada y comenzó a reírse sin parar.

—¡No te rías, mala pécora! —exclamó Luna.

—¡Pero ¿cómo no ibas a ponerte verrionda conmigo?! ¡¿Tú has visto qué cuerpito tengo?! —Tyna se levantó y comenzó a poner poses lascivas ante la mirada atónita de Luna.

—¡Tyna, para! —gruñó Luna, levantándose también—. ¡Te juro por Férox que te tiro por el barranco!

Tyna cambió el semblante y se esforzó al máximo por aparentar sentirse triste y arrepentida.

—Vaaale, seré buena —farfulló.

Acto seguido, Tyna se acercó y le dio un cálido abrazo a Luna.

—¿No estás enfadada? —preguntó Luna.

—Luna, en todo caso me sentiría halagada.

Luna soltó un resoplido.

—¡Uf, qué alivio! Un momento… ¿No te ha sorprendido saber eso?

—¿El qué? ¿Que te gustan las mujeres? ¿Que eres una tríbada? Lo sé desde hace mucho —respondió Tyna, dejando a Luna con la boca abierta—. Estaba esperando a que te sintieras lista para contármelo, ya que no quería presionarte.

—No sé si darte un puñetazo o un beso —espetó Luna.

—Hum, Liz ya me ha dado un azote hoy…, así que elijo el besito. —Tyna tenía buenos reflejos, por lo que esquivó el intento de colleja de Luna a la perfección.

—¡¿Tú sabes la preocupación que tenía encima?! —rugió Luna.

—¿Por ser una tríbada? —dijo Tyna, ceñuda y encogiéndose de hombros.

—¡Sí! No… no sabía si el clan me aceptaría…, o si vosotras querríais seguir siendo mis amigas.

—¡¿Tú estás tonta?!

Luna agachó la cabeza.

—Mi tía me dijo que no todos los clanes lo aceptaban.

—Tu tía tenía razón. Mierda, lo siento. Debía haberte dejado caer algo para que te sintieras segura y así poder haberlo hablado antes.

—Ya… ya sabía yo que tenía que haber ido al clan del Cuervo desde un principio —dijo Luna mordiéndose los labios para evitar reírse.

—Me lo merezco —dijo Tyna aceptando la pulla.

—Los búhos…, los adalides de la sabiduría —continuó Luna.

Tyna esbozó una sonrisa y asintió.

—¿Has acabado? —preguntó.

Luna asintió.

—¡Bien! Porque ahora ya puedes decirme quién te gusta.

Luna ya no tenía escapatoria.

—Está bien. Es una compañera de las lecciones de exploradores —dijo Luna con las mejillas rosadas—. Lissa, la hija de Lanka.

Tyna arqueó las cejas y comenzó a frotarse las manos.

—¿Quieres algún consejito? —preguntó haciendo girar el dedo índice y señalando su cuerpo.

—¿Qué tipo de consejo? —preguntó Luna muerta de vergüenza.

Tyna se acercó y le pasó su brazo por el hombro.

—Hermanita, en temas de exploración, tiro con arco y rastreo serás una experta, pero en lo referente al sexo, no te ofendas, pero eres una completa pánfila.

—No me ofendo.

—Ya va siendo hora de que aprendas lo básico.

—Mamá ya nos explicó.

—¡No! —le cortó Tyna—. Mamá nos explicó de dónde vienen los bebés. No estamos hablando de reproducción, hermanita, sino de placer.

* * *

Cuando Luna y Tyna volvieron a cruzar la entrada secreta, los primeros rayos de luz del alba ya centelleaban entre los troncos de los árboles del Bosque Ululante; los rapaces se habían ido a dormir, y Glauxolia amanecía para dar la bienvenida a un nuevo día.

Las hermanas se encontraron con Nina en la puerta de casa, pero esta les guiñó el ojo y, con una dulce sonrisa, dejó implícito que su escapada no llegaría a oídos de Kaira.

Luna desayunó a toda prisa, se despidió de Férox y partió rauda a su lección diaria con los exploradores. Hoy tenía una prueba de habilidad.

Luna sabía, por las miradas de los demás, que había sido la última en llegar y que estaban esperando por ella. La expresión de Lanka, la jefa de exploradores y su maestra, no auguraba nada bueno para Luna.

—¿Otra vez tarde, pelirroja? —vociferó Lanka.

—Lo siento, maestra —contestó Luna—. Me he quedado dormida…

Lanka resopló, cansada de oír siempre la misma excusa.

—Empiezas tú, pelirroja. Como has llegado tarde, tendrás un único intento. ¿Queda claro?

Luna se encogió de hombros y asintió, obediente, pero también despreocupada.

Lanka les había explicado en la última clase en qué consistía la prueba: a más de doscientos pies había un gran árbol, y de una de sus ramas colgaba una pequeña diana, circular y de madera, que Lanka haría oscilar llegado el momento; la diana tenía un punto central, de color oscuro y del tamaño de una cabeza humana; alrededor de dicho punto se extendía una ancha franja, pintada de rojo, seguida de otra franja blanca; esta última se extendía hasta cubrir por completo la superficie de la diana.

El objetivo de la prueba era sencillo: acertar a la diana con una flecha. Para incrementar la tensión, Lanka lanzaría una flecha al aire, y antes de que dicha flecha tocara el suelo, el discípulo debía disparar. Había tres intentos, excepto para Luna, que debía hacerlo a la primera.

Luna buscó a Liz con la mirada. Como era habitual en Liz, estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, echando una cabezada hasta su turno.

Lanka chasqueó los dedos e indicó a Luna dónde debía colocarse.

Luna se acercó a la posición indicada y escrutó la diana en la distancia. Alineó su cuerpo de forma que tuviera el objetivo en línea recta y separó sus pies hasta tenerlos a la altura de los hombros.

Lanka ordenó que hicieran oscilar la diana. Luego comenzó a tensar su arco, le dedicó un último vistazo a Luna y disparó la flecha al aire.

Luna, con su mano derecha, agarró con firmeza la empuñadura del arco mientras que con la zurda sacó una flecha del carcaj.

La pelirroja llenó de aire los pulmones y elevó los brazos por encima de los hombros al tiempo que estiraba la cuerda del arco y colocaba la flecha. Acto seguido fue bajando el brazo derecho mientras tensaba la cuerda y espiró de forma pausada hasta que la cuerda rozó sus labios y la nariz.

Luna guiñó su ojo derecho y el tiempo se dilató para ella. El viento azuzaba sus cabellos con cariño. La diana ya no oscilaba de forma veloz, ahora se movía con un suave balanceo.

Luna soltó la cuerda con delicadeza, y la flecha salió despedida hacia su objetivo. La flecha voló libre y rauda; voló tan veloz que muchos de los allí presentes no pudieron seguir el tiro con sus propios ojos.

Luna se volvió adonde estaban los demás, ya que no necesitaba comprobar si su tiro había dado en el blanco.

«Un maestro arquero sabe exactamente dónde va a impactar su flecha en cuanto comienza a volar», pensó Luna, recordando las palabras de Daxos.

—¡Un gran disparo, pelirroja! —anunció Lanka—. Aunque has dado en la franja roja, y no en el centro.

—Lo sé, siento predilección por el rojo —dijo Luna, apartándose un mechón del cabello—. Además, no quisiera desmotivar a mis compañeros.

La soberbia de Luna habría dejado atónitos a los demás compañeros, pero estaban ya acostumbrados. Eran un total de siete: cinco chicas y dos chicos.

Todos aspiraban a entrar en el grupo de exploradores profesionales que dirigía Lanka. En su primer ciclo, Luna llegó a contar veintiocho aspirantes, pero cada ciclo Lanka hacía una criba, ya que el clan del Búho no necesitaba un gran número de exploradores.

Los búhos solo usaban a los exploradores para misiones de reconocimiento, rescatar a mercaderes o miembros del clan extraviados, y para cazar en eventos especiales. La principal fuente de alimento del clan del Búho procedía de la pesca en el río Jato y en el océano Uróboro, además de los cultivos; y la defensa del clan recaía íntegramente en las lechuzas.

Lanka dio un silbido y fue llamando a los demás aspirantes para que realizaran sus pruebas.

Comenzó Reysa, prima de Tyna. Su mejor disparo impactó en la franja blanca, pero a escasa distancia de la franja roja. Luna le sonrió cuando sus miradas se cruzaron, ya que, aunque Reysa no formaba parte del grupo debido a su rivalidad con Tyna, a ella le caía bien.

Luego le tocó a Trixa, cuyo padre era un gran explorador, por lo que tenía mucha presión encima; falló el primer tiro, pero el segundo disparo impactó de lleno en la franja blanca de la diana.

Luego llegó el turno de los chicos.

Primero disparó Salomón. Luna había oído que por sus venas corría sangre del extinto clan del Tigre. Podía ser un rumor, pero los miembros de aquel clan eran célebres por tener ebúrnea tez, robustos cuerpos y cabellos anaranjados. Salomón poseía esas mismas facultades y no tuvo ningún problema en pasar la prueba, ya que clavó su mejor flecha en la franja blanca.

Luego le tocó a Úrox, cuya familia provenía del extinto clan del Halcón, el cual había sido masacrado por las águilas y los cuervos hacía muchos ciclos. Úrox no era un excelente arquero, además, no tenía confianza en sí mismo. El nervioso muchacho falló dos disparos y no le dio tiempo a disparar el tercero porque se demoró mucho en apuntar.

—Lo siento, Úrox —dijo Lanka cuando vio que su flecha se había clavado en el suelo y Úrox todavía no había disparado—. Hablaré con Kaira para que te busque trabajo con los pescadores o los agricultores.

Ningún aspirante dijo nada. Todos habían visto ya demasiadas exclusiones de Lanka para sorprenderse. Luna sintió lástima por el bajito y cabizbajo Úrox; pudiera ser que no fuera un buen arquero, pero hubiera sido un gran explorador.

—¡¿Esa es tu actitud, aspirante?! —gritó Lanka al ver que Úrox se echaba a llorar—. ¡¿Un fallo y ya te rindes?! ¡¿Alguien te dice que no puedes ser algo que deseas y lo aceptas sin más?! ¡Pelea por lo que quieres! —Lanka se acercó a Úrox y lo agarró por los hombros con firmeza—. Actúa con brío y demuestra que tienes agallas, muchacho.

—He… he fa-fallado —tartamudeó Úrox—. No merezco seguir con los demás.

Lanka alzó la barbilla de Úrox y le miró directamente a los ojos.

—Lo importante no es acertar el tiro —dijo con brío—. La prueba no tiene como objetivo medir vuestra precisión, sino vuestra actitud ante un desafío. Acepto que falles el tiro, pero jamás aceptaré que dejes de disparar.

Úrox parecía haberse quedado mudo y miraba a Lanka como si fuera su propia madre.

—Úrox, puede que no seas un gran arquero —continuó Lanka—, pero eres ágil de mente. Conoces cada una de las plantas y flores de nuestros bosques y, lo más importante, eres una gran persona y ayudas a tus compañeros siempre que puedes. Este grupo te necesita.

—¡Gracias, jefa! —respondió Úrox con más lágrimas en los ojos que cuando pensaba que había sido expulsado.

Mientras los demás aspirantes le daban afecto a Úrox, Lanka llamó a Liz, que seguía dormida. Luna decidió que la mejor manera de despertarla era vaciándole su cantimplora, rellena de agua bien fresquita, en la cara.

—¡Por el verdeado pendejo de Gaia! —chilló Liz al sentir el contacto del agua.

Luna soltó una carcajada.

—En primer lugar, buenos días —dijo Luna—. Segundo, te he dejado el centro de la diana libre, para que te luzcas, y, por último, Gaia no tiene el vello del higo verde.

—Dicen que su cabellera es verde —dijo Liz poniéndose en pie y estirando los brazos—. Y, en base a mis observaciones, ella debe de tener lo de ahí abajo…

—¡Lizzy! —bramó Lanka con una mirada furiosa a la joven de cabellos azulados.

—¡Voy! —chilló Liz—. Presta atención, pelirroja. —Guiñó un ojo a Luna.

Liz se colocó en la marca que Lanka le indicó. Su técnica de colocación y posición era impecable, aunque era inversa a la de Luna, ya que Liz agarraba el arco de forma opuesta. Liz guiñaba su ojo izquierdo al disparar, por lo que sujetaba el arco con la zurda y tensaba con la diestra.

Lanka lanzó su flecha al cielo. Liz disparó al instante. Su flecha voló a una velocidad endiablada hasta estamparse en el centro de la diana, justo en la zona oscura.

—¡Liz supera la marca de Luna! —vociferó Lanka acercándose a Liz—. Tienes mejor vista que un búho, niña. Serás una gran exploradora.

Liz se volvió hacia Luna con una sonrisa de oreja a oreja.

—La precisión es una facultad de las rapaces, lobita —le susurró Liz al oído.

Luna soltó un bufido. Desde que tenía uso de razón había oído en boca de los demás que no había clan en todo Terión que igualara en habilidad a los exploradores del clan del Lobo. Pero entonces había llegado al clan del Búho y había conocido a gente igual o más extraordinaria de la que había en su antiguo poblado.

Las leyendas, las historias y todos los mitos que rodeaban a cada clan eran una fantasía, tergiversada y exaltada por los ancianos para motivar a las nuevas generaciones. Luna había tenido que salir de su madriguera para darse cuenta de ello. Aunque, para su sorpresa, aquello no la entristecía, más bien al contrario: la motivaba. Ahora tenía muchos rivales a los que superar.

—¡¿A qué esperas, hija?! —gritó Lanka.

Ya solo le faltaba por disparar a Lissa, la hija de Lanka. Lissa era, con diferencia, la que más presión tenía encima. Las normas decían que cada escuadrón de exploradores debía tener a un capitán al mando, y por encima de todos los capitanes estaba Lanka. La jefa de exploradores deseaba que su hija fuera la capitana de su propio escuadrón, pero la elección del capitán debía ser sometida a votación entre los integrantes del escuadrón, y Lissa lo tenía difícil.

Luna y Liz animaron a Lissa. Ambas esperaban que al menos diera a la diana, ya que eran buenas amigas y sabían que la precisión no era su fuerte.

Lissa efectuó sus tres disparos en completa calma, sin nerviosismo, aunque ninguno de ellos se acercó ni de lejos a la diana. Lanka no dijo nada, pero en su rostro se podía apreciar que estaba decepcionada.

—¡Alegra un poco esa cara, mamá! —gritó Lissa—. ¡No soy buena arquera! ¿Y qué pasa por eso? Soy una gran rastreadora, conozco

toda la fauna y sé guiarme por las estrellas.

—Ya hablaremos tú y yo —zanjó Lanka y ordenó a todos los aspirantes que se reunieran alrededor de ella.

»Doy por finalizada la prueba de hoy, que os puedo asegurar que ha sido de gran importancia para mí. Estoy muy orgullosa de vosotros. Voy a comunicarle a Kaira que todos formaréis parte del grupo de exploradores del clan del Búho. Una vez superéis el ritual de Iniciación, claro está.

»Recordad que será en la siguiente Glaukada, para la cual queda muy poco. Os recomiendo que la disfrutéis, ya que viviréis muchas Glaukadas posteriores, pero ninguna será igual de especial que la de vuestra iniciación. Una vez finalice el ritual, vuestra vida, tal y como la conocéis, cambiará para siempre. Ya no seréis tratados como críos, sino como iguales dentro del clan. —Lanka dedicó a todos una profunda mirada.

»Podéis iros.

La Glaukada era la famosa fiesta del clan del Búho. Dentro de veinticuatro días, con la llegada del nuevo plenilunio, daría comienzo la fase del Búho y, por tanto, la Glaukada. Tres días de jolgorio y jarana en los que el clan celebraba, entre otras cosas, el ritual de iniciación de aquellos jóvenes que tuvieran o pasaran a tener dieciséis ciclos antes de la siguiente Lupercalia; y entre aquellos jóvenes se encontraban Luna y su grupo de amigas.

El poblado llevaba días sin parar preparando los enseres para dicho evento. Los exploradores habían salido a cazar todos los días, trayendo numerosas piezas de conejos, ciervos y jabalíes. Los granjeros habían recolectado la cosecha para que no faltaran ni hortalizas ni frutas, y los chamanes llevaban varias fases trabajando sin descanso en la elaboración de aquellos brebajes que tanto gustaban en el clan.

—¿Nos vamos a bañar? —preguntó Liz dándole un codazo a Luna.

Luna dio un largo bostezo y asintió.

Las zonas de práctica de los exploradores se encontraban al lado del río Jato, por lo que los aspirantes solían darse un baño después de cada lección. Todos iban al mismo lugar: Pozas Nidales.

Pozas Nidales estaba formado por pequeñas pozas de piedra blanca y pura, por donde las cristalinas aguas del río Jato serpenteaban. Aquellas pozas, según la leyenda, habían sido creadas por Garuda, el majestuoso dios del clan del Águila, para poder depositar los huevos de su hembra; pero había sido Thoth, el dios de los búhos, quien las había inundado para fastidiar a Garuda, porque ambos se odiaban.

Luna y Liz se desnudaron nada más llegar y saltaron de cabeza a una poza grande y profunda. El agua estaba helada, pero les venía bien para despertarse por completo; además, la fase del Águila era conocida por ser la más calurosa de todo el ciclo.

Luna se percató de que Lissa se encontraba cerca de ellas, sentada sobre unas rocas, con la mirada perdida y unas lágrimas en el rostro.

—Lissa parece triste —musitó Luna.

Liz miró adonde estaba Lissa.

—¡¿Lissa, te unes a nosotras?! —vociferó Liz.

Lissa alzó la cabeza, sorprendida, se limpió las lágrimas y les indicó que no con la mano. Liz, que no sabía aceptar un no por respuesta, salió del agua y fue hacia ella. En apenas un instante, Lissa pasó de la roca al agua sin poder quitarse ni la ropa.

—¡Maldita seas, Liz! —gritó Lissa.

—Solo queremos ayudarte, rezongona —dijo Liz volviendo al agua —. Deja ya de martirizarte. Has fallado una prueba, ¿y qué pasa? No es el fin del mundo.

—¡No es solo por la prueba! —dijo Lissa lanzándole un chorro de agua a Liz—. Es porque…, da igual lo que haga…, siempre acabo defraudando a mi madre.

—Enorgullecer a una madre no es tarea fácil —espetó Liz.

—¡Pero ¿qué dices, Liz?! Tu madre está sumamente orgullosa de ti —replicó Luna.

—¿Quién ha hablado de mi querida madre? —preguntó Liz arrugando la frente—. Yo me refería a ti y a tu hermana con Kaira.

Luna y Lissa cruzaron sus miradas, y sin decirse nada supieron que debían ahogar a Liz allí mismo.

Después de un par de ahogadillas entre las tres, Lissa pareció olvidarse de sus problemas.

—¿No estáis nerviosas por la iniciación? —preguntó Lissa con la espalda apoyada en la roca.

Liz soltó un bufido.

—¿Nerviosa? ¡No fastidies! Apenas duermo de las ganas que tengo de que llegue de una maldita vez —confesó Liz con un brillo en los ojos.

—Liz, tú lo único que quieres es beber y fornicar hasta morir, de ahí tu nerviosismo —dijo Luna riéndose.

A Lissa también le había hecho gracia el comentario.

—Puestos a morir, no hay mejor forma que hacerlo ebria entre los brazos desnudos de otra persona —dijo Liz muy seria.

Luna había dejado de prestar atención a las sandeces de Liz, ya que la sonrisa de Lissa le había invadido la mente. Luna se sentía atraída por Lissa desde hacía bastante tiempo, y por eso siempre acababa comportándose como una zopenca cuando estaba cerca de ella.

Lissa formaba parte de la familia de Yina y Arixa. El padre de Lissa era hermano del de Yina, y ambos habían perecido en la

misma expedición, por lo que Lissa había sido criada por su madre, la cual no provenía del clan del Búho, de ahí el aspecto exótico de su hija.

Lissa llevaba su cabello, liso y níveo, corto y a la altura de la barbilla; y su rostro, resaltado por un gran aro brillante anclado a la nariz. A Luna le llamaban más la atención sus intensos ojos de color oscuro y sus rusientes labios, los cuales ardían sobre su tez albina, algo singular en el clan del Búho, ya que la mayoría de sus miembros tenían la piel besada por el sol.

Luna se había quedado fascinada mirando a Lissa. A la joven peliblanca no le había dado tiempo a quitarse sus ropajes antes de ser arrojada al agua, y eso había provocado que se ajustaran de forma ceñida sobre su sensual figura. Luna había visto a Lissa desnuda anteriormente, pero ahora fantaseaba con desnudarla, y eso la excitaba aún más.

Esa misma noche, Luna se rebullía sobre las sábanas empapadas de su cama. Su sudoroso cuerpo bien podía deberse al incesante calor de la fase del Águila, aunque pensar en el húmedo y sensual cuerpo semidesnudo de Lissa no ayudaba a paliar el sofocante calor, sino que lo incrementaba.

Luna resopló y echó un leve vistazo a la cama que se encontraba a su lado, la cual estaba vacía. Tyna se había ido al bosque con Kaira para una lección nocturna sobre las rapaces.

Luna estaba acalorada, excitada y sola.

Los consejos sexuales de Tyna rebotaban, de forma frenética, en su agitada mente, al igual que lo hacía su corazón contra su sudoroso pecho.

Luna sentía un volcán a punto de entrar en erupción entre sus piernas, y anhelaba sumergir sus manos en su cráter para así permitir que aquel sofocante magma fluyera fuera de su cuerpo.

Luna se despojó de sus ropajes para dormir, lanzó su camisón de lino a los pies de la cama y cubrió con las sábanas su cuerpo: necesitaba más intimidad.

La excitada pelirroja cerró los ojos y concentró sus pensamientos en una única imagen: Lissa. Mientras su excitado cerebro trabajaba, sus manos comenzaron a moverse por instinto. Su mano derecha recorrió con suavidad su pecho, por el cual discurría un pequeño riachuelo de sudor que bajaba por la cintura para ir a morir al mar ardiente de sus muslos. Su mano izquierda siguió esa húmeda senda, pero cuando estaba a punto de internarse en aquel ardiente volcán, vaciló y las puertas se cerraron. Entonces recordó las palabras de Tyna.

«Eres una arquera con una gran puntería; tu diana está entre tus piernas, y tu objetivo es del tamaño de un minúsculo garbanzo, pero cuidado, que no está en el centro; tu arco será tu mano, y tus flechas son tus dedos. Solo tienes que acertar en el punto adecuado».

Luna volvió a abrir sus muslos y se dispuso a seguir el consejo de su hermana.

Su primer contacto le provocó un escalofrío por todo su ardiente cuerpo, seguido de una tímida sonrisa. Luna siguió practicando con su diana, palpando sus franjas, recorriendo su superficie, atravesando su cráter. Hasta que dio con su objetivo.

Su cuerpo comenzó a entrar en erupción. Sus piernas comenzaron a temblar, un impulso interno arqueó su espalda. Sentía que una mágica sensación de placer inundaba su ser. El magma de su interior se estaba agitando e iba creciendo de forma más intensa hasta llegar al momento del éxtasis, donde todo estalló.

Luna sacó la cabeza fuera de las sábanas y sintió que una ardiente lava discurría por sus muslos y, con una placentera sonrisa

forjada en el rostro, durmió mejor que en toda su vida.

* * *

Los días volaron al igual que una veloz flecha a su destino.

Luna buscaba momentos de intimidad en los que practicar sus nuevas y satisfactorias habilidades, con las cuales cada vez obtenía mejores resultados.

Hasta que llegó el ansiado día por todos: la Glaukada.

Esa mañana, Luna se levantó tarde, ya que no tenía lecciones ni nada que hacer hasta que la luna llena brillara en el firmamento. Mientras el clan estaba ocupado con los preparativos, las chicas y el gran lobo se fueron a pasar el rato al Bosque Ululante.

—¿Nerviosas ante el fornicio de esta noche? —preguntó Arixa.

—¡Arixa! —gritó Tyna.

—¡Tyna! Como futura líder supongo que conoces las tradiciones de nuestro amado clan, y una de las más sagradas es la desfloración de los futuros iniciados en la Glaukada —dijo Liz muy seria.

—Eso te lo acabas de inventar —espetó Yina.

—Nunca oí esa tradición —negó Tyna.

—¡Menuda líder nos espera! —dijo Liz.

—Cada una que haga lo que quiera, sin presiones —zanjó Tyna.

Las chicas permanecieron en silencio, confusas ante las palabras de Tyna. Luna intuía que aquello era para protegerla, pero ya no aguantaba más: debía sincerarse con sus amigas.

—Chicas… Tyna lo decía por mí —susurró Luna incorporándose—. Debido a que…, bueno…, a mí me… atraen… las chicas.

Todas se incorporaron en silencio. Tyna asentía orgullosa ante aquella confesión. Liz dio un grito seguido de un salto.

—¡Ya somos dos! —chilló Liz mientras la abrazaba.

—¡Pero si a ti te apasionan los chicos! —dijo Luna confusa.

—Lunita, a mí me gustan las personas, pensé que lo sabías —dijo Liz.

Arixa, Yina y Tyna se unieron a Liz, y entre todas envolvieron a Luna en un sinfín de besos y abrazos. Férox aullaba desde una roca.

—Gracias, chicas —dijo Luna limpiándose las lágrimas—. Fui una estúpida al pensar que podría ser rechazada por vosotras.

—Somos tus mejores amigas —dijo Arixa.

—Tu familia —añadió Tyna.

—Siempre podrás contar con nosotras —añadió Yina.

—Jamás te daremos la espalda —zanjó Liz.

Luna asintió a cada una de ellas y se puso en pie.

—¿Listas para la Glaukada? —preguntó arqueando una ceja.

Todas miraron a Liz, que se subió a una roca y alzó la voz.

—¡Atentas! Ni que decir tiene que la primera noche de la Glaukada es la más importante de todas. Ya que, a diferencia de las demás, en esta no hay restricciones. Puro jolgorio, pajarracas. Tengo reservados un par de barriles de hidromiel para esta noche, y además encomendé a Yina una sutil y secreta misión…

Las miradas de las otras se clavaron en Yina.

—Lo siento, Liz —susurró Yina con la cabeza gacha—. No pude conseguir… las setas.

—Yina…, no…, no…, lo prometiste. —Liz estaba a punto de llorar —. No se juega así con las ilusiones de tus amigas.

—¡Que es broma, boba! Ayer se las birlé a la vieja Yami —dijo Yina riéndose.

—¡¿Que le robaste a la abuela?! —dijo Tyna indignada.

Liz se abalanzó sobre Yina y le dio un beso en los labios, para sorpresa de Yina.

—¡Es hora de prepararse! ¡Todas a casa de Tyna y Luna! —vociferó Liz.

Liz

Día 1 de la fase del Búho
Ciclo 28 después de la Gran Guerra

—¡He aquí mi mejor creación! —dijo Liz mientras admiraba su obra.

La obra en cuestión era la propia Luna; en concreto, el peinado que Liz le había realizado.

Las chicas llevaban toda la tarde en casa de Kaira, preparándose unas a otras para la primera noche de la Glaukada.

Tyna había peinado a Yina y a Arixa con suma facilidad; Liz, en cambio, había tenido que oír las sandeces de Luna, que decía que no necesitaba ningún estúpido peinado nuevo. A lo que Liz, con una feroz mirada, había respondido: «O te peino la cabeza o te la corto». Acto seguido, Luna se había sentado frente a un espejo sin rechistar. Liz sabía que le esperaba un arduo trabajo por delante, ya que Luna era muy dejada con su aspecto.

Lo primero que hizo fue lavar y cepillar aquella interminable melena ardiente; agrupó la marea roja de cabellos detrás de la cabeza de Luna, dejándolos caer sobre la espalda; luego, con mucha paciencia, fue entrelazando el cabello por los laterales hasta que tuvo un manojo de pequeñas y delgadas trenzas que desembocaban en una ancha trenza que nacía a la altura del cogote y llegaba hasta la cintura.

—No me reconozco —dijo Luna mientras se miraba, asombrada, en el espejo.

—¡Por Gaia, Lizzy! —dijo Yina soltando un silbido—. Veo que tus habilidades no se reducen solo a la arquería.

Liz sonrió a Yina y le dio un capón en la frente.

—¡¿Cómo que Lizzy?! —bufó Liz—. Así solo me llaman los mayores y mi madre cuando está muy cabreada conmigo.

—¡Ay!, que me estropeas el peinado, con lo bien que le había quedado a Tyna —se quejó Yina mientras retocaba su peinado frente al espejo. Tyna le había cortado su ondulado cabello, dejándoselo a la altura de la nuca, con un flequillo que le tapaba gran parte de la frente.

—Es cierto que no le ha quedado nada mal —mencionó Luna, observando a Yina—. Quizás Tyna debería centrarse más en el oficio de *ornátrix* y olvidar ese ridículo sueño suyo de convertirse en líder del clan.

Liz y Yina soltaron una carcajada.

—¡Os estoy oyendo, tarugas! —gritó Tyna desde la otra esquina, donde Arixa la estaba peinando.

Arixa ahora intimidaba más que antes. La grandullona le había pedido a Tyna un cambio radical, y esta se lo había dado. Tyna le había rasurado los laterales de la cabeza con una daga afilada y le había recortado la parte superior. Ahora se asemejaba a la cresta de un gallo.

—¿Quién se atreve conmigo? —gritó Liz señalando su cabeza.

—Anda, trae acá, ya te peino yo. No tiene que ser tan difícil —dijo Luna.

—¡Prefiero la muerte! —espetó Liz alejándose de Luna—. Querida Yina, ¿harías el favor de peinarme tú?

—Claro que sí, boba.

Liz respiró aliviada.

Yina colocó a Liz frente al espejo y comenzó a peinarla. Después de un largo rato, cuando Yina estaba dando los últimos retoques, alguien llamó a la puerta.

—¿Estáis visibles? —preguntó la voz inconfundible de Kaira.

—Claro, doña Kaira —respondió Liz con seriedad.

Kaira entró sonriente en la habitación y se paró en el espejo donde se reflejaba como Yina estaba peinando a Liz, quien evitó el contacto visual, ya que le intimidaba mucho la líder del clan.

—¿Desde cuándo te incomoda la desnudez, madre? —preguntó Tyna.

Tyna se había levantado; llevaba el cabello recogido en una gran trenza a la altura de la nuca, de la cual emergía una larga coleta que bajaba serpenteando por el hombro derecho hasta descansar sobre su pecho.

—¡Ay, hija! —suspiró Kaira—. Cuando llegas a cierta edad, ver la belleza y la luz que emana de la juventud solo te hace sentir más vieja, ya que te hace recordar que antaño también fuiste joven, y es entonces cuando tu mente se ve invadida por lúgubres pensamientos que te dicen que aquel mágico tiempo ya pasó para ti.

—Doña Kaira —interrumpió Liz—, no la conocí en su juventud, pero vendería mi alma por asemejarme a usted cuando alcance su edad.

El clan se sentía embelesado por Kaira; se decía que tenía más de sesenta ciclos y, aun así, su aspecto se asemejaba a alguien de apenas veinte. Un rumor, que había oído Liz en el ámbito familiar, mencionaba rituales y pócimas secretas empleadas por la familia de Kaira. Yami, la Longeva, la madre de Kaira, era la persona más anciana del clan del Búho, con más de cien ciclos de edad.

—Gracias, joven Lizzy —dijo Kaira, que se inclinó hacia Liz y le susurró al oído—: Como alguien que ya ha vendido su alma a un demonio, te aconsejo que no ofrezcas la tuya tan a la ligera. La eterna belleza es una maldición: iluminará tu presencia, pero oscurecerá tu esencia.

Liz quedó petrificada. No había entendido nada de lo que le había dicho Kaira, pero el tono y la forma en los que le había hablado al oído le habían provocado escalofríos.

—¡Qué hermosura de peinado! —dijo Kaira mientras posaba sus manos sobre los hombros de Liz—. Te ha quedado genial, Yinalyn.

—Gracias, doña Kaira —respondió de forma educada Yina.

Liz se miró al espejo. Yina no solo tenía buena mano, sino que la conocía a la perfección: todo su cabello se había separado en dos grandes coletas laterales, las cuales sobresalían hacia atrás y por encima de su cabeza hasta caer por debajo de los hombros.

Kaira se colocó en el centro de la habitación y se aclaró la garganta. Las chicas sabían lo que eso significaba, así que se colocaron alrededor de su líder y esperaron.

—Hoy dará comienzo la Glaukada. Para vosotras será una fiesta inolvidable. —Kaira recorrió con su mirada todos los rostros—. Nuestro clan tiene por tradición entregar un obsequio a cada hijo o hija en la Glaukada de su iniciación.

—¡¿Tenemos Luna y yo un regalo, mamá?! —preguntó Tyna ansiosa.

—Eso sería grosero por mi parte, hija —replicó Kaira, fulminando a su hija con la mirada—. Os corresponde un regalo a cada una de vosotras. Yo no veo aquí a cinco amigas, veo a cinco hermanas, y por eso me he reunido previamente con vuestras madres. —Kaira miró a Yina y Arixa—. Con mi hermana pequeña, Layna. —Luego miró a Liz—. Y con la perspicaz Ravenna. —Kaira hizo una pausa

para disfrutar de la excitada curiosidad de las jóvenes—. He puesto mis recursos a su alcance y, entre las tres, os hemos confeccionado cinco vestidos. Cada uno acorde a vuestros gustos, para que esta noche deslumbréis más que el fuego de las hogueras.

Las chicas se miraban las unas a las otras. Liz veía los ojos resplandecientes de Yina, la sonrisa de Tyna, las cejas elevadas de Arixa y, por encima de todo, la mueca de indiferencia en el rostro de Luna.

—¿Cómo sabíais nuestros gustos, tía? —preguntó Arixa.

—Aunque esto os sorprenda, las madres solemos prestar atención a nuestras hijas, y las conocemos mejor que nadie, incluso mejor que ellas mismas.

—¿Un vestido? —ironizó Luna—. ¡Cuánto mejor una espada o un hacha! Yo tenía pensado vestirme con lo de siempre.

—El vestido o desnuda, tú decides, Lunita —ironizó Tyna.

—Aún eres joven, hija —dijo Kaira acercándose a Luna—. Con el tiempo comprenderás que la belleza es tan mortal como el filo de una espada.

Luna soltó un bufido en señal de protesta.

—El próximo día que me encuentre a un jabalí en el bosque lo engatusaré con mi encanto, mamá —dijo Luna con una mueca burlona en el rostro.

Tyna, Arixa y Yina soltaron una pequeña carcajada.

—¿Es qué ninguna conoce la historia de Aracne Sedafilada? —preguntó Liz con seriedad.

Kaira arqueó una ceja y fijó su profunda mirada en Liz.

—Interesante… Es una historia poco conocida, y menos entre gente tan joven como tú, Lizzy —dijo Kaira.

—¿Quién es esa? —preguntó Tyna ceñuda.

—Aracne fue, aunque la mayoría no lo sepa, la asesina de Suko el Lagarto —dijo Kaira mientras cogía una silla y tomaba asiento—, del que seguro sí habéis oído hablar.

—¡Por supuesto que sí! —dijo Arixa—. Suko el Lagarto fue un guerrero legendario que lideró el clan de la Tortuga mucho antes de la Gran Guerra. Armado con un escudo y una lanza, derrotaba en combate singular a cualquiera que lo desafiara.

—Muy cierto —dijo Kaira asintiendo con la cabeza—. Aunque solo cuentan de él sus hazañas, ya que pocos conocen la verdadera razón de su derrota. —Kaira hizo una pausa—. Como bien ha mencionado Arixa, Suko era muy habilidoso en combate, y esa maestría le propició el ascenso hasta convertirse en líder del clan de la Tortuga.

»Sus compañeros decían que había sido bendecido por Kelona, la diosa del clan. Creyéndose inmortal, Suko decidió que las costas le pertenecían, por lo que se embarcó en una guerra de expansión que tenía como primer objetivo el clan del Cuervo; pero los córvidos tenían informadores y, sabiendo que no podrían derrotar a las tortugas, recurrieron a una antigua deuda de guerra: solicitaron refuerzos al clan de la Araña. Los arácnidos, ansiosos por zanjar su deuda, mandaron a una única guerrera: Aracne.

—¡¿Mandaron a una sola guerrera como ayuda?! —preguntó Luna sorprendida.

—Y ni siquiera sabía luchar —intervino Liz—. La gran cualidad de Aracne era su belleza, con la que podía embelesar a cualquier persona, ya fuera hombre o mujer.

—Y no solo eso, joven Lizzy —dijo Kaira—. Aracne era una hija predilecta de Aracnis, hogar de las arañas. Los rumores cuentan que su verdadera madre no era otra que la diosa araña Kokíangwuti.

Liz alzó las cejas y abrió los ojos de par en par, ya que esa información le era desconocida.

—Los cuervos le dijeron que, para saldar su deuda, Aracne debía ejecutar a Suko —prosiguió Kaira—. Aracne, que era una maestra del engaño, no titubeó ante aquella ardua tarea. Se deshizo de sus elegantes y sedosos ropajes y se vistió con trapos pordioseros. Disfrazada, recorrió las costas de Terión en busca de un barco que zarpara a Kélyfos, el poblado de las tortugas en isla Caparazón.

»Viajó de polizón, oculta junto a las ratas y las arañas en la bodega, y una vez desembarcó en la isla, cambió de disfraz y buscó un lupanar, donde le dieron comida y una cama para dormir a cambio de complacer a los clientes.

—¡Qué asquerosidad! —apuntó Tyna.

—Aracne aceptó, y ahí comenzó a tejer su gran telaraña —continuó Kaira—. Al día siguiente apareció con un vestido de seda del color de la sangre; había limpiado su rostro y se asemejaba a una diosa. En el lupanar todos la miraban, curiosos y lascivos, e intentaban contratar sus servicios. Pero Aracne había hechizado a la dueña del lupanar, y cuando pedían los servicios de la moza, la dueña decía que aquella joven era la cocinera. Cuando le preguntaban a Aracne, decía que los hombres de aquella isla no estaban a su altura y que ninguno le complacía ni le calentaba los muslos. Rechazó a todos, hasta que los rumores llegaron a oídos de un soltero y apuesto guerrero que se guiaba más por el orgullo que por la sensatez: Suko el Lagarto.

»Suko acudió con su séquito, vestido con sus mejores galas y, nada más verla, se enamoró de ella. Aracne no se inmutaba ante sus halagos, lo ignoraba como a los demás, pero Suko era testarudo y no cejaba en su empeño por conquistar a aquella hermosa dama. Comenzó a acudir todas las noches al lupanar, desatendía sus asuntos por pasar el tiempo con Aracne, la cual comenzaba a hacerle un poco más de caso, atrayéndolo a su telaraña poco a

poco, como a una mosca. Suko se volvió loco de amor por ella, tanto que le pidió matrimonio. Aracne aceptó, pero quería una boda digna de su belleza.

»Suko no escatimó en gastos y ordenó que todo el clan estuviera presente. Aracne había mandado un cuervo a su pueblo, con la runa de las tortugas sobre una luna llena envuelta en llamas. Las arañas entendieron esta señal y reunieron una pequeña hueste con la élite de sus guerreras.

»Entonces llegó el fatídico día de la boda. El alcohol inundaba las mesas, llenándolas de risas alegres y despreocupadas. Aracne bailó, y con su danza provocó que los corazones de los hombres latieran más fuerte que los tambores. También encendió las llamas de las hogueras apagadas de los ancianos, y, durante el baile, más de un hijo fue concebido bajo el son de los tambores. La sonrisa de Aracne resplandecía tanto como la luz de la luna llena de aquella noche, ya que Aracne estaba contenta. Cuando la fiesta llegó a su apoteosis, Aracne y Suko fueron llevados a un lecho para consumar su amor. Aracne no dudó y le otorgó a Suko el mayor placer que un hombre podía experimentar al yacer con una mujer. Suko derramó su semilla en Aracne, y acto seguido murió exhausto de placer. Aracne prendió la casa y salió por detrás.

»Las arañas desembarcaron al ver las llamas. Pasaron por la espada a los ebrios comensales, pero no tocaron a las mujeres ni a los niños. Aracne se fugó con sus compañeras, dejando el clan de la Tortuga desmantelado, pues en aquel clan el oficio de la guerra era una tarea solo de hombres, y las mujeres no habían sido entrenadas para luchar. Las tortugas perdieron a su ejército y al mejor luchador que habían tenido jamás. Ahí comenzó su declive.

Todas se quedaron calladas hasta que Luna rompió el silencio.

—¡Está bien, me pondré el maldito vestido! Tenemos ganas de fiesta, no de cháchara.

Kaira sonrió a su hija y ordenó a Nina que trajera los vestidos.

—¡Estáis espléndidas! —gritó Nina cuando entró—. Aquí tenéis. Creo que cada una sabrá cuál es el suyo.

Tyna miró los cinco vestidos.

—¿Ya sabes cuál es el de cada una? —preguntó Luna a su hermana.

—Por algo voy a ser la líder del clan —dijo Tyna cogiendo el primer vestido—. Un corsé de cuero, oscuro como la noche, terminado en una falda larga igual de negra, ¿quién sino Arixa se pondría algo así?

Arixa cogió el vestido con gran entusiasmo.

—Una túnica verde, simple y sencilla a la par que preciosa. —Tyna miró a Yina—. Para la futura chamana, por supuesto.

Yina cogió su túnica.

—Vestido de seda rojo con un hombro al descubierto, buen escote y con aberturas laterales —dijo pensativa Tyna—. ¿Quién tendrá el pelo rojo que yo conozca?

—Trae acá —dijo Luna arrebatándole el vestido a su hermana.

—Vestido fino, de color azul zafiro, hombros caídos y una abertura lateral muy insinuante… —Liz no pudo ocultar su cara de alegría y entusiasmo. Liz procedía de una familia pobre, por lo que jamás se habría podido permitir un vestido así.

—Un largo y ajustado vestido negro, hombros desnudos y sin escote, con adornos dorados en el pecho… —dijo Tyna con gran entusiasmo, pues sabía que era el suyo.

Kaira y Nina salieron mientras las chicas se desvestían y se ataviaban.

—¡Fabuloso! ¡Espléndido! ¡Maravilloso! ¡Magnífico! ¡Extraordinario! —chillaba Nina admirando a cada una de las chicas según salían vestidas y acicaladas.

Kaira las observaba con una amplia sonrisa y un brillo en los ojos. Cuando Nina se marchaba y estaba cerrando la puerta, esta se abrió de golpe y un ser entró por ella. Iba ataviado con una capa y una capucha oscura. Caminaba con lentitud y encorvado, y cada paso que daba iba acompañado de un sonoro golpetazo en el suelo con su gran báculo de madera.

—¿Qué haces aquí, mamá? —gruñó Kaira.

—¡Calla, rapaza! —dijo la vieja Yami.

Yami tenía el rostro surcado de arrugas; de sus dos grandes orejas colgaban numerosos pendientes, y llevaba las manos repletas de anillos. Yami había sido la líder del clan durante muchos ciclos, por eso hacía y decía lo que le venía en gana sin importar las consecuencias. Todo el clan la adoraba, especialmente cuando irritaba a Kaira.

—Traigo unos obsequios para las zagalas —dijo Yami tirando un pequeño saquito encima de la mesa, el cual tintineó al chocar contra la dura madera.

—¿Qué clase de obsequios? —preguntó Kaira arqueando una ceja —. Debiste consultarme antes, madre. Ya les he dado su regalo de iniciación, no hacía falta que trajeras nada.

Yami ignoró a su hija y se hundió en una silla con un exagerado resoplido.

—¿Qué es, abuela? —preguntó Tyna con excitada curiosidad.

Kaira se acercó a la mesa y vació el saquito sobre la superficie: aparecieron cinco gargantillas, cada una con un brillante talismán colgando.

—He aquí mi presente para vosotras, mozuelas. Un amuleto para que os proteja de los peligros de la vida. —Yami indicó con un gesto a Kaira que le entregara las gargantillas. Acto seguido, fue llamando a cada una de las jóvenes chicas.

»Para mi adorable Yinalyn. Todo grupo requiere una chamana, y tú debes ser la guía espiritual que tus amigas necesitan, pero recuerda que la magia solo nos abandona cuando perdemos la esperanza. —Yami le entregó a Yina un amuleto plateado con forma de búho, cuyos ojos tenían dos ámbares engarzados.

»Para mi robusta Arixa. El grupo requiere de una protectora, y tú debes velar por ellas, pero recuerda que la fuerza más poderosa es la de la confianza entre amigas. —Yami entregó a Arixa un amuleto similar al de Yina, pero en lugar de ámbar tenía dos tectitas, unas piedras chamánicas muy extrañas de un denso tono oscuro.

»Para mi ahijada Tyna, la voz de la sabiduría y la futura líder de nuestro clan. Tu pueblo te necesitará, pero también tus amigas. Toma las decisiones con la cabeza, pero llévalas a cabo con el corazón. —Yami entregó a Tyna un amuleto plateado con forma de búho cuyos ojos estaban formados por dos ámbares brillantes del color de la miel.

»Para mi estimada Lizzy. Tu perspicacia salvará el pellejo al grupo en más de una ocasión. Aunque tu gran poder reside en tu eterna sonrisa, ya que la alegría y el amor son tu mayor arma, recuerda que un gran corazón también es capaz de albergar una inmensa oscuridad. —Yami entregó a Liz un amuleto de obsidiana con forma de lechuza, de tamaño más pequeño. Los ojos eran dos amatistas brillantes.

»Para mi indómita Luna, tan salvaje como bella. Por muchos golpes que te dé la vida, nunca conseguirá someterte, ya que tú siempre te levantarás. Pero recuerda: ante un enemigo poderoso, la

manada caza unida. —Yami entregó a Luna su amuleto. Era completamente blanco y no tenía forma de búho, sino de lobo, y los ojos eran dos esmeraldas del mismo color que los ojos de Luna.

»Una última cosa antes de que os vayáis, jóvenes criaturas. Disfrutad y gozad sin pudores ni temores, ya que solo os iniciaréis una vez en vuestra vida. Pasarán los ciclos y puede que os arrepintáis de muchas decisiones, pero escuchad la voz de la sabiduría: es mejor arrepentirse de una decisión llevada a cabo que de aquellas que se quedan a vivir en nuestro pensamiento. No hay mayor enemigo que la incertidumbre, ya que necesitamos caer para levantarnos más fuertes; por eso no tengáis miedo a saltar, no tengáis miedo a hacer el ridículo, pues es en esos momentos cuando de verdad somos felices.

»Podéis iros.

Las chicas le dieron las gracias a Yami y salieron de la casa, todas con sus gargantillas al cuello. Férox las esperaba en la puerta; el gran lobo blanco saltaba de alegría yendo de una a otra para que lo acariciaran.

—Hoy no puedes venir conmigo, peque —dijo Luna haciéndole caricias en la cabeza—. No, no me pongas cara de pena.

—Mamá, ¿Férox estará seguro aquí solo? —preguntó Tyna.

—Un gran número de forasteros, provenientes de otros clanes, han llegado a la villa —dijo Kaira—. No podemos permitir que Férox vague suelto por ahí, sería demasiado peligroso para ellos. Pero no os preocupéis, se quedará en el jardín trasero de la casa, acompañado por Kori. —Kaira miró al cielo, y Kori emitió un aullido en señal de que estaba observando.

Kaira condujo a Férox al jardín trasero, y las chicas tomaron rumbo a la plaza del poblado. La noche había llegado, y la luna llena brillaba en el cielo, indicando que las fiestas iban a dar comienzo.

—¿Recordáis la primera Glaukada juntas? —preguntó Arixa de camino.

—Y tanto. Nos pasamos toda la noche metidas en casa de mi abuela —dijo Tyna.

—Sí, Luna tenía tanta vergüenza que no quiso salir, así que nos quedamos con ella —añadió Yina. Luna se sonrojó.

—Fue una de las mejores noches de mi vida —dijo Liz mirando las estrellas—. Aquella noche se forjaron los lazos que sostienen este grupo de lunáticas. Fue la primera vez que nos reunimos todas, y todo gracias a Luna.

—Fue la noche en la que hicimos el pacto de sangre, y Luna nos contó su secreto —añadió Yina.

—Sí, además Yami nos hizo brindar con hidromiel —dijo Luna con los ojos resplandecientes—. Pero lo mejor de todo fue cuando Liz vomitó sobre Tyna.

—¡Yo no he vomitado en mi vida! —exclamó con brío Liz mientras se reía a carcajadas recordando aquel bochornoso capítulo de su vida.

Las chicas llegaron por fin a la plaza del poblado, donde estaba ubicada la gran hoguera. Allí descubrieron que Kaira tenía razón con lo de un gran número de forasteros. Una gran muchedumbre pululaba alrededor del fuego, charlando, bebiendo y riendo. La algazara estaba compuesta por muchos rostros familiares, pero predominaban las caras desconocidas, aunque no sus símbolos: zorros, cuervos, águilas, tortugas y cazadores. Todos pertenecientes a la Liga de Clanes.

Las gentes de Glauxolia habían preparado un gran festín. Alrededor de la gran hoguera habían sido colocadas múltiples mesas que sostenían ingentes cantidades de comida. Se podían observar piezas de jabalí, venado, conejo, pollo y cerdo. Los pescadores

habían traído todo tipo de peces: había trucha a la brasa, salmón ahumado y enormes lucios. De acompañamiento se podían apreciar patatas, tomates, lechuga y todo tipo de guarniciones; además, cada mesa disponía de un sinfín de barriles de hidromiel y vino.

—¿Dónde nos sentamos? —preguntó Arixa.

—Cualquier mesa, menos la de nuestra familia —dijo Tyna.

—¡Tranquilas, pajarracas!, recordad que yo estoy al mando —exclamó Liz—. Le dije a mi madre que nos preparara una mesa para nosotras junto a la suya: allí beberemos sin que nadie nos moleste.

Liz condujo a sus amigas en dirección a la mesa de su familia, la cual se encontraba en la periferia de la plaza debido a su bajo poder en la jerarquía del clan. Las cantidades y variedades de comida y bebida eran menos opulentas que en las mesas centrales.

La madre de Liz, Ravenna, las recibió con besos y abrazos. Ravenna destacaba sobre los demás miembros de su familia, ya que no había nacido en el clan del Búho, sino en el del Cuervo. Su afilada mente, piel oscura y azulado cabello eran rasgos distintivos de los córvidos, rasgos que había heredado Liz.

Ravenna les había preparado una mesa en cuyo centro se alzaba una gran fuente repleta de muslos de pollo marinados con mostaza; alrededor de dicha fuente había ingentes cantidades de patatas asadas con grandes hogazas de pan esparcidas por toda la mesa. Pero, sin duda, lo mejor eran los dos barriles de hidromiel y las cinco jarras, oscuras y de cuerno de buey, que había encima de la mesa.

Liz hizo los honores. Abrió el primer barril y fue inundando todas las jarras. La mesa pronto se vio atestada de felicidad y de carcajadas dichosas.

Liz observó a sus amigas. No era la primera vez que bebían hidromiel juntas, y conocían el influjo que aquel brebaje provocaba a cuerpo y mente. Pero ella no achacó su sonrisa al alcohol, sino que

sabía que el calor que inundaba su cuerpo provenía de otro brebaje que no alimentaba al cuerpo, sino al alma. Ver a aquellas personas, a las que consideraba una familia, sentadas a la misma mesa, bebiendo y comiendo junto a ella, a la luz del fuego, junto a los demás miembros de clan…, aquello era lo realmente importante, ese era el verdadero sentido de la vida, esa era la esencia de la magia que inundaba este mundo.

Liz brindó en silencio, con la mirada fija en los astros, para nunca olvidar aquel pensamiento. Guardó aquella brizna de sabiduría en el firmamento y, si algún día la tristeza inundaba su alma y apagaba la llama de su corazón, este solo tendría que seguir la luz de las estrellas para volver a prender con la felicidad de aquel recuerdo.

Un pellizco en el brazo sacó a Liz de su ensimismamiento.

—¿Lizzy, puedo sentarme con vosotras? —susurró una chiquilla a su lado.

Liz bufó y le dedicó a su hermana pequeña la más severa de las miradas. Kora agachó la cabeza y hundió los hombros.

—¿Qué te pasa, Kora? —preguntó Luna.

—¡Que es una testaruda!, eso es lo que le pasa —espetó Liz.

—Liz no me deja sentarme con vosotras —dijo Kora a punto de llorar.

Kora había cumplido los doce ciclos hacía poco y, ávida de curiosidad, aprovechaba cada ocasión que tenía para pasar un rato con el grupo de su hermana mayor.

Kora era un pequeño reflejo de Liz. Sus ojos tenían el mismo tono azulado que el cabello de Liz. Se diferenciaba de ella en que su pelo era de un azul más oscuro. Kora, además, no formaría parte del equipo de exploradores, aunque tenía buena pericia con el arco, pero, debido a su gran inteligencia y afinidad con la magia, los chamanes la habían reclamado.

—Liz, no seas mala con tu hermana pequeña —replicó Tyna.

—¿Os ponéis de su parte? —dijo Liz, pasmada de asombro.

—Pues claro —dijo Yina.

—Sin duda —añadió Arixa.

—Liz, tú a su edad cogiste «prestadas» unas botellas de hidromiel de tu casa —dijo Luna, remarcando lo de «prestadas»—. Deja que Kora se quede un rato con nosotras.

—Pero ¡qué dices! —espetó Liz golpeando la mesa con la jarra—. ¡Es la primera vez que pruebo este brebaje! ¡Y yo jamás he robado a mi querida madre!

—¡Embustera! —exclamó Kora señalando a Liz con el dedo.

Liz se vio reflejada en los acuosos ojos de su hermana y, sintiéndose culpable, aceptó a regañadientes.

—Está bien, pero ni una palabra a mamá… o serás la comida del lobo de Luna —dijo Liz aupando a su hermana y prestándole su jarra.

—Seré buena —dijo Kora dando un sorbo y con la cara iluminada de felicidad.

—Dejad de usar a Férox para meter miedo… Mi pequeño no haría daño ni a una mosca —se quejó Luna.

A Kora le salió el hidromiel por la nariz al oír aquello, al igual que a las demás. Férox tenía aterrorizada a media aldea.

—¿Alguna idea de lo que nos espera mañana? —preguntó Yina.

—Es mejor no preguntar. Los que ya han sido iniciados solo cuentan patrañas para asustar a las nuevas generaciones. Además, creo que cada ciclo es diferente —dijo Liz.

—¿Qué cuentan? —preguntó Arixa.

—Dicen que finaliza con una gran orgía entre todos los iniciados —respondió Liz.

—¿Quién ha dicho semejante sandez? —preguntó Luna.

—Nadie, pero es lo que contaremos el ciclo siguiente a los que nos pregunten —dijo Liz, que mordía un muslo de pollo.

Las demás soltaron una carcajada.

—¿Qué es una orgía? —preguntó Kora.

Liz le respondió con un pescozón, luego sacó los dientes e imitó a un lobo enfadado señalando a Luna. Kora siguió dando sorbos a la jarra de Liz en silencio.

—Yo tengo una suposición de lo que nos espera, aunque no augura nada bueno… —dijo Tyna, acaparando la atención de sus amigas—. He tenido que aprenderme todas y cada una de las leyes del clan, con sus correspondientes castigos, y hay una muy curiosa: todo aquel que revele el ritual secreto de la iniciación será desterrado junto con su familia.

—Eso significa que todo lo que hemos oído es mentira, ya que, de haber sido cierto, mamá habría desterrado al culpable de desvelar dicha información —añadió Luna.

—Correcto, pero aún hay más —dijo Tyna, más seria que antes—. Desde que mi madre me encomendó la misión de seguir sus pasos, he ido conociendo a todas y cada una de las familias que forman el clan del Búho, y he descubierto algo muy siniestro. Cada ciclo muere gente, eso es normal, pero lo extraño es que siempre mueran jóvenes que iban a iniciarse en la Glaukada, y más sorprendente aún es que, cuando le preguntas a sus familiares por dichas personas, estos no hablan con tristeza de su pérdida, sino con orgullo.

—La muerte forma parte de nuestra forma de vida —dijo Yina mirando a las estrellas.

—Sí, no entiendo qué tiene que ver todo esto con la iniciación —dijo Arixa.

—¡Mira que sois mentecatas! —gruñó Liz—. Tyna está sugiriendo que la iniciación conlleva una prueba mortal, y que todos los ciclos

hay alguien que perece en el ritual…

—¡No seas pájara de mal agüero, Liz! —espetó Arixa.

—Liz tiene razón, yo he oído historias —dijo Luna mirando a Kora, la cual no sabía nada de su pasado, aunque sus amigas entendieron perfectamente a qué se refería— en las que enfrentaban a los jóvenes candidatos a duras y mortales pruebas… Únicamente los supervivientes eran reconocidos como auténticos miembros del clan.

—¿Quieres decir que todavía no somos auténticas integrantes del clan del Búho? —preguntó Yina.

—Exacto —dijo Tyna—, por eso es tan importante el ritual de iniciación.

Las chicas permanecieron en silencio un rato, bebiendo por inercia mientras ponían en orden sus pensamientos.

Liz le había preguntado en una ocasión a su hermano mayor Nox por el ritual de iniciación. Nox, que le sacaba a Liz cuatro ciclos, se había acercado a ella y le había dicho que no tenía nada de lo que preocuparse, aunque Liz sabía que Nox mentía para protegerla.

Nox actuaba como si fuera la figura paterna de la casa, ya que Zinanvar, el padre de los tres hermanos, había desaparecido cuando Kora tenía solo cuatro ciclos. Nox, con tan solo doce ciclos, comenzó a trabajar junto a los herreros del clan, a pesar de no estar iniciado, y ahora era uno de los mejores herreros de toda la villa.

Kora se había mantenido callada todo ese rato, pero no había parado de beber, y dada su nula tolerancia al alcohol, comenzó a sentir la euforia típica de cualquier borrachín primerizo. Ávida por sentirse integrada, rogaba que se le encomendara alguna misión de iniciación al grupo. Las chicas habrían desestimado tan deleznable acto, pero necesitaban una distracción con urgencia.

—¿*Aguadente* de qué? —preguntó Kora riéndose.

—Aguardiente, debes robar una botella de aguardiente —corrigió Liz.

—Y debe ser aguardiente de dragón. Recuerda que la botella llevará pintada la runa del fuego. ¿Sabes leer las runas? —preguntó Yina.

—*Poo claroo* que sé, ¡hip! —dijo Kora ebria—, ¿tú *gue* te cree? Yo soy la más *lita* e *intelegente* de mi familia, ¡hip!, o del clan, entonces, *pa* que quede bien clarito, ¿qué runa tengo que *robá*?, ¡hip!

—Os felicito, habéis emborrachado a mi hermanita —refunfuñó Liz.

—Es como viajar al pasado y verte a ti, Lizzy —dijo Tyna entre risas.

Liz la fulminó con la mirada.

—Debes dirigirte a la mesa de mi madre. Eres escueta y vas beoda, nadie te prestará atención. Con sumo cuidado debes sustraer la botella con la runa del fuego, con una bastará. Si te pillan, no podremos aceptarte en nuestro grupo. ¿Entendido? —explicó Luna.

Kora asintió y salió corriendo en dirección a la mesa de Kaira.

—¿Por qué tanta insistencia con ese licor, Liz? —preguntó Tyna.

—¿Y tú te consideras nuestra futura líder? —respondió Liz lanzándole un hueso de pollo que Tyna esquivó con facilidad.

—¡El aguardiente de dragón! —exclamó Liz—, ansiado y codiciado por jóvenes intrépidas que no temen a nada. Un licor único y escaso, pues su componente principal son los huesos de los extintos dragones, guardados por nuestras fieles y amadas chamanas. —Liz le lanzó un beso a Yina.

—Dicho licor era muy habitual en mi clan entre los chamanes —mencionó Luna.

Kora no tardó en volver. Las chicas no necesitaban ver la botella para saber que la pequeña renacuaja había tenido éxito en su ardua gesta, ya que Kora volvía con una sonrisa triunfal. Una vez llegó a la mesa, sacó la botella de debajo de su vestido, lo que provocó que las chicas comenzaran a vitorearla, excepto Liz.

—¿*Tas enfafada*, conmigo?, ¡hip! —balbuceó Kora.

Quizás fuera por el alcohol, pero Liz por fin vio que lo único que quería su hermana pequeña era impresionarla.

—¿Enfadada? —preguntó Liz con una sonrisa—, ¡estoy orgullosa de ti, pequeña granuja! —exclamó revolviéndole el pelo con la mano —. Ahora serás conocida como Kora la Pícara. Has estado genial, diría que incluso mejor que yo en mis buenos tiempos. Te prometo que cuando seas mayor te podrás venir con nosotras, pero esta noche te quedas en la mesa con la familia. No tengas tanta prisa por crecer, disfruta cada momento. Te quiero. —Liz se inclinó y le dio un beso en la frente a su hermana.

Kora se fue contenta a la mesa. Esa noche dormiría muy feliz, ya fuera por su recién obtenido título, por su aceptación en el grupo de las mayores o debido a su alta embriaguez.

—Esto requiere un sitio con menos luz —dijo Liz señalando la botella de cristal.

Las chicas se levantaron de la mesa y se alejaron de la algarabía de la gran hoguera. Tomaron rumbo a las casas de la familia de Liz, sitas en la periferia del poblado. Allí se sentaron sobre la mullida hierba, entre la empalizada y la pared trasera de una casa. Yina sacó la botella, pero Liz se la arrebató con presteza; quería ser la primera en probarlo.

El aguardiente de dragón era puro fuego. Liz sintió que el líquido traslúcido quemaba su garganta e insuflaba un ardiente calor por

todo su cuerpo. Aquella bebida dejaba el hidromiel a la altura del agua.

—¡Por la diosa Gaia! —exclamó Liz con los ojos llorosos—. ¡Tenéis que probarlo!

La botella pasó de mano en mano y fue embriagando la noche cada vez más. Aquello iba acompañado del deseo irrefrenable de expresar con gran fervor los sentimientos más recónditos de los corazones de aquellas jóvenes, por lo que Liz sintió la necesidad de dedicarle unas palabras a sus amigas.

—¡Silencio! —ordenó Liz—, quisiera decir unas palabras. —Liz intentó ponerse en pie, pero al final decidió que era una pésima idea y permaneció sentada.

—Liz, *tate* quieta, que me mareo —gruñó Tyna.

—¡Chisss! —mandó callar Liz—. Beodas y adorables amigas mías. ¿Qué sería de mí sin vosotras? ¿Qué sería de mí sin Lunita? —Liz fijó su mirada en su amiga pelirroja—. Todas sabéis que no seríamos amigas de no ser por ella. Es la maldita verdad, y no pasa *na*. Procedemos de familias muy distintas. Yo esta noche estaría… en mi mesa, sentada con mi madre, hermanos y primos, bebiendo, quizás bebiendo mucho más de lo que he bebido hoy…, ya que querría ahogar mis penas en el alcohol mientras observaba a Tyna y a su familia, y las maldecía un poquito… bastante. Pero el destino trajo a esta linda lobita de ojos verdes y cabellos rojizos a nuestra vida. Sí, todos sabemos que llegó aquí por una gran tragedia, y ninguna nos alegramos de que aquello sucediera. ¡Pero sí que me alegro de tenerla en nuestras vidas!, ya que esta feroz loba hizo posible nuestra amistad, por la cual yo daría mi teta derecha, ¡qué digo una!, ¡las dos tetas!, ¡por Luna! —gritó Liz entre lágrimas, alzando la botella.

La botella pasó de boca en boca al son de «Por Luna» hasta que le llegó el turno a la propia Luna.

—Es muy bonito eso que has dicho, Lizzy —dijo Luna—, pero la auténtica verdad no es esa… La única verdad es que hoy estoy aquí sentada gracias a vosotras, chicas. Respiro y soy feliz gracias a vuestra compañía y amistad. Puede que este grupo exista gracias a mí, pero lo que es indudable es que yo soy feliz gracias a vosotras. —Luna levantó la botella entre lágrimas y brindó por sus amigas—. ¡Os quiero!

Acto seguido, todas se levantaron y se dieron un gran abrazo conjunto.

—¡Yinaaa, saca las setas! —susurró Liz.

—¡Liz, ya fastidiaste el momento! —gritó Arixa—, con lo bien que has estado antes…

—¡Chisss! —mandó callar Liz—. Todo lo bueno se acaba, como nuestra querida y amada botella, pero no es momento de sollozar, sino de que Yina saque las setas que robó. Volveremos a derramar más lágrimas después, cuando no nos queden ni alcohol ni setas.

—Espero que valgan la pena. Me he jugado mi puesto en las chamanas por robar esto. Las tienen reservadas para grandes eventos —dijo Yina sacando de debajo del vestido una pequeña bolsa de tela. Dentro se hallaban cinco setas de color rojizo.

—¡A la de tres: una, dos y tres! —dijeron todas al mismo tiempo mientras se comían su seta correspondiente.

—¿Notáis algo? —preguntó Arixa al cabo de un rato.

—Chisss —dijo Liz con exageración.

Arixa resopló.

Llegó sin previo aviso.

Liz notó que intentaba hablar, pero no le salían las palabras; solo veía que las demás se reían de lo que ella decía y hacía. Ella

también se reía, no sabía de qué. Todo le parecía muy gracioso.

Las chicas se iban cayendo, se levantaban y se volvían a caer. Después llegaron los saltos y los bailes. Liz intentaba seducir a un árbol. Luna estaba tirada en el suelo hablando sola. Yina y Arixa se estaban insultando o lanzándose piropos, no se podía saber bien. Tyna reía, no se sabía de qué, pero reía.

Liz notaba que las estrellas danzaban en el cielo, pero era incapaz de seguirles el ritmo, ya que todo le daba vueltas, y cuanto más lo intentaba más se caía. Las estrellas rodearon a la gran luna y bailaron al son de su inmensa y resplandeciente luz. Liz se deleitó con dicho baile mientras escuchaba el tarareo de los árboles. La tierra del suelo comenzó a ser tan confortable como un colchón de plumas. Entonces un trueno retumbó en su corazón y algo despertó en su interior.

La aldea comenzó a retumbar al son de los tambores. Liz sintió como la música recorría todo su ser y comenzó a bailar. Agarró a Luna y bailoteó con ella, luego fue agarrando a las demás. Todas bailaban, saltaban y gritaban. Algunas caían al suelo en aquella danza; estallaron las carcajadas; otras no caían y había que empujarlas, lo que provocaba más risas. Liz repartía besos, profesando su amor por sus amigas, aunque no todos los besos fueron en la mejilla.

La noche siguió su curso, la fiesta no amainaba para ellas, y el tiempo había dejado de tener sentido. No sabían cuánto rato llevaban bailando; les daba igual.

Sin saber cómo había pasado, ya que nadie recordaba de quién había sido la idea, habían salido del poblado guiadas por la batahola y algazara que emanaba del Bosque Ahogado. En sus inmediaciones se hallaban diversas hogueras, con distintos grupos de personas alrededor de ellas. En otras condiciones, el grupo habría

permanecido unido toda la noche, pero el alcohol y las drogas no se llevaban bien con la cordura.

—¿Dónde está Tyna? —preguntó Luna ladeando la cabeza.

—¿Y Yina y Arixa? —preguntó también Liz.

—¿Se habrán ido a casa?

—¿Quiénes?

Luna y Liz pospusieron su tan interesante conversación al percatarse de que conocían a los de una hoguera cercana.

—¿Esos no son de los exploradores? —preguntó Liz escrutando a los integrantes de la hoguera.

—Sí…, ahí están Reysa y Trixa —contestó Luna—. Podíamos ir con ellas.

—¡No fastidies! —espetó Liz—. Voy demasiado ebria…, no podría evitar besar a Reysa…

—Sí…, te entiendo, los labios de la rubita son tentadores… —masculló Luna.

—¿Qué te parece si Reysa, tú y yo prendemos nuestra propia hoguera? —susurró Liz al tiempo que le pellizcaba el culo a su amiga.

—Necesitaría otra seta y otra botella más de aguardiente para tal hazaña —contestó Luna mordiéndose el labio.

—¿Ese no es Salomón? —dijo Liz señalando con el dedo—. Quizás a él le interese mi proposición…

—Todo tuyo. Yo me quedo con la chica de ojos limonados que está hablando con él, a la que no recuerdo haber visto nunca.

—Tienes buen gusto, lobita… Esa es Perla —dijo Liz—. No creo que vuelvas a verla mucho por aquí. Si ha venido a esta Glaukada es porque su hermano, Gábor, será iniciado junto a nosotras este ciclo. Es una de las mejores exploradoras del clan, capitana de su propio escuadrón. También es famosa por su soberbia y rebeldía,

cualidades que han provocado que Lanka no la soporte. Lo más probable es que algún día estemos bajo su mando.

—¡Nah!, ella estará bajo el tuyo, Lizzy —dijo Luna devolviéndole el pellizco a su amiga, acompañado de un beso en la mejilla.

—¡Luna! —espetó Liz con brío—, no eches más leños a una hoguera que no podrás apagar…

—Deberíamos buscar a las demás —dijo Luna posando su brazo en el hombro de Liz.

—¿A quiénes? —preguntó Liz encogiéndose de hombros.

—Vamos, enreda.

Luna y Liz fueron de hoguera en hoguera en busca de sus amigas. La zona era amplia y estaba repleta de pequeños grupos. Había mucha gente que no estaba a la luz del fuego, sino apartadas al amparo de la oscuridad, por lo que les iba a ser difícil dar con ellas.

—Lo siento —se disculpó Liz al chocar con un chico alto.

—No pasa nada —dijo el chico con una sonrisa.

Aquel joven no debía ser del clan, ya que Liz conocía a toda la gente guapa de Glauxolia. El chico tenía la tez blanquecina, con un mentón muy definido; llevaba el pelo rasurado por los laterales, y los mechones de su frondoso cabello superior le llegaban hasta sus pobladas cejas, las cuales protegían unos plateados y brillantes ojos. Llevaba un ancho bigote y una poblada barba; todos sus cabellos tenían un tono cobrizo. Además, el joven tenía anchos hombros, a juego con su robusta figura.

—Sí pasa —dijo Liz mientras ponía cara triste—. He tirado tu delicioso alcohol; en nuestro clan eso se castiga con un par de azotes en…

—Mi amiga delira —interrumpió Luna—. Sentimos haberte molestado, pelirrojo.

—Tu rostro me es familiar… También eres del clan del Zorro, ¿no? —preguntó el chico, fijándose en el pelo de Luna—. Perdona, pero es que entre la bebida y que hay poca luz…

—No, primo, ella es del clan del Búho —respondió una voz familiar a sus espaldas.

Luna y Liz se volvieron para ver a su amiga Lissa, que lucía un precioso vestido verde.

—¿Lissa? ¿Tienes familia en el clan del Zorro? —preguntó Luna.

—¡Pues claro!, pensé que lo sabíais. Mi madre nació allí, y su hermano sigue viviendo en Kalópix. Así que os presento a mi querido y soltero primo: Kórsak.

—Conque soltero… —masculló Liz al tiempo que se abalanzó sobre Kórsak y le dio un beso en ambas mejillas—. Todavía no nos han presentado: yo soy Liz, y la pelirroja es Luna.

—¡Un placer conoceros! —dijo Kórsak sonrojado ante la efusividad de Liz.

—Como puedes observar, zorrito —dijo Liz achuchando a Luna—, el clan del Búho tiene a la pelirroja más guapa de todo Terión. Chuparos esa, clan del Zorro.

—No exageres, Liz —dijo Luna con las mejillas rosadas.

—No exagera —dijo Lissa mordiéndose el labio y devorando con la mirada las aperturas del vestido de Luna—. ¿Qué tal si vamos todos a por un par de jarras de hidromiel a nuestra hoguera?

Liz y Luna asintieron. Lissa y Kórsak se adelantaron y fueron guiándolas hasta su hoguera.

—Luna —dijo Liz—, todas sabemos que te gusta Lissa… Esta noche la tienes a tiro, ¡no falles el disparo!

—¡Qué dices! —contestó Luna—, si ni siquiera sabemos si le gustan las chicas o los chicos.

—¿Tú estás ciega? Antes te ha lanzado un piropo, y no te quita ojo. Hazme caso, en temas amorosos soy una experta.

—Tú lo que quieres es que me lleve a Lissa a otra parte para poder fornicar con su primo.

—¡Es evidente que sí!, pero mi objetivo es que tú hagas lo mismo con Lissa.

—Liz, como te equivoques, no podré volver a mirarla a la cara.

—Para que veas lo segura que estoy, si me equivoco, te prometo que mando al zorro a su madriguera y me voy contigo a buscar otra botella de aguardiente para ahogar las penas.

Luna suspiró, pero luego asintió.

—De acuerdo, ¿cuál es tu plan?

Liz alzó las cejas, se adelantó y le propinó un cariñoso azote en el culo a Lissa. Para cuando esta se volvió en busca de un culpable, Liz ya estaba cogida del brazo de Kórsak.

—No sabía que te gustaba tanto mi culo —dijo Lissa.

—¡Eh!, ¡no, no me gusta! ¡Me refiero a que no fui yo! —farfulló Luna con nerviosismo—. Tienes un culo precioso, firme y respingón, aunque no es que me haya fijado… Es algo que se sabe…

—Era broma, pelirroja —dijo Lissa—. Por cierto, me encanta tu collar…

Liz soltó una carcajada. Conocía bien a Luna y sabía que se ponía muy nerviosa con todo lo relacionado con el amor, aunque fingió que su risa se debía a algo que había dicho Kórsak, al que cada vez veía más guapo.

Al poco rato llegaron a la hoguera de Lissa. Liz y Luna recibieron dos jarras y, una vez tuvieron todos sus jarras rebosantes de hidromiel, se alejaron en busca de la intimidad que ofrecía la oscuridad del bosque.

Lissa y Luna encabezaban el paso, hablando y riendo. Liz entrelazó su mano con la de Kórsak y aminoró el paso para darle más intimidad a su amiga.

—Dime, Kórsak, ¿eres un solitario o has dejado a tus amigos en Kalópix? —preguntó Liz.

—Vine con ellos a la Glaukada —respondió Kórsak después de dar un trago a su jarra—. Pero los muy bellacos me dejaron tirado en cuanto conocieron a un grupo de chicas.

—Dejar a tus amigos por un culito prieto y redondo, esa tradición creo que la compartimos todos los clanes.

Kórsak sonrió. Su brillante dentadura resplandecía en la oscuridad de la noche. Liz se fijó en sus dos afilados y hermosos colmillos; también se fijó en el hidromiel que se le escurría por la rojiza barba y en que deseaba cada vez más al joven zorro.

—Pero no los culpo —dijo Kórsak—. Hemos venido aquí a hacer amigos y a conocer gente nueva. Llevamos varios ciclos encerrados en Kalópix, y echábamos de menos socializar con los demás clanes. Formamos parte de la Liga de Clanes, pero parece que somos la oveja negra.

Liz notó que eso último lo había dicho con tristeza y algo de rabia.

—¿Os afectó mucho la extinción de los lobos?

Liz sabía que estaba jugando con fuego sacando un tema como ese. Quería arrancarle la ropa a Kórsak, pero también era un momento idóneo para obtener información relevante sobre cómo estaba el ambiente en Terión.

Kórsak meditó un instante, luego suspiró y respondió.

—Sí, fue un… duro golpe para todos. La noticia de su… batalla nos cogió por sorpresa, al menos a mí. Para la mayoría de nosotros, los lobos eran considerados hermanos. Además, muchos miembros de nuestro clan tienen ascendencia lobuna.

Liz no podía decir todo lo que sabía, pero podía sacarle algo más.

—Si eran vuestros aliados, ¿cómo es que no hubo represalias por vuestra parte?

—Eres perspicaz. Si no las hubo fue porque tuvimos discrepancias, lo que provocó que durante un tiempo reinara la discordia en el poblado. Una parte quería dejarse llevar por la sed de venganza y pedía una guerra abierta contra la Liga de Clanes, en especial contra los cazadores. Otra, en cambio, manifestó que los lobos habían recogido lo sembrado, que su obstinación y orgullo habían sido los culpables de su extinción. —Kórsak suspiró e hizo una pausa, y Liz supo de qué parte había estado él—. Zox, nuestro líder, reunió al consejo de sabios. Había dos opciones: luchar contra la Liga o unirse a ella. El miedo se adueñó del poblado, y el consejo optó por la paz.

Liz asintió en silencio.

—¿No tienes un zorro como compañero? —preguntó Liz cambiando de tema.

Kórsak volvió a sonreír.

—Los zorros son exclusivos; solo los chamanes y el líder tienen uno, nadie más.

—¿A qué te dedicas?

—Yo solo soy un simple herrero, no tengo motivos para tener un zorro, aunque mi hermana mayor, Kitsuna, sí tiene uno.

—¡Mi hermano también es herrero! —dijo Liz entusiasmada—. ¡¿Cómo no me has presentado antes a tu hermana?!

—No ha venido, ya que no tiene familia aquí —respondió Kórsak con tristeza—. Kitsuna es mi hermanastra. Su padre murió cuando ella era pequeña. Además, no habríais congeniado: tiene mucho carácter y es una gruñona.

—Sé cómo manejar a las pelirrojas gruñonas.

—No lo dudo, pero mi hermana tiene el cabello gris como la ceniza. Podrías volver conmigo y pasar allí unos días, así la conoces a ella, y a su zorro. Y puedes llevarte tu lechuza.

—¡Qué lechuza ni qué lechuzo! —espetó Liz—. Solo la familia de sangre real tiene rapaces, yo en este clan soy una don nadie.

Kórsak paró su marcha junto al gran tronco de un árbol y miró a Liz.

—La sangre no debería determinar nuestra posición social. No necesito saber tus antepasados para saber que tengo delante a una reina. Me alegro de haber venido a esta Glaukada, ya que he tenido la oportunidad de conocer a una chica tan inteligente y hermosa como tú, Lizzy.

Se habían parado en un lugar oscuro y alejado del bullicio. Liz había sopesado darle un capón a Kórsak por haberla llamado por su nombre completo, pero prefirió soltar la jarra y abalanzarse sobre él. Liz lo estrechó entre sus brazos y juntó sus labios con los del pelirrojo. Kórsak también lanzó la jarra y apretó sus grandes manos en los glúteos de Liz, alzándola al tiempo que apoyaba su enorme espalda de herrero contra la dura corteza del árbol.

Kórsak besaba de maravilla, aunque Liz solo tenía para comparar los besos que se había dado ebria con sus amigas, que no estaban tampoco nada mal. Liz dedujo que ella también sabía besar, ya que comenzó a notar que los pantalones de lino de su herrero parecían cobrar vida.

Con un leve susurro le indicó a Kórsak que se tumbara en la hierba, pero entonces recordó su promesa y buscó la figura de su amiga. No tardó en verla, ya que Luna estaba tumbada cerca de ellos, con Lissa encima de ella.

«Bien hecho, Lunita», pensó Liz al tiempo que volvía a concentrarse en Kórsak.

Liz le bajó los pantalones a Kórsak. Ella no tuvo la necesidad de quitarse su delicado vestido, ya que debajo de él no llevaba nada. Se colocó a su lado y, mientras le besaba, cogió su callosa mano y la sumergió bajo su vestido.

Kórsak comenzó a poner a trabajar sus fuertes, grandes y curtidos dedos de herrero mientras Liz sacudía su herramienta con delicadeza. El pequeño fuego interno de Liz comenzó a calentarse poco a poco y, cuando estuvo a la temperatura idónea, Liz se colocó encima de Kórsak, agarró el candente martillo de su herrero y lo introdujo en su ardiente fragua.

Liz gimió, aunque no era la única que lo hacía entre aquellos árboles. Kórsak y ella comenzaron a bailar bajo la luz de la luna. Los jadeos se intensificaron. Liz agarraba con fuerza los musculosos brazos del herrero, y Kórsak apretaba con firmeza las nalgas de su hermosa reina bajo el vestido. Liz aceleraba y frenaba, mordía a Kórsak en el labio, y él le dio el azote que le debía por derramar su jarra de hidromiel.

El pelirrojo era como un volcán a punto de estallar. Liz lo notaba y lo provocaba, parando cuando sentía la erupción, hasta que el herrero alcanzó su punto de fusión y volcó toda su lava en el interior de la ardiente fragua. Liz notó la explosión, y sabía lo que aquello significaba, pero había tomado precauciones y ella todavía no había terminado, por lo que siguió. Incrementó el ritmo, sintiendo cada sacudida, arqueando su pecho hacia las estrellas, con las manos de Kórsak ahora sujetando sus firmes pechos. Disfrutó de aquel momento, de aquel corto instante que sería eterno en su vida. Entonces también llegó a su éxtasis y ululó a la luz de la luna. Exhausta, se tumbó en la hierba, con la cabeza descansando sobre el torso de Kórsak. Feliz.

La luna llena inundaba con su haz el bosque, dejando al descubierto a cuatro jóvenes medio desnudos, felices y disfrutando de las maravillas de la vida, inconscientes de que tardarían en volver a disfrutarlas.

Tyna

Día 2 de la fase del Búho
Ciclo 28 después de la Gran Guerra

El roce de un lengüetazo despertó a Tyna de su ebrio letargo. Férox se había apoyado en la cama y lamía con calma la sudorosa frente de la joven. Tyna acarició la cabeza del lobo y, aunando sus fuerzas, abrió los ojos.

La habitación se movía al son del vaivén de la cola de Férox, por lo que Tyna tuvo que volver a cerrar los ojos, pero ya era tarde. Su recién vuelta al mundo le había recordado que su cuerpo necesitaba ingerir unos líquidos y expulsar otros.

La sola idea de tener que beber algo, aunque fuera agua, desencadenó una estéril arcada en su garganta. Tyna cogió con premura el bacín que guardaba bajo la cama y hundió la cabeza en él.

Tyna se encontraba postrada en la cama, con la espalda contra la pared, bacín en mano y ojos cerrados: pronto llegaría la maloliente y asquerosa vomitona; era inevitable.

Un sonido atroz, procedente de la otra cama que había en la habitación, despertó el sentido de la vista de Tyna, aunque para mal: enfrente de Tyna se hallaba su hermana, con las rodillas apoyadas en el suelo y la cabeza sumergida en su propio bacín.

El sonido de las arcadas junto con la clara imagen del vómito emergiendo de la boca de Luna fue demasiado para Tyna: había llegado la hora para ella. Tyna agarró con firmeza su bacín e imitó a su querida hermana.

Férox, cuyo sentido del olfato era tremendamente sensible, huyó despavorido. Aunque de algún modo consiguió pedir auxilio para ellas.

—Patético… —dijo Kaira, que se había acercado a ver qué pasaba —. Aquí huele peor que en una zahúrda.

—Nos sentó mal la cena —dijo Luna sin levantar la cabeza.

—Sí, la salsa de tomate olía raro —añadió Tyna.

Kaira hizo caso omiso de las mentiras de sus hijas, sacó un trapo y, tapándose la nariz, comenzó a abrir las vidriosas ventanas de la habitación.

—¡Largo de aquí, las dos! —espetó—. Idos al río ahora mismo, expulsar toda la porquería de anoche por donde mejor os venga. Os quiero bien aseadas para esta noche —ordenó Kaira.

—Mamá… —se quejó Tyna—, yo quiero dormir… Tú no sabes el malestar que tengo…

—Los jóvenes —suspiró Kaira— siempre pensáis que la vida os pertenece, que sois el ombligo del mundo. Hijas, vuestra madre ha bebido y fornicado mucho más que vosotras dos juntas…

—Mamá…, desearía no seguir vomitando —balbuceó Luna—, y esos comentarios no ayudan…

—¿Acaso no copulasteis anoche? —preguntó Kaira a sus hijas.

Tyna y Luna cruzaron miradas. Ambas sabían que debían salir de allí con la máxima presteza, por lo que agarraron los ropajes que tenían a mano y salieron raudas de la habitación.

Encontraron a Férox en la puerta, esperándolas, y con él como guía tomaron rumbo a las Pozas Nidales. Tuvieron que hacer varias

paradas por el camino. Una vez llegaron a las resplandecientes aguas, se desprendieron de sus ropajes y se lanzaron de cabeza a las frías y purificadoras aguas del río Jato.

Tyna se acomodó sobre una enorme roca blanca besada por el sol. Desnuda y con los ojos cerrados, expuso su cuerpo a los rayos del sol para que el gran astro insuflara vitalidad en su debilitado cuerpo mientras su mente vagaba por los difusos momentos de la noche anterior.

—¿Esa sonrisa se debe a algo de anoche que me perdí? —preguntó Luna.

Tyna no se había percatado de su propia sonrisa, pero intuía qué recuerdo la había provocado.

—Puede. Si no te hubieras escapado para fornicar con Liz, lo sabrías… —contestó Tyna abriendo los ojos.

—¡¿Qué?! —preguntó indignada Luna—. Primero, yo no me escapé; fuisteis vosotras las que desaparecisteis de forma misteriosa. Y, segundo, ¡Liz y yo no hemos fornicado!

Luna abrió la palma de la mano y la usó como si fuera una pala para lanzarle toda el agua que fuera posible a su hermana.

—¡Ya lo sé, zopenca!, solo te estaba vacilando —dijo Tyna riéndose—. Y más te vale que me cuentes todo lo que pasó en nuestra ausencia.

—Será si quiero —gruñó Luna.

—Yo también tengo cosas interesantes que contarte —dijo Tyna guiñando un ojo a su hermana.

—No necesito saber los detalles de tus eróticas actividades nocturnas.

—Es una pena —suspiró Tyna—, y yo que quería hablarte de Vúlzor…

La expresión de Luna cambió de repente.

—¿Qué Vúlzor? —Luna frunció el ceño.

—¿Acaso conoces a alguien con ese nombre? Es muy común —dejó caer Tyna con sarcasmo.

—¡No seas lengua de hacha! ¡Qué va a ser común! Solo hay un Vúlzor por esta zona, y es el maldito hijo pequeño de Zox. Empieza a hablar o te desplumo.

Luna había caído en la trampa.

—Tú primero —ordenó Tyna.

—Condenada pajarraca —bufó Luna.

Luna asintió y, aunque reticente, contó las peripecias de la noche anterior. Tyna escuchó con entusiasmo las vicisitudes de su hermana y, cuando esta acabó, se abalanzó sobre ella.

—¡Por fin te has desflorado! —gritó Tyna mientras salpicaba a su hermana con fervor—, además, con tu querida Lissa.

—Es la tradición —dijo Luna entre risas.

—Aunque necesito más detalles de esa postura que te sugirió Lissa.

Luna se sonrojó al oír aquello, se acercó a su hermana y le susurró los detalles al oído.

—Humm, conque hay que invertir la posición mientras que a la vez —musitó Tyna.

—¡Deja de fantasear y habla!

—¡Le dijimos a la chalada de Liz que nos esperara!, que teníamos que ir detrás de unos árboles a cambiarle el agua a la almeja, pero cuando volvimos os habíais ido. Así que decidimos buscaros, no sea que os pasara algo, pero de camino nos cruzamos con tres exóticos muchachos del clan del Zorro.

—¿Vúlzor? —interrumpió Luna.

—Sí, con dos amigos suyos: un chamán llamado Réynard y un guerrero llamado Tanuk.

—Esos no me suenan de nada.

—No recuerdo cómo comenzó la conversación, pero de alguna manera acabamos en el lago —continuó Tyna.

»Tanuk y Arixa congeniaron al instante. Tanuk era grande y fuerte como un oso, de pelo largo y frondosa barba. Arixa y él desaparecieron en la oscuridad al poco de llegar al lago.

»Los cuatro que quedábamos nos acomodamos cerca de la orilla. Réynard sacó una pipa de hierro rojiza, con la forma de una cabeza de zorro, de la que salía un delgado y largo tubo de madera. El chamán guardaba en su zurrón una gran hoja verde que servía de envoltorio para un gran número de hojas secas y picadas, que según él procedían de una planta llamada ganjika. Réynard introdujo las hojas secas en la cabeza de zorro y, prendiendo una pequeña astilla con una palabra de sus labios, prendió el interior de la pipa. A eso lo llamó…

—Fumar —terminó Luna—. Siempre me extrañó no haberlo visto por aquí nunca. En mi clan era muy común, aunque solo podían hacerlo los chamanes o miembros distinguidos. Recuerdo que mi abuelo fumaba renshen… —Luna sacudió la cabeza y se centró en la conversación—. Imagino que Yina sintió curiosidad por ese tal Réynard.

—Más que curiosidad, Yina y él sintieron una fascinación mutua al instante —dijo Tyna entre risas—. Réynard es un gran conocedor de asuntos chamánicos, además de ser un esbelto imberbe de rostro muy hermoso, ojos azulados y una larga melena rojiza. Y su pequeño y adorable zorrín nos enamoró a todas. Se llama Kor, y tiene el pelaje grisáceo y los ojos rojos. Aunque no le hace sombra al majestuoso e imponente Férox.

—La presencia de un compañero zorruno indicaba que Réynard no mentía y es un auténtico chamán zorruno —dijo Luna con el ceño

fruncido—. Recuerdo que solo los chamanes y el líder del clan podían tener zorros como compañeros.

—¿Por qué iba a mentir? —dijo Tyna con brusquedad.

Luna soltó un bufido.

—No confíes tan a la ligera en las palabras de un miembro del clan del Zorro; puede que vosotros seáis sabios, pero ellos son astutos. Encandilan a la gente con su majestuoso aspecto y sus bellas palabras. Son extraordinarios engatusando a los demás.

Tyna detectó una mezcla de rabia y halagos en las palabras de su hermana.

—Creía que eran vuestros más fieles aliados y amigos.

—Antaño —dijo Luna encogiéndose de hombros—. Hemos estrechado lazos con ellos innumerables veces. Yo misma tengo sangre zorruna por parte de madre —Luna señaló su cabello rojizo, color muy característico entre los miembros del clan del Zorro—, pero nunca me he fiado de ellos. Oí muchas historias en las que nuestros antepasados batallaban codo con codo junto a ellos, pero también oí otras en las que los zorros ganaban las batallas sin luchar, con su astucia, apuñalando al enemigo por la espalda. Era cuestión de tiempo que acabaran traicionando a sus aliados.

—No tienes pruebas —matizó Tyna.

—¡Su presencia aquí es la prueba! —espetó Luna—: los zorros han entrado en la Liga de Clanes. Eso significa que nos traicionaron durante la masacre lobuna.

—El clan del Búho, tu clan actual, también forma parte de la Liga de Clanes.

—No es lo mismo —farfulló Luna.

—Entiendo tus arraigados pensamientos sobre la astucia y felonía del clan del Zorro, pero no es justo juzgar a un clan por los actos de

sus antepasados, y tampoco es justo culparlos sin siquiera darles la oportunidad de explicarse.

Tyna conocía bien la testarudez de su hermana, y por ello sabía que sus palabras caerían en saco roto, por lo que decidió volver al tema anterior.

—Entiendo que conociste a Vúlzor.

—Sí —dijo Luna, que jugueteaba con el agua—. De pequeña solía asistir junto a mi familia a las Vulpéculas, las fiestas de los zorros. Como te he comentado, mi madre es de allí y, como a cualquier otra persona, le encantaba rememorar su infancia. Según tengo entendido, Vúlzor y yo somos medio familia, aunque me suda el higo lo que seamos. —Luna se encogió de hombros—. El caso es que me dejaban en casa de Zox, y allí jugaba con Vúlzor y su hermano mayor, Fének. La última vez que los vi yo tenía ocho ciclos, por lo que imagino que Vúlzor habrá cambiado físicamente, pero me apuesto mi melena roja a que sigue siendo un insolente y un maldito arrogante.

—Mira que eres rencorosa. No sé cómo sería de niño, pero ahora lleva una gran melena roja trenzada, con el rostro afeitado, brazos nervudos…

—¡Me da igual como sea! —gritó Luna.

—De acuerdo, pero has de saber que yací con él.

—¡No hace falta que me cuentes eso! —Luna salpicó con ímpetu a Tyna y se dispuso a salir del agua.

—Ahora que lo has mencionado, es cierto eso de que los zorros son muy habilidosos con la lengua…

Desde la hierba, Luna le indicó por dónde se pasaba aquella información.

—¿Te contó algo importante? ¿Algo sobre mi clan? —preguntó Luna.

—¡No! —dijo Tyna saliendo del agua—, no hablamos de esos temas. La verdad es que hablamos poco.

Luna lanzó una gélida mirada a su hermana. Tyna sabía que la paciencia no era una de las virtudes de Luna, por lo que decidió parar.

—Aquello —continuó Tyna— solo fue un placer pasajero. No vas a tener a Vúlzor como cuñado.

Luna soltó un suspiro de alivio y abrazó a su hermana.

—Si te hubieras enamorado de él, yo lo habría aceptado. Eres mi hermana, y, aunque me cueste admitirlo a veces, te quiero —le susurró Luna.

Tyna abrazó a su hermana con fuerza.

—Sé que lo hubieras hecho, pero habría sido a costa de reprimir tu ser. —Tyna se separó y miró con fijación los ojos esmeraldinos de su hermana—. Eres Luna, del clan del Búho, pero en tu corazón siempre serás una loba.

Luna cogió la mano de su hermana y sonrió.

—Pero tú siempre formarás parte de mi manada.

Tyna tenía que admitirlo: era imposible no querer a aquella testaruda y refunfuñona pelirroja.

Las hermanas se vistieron y volvieron a casa, limpias, con menos resaca y a tiempo para la hora de comer. Al llegar a la puerta se toparon con cuatro integrantes de las lechuzas, ataviadas con su clásica vestimenta. Tyna y Luna las saludaron e intentaron entrar, pero ellas les cortaron el paso.

Tyna escrutó los rostros de las cuatro guerreras, a las cuales conocía bien: Layna, Melaris, Autilla y Aurelia.

Layna, además de ser la madre de Arixa y Yina, era la encargada de proteger a Tyna; la acompañaba siempre Melaris, la madre de los

mellizos Trixa y Glaux. Por lo que la presencia de ambas allí no le extrañaba.

No ocurría lo mismo con las otras dos. Tyna conocía a Autilla por ser la madre de Salomón y por su alabada pericia en el combate, pero no recordaba haber hablado nunca con ella. Con la que sí había hablado, aunque siempre con algo de tensión, era con la última: su tía Aurelia, la madre de Reysa.

Aurelia era conocida como la Lechuza Dorada, debido a su larga cabellera dorada, que había heredado Reysa. Aurelia era la jefa de las lechuzas.

Las hermanas de su madre estaban divididas. Yami había tenido cinco hijas: Kaira, Niza, Aurelia, Zulaykha y Layna. Yami abdicó cuando acabó la Gran Guerra, entonces se crearon dos grupos en el clan: Kaira y Layna por un lado, y Niza y Zulaykha por otro. Aurelia, en cambio, había permanecido indiferente, ya que no le gustaban las guerras políticas y odiaba la hipocresía; a ella solo le interesaba proteger al clan del Búho de cualquier amenaza externa. La relación de Aurelia con las demás hermanas se había enfriado, al igual que había ocurrido con la relación que mantenían Tyna y Reysa. Eso hacía que la presencia de Aurelia allí fuera, cuando menos, inquietante.

—Por órdenes de Kaira solo Luna puede entrar —anunció Aurelia.

—¿Por qué motivo? —preguntó Tyna mirando a Layna.

—Órdenes de tu madre, así que calla y obedece —contestó Aurelia.

Luna cogió la mano de Tyna y la apretó con firmeza.

—Tranquila, será algo relacionado con la iniciación —susurró.

—Está bien —refunfuñó Tyna.

Luna entró en la casa, seguida de Layna y Melaris.

«Lo que faltaba, me toca con Aurelia y Autilla», pensó Tyna.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tyna.

—A casa de la abuela Yami, y en silencio —ordenó Aurelia.

—Al menos podríais decirme…

Aurelia le propinó un sonoro pescozón a su sobrina, por lo que Tyna se mantuvo callada todo el trayecto.

Su abuela Yami vivía en la periferia del poblado, debido a su profunda misantropía, la cual se había visto acrecentada con la edad. Aunque la vieja Yami tenía sus excepciones, como ocurría con el favoritismo hacia Tyna y sus amigas. Una vez llegaron a la casa de Yami, Aurelia se colocó detrás de Tyna. Fue Autilla la que llamó a la puerta.

—¡Largo de aquí! —gritó una voz en el interior.

Tyna no pudo contener una carcajada, pues conocía bien el carácter de su abuela.

—¡Vieja Yami, abra la puerta, venimos por lo de la iniciación! —gritó Autilla.

Se oyeron unos pesados y lentos pasos al otro lado de la puerta, seguidos de un crujido. Yami apareció en el umbral, apoyada en su inseparable báculo, compuesto de una larga vara de madera adornada con múltiples plumas de búhos, en cuya cúspide se hallaba una calavera picuda que antaño debió pertenecer a alguna lechuza. Yami las escrutó con sus cansados ojos, hasta que se fijó en Aurelia.

—¿Aurelia? ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí, rapaza? Ven, acércate, *mija*.

Aurelia dudó, y con razón.

—Tenemos algo de prisa, madre —dijo Aurelia.

—¡Pamplinas!, haz caso a tu anciana madre —dijo Yami.

Aurelia se colocó al lado de Tyna.

—Un poco más cerca.

Yami le hacía señas con la mano para que se fuera acercando más. Los pasos de Aurelia cada vez eran más cortos, hasta que se colocó a la distancia justa para que Yami le asestara un golpetazo en la cabeza con su báculo. Aurelia recibió el golpe sin emitir queja alguna.

—¡Te veo de Glaukada en Glaukada! ¡Ya te podías pasar más a menudo a ver a tu anciana madre!

—Lo siento, madre…, estoy… muy atareada —dijo Aurelia con la cabeza gacha.

—¡Bah!, no me interesan tus disculpas y excusas. Si de verdad te importara, sacarías tiempo para venir a verme. Todas sois iguales. Tus hermanas tampoco vienen. Menos mal que tuve nietas, ¡qué sería de mí sin ellas! —bramó con brío, alzando las manos al aire—. Reysa, Tyna, Luna, Arixa y Yina vienen a menudo, aunque Nisha y Tynses no pisan por aquí. ¡Pobres de ellos como los coja!

Nisha era la hija de Zulaykha, y Tynses el hijo de Niza; aunque eran sus primos, Tyna no sentía ningún tipo de afecto por ellos, ya que eran arrogantes y mezquinos.

—¡Vamos, pasad de una vez! —gritó Yami entrando en casa.

Aurelia fue la primera en entrar, seguida de Autilla y Tyna.

Tyna adoraba la estrambótica estancia de su abuela. La casa estaba construida alrededor de un anciano roble, cuyo ancho tronco la atravesaba por la mitad. El suelo tenía aperturas por donde crecían numerosas flores. Yami era muy respetuosa con la naturaleza, prefería adaptarse a ella que someterla.

La casa constaba de una única habitación, en cuyos rincones se podían encontrar frascos de cristal repletos de líquidos de distintos y exóticos colores. En una gran mesa había un montón de plantas arrancadas, con un gran libro abierto al lado.

Tyna sentía fascinación por aquel libro que tenía la cabeza y el cuerpo de un búho tallado en el lomo, cuyas alas se encontraban en la cubierta delantera y trasera. Tyna recordaba ver la forma de aquel búho volando cuando su madre o su abuela leían el libro enfrente de ella. Tyna solo había podido ver la primera página de aquel libro, en la cual estaba escrita con tinta negra la runa de la sabiduría.

«¿Cuándo podré leer el resto, abuela?», le había preguntado ella.

«Cuando seas la líder del clan», le había respondido su abuela, cerrando el libro de un plumazo.

Tyna sabía leer, ya que su madre le había enseñado el alfabeto rúnico. Luego, Tyna y Yina se lo habían enseñado a Luna, Arixa y Liz, ya que leer y escribir runas era una tarea peculiar de los chamanes.

Tyna tenía sangre chamánica. Yami, antes de ser la líder del clan, había sido la jefa de los chamanes. Pero el destino quiso que el anterior líder del clan, Tucur el Temerario, el abuelo paterno de Sétrix, muriera cuarenta ciclos antes de la Gran Guerra, en la batalla de la Carroña, contra Kathartes, conocido por ser el último líder del clan del Buitre.

Los búhos ganaron la batalla y extinguieron por completo a los buitres, pero el precio de la victoria fue colosal. Tucur murió en la batalla, junto con cientos de miembros del clan, aunque lo más desastroso vino con la contienda aérea que se libró entre las extraordinarias y mágicas rapaces de cada clan, ya que la gran mayoría perecieron.

Tucur dejó tres hijos, todos no iniciados, por lo que no podían relevar su puesto. Ante una posible guerra civil, Yami, una de las pocas que había sobrevivido a la batalla junto con su lechuza Tyta, tomó el control del clan; decisión que fue discutida hasta que Kaira se unió con Sétrix y así acalló las disputas.

—Tyna, ¿a qué esperas para desnudarte? —preguntó su abuela.

Tyna, que se había sentado en un tocón, miró a Aurelia y luego a Autilla sin entender nada. Yami comenzó a sacar cuencos llenos de arcilla, flores y ramas machacadas, cada uno de ellos con diferentes tonalidades.

—¿Aquí? ¿Delante de todas? ¿Por qué? —preguntó Tyna.

—Vaya dos pajarracas —masculló Yami mirando a Autilla y Aurelia —, mira que no contarle nada a la rapaza mientras veníais hacia aquí.

—Desnúdate y ponte de pie —ordenó Aurelia.

Tyna sabía que no tenía otra opción, hoy debía obedecer en todo. Ya había estado desnuda ante mucha gente, pero eran sus amigas; ante su abuela era algo muy distinto. Sus pómulos se enrojecieron debido al pudor que sintió solo de pensarlo.

—Pequeña —dijo su abuela con calma—, piensa que aquí las que vamos a sufrir somos nosotras tres, sobre todo yo, ya que vamos a contemplar la belleza femenina en su máximo esplendor, sabiendo que jamás volveremos a alcanzar ese estado, pues ya nos fue dado antaño.

Tyna esbozó una sonrisa ante aquel comentario. Tenía vergüenza y estaba nerviosa, pero confiaba en su abuela. Se desnudó y se colocó de pie ante ellas.

—Cierra los ojos —dijo Yami.

Entonces Tyna entendió lo que iban a hacer y para qué eran los cuencos que tenía su abuela: Yami le iba a pintar el cuerpo.

Tyna comenzó a sentir los arrugados dedos de su abuela por la frente y alrededor de los ojos; sintió cómo trazaba una línea desde sus labios hasta la barbilla. Permaneció quieta y en completo silencio mientras Yami untaba su cuerpo por completo con diferentes tipos de pintura. Tyna oía a su abuela cambiar cada poco de cuenco.

—El sol está en su ocaso, madre —dijo Aurelia.

—Bien, id acercándome el vestido ceremonial. Tyna, ya puedes abrir los ojos —dijo Yami.

Tyna se topó de bruces con el vestido nada más abrir los ojos: era largo y de un blanco impoluto. Se lo colocaron entre Autilla y Aurelia, con sumo cuidado de no estropear la pintura del cuerpo. Una vez puesto, Tyna descubrió que le tapaba todo el cuerpo, únicamente dejaba la cabeza y los pies al descubierto.

—Es la hora —anunció Yami.

—En marcha, pues —dijo Autilla.

—Gracias, yaya —dijo Tyna mostrando una gran sonrisa a su abuela.

Tyna iba hacia la puerta. Entonces vio que su abuela no la seguía.

—¿No vienes?

—No, hija, soy muy anciana para el ritual —respondió Yami taciturna.

—En cuanto acabe, pasaré a verte para celebrarlo juntas —dijo Tyna.

Yami le respondió con una ancha sonrisa.

Aurelia y Autilla habían salido ya por la puerta. Tyna estaba a punto de salir cuando oyó la voz de su abuela.

—¿Has dicho algo, abuela? —preguntó Tyna.

—Sí, hija. —Yami había cogido su bastón y se había levantado—. Quiero que sepas… que estoy orgullosa de ti… Sé que dentro de ti hay una gran líder, digna del clan del Búho. —Yami se acercó a su nieta a golpe de bastonazo—. Recuerda que una líder debe saber tomar la decisión adecuada en cada momento, incluso cuando esa decisión no sea la correcta, incluso cuando esa decisión te condene de por vida al rechazo de aquellos a quien amas, ya que es tu cometido tomar decisiones dolorosas…, pero necesarias, y es la líder

la que debe cargar con ese peso sobre sus hombros, para hacer el camino más ligero a los demás miembros de su clan. Te quiero, mija. —Yami se acercó y le dio un beso en la mejilla. Tyna pudo atisbar una lágrima recorriendo el arrugado rostro de su abuela y se quedó sin palabras—. Ahora ve, rapaza… Vuela libre al amparo de la noche.

Tyna obedeció y salió de la casa. Sus dos lechuzas la estaban esperando, ya que Tyna no tenía ni idea de dónde se celebraba el ritual de iniciación. A los no iniciados no se les permitía salir el segundo día de la Glaukada, debían quedarse en sus hogares. Tyna recordaba mirar por la ventana y ver el poblado inmerso en una absoluta oscuridad, acompañado de un silencio sepulcral.

Autilla encabezaba la marcha, seguida de Tyna, y detrás de ella su tía. Salieron del poblado por la puerta principal, en la cual otras dos lechuzas hacían guardia; giraron a la derecha, en dirección al mar, pero en lugar de seguir el camino que llevaba al Lamento de Dakrya, giraron por el sendero prohibido, hacia el Nido Olvidado.

—¿Vamos al Nido Olvidado? —preguntó Tyna, parándose.

Aurelia asintió y le dio un suave empujón para que siguiera andando.

El Nido se encontraba en la cima de un gran acantilado que se podía atisbar desde el poblado. Una de las leyes más duras del clan era su acceso a él sin haber superado la iniciación, ya que se aplicaba la máxima pena: el destierro.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó Autilla, que se había fijado en lo entusiasmada que iba Tyna—. No conozco a nadie que vaya al cementerio con alegría.

—Siempre he tenido mucha curiosidad por ver qué hay allí arriba.

—Tumbas, y más tumbas —bufó Aurelia.

—La vieja Yami me contó una leyenda sobre aquel lugar antes de que fuera un cementerio —dijo Tyna.

—Me alegro por ti —respondió Aurelia.

—Deja a la muchacha que la cuente —gruñó Autilla.

Tyna sonrió. Su tía lanzó un suspiro.

—Me dijo que el acantilado fue antaño el hogar de nuestros compañeros alados. Nuestros antepasados subían allí para volar a lomos de gigantescas rapaces nocturnas con las que surcaban los cielos impulsados por los fuertes vientos, y con las que podían atacar a clanes rivales al amparo de la oscuridad de las noches sin luna.

—Yo también conocía esa historia —dijo Autilla—. Apenas quedan ya rapaces mágicas como las de antaño. La población de las rapaces nocturnas ha aumentado enormemente, pero parecen ser totalmente ajenas a nosotros. Viven en el Bosque Ululante, pero pocas veces se dejan ver por nuestro poblado. Solo nos quedan Kori y Zazú. Ellas nos recuerdan que antaño eran nuestras compañeras, que fueron las que dieron nombre a este clan.

—Menuda patraña —bufó Aurelia—. La abuela ya va chocheando, no te creas todo lo que te dice.

—¿Por qué estás tan pejiguera? Voy a tener que hablar con Leo. Me da que anoche el león no devoró a la lechuza. —Autilla comenzó a reírse de sus propias palabras, aunque a Tyna también le hicieron gracia.

—¡No tiene nada que ver con eso! —contestó Aurelia—. Siempre estás pensando en lo mismo, ¡así que deja en paz a Leo!

—Tía, ¿es cierto que Leo luchaba en el otro bando en la Gran Guerra, y que tú lo sedujiste para que os ayudara? —preguntó Tyna.

Aurelia abrió los ojos de par en par ante aquella insolente pregunta, y Autilla estalló en una gran carcajada.

—¡Serás insolente!, calla y camina —masculló su tía.

—Vaya si es cierto —respondió Autilla—. Por aquel entonces, Leo era un neófito del clan del León, y no era más que un zagal imberbe luchando en una guerra que escapaba a nuestra comprensión; pero si tu clan va a la guerra, tú vas, la entiendas o no; en eso consiste formar parte de una familia.

»Tu tía y yo formábamos parte del mismo escuadrón. Un día nos topamos con una pequeña partida de exploración formada por el bando felino. Acabamos con ellos con suma facilidad, y solo sobrevivió uno: el joven Leo, el cual se había quedado prendado de tu tía nada más verla luchar.

»Tiró su arma al suelo e hincó la rodilla, y le prometió a tu tía amor eterno. Ya no le importaba la guerra, lo único que quería era amarla hasta el día de su muerte y, si había de morir allí, lo haría de rodillas, no luchando, pues solo lucharía por amor, no por intereses absurdos que nada le importaban a él.

»Evidentemente, no le creímos, así que lo encerramos en una jaula. Tu tía iba todas las noches a darle comida y bebida, comenzó a entablar una amistad con él y, para probar su confianza, Leo nos contaba todo lo que sabía sobre el bando felino.

»En la última batalla luchó a nuestro lado. Aurelia la Lechuza Dorada luchó ese día como ningún otro. Tenías que haberla visto, y Leo el Enamorado, luchó junto a ella, protegiéndose las espaldas el uno al otro.

»Cuando Férox el Bárbaro y Sauro el Mezquino derrotaron a la Gran Pantera, la Gran Guerra terminó, y Leo siguió a tu tía allá donde fuera. Después de un par de ciclos nació la adorable Reysa, tu querida prima.

Tyna esbozó una sonrisa, ya que nunca había oído la historia completa, y siguió caminando en silencio.

El terreno se volvía cada vez más elevado, y se podía oír el discurrir del agua por el arroyo que bajaba desde el Nido Olvidado hasta el Lamento de Dakrya.

Las fosas nasales de Tyna comenzaron a inhalar la fragancia del agua salada que golpeaba con fuertes olas las rocas del acantilado. Los árboles habían sido sustituidos por túmulos, donde se podían ver dólmenes y menhires. Tyna suponía que eran en honor a miembros fallecidos de especial prestigio dentro del clan.

Un gran menhir llamó su atención. Se alzaba por encima de los demás y recibía de lleno la luz de la luna, dejando al descubierto un gran número de runas talladas en la superficie.

—Ahí están los nombres de todos los que perecieron en la batalla de la Carroña, junto con sus compañeros alados —señaló Autilla—. Se dice que no fue posible enterrarlos a todos debido a su gran número y, para asegurar la salud del clan, no se trajeron aquí los cadáveres, sino que fueron incinerados en el lugar de la batalla. Tu abuela levantó esta gran piedra en su honor, y los chamanes tallaron los nombres para que jamás los olvidáramos.

Cuando llegaron a una empinada cuesta que escondía la cima del barranco, las lechuzas se pararon.

—A partir de aquí sigues sola, joven rapaza —dijo Autilla.

—Te deseo suerte, sobrina, pues no siento ningún odio hacia ti —dijo Aurelia.

Las lechuzas se dieron la vuelta y se marcharon. Tyna comenzó a subir la cuesta con ímpetu, porque quería ver la ansiada cima, saber qué había allí, descubrir cómo era aquel lugar.

Cuando alcanzó la cima y pudo ver con sus propios ojos el Nido Olvidado, solo pudo sentir una cosa: decepción.

La cima era una solitaria y tenebrosa explanada en depresión, en la cual había un único árbol, iluminado por la luz de la luna llena.

Aquel primigenio tejo debió de ser imponente. Tyna jamás había visto un árbol de tal envergadura. Su aspecto era lóbrego, con su innumerable y serpentino ramaje seco y mustio.

Una calígine embriagaba aquel lugar y erizaba el vello de Tyna. Miró atrás. Desde su posición podía atisbar las luces de las antorchas del poblado, pero ya no podía ver a Autilla y Aurelia. No sabía lo que le esperaba, solo sabía que debía avanzar.

Unos peldaños de piedra comunicaban la cima con el hundido árbol. Tyna avanzó con calma y en silencio hasta que estuvo enfrente del ancestral tejo.

El ulular de un búho hizo que Tyna alzara la cabeza hacia la copa del árbol, donde descansaban varias rapaces nocturnas. Otro sonido, esta vez el crujido de una rama, provocó que se sintiera inquieta y alterada; giró sobre sí misma, en busca del origen, pero no encontró nada.

Al volver la mirada al tronco del árbol, vislumbró dos sombras que emergían de él, envueltas en un oscuro manto y luciendo máscaras blancas con forma de lechuza que ocultaban sus rostros.

—Aún estás a tiempo —murmuró una de ellas.

—Todavía no es demasiado tarde —continuó la otra.

Sus voces eran agudas y, por su tono, Tyna intuyó que eran mujeres.

—¿Para qué? —preguntó Tyna.

—¡Para huir! —gritaron ambas.

—No…, no —balbuceó Tyna—. Yo no voy a huir, vengo a ser iniciada. ¡Vengo para convertirme en una auténtica integrante del clan del Búho!

Las dos figuras comenzaron a reírse. Una sacó un cuchillo y se lo ofreció a Tyna.

—¿Qué significa esto? —preguntó Tyna ceñuda.

—El Nido está sellado… —comenzó a recitar la que le había entregado el arma.

—… excepto si de un antepasado… —continuó la otra.

—… una llave has heredado —terminó la primera.

Tyna agarró con firmeza el cuchillo y se colocó enfrente del enorme árbol. Entonces observó que había una runa tallada en el tronco; una runa que ella conocía muy bien, pues era la misma que había en la primera página del libro de su abuela: la runa de la sabiduría.

«Es un acertijo», pensó Tyna.

El acertijo era simple y sencillo en la mente de Tyna. Venía a decir que el nido estaba sellado con una barrera de sangre y que solo aquellos que fueran descendientes de miembros del clan del Búho podrían abrirlo. Ella sabía leer las runas y tenía sangre del clan del Búho. La presencia del cuchillo inducía a pensar que solo hacía falta un pequeño corte para activar aquella runa y romper el sello. El enigma era sencillo y cualquiera podría llegar a la conclusión de que solo hacía falta estampar su sangre contra aquella marca en el tronco.

Lo que de verdad atormentaba a Tyna era la segunda parte del enigma: la barrera de sangre. Conocía a sus compañeros y sabía que todos tenían sangre del clan del Búho, pero temía que la sangre de su hermana no abriera el sello. Era cierto que los clanes habían mezclado su sangre durante eones, pero nada le aseguraba que Luna tuviera algún resquicio de sangre del Búho, solo podía implorar a Gaia que así fuera, y Tyna no sentía ninguna devoción por Gaia.

Tyna sacudió su mente de preocupaciones y se hizo un corte en la palma de la mano izquierda. Se acercó al tronco y presionó su mano sangrante sobre la runa. Los búhos y las lechuzas posados echaron a volar; la runa comenzó a brillar y un círculo de fuego nació alrededor

de esta, formando una perfecta puerta circular en el tronco del árbol. Tyna empujó la puerta con cautela y no vio nada más que una inmensa oscuridad en el interior.

—Adelante, Tyna, hija de Kaira Aveoscura y Sétrix el Afortunado, nieta de Yami la Longeva, bisnieta de Tucur el Temerario.

Tyna sentía un miedo atroz a aquella oscuridad, pero entonces recordó uno de los lemas del clan del Búho que su abuela recitaba muy a menudo.

—«Si a lo desconocido has de aventurarte… —recitó Tyna cogiendo fuerzas.

—… la sabiduría del búho has de llevarte» —terminaron las enmascaradas.

Tyna asintió y se internó en la oscuridad.

Su primer paso tocó madera, pero el segundo no halló nada y Tyna cayó.

El interior del árbol se había convertido en una rampa por la cual la joven se deslizó a gran velocidad. Tyna apretó sus brazos contra el pecho y cerró los ojos. Las risas de las enmascaradas hacían eco en las paredes del serpenteante y sinuoso túnel. Hasta que un golpe en el culo, amortiguado por un montón de paja, le anunció que había llegado a su destino.

Después de soltar un quejido, Tyna abrió los ojos.

No hizo falta recurrir a la sabiduría del búho para saber que se hallaba bajo tierra, lo que sí la sorprendió fue la descomunal caverna en la que se hallaba.

La estancia debería estar sumida en la oscuridad, pero la luz de la luna llena penetraba en el interior gracias a una gran horadación natural en una de las paredes.

Una miríada de enormes estalactitas colgaba del techo. Tenían aperturas circulares en la superficie, aunque todas se encontraban

vacías.

Una gigantesca columna unía el techo con el suelo en el centro de la sala y, sobre dicha columna, había un círculo trazado con antorchas llameantes. Dentro del círculo se encontraban sus doce compañeros de iniciación. Alrededor de ellos y por más lugares de la estancia se podían ver enmascarados similares a los que Tyna había visto en la superficie.

—¡Que comience el ritual! —gritó una enmascarada nada más ver a Tyna caer.

Dos enmascarados alzaron a Tyna y la condujeron al círculo. En ese instante, el retumbar de unos tambores inundó la caverna. Aquel sonido provenía de un grupo de enmascarados que se encontraban alrededor de unas altas y anchas estalagmitas.

Tyna se percató de que una de las estalagmitas era muy distinta a las demás: parecía un prominente trono. Aquella piedra no había sido esculpida por la naturaleza, ya que dos inmensas alas de piedra brotaban de ella, y en su cúspide se hallaba sentada una mujer esbelta, ataviada con una túnica negra. Aquella mujer no portaba ninguna máscara, pero su capucha ocultaba su rostro y lo inundaba de oscuridad. Tyna sabía con toda certeza quién era.

Kaira Aveoscura, líder del clan del Búho y su madre, infundía respeto y miedo desde aquel trono.

Un formidable búho estaba posado sobre el ala izquierda del trono, y una extraordinaria lechuza sobre el derecho. Encima del trono había una estalactita como las demás, con su apertura circular, pero tenía algo distinto: ya no estaba vacía. Cinco pares de ojos resplandecían en su interior, cinco polluelos.

«No puede ser», pensó Tyna atónita.

Era sabido por todo el clan que el único macho de búho mágico era Zazú, y que la única hembra de lechuza mágica era Kori. Era

tarea imposible volver a recuperar el número de búhos y lechuzas mágicas de antaño.

Tyna sabía que los chamanes del clan, y en especial Kaira, deseaban crear una especie híbrida entre búhos y lechuzas, ya que mantener una rapaz mágica era esencial para el devenir del clan.

Tyna había oído que nunca se había abierto ningún huevo de dicha especie híbrida, pero ahora tenía ante ella la prueba de que por fin su madre lo había conseguido. Había creado una raza híbrida de búhos y lechuzas.

Los enmascarados colocaron a Tyna en el único hueco libre que quedaba en el círculo. Lo primero que hizo ella fue inspeccionar a los miembros que formaban aquel aro.

Enfrente de ella estaba Luna, a la que podía ver gracias a una horadación en la columna central. Se podía atisbar el temor en su rostro. Tyna respiró aliviada y, a regañadientes, dio gracias a Gaia en su cabeza. No sabía cómo había podido cruzar su hermana, aunque podía deberse a que Kaira hubiera amañado el sello o a que Luna de verdad tuviera algún antepasado del clan del Búho.

Tyna miró a su izquierda: entre ella y su hermana había cinco personas. El primero era Glaux, un chico robusto y nervudo. Tyna no había hablado nunca con él, pero Melaris sí le había contado cosas sobre su hijo. Glaux quería seguir los pasos de su madre, pero las lechuzas no admitían varones. Melaris había hablado con Kaira sobre aquel asunto, y Tyna sabía que su madre estaba sopesando la idea de crear un grupo similar a las lechuzas, pero formado por hombres, los mochuelos. Glaux inauguraría dicho grupo.

El segundo era Rolf el Fuerte, alto, de pelo largo y más robusto que Glaux. Rolf era primo hermano de Nox, y este le había admitido como aprendiz de herrero en la forja. Se decía de Rolf que era un chico lacónico, pero muy responsable.

El tercero era Gábor, el hermano pequeño de la famosa Perla. Escuálido y de baja estatura, Gábor era conocido por su musculosa inteligencia. Gábor siempre estaba parloteando sobre crear barcos más grandes que los actuales pesqueros para así poder conquistar el mar. Aspiraba a devolver al clan del Búho su gloria de antaño mediante la conquista de nuevos territorios, pues Gábor conjeturaba que más allá del mar había tierras nunca vistas por nuestras gentes.

El cuarto era Salomón, el hijo de Autilla y famoso por tener sangre felina en sus venas por línea paterna. Sétrix le había confirmado en una ocasión aquello, ya que había sido Étrix el Curioso, tío de Sétrix, el que se había casado con una tigresa, y de aquella unión había nacido Siju, el padre de Salomón.

La quinta persona no era otra que su prima Yina, que no estaba sonriendo, para sorpresa de Tyna, pues pocas veces había visto a su amiga perder la sonrisa.

Tyna sintió un apretón de manos por su lado derecho; ladeó la cabeza y se topó con Arixa, a la que también notó tensa. Otras seis personas la separaban de su hermana por el lado derecho: Arixa, Lissa, Reysa, Trixa, Úrox y Liz.

Tyna había comenzado a pensar que las posiciones no habían sido aleatorias, dado que los exploradores habían sido colocados todos seguidos. Glaux también le dio la mano a Tyna, que se dio cuenta de que todos tenían las manos unidas, cerrando el círculo.

Kaira se levantó de su asiento y los tambores redujeron el ritmo hasta asemejarse al latido de un corazón. Los enmascarados comenzaron a entonar el lema del clan al unísono y en sintonía con los tambores.

Si estás perdido,
sigue el ulular.
Si te has caído,

echa a volar.
Si atacan tu nido,
la sabiduría te hará ganar.

Aveoscura recorrió el círculo y fue apagando las antorchas con un gesto de las manos. Por cada antorcha que apagaba, los enmascarados volvían a recitar el lema con más ímpetu. Cuando la última antorcha fue apagada y la estancia quedó únicamente iluminada por la luz lunar, los tambores y los cánticos cesaron.

—Esta noche cambiará vuestra vida para siempre —anunció Kaira, deambulando alrededor del círculo—. Esta noche os convertiréis en neófitos del clan del Búho, y dicho acto conlleva importantes e inmutables consecuencias para vuestra vida tal y como la conocéis.

»Una vez se haya realizado la marca que prueba que sois neófitos, pasaréis a ser responsables de vuestros actos. Ya no estaréis bajo la protección de vuestra familia, y vuestra familia anterior a esta noche ya no existirá. Vuestra nueva familia será el clan del Búho.

»Si atacan vuestro hogar, lo defenderéis, y vuestro hogar siempre será Glauxolia. Si algún miembro del poblado muere, es vuestro deber vengarlo, fuera o no amigo vuestro, pues pertenece a vuestro hogar.

»Si el clan del Búho ordenara partir a la guerra, deberéis luchar sin rechistar por vuestro clan. Aun cuando no entendáis el motivo, lucharéis por vuestro clan. Incluso si no estáis de acuerdo con dicha guerra, lucharéis por vuestro clan. Incluso si tenéis seres queridos entre los enemigos, lucharéis por vuestro clan.

»Al clan no le importan vuestras preferencias sexuales, y no le importa con quien forniquéis, pero si el clan necesita hijos, se los daréis.

»Vuestra inteligencia, vuestra maestría con las armas o vuestra belleza ya no serán cualidades individuales. A partir de ahora serán cualidades del clan. Y podrán ser requeridas en cualquier momento para el uso que el clan considere oportuno.

»Hoy todos moriréis, ya que hoy morirá vuestro yo interior, y de sus cenizas renacerá un nuevo yo cuya máxima será la lealtad al clan del Búho.

Kaira continuó deambulando alrededor del círculo en silencio. Había una gran tensión entre los aspirantes. Tyna sentía las manos de sus compañeros apretando las suyas. En aquel apretón no estaban solo las preocupaciones de Glaux y Arixa, sino las de todos los miembros del círculo.

—¡Que dé comienzo el ritual de iniciación! —exclamó Kaira.

Kaira emitió un silbido, y Kori y Zazú salieron volando, atravesaron el hueco por donde entraba la luz de la luna y se perdieron en la noche. Acto seguido, Kaira se internó en el círculo.

—¡Solo hay una condición para ser aceptados en el clan del Búho! —gritó Kaira—, y es que seáis capaces de despertar a vuestro espíritu interior. —Kaira fue recorriendo las miradas de los aspirantes —. No podemos aceptar a alguien que no tiene conexión con el Reino de los Espíritus, significaría que no es hijo de Gaia, y eso conllevaría la extinción del clan del Búho. Debéis saber que aquellos que no poseen la sangre de Gaia no tienen ninguna afinidad con la magia ni con la naturaleza.

»Para despertar a vuestro espíritu interior será necesario viajar al Reino de los Espíritus. Solo los chamanes son capaces de abrir las puertas de dicho reino, por lo tanto, yo seré vuestra guía espiritual en esta odisea.

»Muchas son las sendas que conducen al Reino de los Espíritus, pero pocas las que permiten salir de él. Antaño, los chamanes de

cada clan se repartieron las puertas que permitían volver al Reino Terrenal, en el que ahora nos encontramos. Nuestra puerta es conocida como el Nido Fantasmal, pero antes debemos acceder al Reino de los Espíritus por la senda del Inframundo, la cual siempre está abierta.

»El Inframundo es el lugar donde van a parar las almas errantes, aquellas que han roto juramentos de sangre, que han cometido actos de maldad contra la naturaleza, que han perdido el favor de Gaia.

»El Reino de los Espíritus no tiene parangón, y su colosal tamaño no tiene cabida en nuestras insignificantes mentes. Si os perdéis en él, jamás hallaréis una salida. Debéis de saber que las puertas que conducen al exterior están protegidas por guardianes. El Nido Fantasmal lo protege un ser ancestral llamado Kizín el Maldito, hijo de la propia Gaia.

»Kizín no estará solo, ya que tiene una caterva de demonios bajo su mando: los tecolotes. Antaño fueron aspirantes del clan del Búho, pero perecieron antes de ser capaces de despertar a su espíritu interior. Los tecolotes se lanzarán a por vosotros en cuanto noten vuestra presencia.

»Si conseguís cruzar el umbral del Nido Fantasmal en vuestra forma espiritual, volveréis aquí y pasaréis de ser aspirantes a convertiros en neófitos. Una última cosa: si despertarais a vuestro espíritu y Kizín os capturara, vuestro destino sería peor que la muerte. Kizín entregaría vuestra alma a Morta la Eterna, guardiana del Inframundo, y allí moraríais hasta el fin de los tiempos.

Los tambores comenzaron a sonar de nuevo con un ritmo lúgubre. Los enmascarados se acercaron a los aspirantes y ofrecieron un cuchillo a cada uno.

—Coged los cuchillos —ordenó Kaira y emitió un silbido.

Los aspirantes cogieron los cuchillos. Tyna intentaba agarrarlo con firmeza, pero le era imposible. El relato de su madre le había incomodado. No tenía miedo a morir, pero sí temía volver a perder a un ser querido.

Como respuesta al silbido de Kaira, la estancia se sumió en una absoluta oscuridad durante unos instantes. Esto se debía a que Kori y Zazú habían vuelto, pero no lo habían hecho solas; junto a ellas vinieron trece rapaces. Una vez que todas cruzaron la apertura, la luz volvió a inundar la caverna.

Kori y Zazú guiaron a las trece rapaces nocturnas y se fueron posando sobre los postes de las antorchas apagadas alrededor del círculo. Luego, Kori y Zazú volvieron a posarse sobre las alas del trono de Kaira.

Entre las treces rapaces, Tyna pudo distinguir distintas especies. Había búhos nivales, leonados, rojizos, grises, cornudos y reales. También había lechuzas comunes, blancas y negras. Tyna se volvió para ver qué rapaz se había posado sobre su antorcha y se encontró con una majestuosa y anciana hembra de búho real.

—¡Prestad atención! —gritó Kaira.

»Ha llegado el momento de entrar en el Reino de los Espíritus. Vosotros, aspirantes, no podéis entrar sin ofrecer un sacrificio a Gaia. Por ello, cada uno de vosotros deberá sacrificar al rapaz alado que se ha posado en la antorcha que tenéis a vuestra espalda. —Kaira cogió un cuenco que le acercó uno de los enmascarados y se acercó a Tyna.

»Tú serás la primera —ordenó, entregándole el cuenco a su hija —. Procede.

Tyna se volvió y observó los ojos de aquella magnífica ave. Matar a una rapaz nocturna era un delito y se castigaba con el destierro. Pero Kaira se lo había ordenado. Tyna no tenía otra opción. Las

manos le sudaban y el cuchillo se le escurría, pero cogió el cuenco y miró a los ojos del búho. En el rostro de aquella magnífica ave no encontró miedo alguno, sino lástima; encontró una mirada cansada y unos ojos agotados por la vejez.

—Vuela libre, amiga —susurró Tyna, apretando el cuchillo firmemente con la mano derecha.

Tyna clavó el cuchillo en el corazón del búho, que comenzó a sangrar a borbotones. Su vestido blanco se tiñó de rojo. Tyna hizo caso omiso y recogió la sangre que pudo en el cuenco que le había dado su madre. Cuando el búho dejó de sangrar, se lo entregó.

Kaira aprobó con la mirada el temple de su hija, cogió el cuenco y untó sus dedos en él. Acto seguido, marcó la frente pintada de Tyna con la sangre de aquella rapaz. Después, con un movimiento de la mano, prendió la antorcha.

—Atadla —ordenó Kaira mientras se dirigía a Glaux.

Los enmascarados le indicaron a Tyna que debía sentarse en el suelo junto al poste de la antorcha y la ataron. Sobre su cabeza también ataron el cadáver de la hembra de búho que Tyna acababa de sacrificar, que comenzó a ser devorado por las llamas.

Kaira recorrió el círculo repitiendo el proceso con cada aspirante y, cuando todos hubieron sacrificado ya a sus rapaces, colocó el cuenco en el hueco de la columna central, sacó un cuchillo, se hizo un corte en la mano y vertió su sangre en él.

—¡Que la sabiduría de Minerva y Thoth os guíe! —gritó.

Kaira chasqueó los dedos y una llamarada envolvió el cuenco. Los enmascarados se alejaron del círculo, los tambores cambiaron el ritmo y comenzaron a sonar de forma frenética. La música cautivó a las llamas, que empezaron a danzar al son de los tambores.

Kaira comenzó a entonar un cántico en un idioma que Tyna jamás había oído, y las llamas empezaron a brotar del cuenco,

convirtiéndose en raíces ardientes que volaron desde el centro de la columna hasta atarse a cada una de las antorchas que formaban el círculo, convirtiéndolo en un anillo de fuego.

Tyna sintió que la estancia había desaparecido en un instante. Únicamente habían quedado el círculo y sus integrantes. El cuenco de sangre y la columna se desintegraron, y solo quedó una enorme bola llameante que comenzó a girar de forma vertiginosa, haciendo que todo el anillo de fuego girase con ella, creando una rueda llameante.

Todo comenzó a dar vueltas y vueltas. La velocidad era tal que Tyna pudo ver cómo su madre, que no estaba atada, salía despedida del círculo. La bola de fuego estalló, y con su estallido desintegró las antorchas y también los lazos.

Los aspirantes se vieron liberados.

El estallido había iluminado por completo la estancia, pero ya no se encontraban en el mismo lugar. Los aspirantes estaban tumbados sobre un montículo de roca negra que se erguía sobre un río de lava. Un fuego ardiente recorría aquel lugar y, por encima de aquel torrente de lava, una inmensa oscuridad devoraba toda luz.

—¿Estáis todos bien? —preguntó a gritos Tyna a sus compañeros, y se puso en pie.

Los demás aspirantes, cuyos ropajes estaban anegados en sangre, se levantaron y asintieron.

Un fuerte viento discurría por aquel inhóspito lugar, alborotaba los cabellos y ahogaba las palabras. Tyna hizo gestos a sus amigas para que se acercaran y así poder trazar un plan.

—No hay duda de que estamos en el Inframundo —dijo Liz.

—¿Algún plan? ¿Dónde está Kaira? —preguntó Luna.

Tyna también se preguntaba aquello.

—Permanecer unidas —sugirió Yina.

—Tyna, llama a los demás —dijo Arixa señalando al resto de los aspirantes.

—Alguien se acerca navegando hacia nosotros —dijo Liz, separándose del grupo.

—Eso es imposible, el río es de fuego —comenzó a decir Tyna, pero giró la cabeza y vio que Liz no mentía.

Una barca se acercaba al islote en el que se encontraban. La barca era de madera, pero no surcaba la lava, sino que navegaba por el aire. Una persona la dirigía, ataviada con un largo manto negro que le cubría por completo el rostro y el cuerpo.

Tyna se colocó en el centro del islote y llamó a todos los aspirantes, apremiándolos a unirse en un mismo grupo.

—¿Quién creéis que maneja esa barca? —preguntó Lissa.

—No creo que importe —respondió Glaux—. Si no montamos en ella, moriremos abrasados.

—Es cierto. La lava está subiendo, y pronto sumergirá el islote por completo —apuntó Gábor.

—Si subimos a esa barca, estaremos muertos de igual manera —dijo Yina—. Tengo un presentimiento de quién es su capitana.

—¿Capitana? —preguntó Rolf.

—Sí, primo —contestó Liz—. Su capitana no es otra que Morta la Eterna, la guadaña de Gaia. Muchas son las historias que tienen los cuervos sobre ella, y ninguna buena.

—Tyna, ¿qué hacemos? —preguntó Arixa señalando la barca y la lava que subía por el islote.

Tyna escrutó los rostros de sus compañeros y, por primera vez en su vida, supo lo que era el liderazgo. Comprendió que las vidas de todos estaban en juego y que en sus manos estaba salvarlas… o condenarlas.

—¡Debemos subir! —gritó Glaux—. ¡Ella no es Aveoscura, no tenemos por qué obedecerla!

—¡Cierra tu maldita bocaza! —gritó Reysa—. Sabes perfectamente que en un futuro será la líder de todos nosotros. Nos guste o no, nuestras vidas han dependido de ella desde el momento en que vino a este mundo. —Reysa clavó su mirada en Tyna—. ¡Prima, decide, yo confío en ti!

Tyna asintió y se dijo a sí misma que no olvidaría aquel acto. Reysa y ella habían tenido sus diferencias en el pasado, pero ahora sus vidas estaban en juego y debían actuar unidas.

—No montaremos en la barca —ordenó Tyna con el mismo tono con el que lo habría hecho su madre.

Entretanto, la barca había alcanzado el islote y su capitana les indicaba con señas que montaran; señas que provenían de su huesuda y esquelética mano. Al ver que los jóvenes no le hacían caso, la figura se había bajado de la barca y, con los pies en la roca, sacó una guadaña gigante del interior de su manto.

—¡Morta! —gritó Liz.

—Nos hemos dado cuenta, Lizzy —dijo Luna.

Morta avanzaba hacia ellos. Los aspirantes fueron replegándose hasta topar con el borde del islote. Tyna miró hacia abajo. Aunque la lava seguía subiendo poco a poco, había una gran altura y todavía tenían bastante tiempo hasta que los alcanzara. El problema venía del otro lado del islote.

—¡Ambos modos llevan a la muerte! —gritó Salomón mirando a Morta y luego mirando al precipicio.

—No, te olvidas de una cosa, Tigrito —dijo Yina con una sonrisa —. Somos búhos, ¿desde cuándo nos han dado miedo las alturas?

Entonces, y sin avisar, Yina saltó al vacío, al río de lava. Tyna y los demás dieron un grito de horror, aunque pronto se convirtió en uno

de alegría. Yina se elevaba en el aire, sujeta a las garras del espíritu de una gigantesca lechuza. La misma lechuza que Yina había sacrificado en el ritual.

—¡Maldita chamana sabionda! —gritó Liz sonriendo—. ¡Nos vemos arriba!

Liz también saltó al vacío, y también fue recogida por otra rapaz espectral.

Uno a uno, los iniciados fueron saltando, hasta que solo quedaron Luna y Tyna.

—¡Yo no soy un búho! —gritó Luna—. ¡¿Y si el que yo sacrifiqué decide no recogerme?!

—¡Debes saltar! —gritó Tyna—, ¡confía en mí!

—¡Tengo miedo a las alturas!

—¡Lo sé!

Tyna agarró a su hermana y la arrojó al vacío, al igual que la había arrojado tantas veces a las frías aguas del Lamento de Dakrya. Una lechuza espectral recogió a su hermana.

Solo quedaba Tyna, que se volvió para desafiar la mirada de la muerte.

—¡No me volverás a arrebatar aquello que más amo! —le gritó sin temor alguno.

—Yo no fui la mano ejecutora de tu hermana —dijo Morta en un susurro escalofriante—. Su muerte no fue obra mía, yo solo fui a recoger su alma.

La guadaña de Morta se iba acercando más y más al rostro de Tyna, que se había quedado paralizada ante aquellas palabras. El viento le golpeaba en el rostro, llevándose sus lágrimas. Las palabras de Morta resonaban en su mente y quemaban más que el ardiente río de fuego que emergía hasta casi alcanzar el islote.

—No te tengo miedo —gruñó Tyna.

—Necias son tus palabras —siseó Morta a la oreja de Tyna—. Y más necios sois si creéis haber escapado de mí, pues no deseo vuestra muerte, sino vuestra alma. —Tyna sintió la afilada guadaña de Morta en su pómulo derecho y notó un hilo de sangre caer por su mejilla hasta la barbilla—. Un hedor sombrío emerge de tu herida, cuya cicatriz jamás desaparecerá, como tampoco lo hará el remordimiento de tu corazón cuando, al finalizar tu viaje, descubras que fueron tus decisiones las que provocaron que una de las almas de tus compañeros pasase a formar parte de mis heraldos.

Morta empujó a Tyna y la lanzó a la ardiente lava, pero ella no gritó ni tuvo temor alguno a ser reducida a cenizas. Unas garras la recogieron y elevaron su cuerpo por encima del islote, en el que una sombría figura reía y cuyas carcajadas el viento mecía con cariño hasta ser transportadas por el Inframundo.

El espíritu de la hembra de búho que Tyna había sacrificado volaba raudo hacia la oscuridad. Tyna sabía que iban en la dirección correcta, pues confiaba en aquel ser, y además veía las diminutas motas de luz que emanaban los espíritus de sus compañeros.

Su mente seguía cavilando sobre las palabras de Morta, hasta que el espíritu alado superó una densa nube oscura y el cielo se abrió ante sus ojos. Seguía en la misma profunda y tenebrosa grieta, pero ahora podía divisar un sinfín de luces por encima de su cabeza, además de una gigantesca rama de un árbol.

De pronto, un ulular siniestro resonó por la hendidura. El ulular fue respondido por otro, y luego por otro más, hasta que toda la grieta se llenó del mismo sonido.

Tyna buscó el origen del ulular y vislumbró que sobre la oscura piedra que conformaba aquel abismo había comenzado a surgir una miríada de puntos rojos. La oscuridad había menguado, por lo que pudo observar a qué se enfrentaban: eran los tecolotes de Kizín.

Tyna miró hacia arriba y vio que toda la hendidura estaba repleta de ellos, por lo que sus compañeros también estaban en peligro.

Los tecolotes volvieron a ulular y echaron a volar hacia ellos. Sus formas parecían humanas, pero tenían alas oscuras, y un plumaje negro les recorría todo el cuerpo; tenían garras en pies y manos, sus cabezas eran negras e idénticas a las de un búho, y sus ojos eran rojos como la sangre. Los tecolotes se lanzaron en grandes grupos a por ellos, con el objetivo de dañar a las rapaces espectrales.

Los demonios los superaban en número, y los espectros no podían usar sus garras, ya que tenían a los aspirantes sujetos por ellas. Morta tenía razón, no habían escapado de la muerte, solo la habían postergado unos instantes.

Todo estaba perdido.

Hasta que un ulular hizo temblar la piedra, un ulular tan atroz que hizo que los tecolotes se separaran y buscaran con temor el origen de aquel alarido.

El espíritu de una gigantesca y tenebrosa lechuza descendió desde una de las ramas del árbol, cayendo en picado como una flecha. Su pelaje era tan oscuro como la noche, y sus ojos eran del color de la miel. Tyna detectó que era una hembra, y descubrió asombrada que sus rapaces espectrales eran minúsculas comparadas con aquella lechuza.

La feroz bestia ahuyentó a los tecolotes con alaridos; también apresaba con sus garras a los demonios y los lanzaba lejos. Los más huían despavoridos de aquella cruel rapaz, y a los insensatos que intentaron hacerle frente los picaba en los ojos y los cegaba.

Ninguno era rival para aquella majestuosa ave.

La lechuza les abrió el camino hasta la salida del abismo, donde encontraron un mundo repleto de luces, con bosques a rebosar. Los espectros dejaron a los aspirantes en la mullida hierba, a la sombra

de una abismal higuera, de la cual salían las ramas que Tyna había visto con anterioridad.

Aquel árbol no tenía parangón. Su tronco era tan grande como la empalizada que rodeaba la aldea del clan; sus raíces debían llegar hasta el Inframundo, y sus ramas eran tan altas que algunas atravesaban el luminoso firmamento, que era en realidad oscuro, pero estaba repleto de auroras formadas por arcoíris de colores, tan radiantes y resplandecientes que inundaban de luz el lugar, que no podía ser otro que el Reino de los Espíritus.

Los aspirantes se alzaron, y sus espectros se posaron a su lado. Un viento, producido por un fortísimo aleteo, golpeó el suelo. La oscura lechuza había clavado sus garras en la tierra.

—Como os dije antes, contáis con una chamana guía para protegeros —dijo.

Todos abrieron los ojos de par en par al descubrir lo imponente que era el espíritu de Kaira. Tyna al fin comprendió lo de Aveoscura, pues jamás había visto una lechuza con el pelaje tan oscuro como el del espíritu de su madre.

—Habéis actuado con sabiduría, pero vuestra senda todavía no ha terminado —continuó Kaira—. Primero habéis de liberar a vuestros guardianes alados, ya que su misión de sacaros del Inframundo ha sido completada con éxito. Dadles la posibilidad de viajar al Reino Celestial de Gaia, donde podrán volar hasta que el mundo llegue a su fin, y la luz de su vuelo guiará a los mortales cuando estén perdidos.

Tyna miró a su hembra.

—Gracias —le dijo acariciando su plumaje—, ahora vuela libre.

La hembra agachó la cabeza en señal de respeto y emprendió el vuelo, seguida de sus compañeros fantasmales. Kaira alzó su

majestuosa cabeza y siguió con la mirada el vuelo de los espectros, hasta que se perdieron en el sinfín de arcoíris.

—¡¿Ahora qué hacemos?! —preguntó Úrox con nerviosismo.

—Vuestro objetivo sigue siendo el mismo —dijo Kaira—: despertar a vuestros espíritus interiores. Yo no puedo ayudaros en vuestro cometido, pero os esperaré en el umbral del Nido Fantasmal. —Kaira alzó su ala izquierda y apuntó al gran tronco, señalando una gran hendidura en una zona muy elevada—. Deberéis cruzarlo con vuestra forma espiritual para poder volver al Reino Terrenal.

Para llegar allí arriba era necesario no solo despertar un espíritu interior, sino que tuviera alas. Los pensamientos de Tyna se dirigieron a Luna, temiéndose lo peor.

—¿Y qué hay de los tecolotes? —preguntó Lissa.

—No saldrán del abismo, a menos que Kizín los llame. Kizín es el guardián de la higuera y no le agrada que nadie se acerque ella. —Kaira se volvió y contempló el magnífico árbol—. Es conocida como Lilith, la Higuera Sagrada, el único árbol cuyas raíces provienen del Reino del Inframundo y cuyas ramas alcanzan el Reino Celestial de Gaia. Kizín el Maldito fue condenado por Gaia a ser su guardián hasta la eternidad.

»Gaia, por aquel entonces, caminaba por el Reino Terrenal sembrando y germinando nuevos árboles y plantas a cada paso que daba, con aspecto de mujer, aunque ella es por encima de todo una madre y puede adoptar la forma femenina de cualquier especie. Recordad que los animales primigenios vivían en Terión antes de la llegada de Gaia, y no son creación suya.

»Gaia adoptó la forma de una majestuosa hembra de búho y copuló con un imponente macho de búho primigenio. Kizín fue el primer búho híbrido que Gaia engendró, fruto de su relación con aquel macho.

»Kizín amaba la noche tanto como cualquier otro búho. Tanto la amaba Kizín que Gaia le dio la oportunidad de unirse a ella, ya que Gaia tenía el poder de crear seres a su imagen y semejanza. Gaia creó una bella mujer de piel y cabellos oscuros como la noche, cuyos ojos resplandecían como la luz de una hoguera. Lilith la llamó y, en una noche sin luna, Kizín y ella se encontraron.

»Kizín se volvió loco de amor por Lilith, pero pecó de egoísta y posesivo, pues no quería dejar libre a Lilith, la quería solo para él, y cuando ella intentaba marchar, él la retenía. Gaia se sintió ofendida por este cruel y deleznable acto, pues no había creado a Lilith como un regalo para Kizín, sino como un regalo para el mundo. Por tanto, le prohibió a Kizín que volviera a verla.

»Pero Kizín no atendía a razones, ni siquiera a las órdenes de su madre Gaia, y acosó a Lilith, deshonrándola hasta tal punto que ella prefirió colgarse de un árbol para escapar de él, ya que era mortal. Al enterarse de esto, Gaia bajó de su reino encolerizada, ató a Kizín al mismo árbol y mandó un tenebroso mensaje a los búhos primigenios, que devoraron a Kizín aquella noche.

»Esta gigantesca higuera nació del alma de Lilith, ligando su destino por siempre a Kizín, para que jamás fuera libre y nunca encontrara la paz, ya que no puede separarse del árbol, pues está condenado a ser su guardián.

»Kizín está maldito, ya que ansía ir al Inframundo o extinguir su propia esencia vital, pero no puede. Mientras el árbol esté en pie, él deberá permanecer a su lado, y Lilith no tiene intenciones de dejar de crecer.

»Ahora he de irme, no puedo protegeros más, ni de Kizín ni de sus tecolotes, pues mi función como guía ha terminado. Os espero arriba. Que Gaia os ayude.

Kaira emprendió el vuelo y se internó en la gran hendidura de Lilith. Los jóvenes aspirantes se miraron unos a otros. Sus rostros habían perdido la luz que Kaira había encendido con su presencia. Ahora estaban solos, a merced de las vicisitudes de aquel lugar.

Tyna iba a reunir a los demás cuando un ulular le heló las venas. Oteó las ramas de Lilith, intentando encontrar su origen, y lo vio: Kizín el Maldito estaba posado sobre una gran rama.

Su aspecto se asemejaba al de un híbrido entre un búho y un humano, con el cuerpo cubierto de un plumaje marrón moteado con manchas negras. Su peluda cabeza tenía largas y oscuras cejas, y sus grandes y redondos ojos parecían un lago sangriento rodeado por una tenebrosa oscuridad. Un dorado, largo y letal pico emergía de su rostro. Tenía extremidades tan largas como un humano, también rodeadas de plumas, y sus manos eran garras con alas acopladas hasta el codo. Sus muslos eran musculosos, con largas patas que también acababan en garras.

—¡Huyamos! —gritó Úrox.

—¡No, permaneced unidos! —gritó Tyna.

Ya era tarde. Había cundido el pánico en el grupo.

Úrox había echado a correr hacia la Higuera Sagrada junto con Gábor.

—¡Volved! —gritó Rolf saliendo detrás de ellos.

Tyna volvió a buscar a Kizín con la mirada y, cuando lo divisó, exhaló un profundo alarido de advertencia. Kizín ya no estaba posado sobre la rama, sino que había saltado y volaba hacia ellos. Su vuelo era silencioso y muy veloz, tanto que a los aspirantes no les dio tiempo a esquivarlo.

Kizín aterrizó sobre ellos, golpeó el suelo con vigor y su impacto produjo un desmedido estrépito. Su vuelo había creado un vendaval

que lanzó por los aires a varios aspirantes y dividió al grupo, separándolo por completo.

Una risa siniestra les indicó que su pesadilla acababa de comenzar.

Alguien agarró a Tyna con firmeza y la alejó de allí. Tyna abrió los ojos y vio al Maldito de cerca. Se alzaba de pie, en el centro del lugar del impacto. Kizín era el triple de alto y fuerte que cualquier humano adulto del Reino Terrenal, y contaba con sus habilidades rapaces, como el veloz viento huracanado que había creado antes.

Tyna comenzó a sentir una fuerte ansiedad: o despertaba pronto a su espíritu interior o moriría. Miró a su salvadora, que no era otra que su protectora, Arixa, que arrastraba con el otro brazo a Reysa.

—¿Estáis bien? —preguntó Arixa a ambas.

—Algo magullada, pero nada grave —dijo Reysa incorporándose.

—¿Había alguien en el centro del impacto? —preguntó Tyna asustada.

Arixa asintió con pesar.

Kizín alzaba un cuerpo ensangrentado que tenía apresado con su garra derecha. Se trataba de Trixa. El Maldito había caído sobre ella y la había desgarrado. Trixa vivía, pero tenía un terrible aspecto.

—¡Tenemos que ayud…! —gritó Tyna.

Antes de que Tyna acabara la frase, un gran búho moteado de ojos amarillos atacó a Kizín. El búho fue directo a por los ojos de Kizín, rasgándole con sus garras hasta que el Maldito no tuvo más remedio que soltar a Trixa. De improvisto, un veloz tigre blanco de ojos rojos rescató a Trixa y la sacó de la contienda.

—¡Son Salomón y Glaux! —gritó Reysa con entusiasmo.

Tyna también lo había entendido. El tigre no era otro que Salomón, que había conseguido despertar a su espíritu cuando Kizín había atacado. El búho que estaba peleando contra Kizín no podía

ser otro que Glaux, el hermano de Trixa. Tyna buscó a su hermana, quizás ella también había conseguido despertar a su espíritu. Un grito atrajo su atención.

—¡Ayuda! —chillaba alguien en el borde del abismo.

—¡Es Lissa! —gritó Arixa.

—¡Quedaos aquí y proteged a los que podáis! —ordenó Tyna echando a correr hacia Lissa. Algo le decía que Luna andaría cerca.

Tyna visualizó a Lissa al pie del abismo, tumbada sobre la hierba y con el brazo extendido hacia la grieta, como si estuviera sujetando a alguien. Tyna se encontraba lejos y corría rauda hacia ella cuando vio a Liz llegar antes.

Liz ayudó a Lissa y entre las dos consiguieron aupar a la persona que por poco no había sido arrojada al abismo: era Luna.

Tyna suspiró al ver sana y salva a su hermana. Luna tenía el rostro inundado en lágrimas. Liz resoplaba, y Lissa jadeaba, tumbada sobre la hierba.

Luna estaba muy magullada, tenía sus ropajes raídos. Su pintura facial había perdido la tonalidad y estaba difuminada. La feroz mirada de Luna se había desvanecido y en su lugar se atisbaba algo que Tyna jamás había visto en su hermana: temor.

Luna debía de haberse percatado de la expresión de preocupación de Tyna, ya que se puso de pie, se limpió las lágrimas y sonrió a su hermana. El brillo de aquella sonrisa insufló esperanzas a Tyna.

Al igual que los rayos de sol en un nuboso día de lluvia, su duración fue efímera.

Un tecolote había sacado sus garras del abismo y había apresado a Luna por el tobillo. El demonio alzó a Luna del suelo entre los alaridos de Luna y los bramidos de Lissa y Liz, y acto seguido la arrojó a la oscuridad de la grieta.

Las nubes volvieron a ocultar la luz, y el corazón de Tyna volvió a llorar bajo una sombría oscuridad. Tyna no prestaba atención a la contienda que tenía lugar a su alrededor, ya que únicamente oía el latido de su corazón y, al igual que los tambores en el ritual, había adoptado un tono lúgubre.

El tiempo se había congelado ante sus ardientes ojos, que crepitaban ante la furia que emanaba de su alma. Tyna no podía perder a otra hermana, no iba a permitirlo. De nada le valdría en un futuro tener el poder del clan bajo su mando, de nada le valía si no podía ver sonreír a su hermana cada mañana.

Su corazón comenzó a latir más rápido y con más ímpetu.

Tyna había desafiado a Morta. Ella la había llamado necia, y tenía razón. Solo una necia saltaría al vacío sin alas.

Su corazón bombeaba sangre a un ritmo frenético y salvaje. Sus piernas comenzaron a moverse por instinto, sus brazos se extendieron al igual que los de un pájaro y, sin cerrar los ojos y sin temor alguno, Tyna se lanzó al abismo.

Caía a gran velocidad, pero visualizó a su hermana a lo lejos: Luna caía de espaldas, inerte. Tyna sintió un odio florecer en su atormentado corazón, que rugía de impotencia. Hasta que se dio cuenta de que tenía ante sus ojos la ambrosía que anhelaba su alma, y entonces bramó con tanta furia que su cuerpo terrenal se desgarró.

Su bramido se convirtió en un gran alarido, su cuerpo comenzó a crecer, cubriéndose de un frondoso pelaje marrón oscuro, sus piernas y pies se transformaron en garras, y sus pequeños brazos, en dos enormes alas.

Tyna ululó de entusiasmo. Sabía volar, igual que un humano sabe respirar. La enorme hembra de búho dio un fuerte aleteo y alcanzó a

su hermana, recogiéndola con sus garras y llevándola de vuelta a la luz.

Su ascenso no iba a ser tan sencillo, ya que los tecolotes se habían percatado de su presencia y ansiaban saciar su sed de sangre. Cuando los demonios vieron al espíritu de Tyna volar hacia la superficie, salieron tras ella.

Tyna era mucho más rápida, evitaba la lucha y los esquivaba como podía. Cuando se veía acorralada, usaba sus grandes alas o les lanzaba picotazos a los ojos. Pero los tecolotes la superaban en número, se aferraron a su cuerpo y comenzaron a pincharla con sus buidos picos y a rasgarle el plumaje con sus afiladas garras.

Tyna intentaba proteger a Luna, ya que ella, en su forma espiritual, era mucho más poderosa y resistente que su hermana. Los tecolotes bramaban al unísono, sus picotazos y arañazos se intensificaban; cada vez venían más, tantos que Tyna no conseguía volar y comenzaba a perder altura.

Aprisionada por una jaula de demonios, Tyna se revolvía y luchaba con valentía. Derrotaba a uno tras otro, pero los demonios habían probado su sangre y no pensaban soltarla. Hasta que Tyna no aguantó más y gritó, lanzando un rabioso y sonoro alarido de auxilio, aunque no esperaba ayuda de nadie.

El alarido obtuvo respuesta.

Un imponente rugido resonó por todo el abismo, aterrorizando a los tecolotes.

Una leona, dorada y con dos inmensas alas, descendía de los cielos a gran velocidad, rugiendo y apartando a los demonios.

Con una gran embestida liberó a Tyna de las garras de los demonios. Luego, la leona rugió de nuevo, batió sus poderosas alas y voló hacia la luz.

Tyna la siguió con su ensordecedor ulular.

Nadie se atrevía a impedirles el paso, ya que el resplandor de la leona era tal que los tecolotes huían hacia la oscuridad del abismo, atemorizados y temerosos ante tal ser luminoso. Tyna voló hasta colocarse a la par que la leona, la miró a los ojos mientras ascendían y se sintió orgullosa de lo poderoso que era el espíritu de su prima Reysa.

De pronto, otro alarido inundó el abismo, aunque era siniestro y provenía de la Higuera Sagrada.

Tyna y Reysa volaron raudas hacia arriba, y una vez alcanzaron la superficie siguieron ascendiendo hasta posarse sobre una gran rama desde la cual podían ver y pensar una estrategia.

Kizín se alzaba imponente, con dos cuerpos inundados en sangre bajo sus pies; uno pertenecía a Úrox y otro a Gábor. Kizín debió haberles dado caza en cuanto tocaron la higuera, ya que sus cuerpos yacían al lado del gran tronco de Lilith.

La muerte de Úrox y Gábor debía haber despertado a los espíritus de sus compañeros, pues una majestuosa zorra nívea con dos hermosas alas de lechuza hacía frente a Kizín: Lissa.

La zorra no estaba sola. A su lado había un enorme búho grisáceo, que debía ser Rolf, y una bella y hermosa lechuza, que debía ser Yina. Al otro lado se encontraba el cuerpo sin vida de Trixa, y Glaux, acompañado de su amigo Salomón.

Entre Lissa, Rolf, Yina y el abismo estaba Arixa, sola e impotente.

Los tecolotes habían respondido a la llamada de su amo y habían alcanzado la superficie. Era cuestión de tiempo que despedazaran a Arixa y a los demás espíritus que combatían contra Kizín.

Tyna intentaba idear un plan cuando una cuerva azulada se posó sobre su misma rama.

—¡¿Liz?! —preguntó Tyna.

—Sí, soy una cuerva —dijo Liz—, pero no hay tiempo para eso ahora. Tengo un plan, pero debe ser efectuado de inmediato y sin rechistar.

Tyna y Reysa asintieron. Nadie cuestionaba la inteligencia de Lizzy.

—Bien —continuó Liz—, la idea no es derrotar al Maldito, sino escapar de aquí lo antes posible. Solo faltan Luna y Arixa por despertar, y sé cómo hacer que eso suceda. Reysa, tú debes contener a Kizín. Lissa, Rolf, Yina, Glaux y Salomón pueden aguantar, pero tu presencia es imponente y tu fuerza incomparable: nos harás ganar tiempo.

Reysa asintió y se abalanzó hacia Kizín.

—Tyna, ahora te toca a ti. Deja a Luna aquí conmigo, yo la despertaré. —Liz señaló con su ala a Arixa—. Aterriza junto a la grandullona y haz frente a la marea de tecolotes. Debe parecer que luchas por defender a Arixa hasta la muerte, ¿entendido?

Tyna tenía sus dudas, pero confiaba en su amiga, así que asintió y miró a los demonios, los cuales avanzaban hacia Arixa de forma imparable. Arixa no solo no había retrocedido, sino que había alzado los puños y parecía dispuesta a luchar contra ellos en su forma humana. Tyna saltó de la rama y voló. Cayó sobre ellos con su imponente poder espiritual, al igual que había caído Kizín contra los aspirantes. Los que recibieron el impacto eran un amasijo de huesos, alas y sangre; los demás clavaban sus afilados y sangrientos ojos en Tyna.

—¡Aléjate! —gritó a Arixa.

Tyna sabía que no podría contenerlos mucho tiempo: eran demasiados, y no paraban de llegar más. Pero Arixa debía creer que Tyna iba a dar su vida luchando contra aquellos demonios para protegerla.

En su forma espiritual, Tyna ululó y los tecolotes se lanzaron a por ella.

La rapaz extendió sus alas y sacó a relucir sus garras. Con pequeños y raudos vuelos danzaba entre aquella marea de demonios, desgarrando sus rostros y picoteando sus ojos. Tyna sintió un éxtasis como nunca había sentido, y con cada enemigo que destrozaba se iba transformando más y más en una rapaz nocturna, olvidándose de su lado humano y luchando como una fiera.

El plan era que Tyna luchara, no que ganara.

Los tecolotes acabaron rodeándola y la inmovilizaron. Los demonios pasaron al ataque, desgarrando las plumas e intentando picotear el rostro de Tyna, que había adoptado la forma de un huevo y se protegía con su plumaje.

Tyna chillaba de dolor. En el frenesí de la contienda, oyó el rugido de una bestia.

El dolor cesó al instante.

Tyna abrió los ojos. Los tecolotes se amedrentaban ante lo que se aproximaba. Una colosal osa negra avanzaba hacia ellos. Aunque tenía cuerpo de osa, sus rasgos eran los de un búho. Tenía dos grandes y peludas orejas, puntiagudas y marrones, además de unos oscuros y enormes ojos.

Arixa embistió contra ellos, destrozándolos con sus enormes garras a la vez que profería estrepitosos rugidos.

Tyna volvió a extender sus alas y, junto a su fiel guardiana y amiga, luchó contra aquellos demonios hasta que entre las dos consiguieron devolverlos de vuelta al abismo.

Arixa era imparable.

Tyna desvió su mirada a Kizín, el cual luchaba contra seis aspirantes a la vez. El Maldito era más grande, rápido y fuerte que

todos ellos juntos. Los aspirantes estaban agotados y malheridos, no durarían mucho más contra el guardián de Lilith.

Con su excepcional vista, Tyna divisó también a su hermana. Luna estaba sobre la misma rama en la que Tyna la había dejado. Despierta, sola y con las manos en la cabeza. Ya solo quedaba ella por despertar.

—¡Arixa, ayuda a los demás contra Kizín! —gritó a la gran osa.

Arixa echó a correr velozmente sobre sus cuatro patas.

Tyna emprendió el vuelo hacia Luna, pero fue interceptada por una cuerva en el aire.

—¡Liz! —gritó Tyna.

—¡Deja a Luna! —graznó Liz.

—¡¿Qué dices?!

Tyna intentó desviarse para seguir su vuelo, ya que Liz era un minúsculo cuervo en comparación con ella, pero Liz volvió a interponerse.

—¡Escúchame! —gritó Liz furiosa—. Solo hay una manera de sacar de aquí a Luna. Ambas sabemos qué forma adoptará su espíritu y, también sabemos que dicha forma no debería ser vista por nadie que no sea de confianza. —Tyna entendió a qué se refería Liz y asintió—. Además, Arixa, Salomón y Luna van a necesitar ayuda —continuó Liz—: ninguno tiene alas. Salomón es una bestia grande. Glaux y Rolf pueden llevarlo sobre sus garras hasta el umbral. Lissa puede volar por su cuenta. Arixa es un problema debido a su enorme tamaño, por eso será necesario que Yina y Reysa la lleven juntas. —Liz apuntó con su ala a Luna—. Nos queda la lobita. Imagino que tendrá un gran tamaño, por lo que debes ser tú quien la eleve al umbral, llegado el momento.

—¿Cómo sabré cuándo es el momento? —preguntó Tyna.

—¡Sígueme!

Liz voló a otra rama, alejada de la de Luna, desde la cual podían divisarla. Tyna la siguió. Una vez allí, Liz emitió un escalofriante graznido que hizo que todos se sobresaltaran. Liz era pequeña, pero su canto se oyó más que el de cualquier otro espíritu.

Todas las miradas se fijaron en ella, y el plan de Liz se puso en marcha.

Yina y Reysa cogieron a Arixa y emprendieron el vuelo hacia el umbral. Detrás de ellos iban Glaux y Rolf, que llevaban a Salomón.

—¡¿Qué hace Lissa?! —gritó Tyna.

—Lo que yo le he ordenado —dijo Liz con calma.

—¡¿Vas a dejar a Lissa sola contra ese demonio?! —gritó Tyna encolerizada.

—No estará sola —dijo Liz.

Lissa alzó la cabeza y le hizo frente a Kizín sin temor alguno. Kizín emitió una sonora risa y se lanzó a por aquella hermosa zorra nívea.

Lissa, en su forma espiritual, era muy ágil; además, sus alas de lechuza le daban ventaja sobre Kizín, ya que se escurría de sus ataques con fintas y vertiginosos vuelos. Kizín se iba frustrando más y más con cada ataque que lanzaba. La zorra se movía con gracia y agilidad, esquivando todas las arremetidas como si de un juego se tratara.

Después de un furioso ataque por parte de Kizín, que la escurridiza zorra esquivó sin dificultades con una finta seguida de un salto impulsado por sus alas, ella salió corriendo.

Lissa podría haber huido, podría haber escapado sin problemas, pero su objetivo era enfurecer a Kizín, ya que decidió correr hasta la higuera; aunque sabía que una vez allí no tendría escapatoria, ya que el tronco de aquel árbol era gigantesco y estaría acorralada.

—¡Qué buena eres, Lissa! —dijo Liz asombrada.

—¡¿Qué dices?! —gritó Tyna—. ¡Es su perdición!

Tyna miró a Liz y no entendió nada.

Kizín sonreía y avanzaba furioso, aunque con paso lento, hacia Lissa. El Maldito sabía que la zorra estaba atrapada entre el tronco y él.

De pronto, Lissa cambió su expresión y comenzó a emitir un aullido de auxilio. Un gemido triste inundó el lugar, una llamada de auxilio tan desesperada que rompía el alma de aquellos que la oían y permanecían impasibles ante su ruego.

—Liz —dijo Tyna.

—Espera.

Kizín se iba acercando más y más. Había extendido sus alas y exhibía sus afiladas garras.

—¡Liz!

—Espera.

Kizín abrió por completo la boca. Su pico relucía, y su sombra tapaba por completo la blancura de Lissa, que seguía gimiendo, implorando que alguien la salvara de aquel demonio.

—¡¡¡LIZ!!!

Un colosal aullido respondió al lamento de Lissa. Tal fue su estruendo que Kizín se volvió, buscando su origen.

Liz crascitó y sus ojos centellearon.

Una colosal loba había saltado de la gran rama y había aterrizado detrás de Kizín. Su tamaño era imponente, tenía el pelo erizado por completo, y todo su pelaje era rojo como el fuego, a excepción de tres mechones blancos: en el pecho, en el hocico y en la punta de la cola, que llevaba enroscada sobre el lomo. La cabeza de la loba era gigantesca, con unos ojos verdes que centelleaban como relámpagos; sus fauces estaban entreabiertas, mostrando sus letales y afilados colmillos.

—¡Coge a Luna y llévala al umbral! —gritó Liz, que alzó el vuelo y fue hacia el umbral.

Tyna se lanzó en picado a por su hermana, pero pronto se dio cuenta de que no iba a ser sencillo sacarla de allí: Kizín y Luna se habían enzarzado, y ambos luchaban con ferocidad.

Luna, a pesar de su tamaño, se movía tan veloz como Lissa. Sus ataques eran más vigorosos que los de su compañera raposa, provocando que Kizín tuviera que esforzarse. Luna contaba con una enorme desventaja: no disponía de alas.

Kizín abandonó el suelo y comenzó a hostigarla desde el aire, aprovechando su dominio aéreo. Luna esquivaba sus ataques con gran agilidad y lanzaba feroces dentelladas hasta que, de pronto, no pudo moverse.

Luna había tenido los ojos fijos en Kizín y había ignorado que unos espectros se habían acercado a ella. Los demonios aferraban su cuerpo, inmovilizándola. Tyna se horrorizó al conocer la identidad de dichos demonios: eran Trixa, Gábor y Úrox. Sus cuerpos se habían alzado y ahora se habían transformado, adoptando la forma de los tecolotes. Tal como había dicho Kaira.

Aquello había pillado a Luna por sorpresa y fue suficiente para que Kizín se lanzara en picado contra ella. Luna, apresada por los demonios que hacía poco habían sido sus amigos y compañeros, estaba condenada.

Tyna no lo iba a permitir.

En el aire, Tyna aleteó con ímpetu y se arrojó contra el Maldito. Pero Kizín era viejo y sabio, había advertido la presencia del gran búho y adivinado sus intenciones, por lo que esquivó la acometida con un veloz giro y reanudó su ataque.

Tyna rasgó el aire y sintió que todo estaba perdido. Había condenado a su hermana. Un aullido de dolor le confirmó sus

temores y le desgarró el corazón. Tyna desvió el vuelo, sobrecogida y temerosa ante lo que sus ojos iban a presenciar.

Luna seguía apresada, pero intacta. Kizín no la había alcanzado; en su lugar, había atravesado con sus garras las alas de Lissa, que se había interpuesto entre Luna y el Maldito.

Lissa gañía de dolor. Su pelaje níveo se había teñido de rojo de tanta sangre que manaba de sus heridas. Kizín la alzaba sonriente en el aire, enfrente de Luna.

Lissa estaba muy malherida, y Tyna sabía que Kizín no pretendía matarla, sino entregarle su espíritu a Morta.

Luna profirió un aullido de rabia y se sacudió con fuerza, provocando que el espectro de Gábor y Trixa salieran despedidos. Luego le arrancó la cabeza de un mordisco al espectro de Úrox.

Los ojos de Kizín centellearon y una siniestra risa salió de su afilado pico.

Luna se preparó para su embestida.

El tiempo se detuvo para Tyna, y en su mente las palabras de Morta habían vuelto a retumbar. Tyna visualizó el umbral: allí la esperaba Liz, escrutando la situación con sus perspicaces ojos de cuerva. Tyna debía llevar a Luna, pero Lissa ya no podía volar.

¿Qué debía hacer? ¿Debía abandonar a Lissa a su suerte? ¿Podría llevar a Lissa y volver a por Luna? ¿Debía derrotar a Kizín el Maldito? ¿Debía sacrificarse ella?

Las preguntas se amontonaban en su mente.

Tyna dudaba de todas las opciones, pero debía actuar rápido. Ella no era Liz, no tenía esa aguda y afilada mente. Era la hija de Kaira, y algún día sería la líder del clan, y una líder debía actuar. No tenía plan, pero tenía coraje.

Tyna ululó y se arrojó contra Kizín. Se negaba a afrontar la realidad, intentaría salvar a Lissa y a Luna, ya encontraría el modo.

Luna aulló, y Kizín ululó.

La loba corría, rauda como el viento, en dirección a Kizín. Su mirada era presa de su rabia interior. Encolerizada, ignoraba el mundo a su alrededor, solo importaba su presa.

El gran búho caía, silenciosa y letal cual rapaz nocturna. Las alas extendidas, las garras adelantadas, con los dedos desplegados y las buidas uñas prestas para matar.

Kizín el Maldito estaba perdido, o eso pensaban las jóvenes aspirantes. Pero Kizín llevaba guardando aquel lugar eones, y unas zagalas inexpertas en el arte de la guerra no iban a ser rivales para él. El engendro no necesitó esquivar ambos ataques, empleó sus alas para alzarse en el aire y, una vez allí, lanzó el espíritu malherido de Lissa al abismo.

Luna desvió su rumbo con un frenético giro y salió en persecución del espíritu de Lissa. Tyna, que también había cancelado su ataque y veía lo que estaba a punto de ocurrir, golpeó con sus alas el aire y se lanzó al borde del abismo, donde los tecolotes habían emergido y se dirigían también a su presa.

Ellos ganaron la carrera: alcanzaron a Lissa y la apresaron entre sus garras. Luna estaba a pocos pasos y no aminoró la marcha. Tyna intuía que los tecolotes conducirían el alma de Lissa hasta el Inframundo para entregársela a Morta, lo que condenaría al espíritu de Lissa a un nefando destino. Tyna también intuía las intenciones de su hermana, y entonces supo que debía tomar una decisión. Debía elegir, y aquella elección la perseguiría toda su vida.

En el borde del abismo, los tecolotes huían con su trofeo, y una enorme loba, desprovista de alas, se lanzaba contra ellos.

La loba no podía volar, pero su instinto feroz la impulsaba a luchar por los de su manada.

Tyna había previsto aquel fútil y desesperado acto por parte de Luna y, como una flecha, se había lanzado hacia ella.

La loba fue entonces apresada por unas enormes garras que la alejaban de su inminente condenación, pero también de su amada raposa. Tyna dio un gran impulso con sus alas y se alejó de allí, dirigiéndose al umbral con el espíritu de su hermana preso entre sus garras.

—¡NOOO! —rugía Luna—, ¡SUÉLTAME! ¡DÉJAME! ¡TENGO QUE SALVARLA!

Tyna sabía que aquellas palabras se repetirían una y otra vez en sus pesadillas, pero en aquel momento las desoyó, pues ella ya había tomado su decisión y no había vuelta atrás.

Con un fugaz vistazo, Tyna atisbó que Kizín las perseguía en su huida. Apresuró su vuelo y vio que Liz cruzaba el umbral al verlas llegar. La salida estaba muy cerca, pero Kizín ganaba distancia con cada aleteo de Tyna, y esta, aunando sus últimas fuerzas, batió sus alas y provocó tal vendaval que salió disparada al umbral.

Tyna y Luna cruzaron el Nido Fantasmal. Aunque escaparon del Reino de los Espíritus con vida, una luctuosa mácula había sido adherida a sus ya fragmentadas almas.

* * *

Cuando Tyna abrió los ojos, se encontraba en la cueva del Nido Olvidado, atada a su antorcha apagada. Recorrió con la mirada los mustios rostros de los demás aspirantes, fijándose en los cuerpos pálidos y exangües de Úrox, Gábor y Trixa. Lo que más le llamó la atención fue la exánime figura de Lissa, cuya antorcha continuaba arrojando llamas.

Lissa.

Tyna sentía un dolor atroz al pensar en Lissa. Había sido el sacrificio de la hermosa y valiente raposa lo que había salvado la vida de Luna. ¿Y cómo se lo había agradecido la futura líder del clan del Búho? Condenándola al Inframundo para toda la eternidad.

—Es mi deber daros la bienvenida al clan del Búho. Ya sois oficialmente neófitos del clan —comenzó a promulgar Kaira desde su trono.

—¡¿Dónde está Lissa?! —gritó Luna con enajenación—. ¡¿Qué pasará con ella?!

Kaira mantuvo silencio, bajó de su trono y anduvo con calma hasta el interior del círculo.

—Su cuerpo yace hueco —dijo Kaira con tono lúgubre, mirando el cadáver de Lissa—, al igual que el de Úrox, Trixa y Gábor. —Kaira hizo una solemne pausa y echó su capucha hacia atrás, descubriendo las lágrimas que surcaban su rostro—. Habéis de saber que sus nombres no serán olvidados. Han luchado por su clan y han perecido en el intento. Su muerte no ha sido en vano. El clan les dará un íntimo funeral, y sus familias serán recompensadas por su sacrificio.

—¡Pero sus almas están condenadas! —gritó Luna entre lágrimas.

Kaira escrutó con la mirada las antorchas de Úrox, Trixa, Gábor y Lissa.

—Úrox, Trixa y Gábor han perecido en su forma humana, por tanto, ahora engrosarán los tecolotes de Kizín. En cuanto a Lissa, su situación es diferente: ella consiguió despertar a su espíritu interior, por lo que su alma ha pasado a ser propiedad de Morta.

—¡NO ES JUSTO! —bramó Luna con la voz rota.

—No, no lo es —dijo Kaira—. Aunque es inevitable. Cada ciclo perdemos a algún compañero, y ha habido ciclos en los que hemos perdido a demasiados, pero no tenemos alternativa, joven neófita.

—Kaira fijó su mirada en Luna—. Hemos de hacer lo necesario, lo necesario para que nuestro clan perdure y no pierda su prístina esencia. Sé que es doloroso perder a un amigo, a un familiar, a un amor. Pero más doloroso es ver cómo la sangre de tu pueblo se extingue, condenada a ser una mera historia contada por una anciana a la luz de una hoguera.

Tyna miró a su hermana, y en su rostro vio el reflejo de un alma rota.

La sonrisa de Luna inundó la mente caótica de Tyna, la sonrisa que había aflorado aquella misma mañana, cuando su hermana le había relatado lo ocurrido la noche anterior junto a Lissa. Una lágrima cayó por las mejillas de Tyna al recordarlo. Amaba a Luna tanto como había amado a Surnia, y le rompía el corazón ver el dolor reflejado en el rostro de Luna, un dolor del que Tyna se sentía responsable.

Kaira ordenó a los enmascarados que desataran a los neófitos de las antorchas, luego los desnudaron y, con unas cubas con agua, les lavaron el cuerpo para quitarles la sangre y la pintura.

—Todavía falta una última cosa por hacer —anunció Kaira—. La marca del búho.

Tyna conocía la marca, pues la había visto multitud de veces entre los adultos. Consistía en una pequeña marca con forma de búho que se fijaba con tinta sobre la piel. Todos lo llevaban en el mismo lugar, en la parte superior de la espalda.

Los enmascarados sacaron aguja e hilo y, usando la llama de una antorcha, calentaron la aguja para luego plasmar sobre la piel la figura imponente de un búho alzando sus alas. Hicieron falta varias cosidas para rematar la marca y dejarla sellada con tinta. Aunque fue un proceso doloroso, nadie se quejó.

Una vez tuvieron a los neófitos limpios y marcados, procedieron a vestirlos con una túnica verde.

—Espero mucho de vosotros, ya que sois el futuro del clan —dijo Kaira—. ¡LARGA Y PRÓSPERA VIDA AL CLAN DEL BÚHO!

—¡LARGA Y PRÓSPERA VIDA AL CLAN DEL BÚHO! —repitieron los enmascarados.

Los neófitos permanecieron en silencio, sumidos en sus propios pensamientos, aunque nadie los reprendió por su silencio.

Era medianoche cuando volvieron al poblado. Allí les esperaba una muchedumbre que gritaba palabras de ánimo y colmaba a los recién iniciados con felicitaciones y enhorabuenas.

Los neófitos estaban siendo guiados hasta la hoguera central cuando, de pronto, Tyna sintió unos ojos sobre su espalda. Tyna se volvió para cerciorarse de que eran imaginaciones suyas, pero entonces lo vio y se topó con aquello que había anhelado, pero que también había olvidado.

Un moreno y barbilampiño joven se encontraba parado detrás de ella. Llevaba una larga y oscura trenza que le caía hasta los hombros y los laterales de la cabeza rasurados. Robusto, alto y de anchos hombros. El joven tenía la mirada fija en Tyna, y la luz de la luna llena resplandecía en sus zafíreos ojos.

Tyna apartó la mirada y continuó su camino.

Malóu

Día 3 de la fase del Búho
Ciclo 28 después de la Gran Guerra

Malóu deambulaba por el poblado, sin rumbo y cavilando sobre lo que acababa de suceder.

Hacía cuatro ciclos que no visitaba Glauxolia, y durante ese tiempo había vivido experiencias que lo habían curtido en todos los ámbitos de la vida. Ya no quedaba rastro alguno de aquel joven insolente que había visitado la villa hacía cuatro ciclos. Excepto una cosa que no había cambiado ni un ápice en aquel tiempo: su amor por la futura líder del clan del Búho.

Malóu apretó el medallón contra su pecho dolorido y lo ocultó bajo su camisa.

Mientras su mente cavilaba, sus piernas lo habían llevado hasta una zona poco iluminada y alejada de la barahúnda que reinaba en la villa.

Apoyó su espalda contra la dura madera de la empalizada y, de uno de los bolsillos de su morral, sacó una pipa.

La pipa estaba fabricada con los restos del caparazón de una tortuga. Había sido un regalo de Dabros el Gigante, el actual líder del clan de la Tortuga. Malóu llevaba otro regalo de Dabros en su rostro: una gran cicatriz que le atravesaba el ojo derecho.

Malóu tenía tabaco procedente de Aetosía, el famoso y codiciado pekanva, cultivado en lo más alto del Nido de la Arpía por el clan del Águila. La primera vez que probó el tabaco había sido de camino hacia isla Caparazón, cuando Zánatos había sacado su pipa y le había dado a probar un poco. Acabó tosiendo y escupiendo, pero con el tiempo le había cogido el gusto a fumar.

Malóu llenó su pipa de hojas secas de pekanva. Sacó una cerilla y la frotó contra la pared: una llama iluminó la oscuridad un instante y prendió la hierba seca. Malóu cerró los ojos y comenzó a expulsar bocanadas de humo.

En sus viajes había atestado su mente con una cantidad ingente de nuevos conocimientos. Uno de ellos era la capacidad de reflexionar sobre un problema con la única ayuda del silencio y una pipa repleta de tabaco.

Y eso hizo.

Tyna lo había visto, de eso no cabía duda. Tampoco había atisbo de duda en el hecho de que ella lo había ignorado por completo.

Malóu había soñado en varias ocasiones con cómo sería la reacción de Tyna al verlo llegar después de cuatro ciclos sin verse, pero lo ocurrido hacía unos momentos no se parecía en nada.

Exhaló una larga bocanada de humo y pensó en su última maestra: Mara la Terrorífica. Mara era considerada el reflejo oscuro de Kaira. Ambas habían luchado juntas en la Gran Guerra en el mismo bando, pero se detestaban. Mara lideraba la villa de Koraxia, hogar del clan del Cuervo, y allí Malóu había aprendido en un solo ciclo más de historia y magia que en toda su vida. Conocía las costumbres de la mayoría de los clanes, y sabía que la Glaukada no era solo la fiesta del clan del Búho, sino que tenía otro propósito: celebrar el rito de iniciación que convertía a los jóvenes que en ese

ciclo fueran a cumplir o ya tuvieran dieciséis ciclos de edad en neófitos del clan del Búho.

Malóu también sabía que dicho ritual se llevaba a cabo en la segunda noche de la Glaukada. Tyna cumplía dieciséis ciclos el día doce de la fase del Búho. Eso significaba que había formado parte del ritual y, por tanto, ahora era una neófita del clan del Búho.

Malóu resopló. Aquello explicaba todo. Tyna debía estar muy ocupada con sus nuevos quehaceres.

«¿Tan ocupada está que no puede dedicarme ni una sonrisa?», le dijo una voz interior.

La luz resplandeciente de una antorcha le sacó de sus pensamientos. La figura que sujetaba la antorcha llevaba el rostro cubierto por una larga y oscura capucha, y se dirigía a Malóu.

Malóu no llevaba ningún arma encima. Las había dejado todas en el campamento de los cazadores, pero sabía que nadie estaba lo suficientemente loco para atacarlo estando el propio Sauro en el poblado; por lo que siguió fumando sin preocupaciones hasta que el encapuchado estuvo tan cerca que pudo oler su empalagosa fragancia.

—El gran Malóu. Veo que te has vuelto todo un hombre —murmuró el encapuchado.

Malóu alzó la cabeza y desprendió una bocanada de humo. No podía ver el rostro de aquel hombre, pero conocía su identidad y sabía que no debía fiarse.

—Alguien de tu categoría no debería moverse entre las sombras, Otus.

—¿Así mejor? —dijo Otus al tiempo que dejaba su rostro al descubierto.

Otus tenía los tan característicos rasgos del clan del Búho: piel morena y ojos dorados. Llevaba su castaño y largo cabello

desaliñado y descuidado, igual que su barba y su aspecto. Era un hombre corpulento, ancho de hombros y fuerte, aunque le gustaba la cerveza y el buen queso, a juzgar por su pronunciada barriga.

Mara le había contado la historia de Otus el Desdichado. Otus provenía de una familia honorable, cuyos miembros eran considerados los auténticos herederos al liderazgo del clan del Búho. Esto se debía a que Otus era hijo de Grálix el Terco.

Grálix había adquirido fama desde su nacimiento por ser el hijo menor de Tucur el Temerario, y siempre sintió rencor hacia Yami por la usurpación del trono. Grálix tenía dos hermanos mayores: Kétux el Pescador y Étrix el Curioso. Ambos habían aceptado con gusto el liderazgo de Yami, y, viéndose libres de responsabilidades, habían dedicado su vida a tareas más placenteras que la política. No era el caso de Grálix. Él ansiaba liderar el clan, y exigía que le fuera devuelto lo que era suyo por derecho.

Grálix tuvo tres hijos: Vorus, Otus y Sétrix; de los cuales solo uno heredó su ansia por el poder, y ese fue Otus. Pero el destino no le tenía reservado ese derecho al pobre Otus, ya que Grálix consiguió pactar con Yami que sus primogénitos se casaran.

Otus lo aceptó sin rechistar y, atraído por el poder, sedujo a Niza, la segunda hija de Yami. Cuando estalló la Gran Guerra, Otus vio en ella una oportunidad única de alcanzar sus objetivos. Pactó con los cuervos una alianza secreta; ellos debían matar a Vorus y Kaira sin levantar sospechas; a cambio, Otus les recompensaría con su alianza como futuro líder del clan del Búho. Mara aceptó, pues odiaba a Kaira y también le convenía poner como líder a un inepto como Otus, el cual sería mucho más fácil de manipular para sus propios intereses.

Vorus era un gran guerrero y siempre iba acompañado de su guardia personal, pero tenía fama de rijoso, por lo que Mara solo

tuvo que mandar a una atractiva y joven bruja del clan del Cuervo para que lo sedujera antes de una importante batalla. Vorus cayó en la trampa y copuló con ella. Vorus murió al día siguiente, en mitad de la batalla, en un funesto accidente: tropezó con una rama y se abrió el cráneo contra una piedra. Nadie señalaría al clan del Cuervo como culpable de aquello.

Mara esperó a que la guerra hubiera acabado para atacar a Kaira, ya que sabía que ella era una pieza fundamental para la victoria. El ataque tuvo lugar en el camino de regreso a Glauxolia, cuando Kaira viajaba de forma despreocupada y sin compañía, porque la guerra había llegado a su fin.

Mara invocó a una de sus múltiples bestias de la noche, al enorme cuervo antropomorfo conocido como Amón el Infernal. Amón habría matado a Kaira, ya que esta se encontraba exhausta después de tantas batallas, pero un valiente explorador, acompañado de un gran búho, apareció en el último momento y, entre los tres, pudieron derrotar al temible Amón.

Kaira estaba malherida, pero el explorador consiguió sanar las heridas con sus conocimientos curativos. El explorador no era otro que Sétrix el Afortunado, el cual no había participado en la Gran Guerra y había abandonado el poblado consternado por la noticia de la muerte de su hermano mayor. El destino había conducido a Sétrix hasta Kaira, y de aquel encuentro surgió el amor. A los pocos días, Sétrix y Kaira anunciaron sus nupcias.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Malóu.

—Mandé a mis sirvientes para que ayudaran a tu clan en la labor de instalar y acondicionar vuestro campamento. Ellos fueron los que me dijeron dónde estabas.

—¿Osas espiarme, Otus?

Otus agachó la cabeza.

—Yo… jamás haría eso…, futuro adalid. Solo me preocupaba por vuestra seguridad. Si algo os pasara en mi poblado, vuestro padre…

—Mi seguridad y la de mi clan es responsabilidad de Aveoscura, no tuya. —Malóu exhaló una gran bocana de humo y permaneció en silencio.

—Os pido perdón —rogó Otus, al tiempo que hincaba una rodilla en el suelo.

«Patético», pensó Malóu.

—Estaréis hambriento y sediento —continuó Otus—, permitidme invitaros a compartir un sitio en nuestra mesa, junto a mi familia.

Malóu no tenía ningún interés en aquella oferta, pero le vendría bien distraerse.

—Estaré encantado de ir contigo —respondió Malóu con cortesía.

Otus se levantó y condujo a Malóu de vuelta al camino, atestado de gente que iba de un lado a otro. El bullicio aumentaba con cada paso que daban hacia la gran hoguera, al igual que el olor a carne asada, pescado, vino e hidromiel.

La mesa de Otus era una de las más cercanas al fuego, debido a su alto rango dentro del clan, pero a diferencia de las demás mesas cercanas, a rebosar de gente, la de Otus contaba con un reducido número de integrantes.

—¡Mirad a quién me he encontrado por el camino! —vociferó Otus nada más llegar a la mesa.

—¡Saludos! —dijo Malóu con una amplia sonrisa.

—¡Es un honor tenerte entre nosotros! —dijo Niza alzando una copa de vino.

—El honor es mío, hermosa y sabia consejera —respondió Malóu con adulación.

Niza, la hermana pequeña de Kaira, no era ni hermosa ni sabia, y su puesto en el consejo se debía únicamente a sus lazos de sangre.

Mientras su hermana mayor aparentaba una eterna juventud, Niza presentaba un aspecto cada vez más deteriorado. Tenía el pelo desaliñado y canoso; su piel se había arrugado, y bajo su orgullosa mirada se podía atisbar un destello de frustración.

—¡Es un placer tener a un hombre tan atractivo y gallardo como tú en nuestra mesa! —dijo una joven al tiempo que se levantaba y se dirigía a Malóu.

—No tengo el gusto de conocerte, hermosa —dijo Malóu besando la mano de la joven.

—Nisha —respondió una mujer en la mesa—. Es mi hija, así que más te vale tratarla como se merece.

Nisha tenía la tez y el cabello más claro que lo habitual en el clan del Búho, pero lo más peculiar en ella eran sus ojos, de color granate.

—Te presento a Zulaykha, mi hermana pequeña —dijo Niza señalando a la madre de Nisha.

—Ya veo de dónde ha heredado su hija la belleza —dijo Malóu soltando la mano de Nisha y mirando a su madre.

—Solo en parte —dijo Zulaykha encogiéndose de hombros—. Ha sacado los ojos de su padre, aunque la culpa es mía, por permitir que una serpiente me metiera el veneno dentro.

—¡Mamá! —gritó Nisha avergonzada.

—¿Quién ha traído a este ratoncito a una cena de búhos?

Malóu se volvió para descubrir al artífice del comentario, aunque se hacía una idea de quién podía ser.

—Hay que ser muy cauto a la hora de comerse a un ratón. Suelen portar enfermedades muy peligrosas, más letales que el filo de una espada, enfermedades que pueden exterminar a todo un poblado, aunque imagino que eso tú ya lo sabes, sabio Tynses —dijo Malóu sonriendo al hombre que tenía delante.

Tynses se rio y abrazó a Malóu como el que abraza a un viejo amigo.

—¡Malóu, nuestro jovenzuelo y futuro adalid! —dijo Tynses con efusividad—. Veo que estos cuatro ciclos te han convertido en un hombre. No tenías estos músculos la última vez que nos vimos. Espero que hayas entrenado tu mente por igual.

—Te sorprendería lo mucho que he aprendido en mis viajes.

—Estoy ansioso por oír tus historias, pero ¡cuánto mejor si es sentado acompañado de una buena jarra de hidromiel y unas chuletas de jabalí!

Tynses era dos ciclos mayor que Malóu. Era fuerte, orgulloso y perspicaz; no tenía nada que ver con su viejo padre. Tenía la presencia de un líder nato, con los rasgos típicos del clan del Búho: ojos dorados como la miel, una larga cabellera castaña y piel besada por el sol; todo acompañado de un rostro hermoso e hipnótico.

Nisha, Malóu y Tynses se sentaron alrededor de la mesa. Niza les ofreció una gran jarra de hidromiel y un plato de carne que contenía chuletas de jabalí regadas con miel y lomo de venado en salsa con espárragos, setas, tomates y patatas; todo acompañado con varias hogazas de pan.

—¿Por dónde empezaste tu gran aventura? —preguntó Tynses.

—Por el mar —contestó Malóu al tiempo que probaba el venado.

—¡¿Fuiste al archipiélago Escamoso?! —preguntó Nisha con entusiasmo.

—No —respondió Malóu—. Las serpientes y la Liga no tienen buena relación, de momento.

—Las serpientes no gozan de buenas relaciones ni entre ellas mismas —espetó Zulaykha.

—¿Isla Caparazón? —preguntó Otus arqueando una ceja.

—También pudo ser isla Carmesí, padre —dijo Tynses.

—No, hijo, ni Sauro estaría tan loco para mandar a su hijo a la Aleta de Terión —terció Niza—. Los tiburones no han dado señales de vida desde la Gran Guerra. Además, se rumorea que sus playas son rojizas debido a la sangre de aquellos insensatos que osan visitarlos sin ser invitados.

—¡Eso es solo un mito, madre! —dijo Tynses resoplando—. No he viajado tanto como hubiera deseado, pero recuerda cuando fuimos de visita a Zaeria. Las playas de aquella zona eran de un tono muy distinto al de las nuestras.

—Es cierto, las playas del este de Terión son de arena negra, a diferencia de vuestra arena dorada —aclaró Malóu—. Lo mismo ocurre en isla Caparazón, que fue adonde me mandó mi padre.

—Conque al clan de la Tortuga… Se dice de ellos que pueden llegar a vivir más de doscientos ciclos —dijo Otus.

—Una vez oí que tu padre tenía sangre del clan de la Tortuga —dijo Tynses.

—Sí, Laúdine, mi abuela paterna, era por lo que tengo entendido miembro del clan de la Tortuga —asintió Malóu—. No llego a comprender cómo acabó con mi abuelo Rex, ya que por aquel entonces el clan del Cazador no existía y mi abuelo era un desterrado.

—El amor no entiende de clanes, joven —masculló Zulaykha.

—Imagino que esa cicatriz te la hicieron allí —señaló Tynses con una chuleta de jabalí.

—Un regalo de su joven líder, Dabros el Gigante: solo tiene setenta y ocho ciclos —respondió Malóu.

—¡Oh, sí!, menudo titán. Recuerdo haberlo visto pelear en el ciclo de la Gran Guerra. Pensaba que era un renacuajo de dieciséis ciclos, y luego me enteré de que tenía cincuenta ciclos —gritó Otus riendo a carcajadas.

—Entrené con él y con sus guerreros, muy técnicos y calmados —comenzó a explicar Malóu—. Su forma de pelear es muy distinta a la de cualquier otro clan. Combinan sus grandes escudos, forjados a partir de los caparazones de sus compañeros reptiles, en formaciones que hacen imposible atravesar sus filas. No me gustaría tenerlos como enemigos en el campo de batalla.

—¿Sacrifican a sus propias tortugas? —preguntó Nisha horrorizada.

—No se lo pregunté, quizás solo usen sus esqueletos una vez muertos. Tampoco es que me importara. Cada clan tiene sus costumbres —respondió Malóu aparentando indiferencia. En realidad, sabía con exactitud cómo era el proceso de fabricación de los escudos, pero prefería no contarlo.

—Luego, ¿adónde fuiste? —preguntó Tynses.

—A la inexpugnable Aetosía.

—¡¿Al Nido de la Arpía?! —preguntó Nisha.

—Sí, un lugar de muy difícil acceso.

—A menos que puedas volar —matizó Tynses.

—Muy cierto. Imagino que por eso las águilas os temían tanto en el pasado, cuando teníais a vuestros búhos primigenios, ya que erais una gran amenaza para ellos.

—Fueron muy inteligentes esas calvorotas —dijo Niza con rabia—. Manipularon a los repugnantes buitres hasta enfrentarlos con nosotros. Aquello diezmó al clan del Búho mientras las águilas observaban desde su nido.

—Recuerdo haber oído la historia. Si no recuerdo mal, todo fue por culpa de Tucur el Temerario. ¿No era pariente tuyo, Otus? —preguntó Malóu.

—¿Cómo? —farfulló Otus—. ¡Ah, sí!, pero lejano.

«Ahora tu abuelo es pariente lejano», pensó Malóu.

—¡Bah, anda y que les escupa una serpiente en un ojo!, ¿quién querría vivir en aquellas inhóspitas y desoladas montañas? —espetó Zulaykha con desdén.

—Lamento contradecirte, Zulaykha —dijo Malóu pausadamente—. Aetosía es un lugar extraordinario, repleto de cascadas y con una preciosa vegetación. Las montañas, vastas y solitarias, eran el lugar idílico en el que perderte a solas con tus pensamientos. Y haces un esfuerzo físico constante, por lo que mi cuerpo se iba fortaleciendo cada día.

—Sus aves, ¿son tan grandes como cuentan? —preguntó Nisha.

—Para que te hagas una idea, después de Aetosía fui a Koraxia volando. Me llevaron a lomos de un águila primigenia llamada Etón. —Malóu hizo una pausa y resopló—. En mi vida había visto una bestia tan colosal como aquella majestuosa ave.

Los allí presentes callaron. Aunque el clan del Águila formaba parte de la Liga de Clanes, la rivalidad con el clan del Búho todavía estaba presente y se podía palpar la rabia de los búhos al recordar que antaño tuvieron también una miríada de aves majestuosas.

—De los pajarracos calvos a los negros —intervino Zulaykha—, no sé cuál de ambos me da más asco.

—Los cuervos tampoco os tienen mucho aprecio a vosotros —masculló Malóu.

—¡Lógico!, ellos nos envidian —dijo Niza—. Nuestro clan es famoso por su sabiduría; en cambio, ellos son conocidos por ser unos pedantes y unos carroñeros.

—No deberíais subestimar su inteligencia, consejera. Hay quien dice que sus nigromantes están a la altura de vuestros chamanes —apuntó Malóu.

—¡Sandeces! —exclamó Zulaykha con brío—. Esos nigromantes tienen su alma tan oscura como las alas de sus pajarracos. No te

puedes fiar nunca de un cuervo, jovencito. Acabará sacándote los ojos al menor descuido.

—Esa no es forma de hablar de nuestros aliados, hermosa Zula.

Todos, excepto Malóu, se volvieron para ver a quién pertenecía aquella grave voz.

—Padre —dijo Malóu.

—¡Don Sauro! —exclamó Otus al tiempo que se ponía en pie—, es un honor contar con su presencia en nuestra humilde villa. Por favor, siéntese y coma algo junto a nosotros.

—Sería un placer, noble Otus, pero tenemos una cena muy importante con la líder del clan. Hijo, tú también estás invitado. Espero que continúes con hambre. —Sauro lanzó una cortante mirada a Malóu.

«No es una invitación, sino una orden», pensó Malóu.

—Iré encantado, padre —dijo Malóu.

—Me alegra oír eso, muchacho —dijo Sauro con una sonrisa—. Otus, has cuidado bien de mi zagal; por ello también os invito a ti y a tu familia a la cena.

«Kaira estará encantada de compartir la mesa con su querida familia», pensó Malóu.

Sauro los condujo a una gran mesa redonda, la más cercana a la gran hoguera. La gran mesa contaba con doce asientos, pero únicamente había tres de ellos ocupados.

En uno de ellos estaba sentado Zánatos, acompañado de su mejor amigo, el hidromiel. En la otra punta se encontraba Kaira y, sentada a su lado, una mujer de constitución robusta.

La mesa estaba a rebosar de comida y bebida, con todo tipo de brebajes y platos variados. Sauro se acercó al tablero, con la barbilla alta y haciendo gala de su tan característica y arrogante personalidad.

—¡Querida Kaira! —exclamó—, espero que no te importe que haya traído amigos a la cena.

Kaira miró al pequeño grupo que había traído Sauro con una alegre sonrisa.

—Sauro, en mi mesa siempre hay hueco para tus amigos, y más si son miembros de mi preciada y amada familia —dijo Kaira con una dulce voz—, pero me temo que no cabemos todos. Aurelia ha ido a avisar a las chicas y estarán al llegar. Es lo justo: seis sitios para cada uno, así que, sintiéndolo mucho, no hay sitio para todos.

Otus fue a protestar, pero Niza se adelantó.

—No hay ninguna molestia, hermana —dijo con una gélida voz—. Zula y yo solo veníamos a saludar. Tenemos asuntos más importantes que sentarnos aquí contigo.

—Espero que esos asuntos sean sobre tu aspecto, hermana —dijo la acompañante de Kaira—. Te veo muy estropeada, y has de saber que nos preocupa tu salud, ya que cada día te pareces más a madre.

—¡Cierra tu maldita boca, Layna! —bufó Zula.

Layna iba a responder algo, pero Kaira la detuvo con un sutil toque en la mano.

—¿Hay algún cadáver cerca? —preguntó con ironía una mujer de cabellos dorados que acababa de llegar a la mesa, mirando a Zula y Niza—. Lo digo por las carroñeras…

Malóu sabía quién era aquella mujer: Aurelia la Lechuza Dorada. Aurelia tomó asiento a la izquierda de Layna, que estaba tapándose la boca debido al ataque de risa que le había entrado por el comentario de Aurelia.

Todas las hijas de Yami estaban ahora presentes, y no parecía que fuera algo que hicieran muy a menudo, a juzgar por la tensión que se palpaba en el ambiente.

—Cómo osas… —bufó Niza, dirigiendo una afilada mirada a su hermana.

—Algún día te arrancaré esa dorada melena —amenazó Zula.

—Ardo en deseos de que llegue ese día, hermanita —dijo Aurelia.

Niza agarró del brazo a Zula y se fueron sin decir nada más.

Malóu se fijó en que su padre ya se había sentado y había elegido bien el sitio. Sauro tenía a Kaira enfrente, y a su derecha a su fiel paladín, Zánatos.

Otus no había perdido el tiempo tampoco. Se había sentado a la izquierda de Sauro, seguido de Tynses. Malóu, en cambio, no quería estar cerca de Otus o del hijo de este, por lo que se sentó al lado de Zánatos, con el que había creado un vínculo muy especial en los cuatro ciclos de viaje que habían compartido.

Nisha había sopesado sentarse con su primo Tynses, pero en el último momento se decantó por el asiento vacío que había a la derecha de Malóu.

Otus comenzó a hablar con Sauro, lo que hizo que Zánatos se volviera y colocara su mano sobre el hombro de Malóu.

—¿Hubo suerte? —preguntó arqueando una ceja.

Malóu negó con la cabeza e hizo una mueca.

Zánatos era la única persona del clan del Cazador en la que Malóu confiaba. Habían compartido mucho tiempo juntos en los viajes de Malóu, y este le había confesado sus más íntimos sentimientos. Malóu había encontrado en Zánatos la figura paterna que tanto había anhelado desde su infancia.

—¡No te preocupes! —dijo Zánatos con una enorme sonrisa.

—No entiendo nada, es como si se hubiera olvidado de mí.

—¡Da tú el primer paso!, hazle saber que no la has olvidado. —Zánatos acercó su rasurada cabeza a la de Malóu—. Aunque tampoco te muestres ansioso y desesperado, chaval.

—No importa lo mucho que haya viajado… En temas amorosos sigo siendo un inexperto —resopló Malóu.

—¿Recuerdas aquella cantinela que escuchamos a la luz de la hoguera en Aetosía?

—¿Qué ocurre con ella?

—El bardo la había titulado «La hembra». No recuerdo sus versos, pero aquel tipo sí entendía de temas amorosos.

Malóu recordaba a la perfección aquella cantinela, ya que todos y cada uno de sus versos le habían recordado a Tyna.

—Tú deberías haber aprendido algo, te has casado tres veces.

—Y me he descasado otras tres —respondió Zánatos guiñándole el ojo—. ¿Y sabes qué he aprendido? ¡A no casarme más! —exclamó con una sonora risotada.

Zánatos le sirvió a Malóu una gran jarra de cerveza negra como la noche. Malóu conocía y adoraba aquella cerveza, ya que la había probado en su estancia en el clan del Cuervo, aunque desconocía cómo la había conseguido Zánatos. Se rumoreaba que su receta era un secreto de los córvidos.

—¡¿De qué habláis?! —preguntó Nisha colocando una mano en la rodilla de Malóu, gesto que no le hizo ninguna gracia a él.

—De… de historia —mintió Malóu.

—¡Adoro la historia! —dijo Nisha.

—¿Cuándo vienen tus primas? —dijo Zánatos—. ¡Estoy *jalamío*!

—¿Eh? —dijo Nisha sin entender.

—Que tiene hambre —aclaró Malóu.

—Ahh, tú ve comiendo, ¡que hubieran llegado antes!

Zánatos fue a coger un gran muslo de pollo, pero Malóu le dirigió una severa mirada. Zánatos se percató y, en lugar de echar mano al pollo, cogió un trapo que había al lado del plato y lo usó para limpiarse la espuma de cerveza que albergaba en su bigote. Malóu

no tenía ninguna duda de que era la primera vez en su vida de tal hazaña.

—¡Seguro que están buscando a la huerfanita! —se quejó Nisha.

—¿Qué huérfana? —preguntó Malóu.

—Pues a la pelirroja, la huérfana que Kaira adoptó.

—¿De qué hablas? —volvió a preguntar Malóu.

—¡Ah claro!, que has estado fuera y no te has enterado de nada. —Nisha resopló—. Kaira se encontró a una niña moribunda en el bosque junto a una cría de lobo. ¡Y no tuvo mejor idea que acogerla en nuestro poblado!, y encima bajo su techo. —Las palabras de Nisha estaban impregnadas de rabia—. Y, por si fuera poco, ¡también acogió al chucho! Y ahora esa bestia vaga suelta por Glauxolia. Algún día se va a comer a alguien. —Nisha ladeó la cabeza en señal de desaprobación—. Los lobos no son de fiar… Yo creo que deberíamos sacrificarlo.

Aquellas nuevas habían dejado atónito a Malóu.

—¿Un lobo? —preguntó Zánatos arqueando la ceja.

—Sí, un lobo salvaje, pero no pienses mal —dijo Sauro interviniendo en la conversación—. Irena lo revisó y nos los comentó todo. —Zánatos se ensombreció ante el nombre de Irena, la que había sido su primera mujer y madre de su hijo Tux—. La huérfana era una apátrida, no hay de qué preocuparse. —Sauro fijó su mirada en Zánatos—. Además, la moza acabará abandonando al lobo en el bosque, esas bestias no obedecen, y cuando las intentas doblegar, terminan dándole una tarascada a la mano que les da de comer y no queda otra que sacrificarlas.

Malóu se había percatado de los dobles sentidos en las palabras de su padre, y suspiró aliviado al saber que aquella huérfana no había pertenecido al clan del Lobo. Aquello habría significado el fin de los búhos en la Liga de Clanes y, en caso de guerra, Malóu tenía

claro que no lucharía contra Tyna, porque no lucharía contra los designios de su propio corazón.

—¿Qué tal se llevan Tyna y ella? —preguntó Malóu.

—Son uña y carne, aunque era de esperar —respondió Nisha con una mueca de desprecio—. Mi pobre primita nunca superó la muerte de Surnia, y su mamá fue y le trajo otra hermanita para que pudiera jugar.

Malóu iba a preguntarle más cosas a Nisha, pero entonces llegaron las tres chicas que faltaban, acaparando las miradas de los demás.

Reysa encabezaba el grupo. Malóu la recordaba de la última vez que había estado en el poblado, pero Reysa estaba irreconocible, excepto por su cabellera dorada, más brillante incluso que la de su madre. Detrás de Reysa iban Tyna y otra muchacha, cuya cabellera rojiza le indicó a Malóu que se trataba de la huérfana, pero a él no le importaba aquella chica.

Malóu miró a Tyna, a la chica que llevaba ocupando su mente cuatro ciclos. Malóu había besado a otras, pero ninguna le había hecho olvidar su primer beso con Tyna. Había yacido con otras, pero en sus fantasías siempre yacía con Tyna.

Tyna se acercó a la mesa con la cabeza gacha, por lo que Malóu, cansado de anhelar un guijarro de atención por su parte, se levantó de la mesa y, con una ligera inclinación reverencial, le habló.

—¡Buenas noches, sabia, hermosa y honorable Tyna, futura líder del clan del Búho!

—Buenas noches, Malóu —contestó Tyna con un tono gélido y desprovisto de pasión.

Malóu alzó la cabeza para deleitarse con los melíferos ojos tallados en ámbar de Tyna, pero eso solo existía en sus recuerdos. En su lugar se encontró con una mirada impregnada de repugnancia

ante algo que una vez se miró con deseo y que se había convertido en un trozo de mierda maloliente.

Malóu volvió a sentarse. Albergaba dudas sobre si Tyna le había olvidado. Ahora sabía que no, que simplemente le odiaba por alguna razón que él desconocía.

—¡Ya era hora! —exclamó Tynses.

Reysa escrutó los asientos y lanzó una furtiva y afilada mirada a Nisha por haberle quitado el sitio.

—Te advierto que no estoy de humor —gruñó Reysa, sentándose a la izquierda de su primo Tynses.

—Tranquila, no voy a importunarte, primita —dijo Tynses con su mejor sonrisa—. ¿Qué tal os fue la iniciación?

Reysa respondió haciéndole una peineta con la mano derecha. Tynses soltó una carcajada y dejó tranquila a su prima.

Tyna se sentó al lado de su prima Reysa, y la pelirroja entre Tyna y Kaira.

—¡Ya estamos todos! —anunció Kaira con una poderosa voz que hizo que se callaran al instante—. Lo primero es hacer las presentaciones, puesto que muchos no tienen el honor de conocer a mi otra hija. —Kaira puso una mano sobre la de la pelirroja—. Os presento a Luna.

—Hola —dijo Luna sin levantar la mirada del plato que tenía enfrente.

—Luna, Tyna y Reysa acaban de ser reconocidas como neófitas del clan del Búho. Por ello, os pido comprensión —continuó Kaira—. Las tres acaban de enfrentarse a una dura prueba, es normal que estén cansadas y distraídas.

El ambiente era tenso, y la mesa parecía un campo de batalla con varios frentes.

—Lo primero que debemos aclarar es el motivo de esta inesperada reunión —sugirió Aurelia—, ya que a todos nos ha pillado por sorpresa.

—Sí, ¿a qué vienen tantas prisas, Sauro? —preguntó Layna—. Podíamos haber comido mañana con más calma.

Sauro hizo una mueca. Malóu sabía que a su padre no le gustaba que nadie le cuestionara nada, pero Sauro respetaba a Kaira, y por tanto respetaba a sus hermanas.

—Tenéis razón, bellas damas —dijo mostrando su mejor cara de amabilidad—. Os debo una explicación. —Sauro bebió un largo trago de su jarra de cerveza y prosiguió—. Hacía bastantes ciclos que no venía a la Glaukada, y tenía muchos asuntos pendientes. Me encontraba en Kélyfos, y cuando me enteré de que el clan de la Tortuga iba a asistir a la Glaukada, decidí unirme a su tripulación.

»Le comenté a Kobukso el Barquero, capitán de la embarcación, si podíamos parar en Koraxia, y así aprovechaba para recoger a mi hijo, al cual llevaba cuatro ciclos sin ver. —Sauro alzó la jarra y señaló a Malóu con ella.

»Nada más llegar esta tarde al poblado, he preguntado por ti, Kaira. Pero me dijeron que estabas muy ocupada con tus rituales, por lo que me di un paseo con Kobukso por tu entrañable villa.

»Dio la casualidad de que nos topamos con Zox, que estaba hablando con Bran, el marido de Mara. Luego apareció tu querido Sétrix acompañado de Zelna, que como bien sabes es una de las tres líderes que dirigen Aetosía.

»Sétrix, actuando como un digno anfitrión, nos condujo a un sitio más reservado. La bebida acrecentó nuestras ansias e ilusiones por seguir mejorando la Liga, por lo que surgió un pequeño plan.

»Los detalles te los puede contar Sétrix. —Sauro hizo un gesto con la mano restándole importancia al plan, ya que Kaira estaba muy

seria y tenía la mirada fija en Sauro.

»En resumen, que he de zarpar mañana al alba. Es por eso por lo que os he reunido de forma tan rápida y sin avisar con antelación.

Kaira dio un largo trago a su copa de vino y, tras una larga pausa en la que se deleitó con su sabor, habló.

—¿Y para qué hemos sido reunidos? —preguntó con autoridad.

—Hubiera sido una deshonra pasar por tu poblado y no cenar contigo. —Sauro esbozó una pequeña sonrisa—. Veo que la gente está hambrienta. Empecemos a zampar y dejemos que la bebida estimule nuestras lenguas; hay muchas cosas de las que hablar…

En cuanto Sauro terminó aquella frase, Zánatos se lanzó a por su presa: el mismo muslo que antes se le había resistido. Malóu tenía poca hambre, pero no fue capaz de resistirse a unas patatas asadas con pimientos y unas costillas de cerdo. La mayoría charlaban con sus allegados. Malóu se dio cuenta de que la pelirroja no había probado bocado.

—Don Sauro —dijo de improvisto Tynses—. ¿Su plan tiene algo que ver con la anexión de futuros clanes a la Liga?

—Chico listo —dijo Sauro señalando a Tynses con un muslo de pollo—, pero por el momento no puedo decir nada.

—¿Qué pasaría si un clan decidiera rechazar una oferta de anexión? —Reysa intervino en la conversación.

—Vaya preguntas haces, sobrina —gruñó Otus—. ¿Quién no iba a querer formar parte de tan aclamada y majestuosa alianza?

—Tranquilo, Otus. La chica tiene derecho a ser curiosa, no hay nada malo en ello —terció Sauro ante la atónita mirada de Otus—. Nuestra idea es negociar con ellos, no queremos destruir ningún clan, sino adaptarlos a la sociedad, llegar a acuerdos.

—Si nos unimos, tendremos mayor protección contra otros clanes rivales fuera de la Liga y contra cualquier peligro externo que pueda

amenazar Terión —añadió Tynses.

—Muy bien dicho —dijo Sauro—. Además tendremos una red de intercambio de alimentos, indumentaria, armas… Incluso tengo en mente una idea para el futuro: una red comercial basada en un sistema de valores comunes llamados monedas. En Zaeria ya lo hemos implementado, aunque para comerciar con los demás clanes seguimos usando vuestro querido trueque.

Reysa iba a refutar algo, pero su prima Tyna se le adelantó.

—Sí, todo eso está muy bien, pero no has respondido a la pregunta de mi prima —dijo con frialdad.

—Mira que es pedante —masculló Nisha.

—Nadie puede dudar de que seas hija de Kaira, joven Tyna —dijo Sauro—. Puedes estar tranquila, la Liga no tiene intención de entrar en guerra con ningún otro clan. Aunque aquellos ajenos a la Liga han de entender que, si atacan a uno de nosotros, todos iremos a la guerra para defender a nuestro aliado.

—¿Quién decidirá si vamos a la guerra? —preguntó Aurelia, que tenía la oreja puesta en la conversación.

—Esa es una excelente pregunta, honorable Aurelia —respondió Sauro mientras le daba un mordisco a un muslo de pollo y lo masticaba con calma—. Y la venerable Kaira te la puede responder por mí.

Kaira, que estaba instando a Luna a que comiera algo, se vio sorprendida por aquella mención, aunque pronto recobró la compostura.

—Significa eso que has aceptado mi propuesta de creación de un concilio formado por los líderes de cada clan que conforman la Liga —dijo Kaira.

Sauro asintió.

—Una gran idea, don Sauro —dijo Otus, que se llevó la jarra de cerveza a la boca.

«Ni toda la cerveza del mundo podrá quitarte el sabor del culo de mi padre que tienes impregnado en la lengua, zalamero», pensó Malóu.

—Te recuerdo, tío —intervino Tyna—, que en la Era Felina ya existía un concilio, que también estaba formado por los líderes de los clanes principales, justo los doce clanes que dan nombre a nuestras fases lunares. —Tyna iba incrementando el tono poco a poco, incapaz de controlar su furia—. También creo que has olvidado que mi madre creó la Asamblea de los Búhos nada más llegar al poder, con el fin de emular aquel gran consejo. Por tanto, si has de felicitar a alguien por dicha idea, apunta en la dirección adecuada.

—Muy cierto. Veo que vuestra célebre sabiduría no era una simple leyenda —rectificó Malóu en un pésimo intento de sacarle una sonrisa a Tyna.

No funcionó.

—Muy cierto, prima —dijo Tynses con una afilada sonrisa—. Aunque no deja de ser una mala idea. El poder no necesita ser dividido, eso solo conlleva retrasos en las decisiones y luchas internas entre los mandatarios. Basta con echar un vistazo a la sabia naturaleza: los animales salvajes siguen al más grande y fuerte. Imaginad un clan en el que su líder sea elegido por votación de sus habitantes. —Tynses estalló en risas al decir eso último, seguido por Otus y Nisha.

—Ahora que lo dices, sabio Tynses —dijo Malóu al tiempo que miraba a Tyna—, el clan del Lobo elegía a su líder mediante un plebiscito en el que podían participar todos los miembros iniciados.

Aquello sentó como un jarro de agua fría al despertar. Zánatos siguió comiendo como si nada, pero Sauro le lanzó una mirada a

Malóu que no presagiaba nada bueno. Para Malóu había merecido la pena, ya que Tyna le había mirado de una manera diferente, e incluso la pelirroja había alzado la cabeza del plato.

—¡¿Ah, sí?! —preguntó sorprendido Tynses—. ¡Pues mira cómo les fue!

Los allegados de Tynses volvieron a reírse a carcajadas, incluso Otus aplaudía el chiste de su hijo como si fuera lo mejor que había oído en su penosa vida. En cambio, en el otro frente de la mesa, la broma no había sentado nada bien.

—Por eso, la creación del concilio es imprescindible —aseveró Kaira sin alzar la voz—. El clan del Lobo no era miembro de la Liga de Clanes, a pesar de las numerosas y reiteradas invitaciones que les fueron enviadas mediante emisarios. Aunque eso no justifica que los cazadores y los lobos se enfrascaran en una contienda que no otorgó beneficio alguno a nuestra tierra.

—Solo un iluso pensaría que nuestra especie es capaz de solucionar cualquier problema sin recurrir a la violencia. Nuestra historia es el claro ejemplo de que la guerra es inevitable entre clanes —dijo Zánatos sin levantar la cabeza del plato.

—Por eso los búhos se unieron a la Liga, para evitar más guerras innecesarias. —Kaira hizo una pausa y recorrió con su profunda mirada la mesa, escrutando a cada uno de los comensales—. De haber existido un concilio, el clan del Lobo no se habría extinguido, y ahora, en esta mágica noche, una mesa de mi poblado estaría repleta de sus miembros, que beberían y reirían junto a los demás aliados, pero eso ya no es posible.

Un frío silencio recorrió la mesa.

Sauro parecía eludir la mirada acusadora de Kaira. Zánatos seguía comiendo como si nada. Otus y Tynses fingían estar muy ocupados

en sus respectivos platos. De pronto, sin que nadie lo esperara, la pelirroja habló.

—¡Por el clan del Lobo! —vociferó alzando su jarra de hidromiel—, cuyos miembros corren ahora a cuatro patas en una eterna noche en el Reino de Gaia, donde Fénrir el Fiero los protege de los demás males, y donde su amada, Selene la Portadora de Luz, ilumina su camino con su perpetua y lucífera luna llena.

Durante unos instantes el tiempo se detuvo. Luna seguía en su misma pose, con la cabeza gacha y los ojos fijos en el plato, pero levantaba su mano izquierda con absoluta determinación. Todos los comensales la miraron, y algunos la siguieron en su brindis. Primero fueron Tyna y Reysa, luego Kaira y sus hermanas, y luego Malóu, y después todos los demás.

—Grandes palabras para un gran clan, jovencita —dijo Sauro después de brindar—. Veo que Kaira sigue compartiendo con los jóvenes sus enormes conocimientos sobre el clan del Lobo. Podría decirse que ahora mismo es la mayor experta sobre dicho clan.

—Un clan solo muere cuando sus leyendas dejan de ser contadas —dijo Aurelia.

—¡No digas sandeces, cuñada! —refunfuñó Otus—. Dentro de unos ciclos nadie recordará a ninguno de esos soberbios chuchos.

—¿Acaso algún miembro del clan del Lobo fue relevante para Terión? —preguntó Nisha entre risas.

Luna soltó un bufido y clavó sus verdosos ojos en Nisha.

—¿Qué sabrá una urraca en celo como tú de historia? —Luna había impregnado cada palabra con un profundo sentimiento de asco—. Debes de ser la única en todo Terión que no ha oído las historias del que es considerado el mejor guerrero de nuestro tiempo, que perteneció al clan del Lobo y cuyo nombre era Férox el Bárbaro. —Luna hizo una pausa y señaló a Nisha con un cuchillo—.

Y gracias a que él derrotó a la Gran Pantera, tú puedes sentar tu acomodado y fofo culo en esta mesa.

—¿Cómo osas…? —gruñó Nisha desconcertada.

—Tiene razón, querida Nisha —dijo Tynses sorprendiendo a todos —. Férox luchó contra los felinos en la Gran Guerra, pero te equivocas en una cosa, prima. —Tynses dijo esta última palabra con especial inquina—. Fue la mano de Sauro el Humilde la que derrotó a la Gran Pantera, por tanto, debemos darle las gracias a él, y no a un fantasma.

—Kaira, he de decir que tu clan me fascina —dijo Sauro mostrando sus afilados y relucientes colmillos—. Les has enseñado muy bien.

Kaira apuró su copa de vino.

—En nuestro clan valoramos la educación y la sabiduría de nuestros miembros —respondió relamiéndose los labios y mostrándole una avinagrada sonrisa a Sauro.

—Aunque algunos hacen lo posible por escaquearse —masculló Layna fingiendo que tosía.

Aurelia, Reysa y Tyna esbozaron unas sonrisas de complicidad.

—Ya que estamos entre amigos, voy a contaros algo —dijo Sauro —. Es cierto lo que dice vuestra pequeña neófita: Férox fue esencial en la Gran Guerra. Aunque siempre ha circulado el rumor sobre quién fue el que acabó con la Gran Pantera. El origen del problema se debe al nombre que se le dio en su momento a la Gran Pantera, ya que en realidad había dos panteras.

—Una era Yabana la Salvaje, líder del clan Pantera y artífice del plan que originó la Gran Guerra. Y la otra era Nékox, una gigantesca pantera primigenia que, además, era la compañera y montura de Yabana —añadió Malóu, ávido por demostrar sus nuevos conocimientos.

—Me alegra saber que tus viajes han dado sus frutos, hijo —dijo Sauro asintiendo sonriente—. Férox, junto con su inmensa loba Rhea, peleó y derrotó a Nékox. Yo, en cambio, combatí contra Yabana, a la cual vencí. Ambos ganamos, por lo que ambos derrotamos a la Gran Pantera, de ahí el rumor.

—Los adultos recordamos bien dicha historia, Sauro —dijo Aurelia —. Dicho rumor solo discurre entre las juventudes.

Los comensales centraron su atención en la comida y, durante un tiempo, el único sonido que emanó de sus bocas fue el del masticar de los dientes.

—Prima —dijo con un tono gélido Nisha, rompiendo el silencio—. Acabo de caer en que nunca he oído vivencias tuyas anteriores a tu llegada a nuestra amada villa.

—¿Y eso a ti qué te importa? —preguntó Layna.

—Luna ya es una neófita —terció Tynses—, digna de estar sentada aquí junto a nosotros. Creo que se ha ganado el respeto del clan, por lo tanto, no debería sentir vergüenza de sus orígenes, aunque sean de baja ralea.

—Tranquilo, primo —masculló Luna con calma—. No siento vergüenza de mis orígenes. —Luna alzó la cabeza, y sus ojos centellearon—. Creo que todos sabéis que soy una apátrida.

—Huérfana, delgaducha y apátrida —musitó Nisha.

—Y aun así da menos asco que tú —replicó Reysa, que había reparado en el comentario.

—Es muy valiente eso que has dicho, jovencita —dijo Sauro con un sonoro aplauso—. La mayoría ya lo sabe, pero tú eres joven y no tienes por qué saberlo. —Sauro hizo una pequeña pausa—. Yo también nací como un paria y, al igual que tú, no siento ninguna vergüenza por ello, y también tuve que lidiar con mucha gente que me desprestigiaba. —Sauro había alterado su tono de voz y miraba

con fijación a Luna—. ¡¿Qué culpa tengo yo de ser hijo de un desterrado?! ¿Acaso debe pagar un hijo por los pecados de su padre? No…, no era justo. Mi padre cometió errores, muchos errores, y pagó por ellos. Yo nací en el bosque, nací en la misma tierra que los demás, pero por el simple hecho de haber nacido fuera de una empalizada ya no podía disfrutar de las maravillas de Terión. No tenía ninguna marca en la piel, ni de desterrado ni de ningún clan, por lo que nadie quería ayudarme. Solo tenía a mis compañeros apátridas. Es muy duro, pero sé por experiencia propia que esa vida te fortalece, y veo en tu mirada que no eres una presa indefensa. No, en tus ojos veo la mirada de un depredador.

Nisha limpiaba de su rostro unas falsas lágrimas. Otus aplaudía la asombrosa historia de Sauro. Malóu, en cambio, la había escuchado tantas veces que se la sabía de memoria.

—¿Llegaste a saber los clanes de origen de tus padres? —preguntó Otus con gran interés.

«Ya te los he dicho yo antes, pesado», pensó Malóu.

—Laúdine, mi madre, había pertenecido al clan de la Tortuga, pero ella murió en el parto. En cuanto a Rex, mi padre, él nunca me lo dijo, y yo tampoco quería saberlo. Para mí, él era un indeseable. —Sauro volvió a inundar su seca jarra con cerveza—. Cuando era pequeño, lo odiaba, detestaba ser un indigente y un paria de la sociedad. Mendigábamos por los bosques, cazando y atracando mercaderes para poder abastecernos de lo básico. ¿Quién querría esa vida para su hijo? ¿Quién sería tan cruel de traer a un vástago al mundo en aquellas condiciones?

—Por eso, tu clan es el único que no tiene marcas de distinción —dijo Tyna.

Sauro asintió con la cabeza.

—El día que murió el malnacido de Rex tomé una decisión. No suplicaría al mundo, no hincaría las rodillas ante una sociedad que me repudiaba. —Sauro escupía las palabras con brío—. Entonces decidí cambiar las reglas: no me sometería a las leyes de Terión, ¡crearía mis propias leyes! —exclamó con ímpetu—. Fundaría un clan nuevo, sin leyendas, sin historia, sin sandeces que me ataran a falsos dioses ni a estúpidas tradiciones sin sentido. Sobre todo, sin restricciones: sin marca de iniciación ni de sangre. Un clan donde todos serían aceptados, sin importar sus crímenes generacionales. —Sauro extendió ambos brazos—. Así nació el clan del Cazador, y lo hizo en mitad del bosque en el que cazábamos para sobrevivir. Luego talamos el bosque por completo y usamos sus materiales para construir nuestra enorme ciudad: Zaeria.

—Una historia preciosa —espetó Kaira sin titubeos—, pero te olvidas de lo más importante: los demás clanes no habrían permitido la fundación de una ciudad de desterrados y proscritos. —Kaira había rellenado su copa y la alzaba triunfante—. Fue nuestro regalo, como agradecimiento por vuestra labor prestada en la Gran Guerra, ya que aquella guerra no era de vuestra incumbencia, pero actuasteis de forma sabia al elegir un bando. Gracias a aquella acertada decisión, el antiguo Bosque Lóbrego es ahora una ciudad luminosa, las Estepas Inhóspitas están más transitadas que nunca y sus caballos forman parte de vuestro clan.

Sauro recibió con agrado dichos comentarios, aunque no se podía decir lo mismo de su mano derecha.

—Por eso fue nombrado nuestro líder —intervino Zánatos—. ¡Y no somos el maldito clan del Caballo! Estoy hasta el rabo de oír ese murmullo en vuestras bocas. —Zánatos se inclinó y golpeó la mesa con dureza—. Los caballos son nuestras herramientas; nosotros les dimos un hogar, y ellos nos recompensan con su velocidad y

aguante. Al igual que los perros que otros clanes abandonaban por no ser tan dignos como los lobos, al igual que los gatos, que no eran tan grandes como los felinos del norte. ¡Nuestro clan aceptó a todos y cada uno de ellos!

—Sí, sabemos que acogéis a la chusma —masculló Aurelia—. Gracias, por cierto, por limpiarnos el antiguo Bosque de los Desterrados. Ahora lo llamamos el Bosque Hueco, y está mucho mejor sin Dante y Arturo.

—Han pasado solo veintiocho ciclos desde la Gran Guerra —dijo Otus ignorando a su cuñada—. Y ya habéis conseguido superar a los demás clanes.

—¿Quién dice que nos hayan adelantado? —preguntó enojada Reysa.

—¡Cómo se nota que no has visitado Zaeria, prima! —exclamó Tynses—. El clan del Cazador es, sin duda alguna, el más próspero de todo Terión, además del más numeroso.

«Eso es lo único que te interesa, maldito buitre: cobijarte bajo el árbol que más sombra arroja», pensó Malóu.

Los cuervos le habían informado a Malóu del número de habitantes, en base a estimaciones, que tenían los demás clanes; y él había comprobado, asombrado, que ni todos juntos igualaban la población de los cazadores.

—¡Ahora que lo pienso! —dijo Nisha de pronto—, Sauro, quizás conocieras a los padres de Luna.

—Es posible. Luna, ¿dónde naciste? —preguntó alzando la ceja Sauro.

Luna apuró su gran jarra de hidromiel antes de contestar.

—Más allá de las Cordilleras Pálidas —respondió.

—Desterrados del norte —murmuró Sauro—. ¿Recuerdas el clan de tus padres?

Luna alzó los ojos y se llevó la mano a la barbilla.

—Nunca me lo dijeron, y sus marcas estaban quemadas. Además, no recuerdo a ningún desterrado que fuera alardeando de sus clanes de origen, todos los repudiaban.

—¿Es eso cierto? —preguntó Otus.

—Sí —asintió Sauro con un suspiro—. Se les quema la piel con un hierro candente para que no sean aceptados en ningún otro clan. Nadie quiere a un desterrado, no importa de donde proceda.

—Sabrás al menos el nombre de tus padres —dijo Tynses.

Luna acababa de morder un buen pedazo de carne, lo masticó con calma y, después de tragarlo y regarlo con más hidromiel, contestó.

—Solo el de mi madre, Cerys. —Luna se llevó la mano a la boca y profirió un sonoro eructo—. Al malnacido de mi padre no lo conocí, aunque me habría gustado, así podría haberle cortado los huevos y haberme preparado una tortilla con ellos. Ese desgraciado e infame bastardo forzó a mi madre y luego desapareció. Éramos un grupo muy pequeño, solo mujeres y algunos niños.

—¿Cómo podíais sobrevivir? —preguntó Otus—. Sin ningún hombre, quiero decir.

La parte femenina de la mesa soltó un profundo resoplido a coro, excepto Nisha, que no pareció darse por aludida ante tal insulto.

—Las mujeres pueden conseguir alimento de muchas maneras, Otus. Cazando o engatusando a viajeros de mente roma, como hacía el grupo de Sauro —respondió con enfado Luna.

—Ramera —masculló Nisha.

Luna hizo caso omiso del comentario.

—¿Cómo acaba una niña norteña en el sur de Terión? —preguntó Tynses.

Luna conseguía tener la boca llena a cada pregunta que le hacían.

—Fue una desgracia —masculló mientras tragaba—. Nos encontramos con un grupo de nómadas salvajes del Valle de Gaia, felinos que huyeron de la Gran Guerra. Eran casi todos hombres, y al vernos intentaron saciar su… sed. Mi grupo no lo permitió. Estalló una pelea, hubo sangre, mucha sangre, y mi madre…

Luna comenzó a temblar, intentó cortar un trozo de carne con el cuchillo, pero se vio incapaz; y de pronto, su plato se vio regado por las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Tranquila, pequeña —dijo Sauro—. Entiendo lo que es recordar esos tiempos, incluso a mí me quitan el sueño.

Luna se limpió las lágrimas, apuró la jarra y continuó.

—Me quedé sola, pero escapé con vida —dijo con aflicción—. No tenía adónde ir, por lo que seguí el curso de un río. Ahora sé que se llama el río Jato y que desemboca en el océano. —Luna se sorbió los mocos—. Llegando al Bosque Hueco me encontré con una cría peluda, aunque no sabía bien lo que era, ya que nunca había visto a un animal así. Ahora sé que es un lobo, pero en ese momento él también estaba solo e indefenso. Unimos nuestros destinos y juntos seguimos la linde del río. Estábamos hambrientos y agotados. Kaira nos encontró, se apiadó de nosotros y nos acogió en su villa.

Luna miró a los ojos llorosos de su madre, que la cogió de la mano con firmeza.

—Un acto muy noble por tu parte, noble y sabia Kaira —dijo Sauro con admiración.

Kaira se limpió las lágrimas y dio un cariñoso beso a su hija en la frente.

—Gaia me devolvió aquello que me había arrebatado —dijo Kaira con melancolía—, aunque el dolor por la pérdida de una hija no te abandona nunca. Cada noche, mi corazón se desgarra y mis ojos se inundan de lágrimas al recordar el rostro de Surnia. Pero cuando el

primer haz de luz ilumina la oscura noche, mis lúgubres pensamientos me abandonan y una sonrisa ilumina mi rostro, pues también hay felicidad en mí. —Kaira miró afectuosamente a sus dos hijas—. Son Tyna y Luna las que avivan esa luz en mi alma. Por eso, al igual que maldigo a Gaia por haberme arrebatado a una hija, también la bendigo, ya que me dio otra razón por la que luchar y seguir subsistiendo en este mundo tan agridulce que nos toca vivir.

Nadie se atrevió a decir nada. Tyna, Reysa, Layna y Aurelia tenían los ojos vidriosos. Nisha, Tynses y Otus callaban, lo que viniendo de ellos ya era bastante. Sauro también parecía haberse conmovido por aquella historia.

Malóu iba a decir algo a Zánatos cuando este pegó un sonoro porrazo a la mesa con su jarra, la cual permaneció intacta.

—¡Podemos dejarnos de tanta historia e ir al meollo! —vociferó—. Me estoy meando.

Malóu soltó una carcajada. Zánatos llevaba toda la noche engullendo y bebiendo sin parar. Lo último que había tomado era un gran cuenco repleto de sopa de marisco.

—¿Por quién nos has tomado, calvorota? —preguntó entre risas Aurelia—. Mea ahí detrás, tenemos longanizas en la mesa más interesantes que mirar.

Layna comenzó a reírse en el hombro de su hermana, aunque a Zánatos no le había hecho ninguna gracia.

—¿Qué me has llamado? —farfullaba Zánatos al tiempo que la señalaba con una cuchara sopera.

—Tiene razón, debemos zanjar esto de una vez por todas —intervino Kaira sin miramientos—. Vayamos al grano, Sauro. Me agrada que por fin hayas aceptado la idea del concilio. ¿Quiénes lo formarán exactamente?

—Cazadores, tortugas, águilas, cuervos, búhos y zorros —contestó Sauro—. Pero la cuestión importante aquí es quién de nosotros será el líder del concilio. Somos seis miembros, por lo que uno deberá desempatar, y dicha persona tendrá un gran poder.

—Cierto, debe ser elegido por votación —añadió Kaira.

—No, la votación traerá problemas —aseveró Sauro—. Lo he sopesado con calma y creo que la más capacitada para ese puesto eres tú, Aveoscura.

Aquello pilló por sorpresa a todos, incluso a Kaira.

—Me halagas, Sauro —dijo Kaira alzando su copa de vino—. Acepto de buena gana el puesto, pero has de saber que mi objetivo es la paz en Terión. No creas que por haberme dado este poder podrás controlarme.

—Las mujeres no pueden ser controladas —dijo con voz calmada Sauro—. Son como las llamas de una hoguera, bailan según les dicta su naturaleza y no obedecen a nadie, ni siquiera al que les dio la vida.

—Siempre puedes apagar la hoguera —le susurró Zánatos a Malóu.

Malóu dejó escapar una leve carcajada, pero miró a los ojos de Tyna y en ellos visualizó sendas llamas. Fingió que tosía y cambió el rostro por uno más serio y formal, aunque Tyna seguía juzgándolo con la mirada.

—¡Sea pues! Por la Liga de Clanes —gritó Kaira.

Todos alzaron sus jarras al unísono y siguieron a Kaira.

Después de brindar, Luna se inclinó hacia Kaira y le susurró algo al oído. Kaira asintió y Luna comenzó a colocar sus cubiertos con la intención de irse.

—¿Ya te vas, pelirroja? —preguntó Nisha en alto para que todos centraran su atención en Luna.

—Sí, ha sido un placer, pero estoy cansada —dijo Luna.

—Espera un momento, jovencita. Hay un último asunto —intervino Sauro—. Como sabéis, mi hijo ha vuelto de sus viajes. Ha ganado fuerza, inteligencia y sabiduría, y ahora es un hombre nuevo. —Sauro le echó una mirada a Malóu que no auguraba nada bueno—. Ha estado visitando las villas de los clanes que conforman la Liga, conociendo sus tradiciones y cultura.

—Todavía me falta el clan del Zorro por visitar, padre, y aún me queda mucho por aprender —corrigió Malóu.

—Lo sé, muchacho, e irás a Kalópix a su debido tiempo, pero me gustaría que pasaras una temporada aquí, en Glauxolia. —Sauro hizo una pausa y fijó su mirada en Kaira—. Sí, es cierto que ya ha visitado Glauxolia en varias ocasiones, pero no era más que un criajo. Ahora es cuando debe empaparse de su cultura y sabiduría. Kaira, te pido formalmente permiso para que permitas a mi hijo quedarse aquí el tiempo que sea necesario.

—Estaremos encantados de contar con su presencia —respondió Kaira—. Le buscaré unos aposentos acordes a su abolengo.

—¡No digas sandeces, cuñada! —exclamó Otus—. Con gusto lo acogeré en mi casa.

—¡O en la nuestra! Mi madre tiene una casa muy grande y solitaria —expuso Nisha.

—¡Tiene que ser con Kaira! —gritó Zánatos con la boca llena.

—¡¿Por qué?! —preguntó con brío Tyna.

—Estoy preparando a mi hijo para el futuro —respondió con calma Sauro—. Mi pueblo ya lo ha aceptado como mi futuro heredero, y llegará el día en que los cazadores le sigan. —Sauro fijó su mirada en Tyna—. Tú eres la sucesora del clan del Búho, pero, más importante aún, tu sabiduría algún día salvará Terión. —Tyna arqueó una ceja en señal de que no entendía nada—. Mi hijo tiene

muchas cualidades, pero la sabiduría no es una de ellas. Necesitará a una mujer que posea la sabiduría que él no tiene. Por eso, Malóu debe quedarse con Kaira, para estar cerca de Tyna, para así conocerse a fondo. —Sauro miró a Tyna, luego a su hijo y por último a Kaira—. Me gustaría que se casasen.

La cena se convirtió en un funeral. Nadie decía nada. Las miradas hablaban por sí solas. Tyna lanzó una mirada rápida a su madre. Kaira, por su parte, miraba a Sauro con fijación.

Malóu agachaba la cabeza. Él no había sido informado de nada de lo que acababa de decir su padre, y temía que aquello pudiera arruinar su ya bastante perjudicada relación con Tyna. Malóu amaba a Tyna, quería casarse con ella, pero no así.

Al final, Kaira se aclaró la garganta y habló.

—Sauro, no sé cuáles serán las costumbres de tu clan, pero nosotros abandonamos esa anticuada tradición hace tiempo. Ya no obligamos a nadie a casarse en contra de su voluntad. —Kaira alzó los brazos señalando a Tyna y Malóu—. No tengo nada en contra de dicha unión, pero debe ser decisión de ellos, no nuestra.

—Lo entiendo —Sauro había perdido su sonrisa—, y no tiene por qué ser una obligación. Puedes tener una charla con tu hija, y yo puedo hablar con mi muchacho. —Sauro se encogió de hombros—. Son jóvenes y atractivos. ¿Que quieren casarse por placer? ¡Ningún problema! —Sauro se inclinó y su semblante cambió por completo—. Pero deben casarse.

—Es su decisión, y no se hable más —zanjó con determinación Kaira.

En el oscuro semblante de Sauro emergió una siniestra sonrisa.

—Te dije que las uniones con los búhos iban a traer quebraderos de cabeza —espetó Zánatos sin parar de comer.

—¡¿Uniones?! —gritaron a la vez Aurelia y Layna.

Sauro asintió y se acomodó en su silla.

—Con lo bien que había ido todo… —musitó Sauro.

—¿Cuál es el objetivo de las uniones, don Sauro? —preguntó Otus.

—Me alegra que lo preguntes, honorable Otus —respondió Sauro —. Temo que algún día estallen riñas entre los clanes que pertenecen a la Liga. Para prevenir dichas disputas, he decidido trazar un plan: entrelazar a los vástagos de los distintos líderes de cada clan entre sí.

—Una idea excelente, si me permite el comentario —añadió Otus.

—Eso pienso yo —dijo Sauro asintiendo con la cabeza mientras jugueteaba con su jarra de cerveza vacía—, y había reservado a mi deseado hijo para Kaira.

—Dime las dichosas uniones, Sauro —dijo Kaira con un resoplido.

Sauro volvió a sonreír.

—La primera unión es sencilla —dijo Sauro crujiendo los nudillos —. Fének es el futuro líder del clan del Zorro, pero a su padre no le convence mucho. Por lo que decidimos enlazarlo con Seyanna, la hija de Dabros. Así ambos podrán gobernar en Kélyfos al clan de la Tortuga cuando Dabros abdique o muera.

»Dabros tiene otro hijo, Genbu. —Sauro agitó la cabeza al decir su nombre—. Ese chico es un peligro, ha sacado la sangre de serpiente de su madre. Necesita mano dura, y nadie mejor que la hija de Mara para meterle en vereda. Le mandaremos a Koraxia a que se enlace con Sybella para que gobiernen el clan del Cuervo cuando Mara estime oportuno.

»La siguiente unión es la más importante de todas: Tyna y Malóu. Kaira, tu hija se mudaría en un futuro a Zaeria. Mi ciudad es ahora mismo la más grande de Terión, y en el futuro será el corazón de la Liga. Es una gran oportunidad, Kaira.

Kaira esbozó una falsa y amigable sonrisa.

—¿Y qué pasaría con mi clan? —preguntó frunciendo el ceño.

—Ahora llegaremos a eso —dijo Sauro con calma—. He tenido también en cuenta a tu otra hija. Luna ha sido bendecida con el cabello ardiente, algo muy apreciado por los zorros, por lo que sería enviada a Kalópix, donde se uniría con Vúlzor. Como Fének se habrá ido a Kélyfos, ambos serían los líderes del clan del Zorro en el futuro.

»Sé que habéis tenido disputas en el pasado con las águilas; por ello, una de sus líderes, Zelna, estaría encantada de unir a su querido hijo Karuro con la joven y bella Reysa. Por si eso fuera poco, Zelna nos enviaría a su hija, Aleria, la cual casaríamos con tu sobrino Tynses. Y como tus hijas no están, Tynses y Aleria pasarían a liderar el clan del Búho.

El tiempo se detuvo y solo se oyó la respiración de los comensales. Hasta que Luna profirió una sonora carcajada, seguida de varios golpes en la mesa; carcajada a la que se unió Reysa, luego Aurelia, Layna y Kaira. Tyna escrutaba a Malóu muy seria.

El ataque de risa se hizo eterno. Sauro miraba con una intensa calma a las chicas, intentando no aparentar molestia, aunque apretaba la mandíbula con fuerza.

—¡Un poco más y me meo! —gritó Aurelia limpiándose las lágrimas—. Mandar a mi hija al Nido de la Arpía… No conocía esta faceta tuya, Sauro. Deberías dedicarte al cachondeo y a la jarana en lugar de a liderar.

—¿Kaira? —dijo Sauro serio.

—Sauro, te lo repito, es decisión suya —sentenció Kaira.

Sauro suspiró con aires de frustración.

—¿Tyna? ¿Muchacho? —preguntó alzando los brazos.

Malóu prefirió esperar a que hablara Tyna, que no dudó un instante en abrir la boca.

—Soy una neófita del clan del Búho, por lo que puedo tomar mis propias decisiones —dijo con confianza Tyna—. No sé si me casaré algún día ni con quién, y tampoco sé si me apetece tener hijos en el futuro. Pero una cosa sí tengo segura, Sauro. Esa decisión me corresponde a mí y la llevaré a cabo cuando me salga del higo. —Tyna fijó su mirada en Malóu.

—Yo estoy con ella —farfulló con apremio Malóu.

Sauro daba pequeños golpes con el dedo a su jarra, sin perder la sonrisa.

—Tenéis coraje, lo admito, pero no tenéis ni idea de cómo funciona el mundo. —Sauro se inclinó hacia delante—. Vuestra generación va a llevarnos a la extinción —dijo señalando a los jóvenes que había sentados a la mesa—. La vieja Yami negoció que su hija Kaira se casaría con Vorus. ¡Nadie puso objeciones! Incluso al final te casaste con su hermano pequeño. —Sauro señaló a Kaira—. Vuestras fantasiosas decisiones volverán a despertar a la latente sombra de la extinción que se cierne sobre nuestra especie. —Sauro sacudió la cabeza a modo de negación—. ¡¿Alguna vez os habéis preguntado qué pasaría si nos atacara un enemigo del exterior?!

—¿Del exterior? —preguntó con incredulidad Reysa.

Esta se la sabía Malóu; era su oportunidad de hacerse el listo.

—Hay vida más allá de Terión —aseveró atrayendo las miradas de los demás—. Según cuentan las leyendas, los extintos dragones vivían en una tierra llamada Pyrkra. Dicha tierra existe y se encuentra al noroeste de Terión.

—¡Eso lo sabe cualquier zagal! —exclamó Tyna—. Las leyendas dicen que allí se alza un gigantesco volcán, conocido como el Dragante Ígneo, que entró en erupción cuando el último dragón murió y que solo se apagará cuando lo haga el propio sol.

—Me refiero al este de Terión —dijo Malóu, cabreado por cómo le había hablado Tyna, pero contento de que le hubiera prestado atención.

—¿Al este? —intervino Layna—. Lo único que hallarás en esas aguas son monstruos. ¿Acaso tenemos que preocuparnos ahora del ataque de un *kraken* o de una hidra? ¡Chorradas!

—Nadie ha cruzado el Uróboro y ha vuelto con vida —añadió Aurelia.

—Ningún terionés dirás —dijo Malóu con calma ante la mirada atónita de los demás—. Mara me contó una curiosa leyenda que, según ella, provenía del clan Araña. Dicha leyenda habla de una tierra al este de Terión cuyo nombre es Saeva. Según las arañas, los saevanos desembarcaron en nuestra amada Terión hace una eternidad; su nombre se perdió con el paso de los ciclos, aunque no su sangre, ya que nunca volvieron a su lejano y recóndito hogar.

—Es la primera vez que oigo esa leyenda —dijo Reysa.

—Y todavía hay más —añadió Malóu—. Terión, Pyrkra, Saeva… forman parte de un todo al que las arañas han dado el nombre de Gerkadia.

Los comensales parecían muy sorprendidos ante aquellos nuevos conocimientos que habían inundado sus curiosas mentes. Era sabido que los cuervos albergaban muchos secretos, pero todo Terión sabía que las arañas eran las que de verdad conocían el tejido del mundo, aunque eran muy recelosas.

—¡Ahora imaginad un ataque a nuestra tierra! —bramó Zánatos —. Nos aplastarían como a insectos. —Zánatos golpeó la mesa con tal ímpetu que varias jarras se vertieron—. ¡Los caminos son inseguros, la gente sigue negociando con el trueque, y de todos los clanes de Terión solo seis forman parte de la maldita Liga! ¿Cómo demonios haríamos frente a un enemigo del exterior?

—Zánatos tiene razón —afirmó Tynses—. Necesitamos formar un imperio, pero no solo con los seis clanes de la Liga, sino con todos los de Terión.

—Los lazos amorosos unen más que cualquier otra cosa en el mundo —dijo Sauro.

—¡Eso no es amor! —saltó Tyna, alzándose de la silla con los puños presionados sobre la mesa—. El amor es el reflejo de la naturaleza, no lo puedes domesticar, no puedes doblegar su esencia salvaje para dominarlo a tu antojo. Lo único que conseguirás es que se rebele contra ti. —Sauro fue a decir algo, pero Tyna se anticipó—. ¡Y no me vengas con preocupaciones infundadas sobre amenazas externas! Yo no soy ninguna pazguata a la que puedas manejar con palabrería barata. —Tyna golpeó con firmeza la mesa con sus puños, al tiempo que alzaba la voz con brío—. Terión existía antes de la llegada de los humanos y seguirá existiendo aun sin nosotros. ¡El mundo no nos pertenece!, ¡dejad de ser tan altaneros con las demás especies que pueblan lo que Malóu ha llamado Gerkadia! —Tyna se dirigía ahora a todos los comensales—. Antes era una incrédula, me reía de los dioses y de sus tejemanejes. Ahora veo el mundo de otra manera y sé que la naturaleza tiene sus propias leyes. No puedes talar un bosque sin consecuencias, ni cambiar el curso de un río, ni domesticar a los animales para tratarlos como herramientas. —Tyna lanzó una gélida mirada a Zánatos.

—¡Tyna, tranquilízate! —ordenó Kaira.

—¡Que alguien le quite la bebida! —exclamó Nisha.

Sauro se levantó con calma.

—Sabias palabras, jovencita —dijo con tono calmado—. Serás una gran líder, por eso te pido que sopeses con calma mi propuesta. Malóu se quedará aquí una larga temporada, no hay prisa, pero a mi regreso espero vuestra respuesta. —Sauro se volvió y, con la cabeza

gacha, hizo ademán de irse—. Me haría mucha ilusión que hicierais realidad mi sueño de ver una Terión unida.

Tyna soltó un resoplido al tiempo que señalaba a Sauro con el dedo.

—¡Tu sueño es una mentira! —exclamó al tiempo que Zánatos se levantaba junto con Otus y Tynses—. Tu ansiada moneda traerá caminos aún más peligrosos y creará más división entre los clanes. Ahora la sangre nos determina, luego será el número de monedas, pero, a diferencia de la sangre, la moneda se puede obtener de forma sangrienta. —Nisha se había levantado, seguida por Reysa y Luna, por lo que Malóu también decidió levantarse—. Nuestra especie es codiciosa, ansiamos el poder. ¿Quieres saber qué futuro le espera al Imperio de Terión? Yo te lo diré, aunque deberías saberlo ya. —Aurelia y Layna también se levantaron—. Crearemos una sociedad manejada por la arrogancia de nuestros líderes, donde la glotonería del dinero será la principal ley. Sus gentes ya no soñarán con ser grandes guerreros. Su única ambición será la de hacerse ricos para poder dedicarse al placer de holgazanear mientras sus lascivas esclavas le propinan celos al vecino, el cual estallará en un ataque de rabia al sentirse inútil en una sociedad donde todos pueden obtener lo que desean mientras que él siente que no es capaz. —Kaira se levantó con calma—. ¿Acaso no es lo que ocurre dentro de los muros de Zaeria?

Sauro giró la cabeza. La luna resplandecía en sus afilados colmillos, y sus ojos escrutaban a Tyna como un depredador observa a su presa. Los comensales estaban en pie y se miraban unos a otros, calculando las distancias. Malóu había visto que Luna cogía un cuchillo y lo guardaba bajo la manga de la túnica.

La tensión era tal que cualquier movimiento brusco podía desencadenar un derramamiento de sangre. Kaira aparentaba estar

calmada. Tyna no desviaba la mirada de Sauro. Tynses hinchaba el pecho. Reysa arremangaba su túnica. Nisha se alejó de Malóu y se unió a su tío Otus. Malóu no se movió ni un ápice de su posición. Aurelia y Layna crujían los dedos.

Un ruido alertó a todos.

Zánatos no había aguantado más y meaba dando alaridos a poca distancia de la mesa.

—¡Ohhh! —exclamó—, ¡tenías razón con lo de que no se puede controlar a la naturaleza, jovencita!

Malóu soltó una risotada.

—Ha sido una fructífera charla —dijo Sauro sin perder la sonrisa —. Ahora, si nos disculpáis, tenemos asuntos que meditar con la almohada. Tyna, espero con ansias nuestro próximo encuentro. —Miró a Malóu—. Nos vemos, muchacho.

Sauro se alejó de la mesa, seguido por Otus, Tynses y Nisha. Zánatos apuró las últimas gotas y salió tras ellos.

Kaira se volvió a sentar. Layna y Aurelia también. Malóu estaba postrado como una rata que sabe que su próximo movimiento alertará al búho que caerá en picado a por ella de forma letal e inevitable.

Tyna se volvió y se fue sin decir nada. Luna hizo un amago de ir tras ella, pero dudó y, pensándolo mejor, se fue en otra dirección. Kaira miró a Malóu y no dijo nada, pero lo dijo todo.

Malóu salió raudo en la misma dirección que había tomado Tyna. Conocía dicho sendero, ya que todas las noches lo recorría en sueños. Defendido por una ristra de cipreses, llegaba al sur de Terión, hasta el océano Uróboro. Tyna no tomó esa dirección, sino que se desvió por un sendero oculto que llevaba a su lugar favorito: el Lamento de Dakrya.

El lago resplandecía sobre el claro protegido por los robles de la arboleda, absorbiendo la luz de la luna como si le perteneciera. Tyna estaba sentada sobre un tronco caído, mirando las profundas y frías aguas.

Malóu ya había probado las gélidas aguas del lago y sabía que eran tan profundas como su idiotez. Debía medir con mucho cuidado sus pasos, pero sobre todo su lengua.

Tyna le oyó acercarse, aunque no hizo ningún movimiento. Malóu rodeó el tronco y se sentó en el otro extremo. Ambos miraban el lago, esperando a que uno dijera algo. Malóu prefería no decir nada, así sus posibilidades de fastidiarla disminuían, pero también odiaba los silencios, y cuanto más largos se hacían, más difícil era romperlos.

—Tyna… —balbuceó.

—Cállate —le espetó Tyna, que cerró los ojos y frunció los labios.

Malóu sentía que tenía delante a un búho primigenio. Hermoso, pero peligroso; sabio, pero letal.

—Yo… —continuó Malóu al tiempo que se acercaba más a ella.

—¡Cierra… tu… maldita boca!

Tyna apretaba los puños contra la madera del roble.

«Mejor contra la madera que contra mi cara», pensó Malóu.

—Escúchame, por favor —dijo con voz melosa.

Tyna no respondió.

Malóu hizo el amago de colocar su mano sobre el furioso e intranquilo puño de Tyna, pero Tyna pareció notarlo, aunque seguía con los ojos cerrados.

—Ni se te ocurra —gruñó.

Malóu paró su mano al instante y sopesó sus opciones. Sabía que tenía pocas, pero, sin duda, la peor de todas era no hacer nada. No podía seguir soñando despierto con Tyna. Debía enfrentarse a la

dura realidad. Debía comprobar que aquel beso también significó algo para ella, debía asegurarse de que Tyna sentía algo por él.

Prefería morir ahogado en el lago que vivir a la deriva.

Malóu se acercó a ella y, con sumo cuidado, alzó su puño del tronco; resguardándolo entre sus manos al tiempo que lo abría y lo entrelazaba con sus dedos. Tyna abrió los ojos y le miró. Malóu sonrió. Tyna, no.

La mano de Tyna se escurrió con suma rapidez de sus dedos y, al mismo tiempo, alzó la mano izquierda como una rapaz que emprende el vuelo, pero el que iba a volar era Malóu.

El guantazo fue tan fugaz como un relámpago en una tormenta. Malóu cayó del tronco y se estampó de espaldas contra el suelo, eso sí, sin perder la sonrisa.

—Y yo que pensaba —jadeó Malóu en el suelo— que nos íbamos a besar.

Tyna soltó un bufido y se levantó. Recogió un grueso palo del suelo y fue hacia Malóu.

—¿A qué esperas? —dijo Tyna mientras apuntaba a Malóu con el garrote.

Malóu se incorporó, pero sintió que el arma de Tyna le devolvía al suelo.

—Vamos, dilo —exigió Tyna.

—¿Que diga qué? —dijo Malóu desconcertado.

—Empieza a usar la lengua para lo único que se te da bien, mentir.

Malóu sabía que era una trampa, sabía que si hacía la broma que tenía pensada se llevaría un palazo, y con razón. Decidió usar la razón y la cordura.

—Yo no sabía nada de lo del compromiso…

Malóu hubiera seguido hablando, pero el golpe del palo de Tyna en el estómago le indicó que no era buena idea.

—No hagas eso, no me tomes por tonta, sé valiente y di la verdad.

Malóu sabía que si volvía a decir lo mismo que antes recibiría la misma respuesta. Intentar lo mismo esperando diferentes resultados era de idiotas, al menos eso decía Mara.

—La verdad, Tyna, es que hoy estás preciosa.

Tyna alzó una ceja, separó el garrote, dándole a Malóu un poco de espacio, y acto seguido le ofreció la mano para levantarse. Malóu sabía que no debía confiarse, pero aceptó la ayuda y se levantó.

—Ahora, si me dejas hablar…

—Camina —le ordenó Tyna clavándole el garrote en la espalda.

—¿Adónde?

—Tú camina.

«El lago, me va a tirar a sus gélidas aguas».

Malóu no tenía otra opción, por lo que se dirigió sin titubear hasta las rocas que mantenían a raya al agua.

—Escucha, Tyna —dijo Malóu con desesperación—. Si quieres que me tire al agua, lo haré; si quieres que baile desnudo, lo haré también. Me da igual lo que me quieras hacer, pero te estoy diciendo que solo quiero hablar, quiero contarte la verdad.

—Tranquilo —dijo con voz inquietante—, sé que me dirás la verdad.

Malóu dejó de sentir en su espalda la rugosa punta del garrote, entonces miró por el rabillo del ojo para ver qué hacía Tyna.

Aquello no auguraba nada bueno.

Tyna se agachó y sacó un cuchillo del interior de la manga de su túnica y, con gran esmero, comenzó a tallar algo en el palo.

—¿Y ese cuchillo?

Cuchillo, garrote y un lago sin fondo. Al final conocerían ese lugar como el Lamento de Malóu.

—¿Recuerdas aquel día? —volvió a preguntar Malóu.

Malóu odiaba los silencios.

—Recuerdo muchos días de mi vida —contestó seca Tyna.

Malóu resopló.

—Sabes a qué día me refiero…, el del beso, aquí mismo.

—¡Oh, sí! —exageró Tyna—, el día que dijiste que yo sería tu esposa. ¿Te refieres a ese mismo día?

«Mierda», pensó Malóu, había olvidado aquel estúpido comentario.

—¡Yo no quiero casarme contigo! —dijo Malóu.

Si la verdad no funcionaba, había que mentir.

—Quítate la camiseta —ordenó Tyna.

—¿No me has escuchado? —dijo Malóu con autoridad.

El palo se clavó en su espalda; más le valía obedecer. Malóu se quitó la camiseta, aunque se tomó su tiempo.

—Has añadido nuevas cicatrices a tu colección —observó Tyna—. Ahora date la vuelta.

—Tú también has añadido una a la tuya —dijo Malóu, que se había percatado de la cicatriz que tenía Tyna en el pómulo derecho. Malóu se volvió y se quedó mirando los melados ojos de Tyna. Ella desvió la mirada al colgante del búho y lo señaló con el palo.

—Lo sigues llevando —susurró.

Malóu esbozó una sonrisa.

Tyna, en cambio, hizo algo sumamente extraño. Soltó el garrote y, haciendo uso del cuchillo, se hizo un corte en la palma de la mano; acto seguido, asió el garrote con la otra mano mientras estampaba su ensangrentada palma contra la runa que había tallado previamente en la madera.

Tyna cerró los ojos y profirió una serie de palabras ininteligibles para Malóu. Un viento frío recorrió el claro y se introdujo en los huesos de Malóu, erizando el vello de su desnudo torso. Tyna ni se inmutó ante aquel viento, abrió los ojos y, con una sonrisa maliciosa en el rostro, apretó su palma sangrante contra el pecho de Malóu, justo en el corazón. Con la palma todavía sujeta, lanzó el garrote al lago.

—Bienvenido al juicio de Minerva —dijo con voz melosa.

—¿El qué? —preguntó Malóu intentando ocultar su miedo.

Tyna dio media vuelta y se volvió a sentar en el tronco.

—Normalmente se le prende fuego —explicó Tyna señalando el lago—. Al instrumento, me refiero. Pero te contaré un secreto: yo tengo más miedo a ahogarme que a quemarme —dijo cruzándose de piernas y fijando su mirada en Malóu—. No me gusta el océano, temo la soledad de su inmensidad, perderme en aquel vacío inexorable, saber que voy a morir bajo una oscuridad desconocida, pero que tengo el tiempo suficiente para pensar en mi propia muerte. —Tyna cogió aire con calma y luego suspiró—. Como dice mi abuela Yami: tememos aquello que desconocemos.

Malóu no entendía nada, miraba con estupefacción a Tyna, al tiempo que maldecía a su idiota y estúpido corazón. ¿Por qué se habría tenido que enamorar de aquella obstinada mujer?

Malóu no odiaba el amor, lo temía. Para él no había nada más peligroso que dicho sentimiento. Malóu deseaba temer cualquier otra cosa, ya que para enfrentarse a dicho temor solo necesitaría una pizca de coraje. Pero ¿cómo se enfrenta alguien a lo que ama? Ni aquella a la que llamaban Gaia debía conocer la inefable respuesta a la pregunta.

Lo único que tenía claro Malóu sobre el amor era que, al igual que la muerte, era inevitable. Eso y que, en palabras de su padre, fue lo

que provocó la Gran Guerra.

—Tyna —titubeó—, dime qué ocurre, por favor.

—¿Es qué los cuervos no te lo enseñaron? —dijo irónica Tyna.

Malóu había visto muchos rituales, y todos compartían ciertas peculiaridades: eran extraños, endiablados y enrevesados.

—Está bien, te lo diré —dijo Tyna volviendo a cruzar las piernas, aunque esta vez en sentido inverso—. He invocado a Minerva —Tyna colocó una mano sobre su barbilla y susurró—, pero guárdame el secreto y no se lo digas a mi madre.

—¿Minerva? —dijo Malóu con el ceño fruncido—. ¿Vuestra diosa protectora?

Tyna asintió.

—Este ritual estaba prohibido…, más bien sigue estando prohibido. Aunque como ya soy una neófita y según nuestras leyes su uso está permitido en tiempos de guerra…

Malóu iba a decir algo, pero Tyna le miró con seriedad.

—No digas nada —ordenó Tyna—. O más bien, no digas ninguna mentira. —Tyna se levantó y señaló el lago—. Antes he fijado el sello de la sabiduría y la verdad en aquel palo, luego lo lancé al agua. Allí está, ¿lo ves? —Malóu se volvió y lo vio. Flotaba en mitad de las calmadas aguas—. Flota, pero lo hace porque la verdad siempre sale a la luz. Si en algún momento me mientes, el palo se hundirá y comenzará a hincharse de agua, que viajará hasta ti.

Tyna se acercó y le señaló con el dedo en el corazón, justo en la mancha de sangre que le había dejado antes.

—En otras palabras —aclaró Malóu—: si miento, mis pulmones se hincharán de agua y me ahogaré; luego caeré de espaldas al lago y me hundiré para siempre.

Tyna hizo una mueca y lo señaló con el dedo.

—Chico listo.

Malóu no pudo evitar reírse.

—Conque así era como vuestro clan sacaba información a los prisioneros en tiempos de guerra —adivinó Malóu—. Los que mentían ardían, y los que no, tenían una muerte… limpia. Y para aquellos listos que se quedaban en silencio —Malóu alzó una ceja pensativo—, seguro que vuestro clan dispone de rituales más perversos con los que asustarlos… —Tyna aplaudió en señal de aprobación—. Estoy listo, pregunta lo que quieras.

Tyna volvió al tronco, se sentó y alzó una ceja.

—¿Seguro? —preguntó mirando el palo.

—Sí, no tengo miedo a morir —respondió Malóu con determinación.

El palo ni se inmutó. Aquello era cierto. Malóu solo tenía miedo de que su amor por Tyna no fuera correspondido.

—¿Sabías algo del compromiso? —preguntó sin miramientos Tyna.

—No.

—¿Sabías algo de las demás uniones?

—No.

Tyna miró el palo, que no se había movido ni un ápice.

La joven neófita frunció los labios. Malóu sonrió.

—¿Sabías que te ibas a quedar aquí un tiempo?

—No, pensaba que iría con los zorros.

Tyna se mordió el labio. Sus piernas comenzaron a inquietarse hasta que un brillo recorrió sus ojos.

—¿Qué sabes de la masacre lobuna?

Aquella pregunta le desconcertó por completo.

—Mi padre ordenó su extinción. No fue ninguna batalla, fue una masacre planificada y llevada a cabo por el clan del Cazador.

Tyna cerró los ojos y suspiró.

—¿Qué le pasará al clan del Búho si desobedecemos a tu padre?

—No puedo adivinar el futuro.

—¿Qué crees que le pasará? —volvió a preguntar con rabia Tyna.

—Puede que os intente invadir. Mi padre tiene debilidad por invadir sitios.

—¿Te burlas de mí? —preguntó Tyna poniéndose en pie.

Malóu arqueó la cabeza señalando el palo, que ni se había inmutado.

—¿La Liga le apoyaría?

—Sí, la Liga teme a Kaira, pero teme más a Sauro —contestó con calma Malóu—. La masacre lobuna fue una advertencia para los demás clanes.

—¿Y tú? ¿También le apoyarías?

Tyna se había acercado a él, tanto que Malóu podía oler su aroma y sentir su respiración. Malóu también podía ver que un chorro de sangre brotaba de los labios de Tyna y que su pelo ondeaba por la brisa nocturna.

—Yo solo lucho por lo que dicta mi corazón.

Ahora fue Malóu el que cerró los ojos y no quiso mirar el palo; ni él sabía si aquello era cierto.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con voz quebrada Tyna.

—Sí, pero no por obligación, sino por amor.

De pronto, Malóu abrió mucho la boca, abrió los ojos por completo y se golpeó con la mano en el pecho. Tyna se llevó una mano a la boca y se apartó consternada. Hasta que Malóu no aguantó más y comenzó a reírse a carcajadas.

—¡Qué cara has puesto!

Tyna arqueó la cabeza y miró el palo: seguía flotando como un pato en el lago.

—¡Serás…! —vociferó mientras daba vueltas en círculos y maldecía con los brazos.

—Reconócelo…, te has asustado —presumió Malóu.

—¡Cállate! —exclamó con brío—. ¿Por qué llevas ese estúpido colgante?

—Para recordar —dijo Malóu dando un paso hacia ella.

—¿Recordar el qué?

—Quién soy. —Malóu dio otro paso más y se colocó frente a ella.

—No eres más que un zopenco —masculló Tyna alzando el collar entre sus manos.

—Tienes razón, ya que solo un zopenco seguiría enamorado de alguien que ha intentado ahogarlo.

Malóu rodeó con sus brazos la cintura de Tyna, que alzó la cabeza y le miró.

Sus miradas se cruzaron, viajando a un tiempo pasado, trayendo de los recuerdos un sentimiento perdido que los inundó, insuflándolos de algo que creían haber olvidado.

El amor, al igual que un volcán apagado, tiene la capacidad de erupcionar de repente, y nunca sabes cuándo se va a apagar, o si algún día lo hará.

Los rojizos labios de Tyna habían comenzado a brillar y, como las llamas de una hoguera, ansiaban más madera para desbocarse y permanecer candentes.

Malóu no estaba dispuesto a permitir que aquel fuego se extinguiera, había que avivarlo.

Sus rostros se fueron acercando, guiados por una magia más fuerte que cualquier ritual con runas; sus ojos se cerraron como dictan las leyes de dicha magia hasta que sus lenguas se unieron, completando con éxito el ritual del amor.

Tyna colocó su mano en el pecho de Malóu, donde la sangre había dejado su huella.

Malóu le retiró la mano, abrió los ojos y la miró.

—Luego lo deshaces —le pidió acercando con calma sus labios al lóbulo de Tyna y le daba un húmedo y cálido beso detrás de la oreja —. Te quiero —susurró.

El palo siguió flotando igual que lo hacía el amor en aquel claro.

Luna

Día 3 de la fase del Búho
Ciclo 28 después de la Gran Guerra

Luna deambulaba por el bullicioso poblado, escuchando las risas y las conversaciones de sus habitantes. Algunos se volvían al verla, otros incluso se acercaban para darle la enhorabuena. La joven pelirroja se había convertido en neófita y, por tanto, en adulta.

Luna observó el firmamento a su paso: un gran círculo dorado resplandecía en el sombrío cosmos; aquel áureo aro inundaba con su haz de luz Glauxolia y la envolvía con un aura dichosa que embriagaba lenguas, susurros, miradas, danzas, besos y caricias de sus integrantes.

La felicidad rebosaba en el ambiente.

«¿Qué es la felicidad?», pensó Luna.

La pregunta tenía fácil respuesta, aunque no había salido de su mente, sino que la había oído en boca de su abuelo Férox.

«La felicidad es la luna. Ella siempre está ahí, aunque a veces adopta formas difíciles de ver. Habrá noches oscuras, tan hoscas y lóbregas que creerás que la luna ha huido atemorizada, pero ella sigue ahí, a la espera. El tiempo corre y, de pronto, una noche miras hacia arriba, cansado de observar tus propios pies, y te topas con ella en su máxima plenitud. Resplandeciente, entre un mar de

oscuridad, su poderoso haz insuflará esperanza a tu alma y, mientras ella brille, no habrá oscuridad capaz de ensombrecerte».

«¿Y la tristeza, abuelo?», había preguntado Luna después.

«Ya te lo he dicho, pequeña lobezna», había respondido Férox.

En aquel momento, Luna no había conocido la respuesta. Ahora la pregunta era otra: ¿dónde estaba la tristeza?

Por desgracia, Luna conocía la respuesta: estaba en su corazón.

En aquella fulgurante noche, ella era la débil oscuridad que envolvía a la luz; una única luna resplandecía de forma imponente, pero se hallaba en el firmamento.

La oscuridad que sentía en su corazón no le era desconocida a Luna, pues ya la había sentido con anterioridad, y sabía lo que eso significaba. La masacre lobuna no solo le había arrebatado a su clan, sino que le había dejado un oscuro poso adherido a su inocente alma.

Luna había sentido que una parte de ella había muerto aquel día, pero también había notado que algo había nacido en su interior: un espíritu vengativo. Dicho espíritu dormitaba hasta esa misma noche. Ahora había despertado y estaba hambriento, rugía e imploraba alimento. El orgullo, el resentimiento y la pérdida lo habían despertado, y solo la sangre lo saciaría.

«¿De qué vale ser una loba si no tengo luna a la que aullar?», pensó cabizbaja.

Luna acababa de descubrir que su espíritu tenía forma de loba, lo cual no era ninguna novedad para ella; en cambio, había descubierto algo nuevo sobre sí misma: solo era salvaje en el Reino de los Espíritus. En el Reino Terrenal no era más que una perra con correa y bozal. Domesticada, había agachado la cabeza y había escondido la cola ante una bestia más grande. Luna había compartido mesa

con los asesinos que habían perpetrado la masacre de su clan. ¿Qué diría su abuelo si la hubiera visto allí sentada?

Luna conocía la respuesta, pero sus pasos la habían llevado de forma instintiva hasta su casa. Zazú se hallaba posado en el techo y, bajo su sombra y sentado en las escaleras, se hallaba un hombre que miraba la resplandeciente luna llena con una sonrisa forjada en su rostro.

—¿Una noche dura? —preguntó Sétrix bajando la mirada y sonriendo a su hija.

Luna se sentó al lado de su padre y suspiró.

Sétrix emitió un silbido y Zazú emprendió el vuelo para desaparecer en la oscuridad.

—La peor noche desde que llegué a vuestro clan —dijo Luna mirando por donde se había ido el búho.

—Ahora eres una neófita, este es tu clan. No lo olvides, hija —dijo Sétrix—. Si tienes cualquier problema, puedes pedir ayuda a tu clan.

—Mis problemas no tienen solución, papá.

Luna intentaba contener las lágrimas, pero siempre se había sentido vulnerable con Sétrix. Le recordaba tanto a Daxos…

—Bienvenida a la vida adulta, hija.

—Desearía no haber superado el ritual de iniciación —balbuceó Luna, intentando contener las lágrimas.

—Entonces sería tu hermana la que estaría aquí sentada, llorando junto a un lobo blanco sin luna a la que aullar.

Luna cerró los ojos y se mordió el labio, intentando controlar sus sentimientos, y del esfuerzo se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Perdí a alguien en el otro lado —sollozó Luna—, alguien muy importante para mí.

El cuerpo de Luna temblaba. No se atrevía ni a decir su nombre.

—No eres la única, pequeña —dijo Sétrix con tristeza—. Durante vuestra cena fui a visitar a las familias que también habían perdido a un ser querido en el ritual. Perla ha perdido a su hermanito pequeño. Glaux ha perdido a su hermana melliza. Elvin el Enano ha perdido a su querido hijo; y Lanka ha perdido a su única hija. —Sétrix posó su cálida mano en el apretado y firme puño de Luna—. Además, tu madre y yo sabíamos lo que Lissa significaba para ti.

Oír su nombre solo avivó su dolor.

—Cada vez que oías su nombre te sonrojabas —dijo Sétrix—, y cuando tenía que ir a ver a Lanka, tú siempre querías venir conmigo, aunque luego te quedabas muda cuando ella te hablaba.

Luna no quería recordar aquellos momentos; no quería recordar su bella sonrisa, tampoco el aro de su nariz, ni mucho menos la inolvidable noche que habían pasado juntas.

Luna quería olvidar, pero lo único que consiguió fue llorar.

Sétrix estaba a la espera y acogió a su hija entre los brazos cuando llegó el momento.

—No… no sé si podré volver a hacerlo, papá —balbuceó Luna.

—¿El qué, hija?

A Luna le temblaban los labios.

—Volver a salir del abismo.

Sétrix separó a Luna de su abrazo y la miró a los ojos.

—No conozco a nadie que haya soportado tanto dolor como tú —dijo al tiempo que le limpiaba las lágrimas con la manga de la camisa—. Recuerda que tú eres la luz que ilumina las noches oscuras. La primera vez luchaste contra esa oscuridad tú sola, hasta que llegó Férox y te dio una razón para vivir. Ahora tienes una familia, nos tienes a Kaira y a mí, a tu hermana, y a tus queridas amigas. Hija, da igual que esta vez no puedas levantarte, da igual

que no puedas salir del abismo… Esta vez tus seres queridos se tirarán de cabeza al abismo para sacarte de allí.

Luna sabía que las palabras de su padre eran sinceras, pero solo aquellos que han pisado el abismo saben que la verdadera dificultad no es salir, sino querer salir, y Luna tenía muchos motivos por los que acomodarse allí abajo.

Zazú volvió ululando al tiempo que se posaba en el mismo lugar de antes. Luna observaba al búho cuando un sonido desvió su mirada. Algo se acercaba rápido y veloz hacia ellos, algo imparable y enorme: una bestia blanca de ojos anaranjados que se movía más rápido que el viento saltó la valla de la entrada de la casa y aterrizó ante ellos. La bestia abrió sus fauces y estampó su húmeda lengua contra la cara de Luna.

—¡Férox! —exclamó Luna estrechándolo entre sus brazos.

Férox se tumbó al lado de Luna, dejándose acariciar.

—Te ha cambiado la cara —dijo Sétrix.

Luna sonreía de forma instintiva. Seguía triste, pero la presencia de Férox insuflaba un calor a su alma que ninguna oscuridad podía sofocar.

—Cuando estoy con Férox, todos los problemas parecen más pequeños. —Luna le dio un beso en la cabeza a su gigantesco lobo.

—Las lechuzas lo alejaron del bullicio para protegerlo —dijo Sétrix.

—Férox no necesita protección —aclaró Luna.

Sétrix soltó una pequeña carcajada y acarició al lobo.

—Cierto, pocos podrían contra él. —Sétrix miró a los lados para asegurarse de que estaban solos—. Los cazadores saben de su existencia, y si ven un animal tan majestuoso como Férox, algunos querrán enjaularlo para domarlo. —Sétrix suspiró y se encogió de hombros—. Para ellos no son más que herramientas, no lo olvides.

Luna soltó un bufido.

—No se puede enjaular a un lobo. Su temperamento es indomable, peleará hasta la muerte, y si aun así lo consiguen encerrar, morirá de tristeza y desolación. —Luna escupía las palabras impregnadas de rabia—. Lo cual sería una salida más digna que una vida sin libertad.

Sétrix asintió y miró a Zazú.

—¿Cómo crees que se comportaría un búho enjaulado?

«¿Quién sería capaz de enjaular a un animal tan fascinante?», pensó.

—Creo que se adaptaría a la jaula —contestó Luna—. No le gustaría, pero bebería y comería para seguir vivo. Intentaría escapar a la mínima ocasión, pero no moriría de pena.

Sétrix extendió un brazo y emitió un silbido que alertó a Zazú. El búho se arrojó en picado y, envuelto en un mortal silencio, descendió hacia ellos para acabar posándose en el brazo de Sétrix.

—Cada clan tiene un vínculo especial con su epónimo, pero cada vínculo tiene sus propias normas y cualidades —dijo Sétrix acariciando el plumaje del búho—. Ese vínculo condiciona en ambos sentidos: ganar la sabiduría del búho implica obtener su ceguera diurna.

Luna comenzó a entender adónde quería ir a parar su padre.

—Por eso mi clan eligió la muerte —murmuró Luna.

Sétrix alzó el brazo y Zazú salió volando.

—Los lobos eligieron la libertad en lugar de la jaula. Cierto es que les costó la vida, pero como tú misma has dicho antes: fue un final más digno. —Sétrix se colocó en cuclillas y miró a su hija—. Tú eres una loba, y siempre lo serás. Ahora tienes alas y eres un poco más sabia, pero, en el fondo, tu temperamento sigue siendo indómito. —Sétrix apartó un mechón rojo que cubría el rostro de Luna—. Por

eso, el clan del Búho te necesita. Eres la chispa que nos hará escapar de la jaula para así volver a volar en libertad. —Sétrix se acercó y le dio un beso en la frente—. Te quiero, pequeña.

Luna apretó con fuerza la mano de su padre. Tenía muchas cosas por las que llorar, pero también muchas que agradecer.

—Gracias, papá. Te quiero.

Sétrix se fue a la salida del jardín.

—Pronto amanecerá —dijo de espaldas, mientras se marchaba—. Da igual lo oscura que sea la noche, el sol siempre vuelve a salir.

Luna permaneció sentada en la misma posición un largo rato, con Férox tumbado a su lado.

El día siguiente sería el último de la Glaukada, y Kaira daría un espectáculo mostrando sus grandes rapaces, aunque ya solo quedaban dos. Antaño, aquel baile de plumas debió de ser fascinante, con centenares de búhos, lechuzas, autillos, mochuelos y cárabos sobrevolando la luz del fuego al son de los tambores. También sería el último día de luna llena, luego iría menguando poco a poco.

La joven pelirroja entró en casa, aunque no para dormir. Arrojó su túnica verde a la cama y la sustituyó por sus ropajes de expedición; también cogió su arco y su carcaj, además de la pequeña hacha de su madre. Llenó su morral con cecina y jamón, añadió un odre con agua y salió de casa.

Una vez fuera, Luna se paró en la puerta del jardín y observó su majestuosa fachada.

«¿Qué estoy haciendo?», pensó indecisa.

Luna miró a Férox, ya puesto de pie y colocado a su lado.

Pronto amanecería, y eso implicaría encontrarse con Tyna. Luna tenía muchos temas pendientes con ella, y no tenía ni idea de cómo resolverlos. Lo mejor sería salir a dar un paseo, ya volvería luego.

Sus pasos los condujeron de forma instintiva a su lugar favorito, al gran peñasco que marcaba que había llegado a su templo.

Luna soltó sus pertrechos y se tumbó en la hierba, con Férox a su lado.

Un haz rojizo de luz inundaba el cielo. Allí permanecieron largo rato, viendo las sombras diluirse y la luz alumbrar un nuevo día.

Luna estaba cansada, cerró los ojos e intentó no pensar en nada. El sueño no acudió en su rescate, en su lugar, un duermevela repleto de imágenes fugaces la invadió.

Destellos del pasado que la hacían llorar.

Destellos del futuro que la hacían temblar.

Destellos del presente, en el que no quería estar.

Destellos que fueron interrumpidos, por suerte, por extraños e impropios ruidos en aquella zona del bosque: voces humanas.

Abrió los ojos.

Férox alzó las orejas, alerta.

Los ruidos iban a más; se encontraban cerca de su posición. Pocas personas conocían aquel lugar, difícil de encontrar.

Luna cogió sus armas y avanzó, con sigilo, hasta llegar a unos matorrales cercanos. Luego fue moviéndose como una loba que acecha a su presa. Encontró un hueco que daba visión a una senda que serpenteaba por el bosque.

Entonces los vio: un grupo de hombres caminaban por el sendero. Venían del norte y se dirigían al poblado. No tenían reparo en pisar ramas, en hacer ruido y en vociferar entre ellos.

«¿No les importa ser descubiertos, o simplemente son unos patanes?».

Luna ni respiró cuando cruzaron su campo de visión. Contó a cinco personas y estudió bien sus rostros. Sus ropajes eran diversos, como si no pertenecieran al mismo grupo, aunque todos portaban el

mismo tipo de espada. No se podía distinguir ningún tatuaje en sus pieles, y no llevaban ninguna bestia como compañero.

Luna sacó jugo a sus ciclos en el clan del Búho: aquella partida de exploradores no podían ser zorros, ya que ninguno tenía el cabello rojizo. Podía pasar que alguno no lo tuviera, pero era altamente improbable que los cinco fueran morenos o canosos. Tampoco podían ser cuervos: habría visto a sus negruzcas aves revolotear cerca; además, los cuervos solían tener más integrantes hembras. Águilas, descartados: la mayoría eran calvos. Y no había visto ningún caparazón a sus espaldas, por lo que tampoco podían ser del clan de la Tortuga. Eran, sin duda alguna, cazadores.

¿Qué hacían los cazadores en esa parte del bosque?

Su campamento estaba a la entrada del poblado, junto con el de los demás clanes. Era extraño que se hubieran alejado tanto para hacer sus necesidades matutinas, tampoco podían haber salido de caza: el clan rebosaba de comida, además venían del norte. Luna no necesitaba más motivos para seguirlos.

Le indicó a Férox que volviera al claro, y ella continuó avanzando a hurtadillas por la parte frondosa del bosque, de forma paralela al sendero, siguiendo los pasos de los cazadores y escuchando su conversación.

—¡Pues no estoy de acuerdo! —bramaba uno de ellos.

—¡Cierra la bocaza, Nixon!, tengo sueño y no tengo la cabeza para tus idioteces —le increpó el que iba en cabeza.

Nixon iba el último, quejándose a voces y pisando las ramas como si estuviera enfadado con ellas. No tenía aspecto de explorador, ya que sus carnes fofas se movían al son de sus pasos.

—¡Yo también tengo sueño! Y tengo la espalda molida de dormir al raso. —Su voz provocaba dolor de cabeza—. Mientras, Sauro y los demás han pasado la noche allá en el poblado, bebiendo y

fornicando sin parar. ¡Nunca he ido a las fiestas de los demás clanes! ¡Siempre me toca hacer guardia! ¡Estoy hasta los huevos!

Un hombre de aspecto maduro y barba canosa se volvió y se colocó junto a Nixon, rodeándole el cuello con su musculoso brazo.

—Nixon —le dijo—, ¿qué tenías pensado hacer en la fiesta?, ¿yacer con alguna jovencita?, ¿una recién iniciada, quizás? Esas hembras no son como las de nuestra ciudad, son unas fieras, chaval. Si ya te cuesta satisfacer a una de Zaeria, con una de esas dejarías nuestra reputación por los suelos. Esas jacas te cabalgan como si fueras un caballo salvaje, y necesitan un buen semental que las aguante el ritmo.

Con una risotada, el hombre canoso se separó de un enrojecido Nixon mientras los demás estallaban en carcajadas.

—¡Eh! —bramó Nixon—. Hadrianus puede reírse, pero ¿de qué demonios te ríes tú, Danylo? ¡No has catado un higo en tu maldita vida!

—¡¿Cómo que no?! —vociferó Danylo—. Fue en la última Lupercalia; además, tú la conoces.

Luna hizo una mueca asqueada. La idea de que aquellos malnacidos hubieran usurpado sus más sagradas fiestas le hervía la sangre.

—¿Ah, sí? ¿Quién era? —Nixon alzó la barbilla desafiando a su compañero.

Danylo se paró y se colocó frente a Nixon.

—¡La furcia de tu madre! —le espetó a la cara.

Todos los demás comenzaron a reírse sin control. Nixon se iba enrojeciendo más y más por momentos, hasta que estalló y se lanzó contra Danylo. Ambos rodaron por el suelo. Nixon intentaba golpearle, Danylo se cubría, aunque sin parar de reírse. Hasta que el que iba en cabeza se acercó y los separó.

—¡Basta de peleas! —ordenó mientras separaba a Nixon y Danylo —. Recordad que no debemos llamar la atención. Y quiero volver lo antes posible.

—Venga, Tux —gruñó Hadrianus—. Un poco de diversión no nos vendrá mal. ¿Y por qué tienes tanta prisa en volver?

Tux parecía ser el líder, aunque era sin duda el más joven de todos. Imberbe y con una oscura maraña rizada en la cabeza, mostraba una actitud engreída y fanfarrona.

—Perdimos a los perros en el enfrentamiento contra aquel monstruoso jabalí del que tuvimos que huir —replicó Tux—, y Danko y el viejo se fueron de caza, por lo que el campamento está al cuidado de Micael y Kevan.

—¿Algún problema con mis hijos? —preguntó Hadrianus alzando una ceja.

Tux no pareció intimidado por el grandullón, aunque estaba claro que aquel hombre podría derrotarle en un combate singular.

—No, pero no tienen experiencia en combate. —Tux se volvió, haciendo ademán de seguir el sendero.

—Ni tú tampoco —le dijo un hombre de melena canosa, acomodándose con calma sobre el tronco de un árbol.

Hadrianus se sentó en el suelo con la espalda apoyada en otro tronco. Danylo y Nixon se habían levantado y sacudían sus ropas polvorientas. Tux miraba al grupo con aire desafiante, sabiendo que su palabra cada vez valía menos y que algún día tendría que usar la violencia para que le tomaran en serio.

—Relájate, Tux —masculló Hadrianus.

Tux iba a reprocharle sus palabras, pero el de la melena se anticipó.

—Mi hermano tiene razón, los búhos no cazan de día.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre los búhos, Yuango? —preguntó Tux con resignación.

Yuango había sacado una pipa y le daba caladas con calma.

—Luché con ellos —dijo soltando una gran bocanada de humo— en la Gran Guerra. Sé cómo actúan.

—¿Se puede confiar en ellos, padre? —preguntó Danylo sentándose al lado de Yuango.

Yuango deslizó la pipa al otro lado de su boca, soltó otra bocana y contestó a su hijo.

—Sí, siempre y cuando los tengas metidos en una jaula.

—¡Y somos nosotros los dueños de la llave! —vociferó Nixon mientras sacaba su miembro y meaba tras un arbusto.

Yuango iba a responder, pero de repente desenfundó su espada, acto que imitaron todos sus compañeros al tiempo que desviaban la atención a Nixon, el cual seguía meando sin parar, pero ahora lo hacía con las manos levantadas y con una hoja negra apuntando a su barbilla.

—¡Tarugos! —gruñó el portador de dicha hoja—. Se os oye por todo el bosque.

El portador salió de entre los arbustos. Llevaba una larga y oscura hoja con el filo tan oscuro como una noche sin luna. Su mango se encontraba justo en el centro, y de él emergía aquel filo curvo que resplandecía bajo la barbilla de Nixon. La parte trasera del arma era un reflejo inverso de la delantera. Aquella hoja era singular a ojos de Luna; parecía como si alguien hubiera forjado dos falcatas y las hubiera unido con un mango. Luna conocía las falcatas: aunque eran un arma característica del clan de la Serpiente, muchos herreros las fabricaban.

Si aquella arma sorprendió a Luna, más lo hizo su portador, ya que se trataba del infame hijo de Sauro: Malóu.

—¡¿Malóu?! —gritó dubitativo Nixon—. ¡Cómo has crecido!

Nixon hizo ademán de bajar los brazos para subirse los calzones, pero Malóu acercó la hoja hasta tocar la barbilla de Nixon.

—Podrían haberos matado sin pestañear —dijo furioso—. Hacíais tanto ruido que cualquier explorador os habría descubierto. —Malóu miró a Tux desafiante—. Si un equipo falla, la culpa la tiene su líder, y el castigo caerá sobre él.

Tux se adelantó, alzando su espada.

—¡No me toques los huevos, Malucho! —bramó agarrándose sus partes—. ¡El mocoso ha vuelto! —Tux alzó los brazos y miró a los demás con una jactanciosa sonrisa—. ¡Y se piensa que por ser el hijo de Sauro tiene algún derecho sobre nosotros! —Tux apuntó con su espada a Malóu—. ¡No me vengas con amenazas, bravucón!

Malóu separó su hoja de Nixon, la hizo girar sobre ella misma y, con una rápida finta, se adelantó y descargó un veloz golpe contra la de Tux, haciendo que la espada de este saliera despedida en el aire. Tux miró con asombro a Malóu y alzó la cabeza, obligado por la afilada hoja negra que pinchaba su mentón.

—Te diré una cosa, Tux, hijo de Zánatos —dijo Malóu sin bajar la hoja—. Nadie te va a respetar por ser hijo de alguien. El respeto no se hereda, se gana. Y no se puede liderar un grupo sin haberse ganado su respeto. —Malóu miró severamente a los demás.

Nixon se había subido los calzones y se había colocado junto a Danylo. Yuango y Hadrianus habían guardado sus espadas y miraban con curiosidad a Malóu.

Luna, en cambio, miraba a Tux de forma muy distinta, pues ahora sabía quién era el padre de aquel malnacido: Zánatos, el verdugo de Mylena. Luna tenía grabado a fuego ese recuerdo en su mente, y había jurado vengarse algún día por la masacre de su clan. Matar a Zánatos le saciaría un poco su sed de venganza, pero la fantasía de

matar a Tux ante los ojos de Zánatos provocaba en ella tal éxtasis que hizo que una siniestra sonrisa asomara en su oculto rostro.

—Te fuiste siendo un zagal —dijo Yuango—, pero parece que el pollino por fin se ha convertido en un garañón.

—Vas a conseguir que el pobre Tux moje sus calzones —dijo entre risas Hadrianus.

Malóu bajó su hoja y se la colgó a la espalda. Ignorando a Tux, que temblaba como un conejo asustadizo, Malóu fue saludando a los presentes con abrazos y apretones de manos.

—¿Dónde está Sauro? —preguntó Yuango.

—Ha habido un cambio de planes, aunque yo fui el último en enterarme —dijo Malóu—. Mi padre ha reunido a un grupo y ha partido hacia Dénofix con intención de tener una charla con el clan de la Serpiente. —Malóu se recostó contra el tronco de un árbol. Los demás lo observaban expectantes—. Al llegar al campamento para despedirme de él, me comunicó lo de vuestra… reunión. Así que he venido yo en su lugar.

—¿Van a entrar los bífidos en la Liga? —preguntó Yuango.

Malóu se encogió de hombros.

—Esa es la idea, aunque con las serpientes nunca se sabe.

—¿Y qué hay de mi padre? —preguntó Tux—. ¿No debería estar él al mando?

—Zánatos ha debido partir junto con Sauro —aventuró Hadrianus.

Malóu asintió.

—Teníamos órdenes de acudir aquí al amanecer del tercer día de la Glaukada —comenzó a perorar Tux.

Malóu alzó una mano indicando a Tux que se callara.

—Lo sé, lo sé —dijo con un suspiro Malóu—. Anoche se hablaron asuntos de vital importancia para la Liga. Os mandó venir por si se ponían las cosas tensas.

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó Nixon.

Tux le soltó una sonora colleja a Nixon, indicándole que las preguntas las hacía él.

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó Tux.

Luna no entendía cómo esa banda de toscos y palurdos había podido ser la artífice de la masacre lobuna.

Malóu carraspeó, se despegó del tronco y comenzó a andar en círculos.

—Se creó un concilio formado por los líderes de cada clan de la Liga. Aunque los búhos siguen siendo algo díscolos en cuanto a la Liga y sus intereses, parece que Kaira está avanzando en la dirección correcta, ya que actúa conforme a nuestros intereses.

—Conforme no es lo mismo que sumisa —acotó Yuango.

Malóu hizo un gesto de negación con la cabeza y siguió moviéndose por el sendero hasta parar justo enfrente de la posición oculta de Luna.

—Aveoscura jamás será una dócil sumisa de la Liga —dijo Malóu mientras examinaba la maleza—. Es sabia y sabe que nosotros la superamos en número, pero también sabe que nuestro clan no entiende de magia. Sin los búhos cerca, los cuervos se aprovecharían de nosotros, manipulando nuestras mentes con su magia oscura. Las águilas saben que son poderosas, pero en su interior siguen temiendo a los búhos. Las tortugas saben que ya no serían aceptadas por los antiguos clanes. Han cambiado demasiado. Y los zorros solo quieren sobrevivir.

—Al grano, Malóu —dijo Tux—. ¿Se ha acabado la vigilancia de los búhos? ¿Cuáles son las órdenes de tu padre?

Malóu fijó sus azulados ojos en un peculiar lugar de la maleza, un hueco por donde Luna indagaba con sus ojos de esmeralda. Por un momento, sus miradas se cruzaron; solo fue un instante, pero Luna

sintió que él se había dado cuenta. Nerviosa e inquieta, se separó de la maleza, colocó una flecha en su arco y esperó a que Malóu la delatara.

No sucedió nada.

—¿Malóu? —volvió a preguntar Tux.

Malóu lanzó una última mirada al hueco, se volvió y contestó a Tux.

—El clan del Búho deja de estar bajo vigilancia —dijo con determinación—. La prioridad ahora es encontrar al clan de la Osa.

Los demás se encogieron de hombros y procedieron a ponerse en marcha, todos menos Tux.

—No tiene sentido —dijo Tux—, ¿cómo puedes estar tan seguro?

—¿Acaso dudas de mi palabra? —amenazó Malóu.

Tux no había aprendido nada de la reprimenda anterior, ya que no mostró ningún signo de miedo.

—No me has dado ningún motivo para confiar en ellos —dijo desafiante Tux.

Malóu se acercó a Tux, que alzó la barbilla para contrarrestar la diferencia de altura con Malóu.

—Te daré uno: Kaira ha aceptado los enlaces de unión para asegurar la estabilidad de la Liga. —Tux ensombreció su expresión—. Sí, Tux: dentro de unos ciclos tendrás que hincar tu maldita rodilla ante mi esposa. Entonces la mirarás a los ojos y le dirás a la hija de Kaira que no te fías de ella ni de su clan.

—¿Tyna… se va a… enlazar contigo? —titubeó Tux.

—Sí. —Malóu apoyó un brazo de forma muy relajada, pero a la vez intimidante en el hombro de Tux—. ¿Cómo era eso que decía siempre Tux? —preguntó mirando a Nixon—. Nixon, ¿tú te acuerdas?

Nixon titubeó, pero habló.

—Sí…, decía…, él decía… —Nixon tenía la mirada fija en sus pies —. Una vez dijo que algún día masacraríamos a los búhos, y entonces…

—¿Entonces qué, Nixon? —bramó Malóu—. No tengas miedo…, nadie te hará daño estando yo aquí.

—Entonces —continuó Nixon sin alzar la cabeza—, cogería a Tyna y la tomaría como esclava para así poder…, poderla mancillar cada noche delante de ti.

Un silencio sepulcral inundó el ambiente.

Malóu miraba a Tux con calma. Este, en cambio, estaba tenso.

—Estoy deseando ver la cara de Tyna cuando Nixon lo cuente en la noche de bodas —dijo Malóu separándose de Tux y alejándose—. Hasta la vista.

Los demás permanecieron inmóviles un largo rato, petrificados a la luz del sol como si fueran estatuas. Hasta que Nixon alzó la cabeza y tuvo la osadía de preguntar:

—¿Ahora qué hacemos?

Tux apretó los puños y se arrojó contra él. El impacto los arrojó a ambos contra el suelo, quedando Tux por encima de Nixon, el cual no intentó ni zafarse. Tux comenzó a descargar su furia interna contra el subordinado, martilleando su rostro a base de golpes sin contemplación.

Danylo hizo el amago de acercarse, pero su padre le paró con la mirada.

—¡Ya basta, Tux! —bramó Hadrianus—. ¡Recuerda que es el único hijo de Ígor el Valiente!

Tux paró en seco de golpear. Se levantó con calma y fue hacia Hadrianus. La sangre de Nixon goteaba por sus nudillos hasta traspasarse al mango de la espada que acababa de desenfundar. Hadrianus ni se inmutó; el filo le centelleaba muy cerca de su

garganta, pero el que temblaba era Tux, ya que no conseguía mantener firme su pulso.

—Adelante —vaciló Hadrianus—, demuestra las agallas que tienes.

Danylo se alejó para ver cómo se encontraba Nixon. Yuango, en cambio, se colocó al lado de su hermano, desafiando con la mirada a Tux.

—Te daré un consejo, chaval —dijo recogiéndose la melena en una coleta—. Sauro y Zánatos nunca han necesitado levantar su arma contra sus compañeros para ganarse su respeto. —Tux fue bajando la espada poco a poco—. Si sigues vivo, es por ser hijo de quien eres. De no ser así, mi hermano ya te habría reventado el cráneo.

Danylo consiguió levantar a Nixon, que babeaba y chorreaba sangre.

Tux intentó aguantarle la mirada al calmado Hadrianus, pero no tardó en girar la cabeza. Acto seguido se dirigió al norte, por donde habían llegado.

—Vayamos a por los caballos, después volveremos al campamento —ordenó dando la espalda a sus compañeros—. Luego iremos en busca de Arkouda, la caverna oculta de las osas. Les enseñaremos a esas bestias quién manda en Terión.

Nadie dijo nada más.

Yuango esperó a que Danylo y Hadrianus ayudaran a Nixon a seguir el paso de Tux, luego dio un último vistazo al lugar y se fue tras ellos.

* * *

Luna volvió sobre sus pasos, quebrándose la cabeza con conjeturas macabras. ¿Qué le impedía a ella coger el arco y dar rienda suelta a su sed de venganza? ¿Quién sospecharía de la hija de Kaira cuando aparecieran cinco cazadores muertos en el bosque?

«Antes de que desenfundaran las espadas les habría insertado una flecha en el ojo a cada uno», pensó Luna cuando estuvo de vuelta en el claro.

Luna iba a seguir cavilando y deleitándose con sus pensamientos cuando se percató de que había alguien más en su templo: una joven estaba sentada en la hierba, con las piernas cruzadas. Oteaba el horizonte y pasaba su mano por el inmenso y mullido pelaje de Férox.

Tyna.

—Hola —dijo Luna con una gélida voz.

Odiaba aquella sensación.

El vínculo que tenía con su hermana se había debilitado. Luna temía que jamás volviera a ser el mismo de antes. Tenía experiencia en perder a seres queridos, pero los había perdido por la fatalidad del destino. En cambio, ahora sabía que perderlos mientras seguían vivos era incluso más doloroso. Con los muertos no podía discutir, y, al pensar en ellos, recordaba los momentos felices. Con los vivos tenía la impresión de que solo atesoraba los recuerdos dañinos que una vez la hirieron.

—Me tenías preocupada —dijo Tyna sin mirarla.

—Soy una neófita. Puedo ir donde quiera sin tener que dar explicaciones a nadie —chapurreó Luna cruzándose de brazos.

Tyna soltó un bufido y asintió con un exagerado sarcasmo. Se levantó y fue hacia su hermana.

—No llevas ni un día como neófita y ya te has escapado —gruñó Tyna—. ¡Qué curioso! Justo ocurre cuando pierdes a una persona

importante por la idiota de tu hermana. ¡Oh, se me olvidaba! ¡También te han propuesto unirte por obligación con alguien que detestas! —Tyna cada vez alzaba más la voz—. ¡Ah, y por último! ¡Has tenido que compartir mesa con los asesinos de tu clan! —Tyna clavó sus vidriosos ojos en Luna—. Al menos ten la decencia de despedirte de tu familia antes de abandonarla —Las últimas palabras las pronunció con tal rabia que Luna notó unas pequeñas gotas de saliva en su rostro. Nunca había visto a su hermana tan enfadada.

Tyna estaba tan cerca que Luna podía sentir la respiración de su hermana en la mejilla. Tyna jadeaba furiosa.

Luna no la podía culpar. Todas y cada una de las palabras que había dicho Tyna eran ciertas, y eso hacía que Luna estuviera igual de furiosa.

—Tiene gracia —dijo Luna—. Has resumido a la perfección mis problemas. ¿Y si repasamos los tuyos? No has perdido a nadie que te importe en el ritual. En la cena te has comportado de forma extraña con el tal Malóu, como si lo conocieras de antes, aunque eso sería un disparate. ¿Cómo ibas tú a ser amiga del hijo de Sauro? ¡Qué digo amiga, su futura mujer! —Luna comenzó a reírse de forma descontrolada—. Todos estos ciclos jurándome que vengaríamos a mi pueblo. ¡Curiosa forma de vengarse la tuya! ¡Abriéndote de piernas! —bramó escupiendo con furia las últimas palabras y empujando a su hermana.

Tyna mostró indiferencia por el empujón. Sus manos temblaban, y la furia se arremolinaba en sus vidriosos ojos.

—Hermana —dijo Tyna—, somos familia. Te ruego que no te vayas. Te lo contaré todo, pero necesito que confíes en mí.

Luna tenía un fuego interior que había comenzado a prender, y cada palabra de su hermana era leña seca para ella.

—¡No necesito saber nada más! —bramó alzando los brazos—. ¡He sido tu juguete todos estos ciclos! ¡Tu sustituta! ¿Qué habría sido de mí de no haber muerto Surnia? —Tyna intentó intervenir, pero Luna la cortó alzando la voz—. ¡Yo te lo diré! Habría muerto en el bosque, devorada por alguna bestia, o peor aún: ¡sería una maldita esclava de los cazadores!

—No piensas con claridad. Fue nuestra madre la que te recogió en el bosque, no yo. Y Kaira habría actuado igual, de haber vivido Surnia. —Tyna respiró hondo, intentando calmarse—. Entiendo tu enfado conmigo. Lissa ha muerto, y yo no pude salvarla. También entiendo tu enfado con el clan. La cena de anoche tuvo que ser muy dura para ti, pero sabías que ese día llegaría, y también sabías que algún día tendrías que verlos y ponerles buena cara.

Luna negaba con la cabeza y se mordía el labio con intensidad; sus brazos abrazaron su cabeza, y sus piernas comenzaron a moverse de forma inquieta, deambulando por el claro.

—Debiste dejarme caer a mí. ¡Así no tendría que haber cenado con ellos! ¡Ni hubiera sabido que mi futuro cuñado es uno de ellos! —Luna comenzó a alzar la voz—. ¡Y tampoco tendría que casarme por obligación! —chilló dándole la espalda a Tyna.

Luna quería llorar, deseaba tener la fuerza para transformar la ira en llanto. Sabía que Tyna estaría ahí para ella, que le daría consuelo. Pero no había lluvia capaz de apagar el fuego que ardía en su interior.

—Luna, mamá no te obligará a casarte —dijo Tyna con calma—. Mi caso es distinto: yo ya conocía a Malóu, y él era importante para mí antes de que tú llegaras a mi vida.

—¡Pero ahora sus manos están manchadas de sangre! —gruñó Luna acercándose a su hermana.

—¡No! —replicó Tyna—. Ese día, cuando ocurrió la masacre lobuna, él estaba conmigo.

Luna soltó una carcajada y dio una palmada al aire.

—¡Todo arreglado entonces! —exclamó con una siniestra jovialidad—. Pobre Malóu… Yo juzgándole por masacrar a mi clan. ¡Pero no fue él! ¿Quién fue entonces? —Luna comenzó a fingir que pensaba—. ¡Ah, sí! ¡Fue su maldito clan!

Tyna comenzaba a perder la paciencia y resoplaba como un jabalí enfurecido.

—Él está de nuestra parte. No le culpes por los errores de su clan. Estamos en el mismo bando.

—¡Qué buena esposa vas a ser! —ironizó Luna—. ¡Ah, se me olvidaba! ¿Qué tal es Vúlzor en el lecho? ¿Algún consejo para cuando tenga que yacer con él? ¡Podemos incluso quedar un día los tres!

Luna no se lo esperaba, llegó de improvisto, como la lluvia en un día soleado. Primero fue el dolor en la mejilla y después llegó el sonido del golpe. Era la primera vez que su hermana le daba una bofetada. Luna cayó hacia atrás, más por la sorpresa que por la potencia del golpe. La mejilla le ardía, y sus ojos se tornaron acuosos por el dolor.

—¡Cálmate y escucha! —profirió Tyna furiosa—. ¡Hablas como una maldita niña pequeña! ¡Madura de una…!

No le dio tiempo a terminar.

Luna se levantó furiosa, con una ferocidad que le consumía por dentro. Su hoguera había estallado, y el fuego se había salido del círculo de piedra, quemando todo a su alrededor.

Luna se abalanzó sobre su hermana y la derribó. Ambas cayeron y forcejearon en el suelo. Rodaron por la hierba, se lanzaron golpes y maldiciones hasta que Luna consiguió amarrar a Tyna y, con el

puño alzado y presto en dirección al rostro de su hermana, oyó un aullido: Férox se había levantado y, furioso, gruñía a las hermanas.

Luna miró hacia abajo. Su hermana rabiaba entre lágrimas y sangre. La pelirroja miró su puño izquierdo y vio unas gotas de sangre manar de sus nudillos, la misma sangre que le corría a Tyna por la nariz y el labio. Luna también sangraba. Su mejilla tenía un corte, y de su labio manaba un goteo de sangre que golpeaba el pecho de Tyna, justo en su corazón.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —gritó una voz a sus espaldas.

—¿Os habéis vuelto locas? —gritó otra voz.

No necesitaban volverse para saber quiénes eran. Sus amigas acababan de llegar. Luna se levantó con calma, liberando a su hermana de su peso, y fue a recoger sus aperos.

Arixa había comenzado a gritarles, profiriendo insultos, amenazas y un sermón de reprimendas digno de una madre. Luna miró por el rabillo del ojo y vio a Yina ayudar a Tyna a incorporarse. Escupía sangre en silencio. Liz había entrado en el claro sin decir nada. Había ido hacia Férox y le acariciaba.

—¿Tengo que haceros hablar a golpes? —preguntó Arixa alzando los puños.

Luna colocó el arco y el carcaj a su espalda y se ató el hacha de su madre en la cintura; también anudó el morral sobre su muslo derecho y comprobó que estuviera bien cerrado. Se volvió y echó una última mirada a sus amigas.

—Siento que hayáis tenido que presenciar esto —murmuró Luna —. Vosotras no tenéis culpa de nada, chicas. No soy la Luna que conocéis, soy una loba rabiosa, y puede que muerda el brazo que menos culpa tiene. —Luna jadeaba, quizás por el cansancio o quizás por el dolor que sentía en su corazón—. Hoy he perdido a una amiga, y no quiero perder a nadie más.

Arixa la miró estupefacta, Liz agachó la cabeza y Yina miró a Tyna con lágrimas en los ojos.

—Querrás decir a una hermana —susurró Yina.

Luna giró la cabeza y miró al bosque.

—Yo no tengo hermanas —dijo mordiéndose el labio—. Soy una huérfana, una loba solitaria.

Arixa comenzó a chapurrear un montón de palabras hasta que Tyna la cortó.

—¡Basta!, dejadla en paz —ordenó con determinación—. Ya la habéis oído, es una loba solitaria, no tiene manada, ni la quiere tener. —Tyna se levantó con dificultad—. No le importa el clan del Búho. Es una loba enamorada de la luna —zanjó con voz quebrada.

Luna suspiró y dio la espalda a sus amigas.

—¡Vamos, Férox!

—¿Dónde demonios vas? —le preguntó Arixa enfadada.

—Luna, ¿no hablarás en serio? Somos una familia, tu manada. No te vayas, por favor —suplicó Yina.

—Tyna tiene razón. Lo siento, chicas. Arixa, Yina y Lizzy. Os echaré de menos a todas. —Luna no se atrevió a mirar atrás—. ¡No soy una maldita rapaz enjaulada! Soy una loba solitaria.

Luna, sintiendo a Férox a su lado, cerró los ojos y dio el primer paso adelante. Cada paso la alejaba de su clan, de su familia, de sus amigas; cada paso se clavaba en su corazón y le dolía más que el anterior; con cada paso, su mente le imploraba que mirara atrás, pero Luna ya conocía aquella sensación, la había experimentado cuando la masacre lobuna, y había aprendido que la vida va hacia delante, no hacia atrás.

Férox, en cambio, miraba de forma constante atrás, esperando a que alguien viniera en busca de ellos. Luna tenía que llamarle cada poco, para que no se rezagara. El lobo paseaba cabizbajo y

desganado, sin su danza típica de saltos y brincos, sin agitar su cola con brío rítmico.

Luna deambulaba sin rumbo, guiada por sus inconscientes pasos, y cuando oyó el borboteo del agua cerca, fue hacia el río. No porque tuviera sed, sino por tener un lugar al que ir, un objetivo que perseguir.

En la orilla del río Jato, una pequeña brisa mecía las copas de los árboles y movía el pelo rojizo de Luna. Los pájaros no piaban, los búhos dormían, los zorros descansaban en sus madrigueras y ninguna manada de lobos cazaba, pues allí no había lobos.

Luna miró el río y pensó que le vendría bien sentir el tacto frío del agua recorriendo su dolorida y ardiente piel.

Arrojó sus aperos sobre la hierba, desnudó sus pies y se acercó a la ribera. Se arremangó la tela parda de los pantalones hasta las rodillas y lanzó su manto verdinegro a la hierba. Introdujo los pies en las cristalinas aguas y sintió su gélido tacto recorrer su cuerpo. También sintió el duro y punzante roce de las piedras del fondo, que le recordaban que todavía podía sentir dolor.

Aquel dolor la reconfortó. Dio otro paso y luego otro. Las piedras le perforaban la piel y un fino y delgado hilo de sangre manaba de sus pies y desaparecía río abajo. El agua le llegaba por las desnudas pantorrillas, aunque sabía que aquella zona era muy profunda.

Al otro lado del ancho río estaba el Bosque Hueco, un lugar sin ley, sin ningún clan bajo su mando, antaño hogar de desterrados.

«Quizás sea el sitio perfecto para mí», pensó Luna.

Alzó su cabeza al cielo, con los ojos cerrados para no ver el hermoso día, recordando que hacía solo cuatro ciclos había estado en el otro lado.

Había sobrevivido a la masacre lobuna, había cruzado el Bosque Hueco para llegar al Bosque Ululante, había encontrado una nueva

familia y un nuevo propósito por el que vivir. ¿Y todo para qué? Había vuelto a perder su familia, había vuelto a huir.

Sus lágrimas comenzaron a regar el río, fluyendo desde sus apretados párpados hasta su barbilla, goteando hasta acabar en un sinfín de lágrimas que alguna vez albergaron la sangre de su extinto clan. Sus lágrimas eran algo insignificante para el caudal del río Jato, igual que lo eran sus problemas comparados con la inmensidad del mundo.

A aquel río no le importaban sus problemas, ni a los árboles que ondeaban cerca ni a los peces que surcaban sus aguas. La naturaleza seguiría su curso de forma implacable. Los humanos nacerían y morirían en un ciclo eterno de problemas insignificantes por los que se matarían, hasta que algún día Gaia se cansara de ellos y los extinguiera de forma salvaje.

Y ahí estaba Luna, de pie en mitad de un río que fluía con brío hacia su inexorable fin; allí estaba ella, postrada a contracorriente, resistiendo el impulso del agua. Su mente quería dejarse caer y seguir el mismo destino del agua, pero su instinto la mantenía en pie, ayudado por su fuerza, por un ansia de venganza que recorría cada fibra de su cuerpo, insuflándole una fuerza de voluntad que le alimentaba el alma; pero su apetito no se saciaba y no lo haría hasta que los malnacidos de los cazadores regaran ese río con su sangre.

Ya era tarde para volver y pedir perdón, ya era tarde para lamentarse por las malas decisiones, era el momento de rescatar promesas incompletas, de recobrar sueños febriles de su antigua vida. Era hora de que la loba saliera a cazar.

* * *

La última luna llena de la fase del Búho iluminaba la noche, los búhos habían salido a ulular, como cada noche.

Luna deambulaba por el bosque, conocía una zona del río Jato con poca profundidad que era usada para viajar entre el Bosque Ululante y el Bosque Hueco; con la salida del sol utilizaría esa zona para abandonar el Bosque Ululante.

¿Con qué objetivo? Ni ella misma lo sabía.

De improvisto, Luna notó que Férox se había sobresaltado; el lobo había olisqueado algo y seguía el rastro con codicia. Luna preparó el arco y, con este enflechado, lo siguió; podía tratarse de algún animal salvaje, y ambos iban a necesitar comida.

Detrás de unos matorrales encontró la presa que le provocó una sonrisa.

Se trataba de la vieja cueva donde se habían refugiado la noche tormentosa en la que Kaira y Sétrix los encontraron. Estaba rodeada de matorrales y jaras. Férox olisqueaba aquel claro como si pudiera oler remanentes de aquella noche. Hasta que encontró lo que buscaba: la flecha que Sétrix había lanzado a modo de advertencia seguía allí clavada, como si fuera un componente más del bosque; la hierba había nacido a su alrededor, y varias raspillas azuladas sobresalían rodeándola.

Luna se sentó sobre sus piernas cruzadas al lado de la flecha. Férox se acurrucó a su lado, colocando la enorme cabeza sobre sus piernas. Luna se sentía mal por su compañero. Era lo que más quería y sentía que le había hecho daño, que lo había arrastrado con ella a una espiral de oscuridad que no merecía. Su lobo era feliz en Glauxolia. Él también tenía allí una familia a la que quería y adoraba. Pero Férox había elegido seguirla: igual que Luna, lucharía contra quien fuera por protegerse mutuamente.

Luna acarició la cabeza de su compañero, no podía comunicarse con él, ya que no podía hablar con los lobos, pero sentía un vínculo único con Férox. Su sola presencia la tranquilizaba. Cuando sus ojos se encontraban, Luna se perdía en aquella anaranjada e inocente mirada que siempre le provocaba una sonrisa repentina, daba igual lo triste que estuviera. Contra aquella mirada no se podía luchar, derribaba todas sus defensas e inundaba su mente con momentos retrotraídos de sus más felices y luminosos días. Aquellos ojos eran la luz de sus noches oscuras.

Luna comenzaba a entender la Likamory. Ahora comprendía el motivo por el que sus antepasados recurrían a aquel ritual cuando sus lobos perecían antes que ellos. Miró a Férox y no le hizo falta decirlo en voz alta, ni siquiera pensarlo, ya lo sabía de forma innata, pues lo llevaba en la sangre. Sabía que, llegado ese día, si alguna vez el destino y los dioses osaban castigarla con algo tan cruel como arrebatarle su otra mitad, sabía que recurriría al ritual sin vacilar.

El ulular de un búho cercano le hizo alzar la mirada al cielo nocturno. Era una lechuza moteada que sobrevolaba la cueva haciendo círculos. Luna contempló con curiosidad el silencioso vuelo de la rapaz. Un búho nival se unió a su extraño baile, danzando junto a ella.

Continuaron llegando más búhos: un búho pescador se posó en un árbol; un mochuelo peludo ululaba con brío sobre una rama cercana; incluso un mochuelo de madriguera salió de la profundidad de la cueva. Siguieron llegando más y más: lechuzas blancas, lechuzas cornudas, búhos negruzcos y una miríada de las distintas especies de búhos que poblaban el bosque. Entonces, un gran búho real se clavó en lo alto de la piedra que coronaba la entrada a la cueva y comenzó a ulular con gran intensidad.

—¡Uu-uu-uu!

El claro se convirtió en una fiesta de alaridos, como si aquel lugar fuera el punto de reunión secreto para sus asambleas nocturnas. Férox se incorporó y comenzó a aullar, uniéndose al griterío.

Luna vio una gran nube cubriendo la luna, dejando el claro sumido entre las sombras. Sobresaltada por el constante alarido de las bestias, se levantó, dándose cuenta de que estaba completamente rodeada de búhos.

—¿Acaso temes el símbolo de tu clan? —preguntó una voz entre las tinieblas.

Los sonidos de las bestias cesaron al instante. Luna giró la cabeza a ambos lados, buscando el origen de aquella voz. Solo veía sombras.

—¿No te enseñaron que los lobos sobreviven mejor en manada?

Otra vez era como un susurro que el viento traía a su antojo. Una voz gélida, femenina y familiar.

Búhos, oscuridad, ¿reprimenda?

Luna dejó escapar una pequeña risotada.

—No vas a permitir que tu hija se marche sin despedirse. ¿Verdad, mamá?

Una figura entró en el claro. Su rostro se escondía bajo un baile de sombras que emanaban de una capucha oscura. Las nubes dejaron paso a la luna, y la mujer se echó la capucha hacia atrás, dejando al descubierto su rostro.

—Siempre es duro cuando los polluelos aprenden a volar y abandonan el nido —dijo Kaira, con los ojos vidriosos.

Su madre sonreía. Luna, no.

Kaira solo había necesitado una sonrisa y una mirada para desarmar a su hija. Luna llevaba todo el día luchando contra su furia interna, y se había refugiado en el dolor y la oscuridad. Esa actitud

no era rival para la sonrisa de una madre. Ante aquella mirada repleta de amor y pena, Luna no pudo aguantar más.

La nube de resentimiento que era su corazón estalló, y las lágrimas brotaron a mares por sus ojos vidriosos. Su furia se transformó en arrepentimiento. Y sus brazos anhelaron el calor de su madre.

—Lo siento, mamá —sollozó Luna lanzándose a Kaira.

Kaira apretó con fuerza a su hija, le dio un beso en la frente y le limpió las lágrimas con la tela de su capa.

—Tranquila, cariño. No pasa nada. Es el ciclo de la vida.

Luna no podía cortar su llanto. Sentía como si la presencia de su madre hubiera abierto los tablachos de su corazón, los que con tanta fuerza había conseguido mantener cerrados. Ahora su rabia e ira habían quedado inundadas bajo las lágrimas que manaban de su alma herida. Y lo que antes era una loba feroz se había convertido en una lobezna falta de cariño.

—Ha sido culpa mía. Lo he estropeado todo.

Kaira se rio.

—Esta tarde he escuchado esas mismas palabras, pero en boca de tu hermana.

Luna se separó de su madre para ver bien en sus ojos el amor sincero, vacío de ira y rencor.

—Yo le dije cosas desgarradoras, palabras que mi boca escupía, arrojadas desde la parte más oscura de mi ser. Palabras de las que me arrepiento —dijo Luna cabizbaja.

Kaira alzó la barbilla de Luna.

—Las palabras son nuestra magia más antigua, pequeña. Transmiten nuestro estado interior. Tus palabras estaban impregnadas de dolor, debido a que tu corazón estaba herido y necesitaba expulsar el daño recibido. Son nuestros seres queridos

los que normalmente reciben esa carga a través de las palabras. Ellos nos ayudan a aligerar nuestro pesar. La gente solitaria almacena ese dolor en su interior, y al no poder consolarse con nadie, acaba alimentándose de él, convirtiéndose en personas resentidas y amargadas.

Kaira se agachó, arrancó una raspilla azulada y, con sumo cuidado, la colocó detrás de la oreja de Luna. Luego fue hacia la flecha clavada y se sentó allí, cruzándose de piernas como si fuera una niña pequeña. Férox acudió al instante y se colocó a su lado, agitando la cola como un lobezno falto de cariño.

—¿Podrá… mi hermana… perdonarme? —titubeó Luna.

—¿Te perdonarás tú a ti misma? ¿Se perdonará tu hermana a sí misma?

Kaira le indicó con un ademán de la mano que se sentara a su lado. Luna se sentó, aunque no tenía respuesta a esa pregunta e imaginaba que tampoco la tendría su hermana.

—A veces es necesario cortar la flor antes de que se marchite —dijo Kaira arrancando otra raspilla y extendiéndola sobre su mano—. Solo así podrán brotar nuevas flores, más fuertes y resistentes que las anteriores, y solo así la flor que hemos cortado conservará su belleza y su esencia.

Kaira comenzó a cortar más y más flores. Cuando tuvo un ramo completo de flores azuladas, cogió el arco de Luna y comenzó a engarzarlas en la madera como si estuviera tejiendo.

—Quizás yo sea una mala hierba —susurró Luna.

Kaira soltó una carcajada.

—O quizás seas la flor que sobresale, hija —dijo Kaira sin quitarle ojo a su tarea—. Si naciera una bella rosa roja en un campo de tulipanes amarillos, su tallo sería el primero en ser arrancado.

Luna asintió con una pequeña sonrisa, recordando la rosa que le había permitido seguir viva.

—Entiendo. Entonces era inevitable que alguien se clavara una de mis espinas.

—Para que luego digan que no hay sabiduría en ti.

—¿Quién dice eso?

—Tú, a ti misma, de forma constante.

Luna se ruborizó al escuchar aquello, pues era cierto. Siempre estaba compadeciéndose y menospreciándose.

Kaira le devolvió el arco a su hija, el cual tenía ahora las raspillas engarzadas por su curvado cuerpo como si hubieran formado parte de la madera desde el inicio. Era algo mágico.

—Gracias, mamá.

Luna no lo decía solo por el arco, sino por todo, aunque su madre ya lo sabía. Apoyó la cabeza en el regazo de Kaira, cerró los ojos y, por un momento, se olvidó de sus problemas.

Kaira recogió el pelo de su hija y lo fue trenzando hasta formar una larga trenza, luego recogió la flor que tenía Luna detrás de la oreja y la engarzó en la trenza.

—¿Qué tal fue la exhibición de rapaces?

—Solo tenemos dos búhos mágicos, por lo que fue corta —respondió entre risas Kaira.

—¿Te contó Tyna todo?

—No hizo falta, cariño. ¿Qué tipo de madre sería si no conociera a mis hijas?

—Si nunca te contamos nada.

—Los búhos somos muy observadores, cariño. —Kaira enderezó a su hija—. Conocía cuáles eran tus sentimientos por la joven Lissa, y supongo que la cena no te fue de buen gusto. La noticia de Vúlzor te dolió, pero más doloroso fue descubrir el secreto de tu hermana.

Luna permaneció en silencio, dejando que sus últimas lágrimas brotaran y fueran a morir en el regazo de Kaira. Su madre era una mujer muy sabia, y puede que conociera todos sus problemas, pero Kaira no era una huérfana, sino una heroína de la Gran Guerra, una leyenda viva que dirigía uno de los clanes más importantes de Terión.

—Lo sabes, sí, pero no puedes llegar a comprenderlo. No puedes entenderme. Tú no has pasado por nada de esto.

—Los jóvenes… —resopló Kaira—. Siempre pensáis que sois los primeros en experimentar las felicidades y las tristezas de la vida. —Su madre le giró la cabeza y la miró fijamente a los ojos—. Hija, en mi iniciación perdí a mi mejor amiga. Tuve que abandonar al amor de mi vida para poder defender a mi clan en la Gran Guerra. Me vi obligada a casarme con alguien que detestaba. Luego, la vida me dio un hombre bueno y dos hermosas hijas. Y créeme, cariño, no hay nada más doloroso que ver morir a tu propia hija entre tus brazos.

Una lágrima descendió por la mejilla de Kaira e hizo que Luna se sintiera avergonzada por lo que acababa de decir.

—Lo siento, no digo más que estupideces.

—Eres joven, debes decir sandeces, ser imprudente, cometer errores.

Luna agarró con firmeza la mano de su madre.

—¿Tú también los cometiste?

Kaira miró al cielo, como si viera en el firmamento su pasado.

—Solo a través de los errores podemos alcanzar la sabiduría. Las vidas fáciles y sencillas, repletas de inocencia, están cargadas de felicidad, pero también de ignorancia.

—Entonces, quizás algún día me convierta en alguien más sabio que tú.

Kaira acarició el pelo de su hija.

—Eso es a lo que aspiramos todas las madres, cariño.

Luna suspiró, había llegado el momento de formular a su madre la pregunta cuya respuesta temía.

—¿Sigo formando parte del clan?

—Alguien se ha saltado las lecciones de Yami. Solo hay dos maneras de dejar de ser un miembro del clan: una es que la líder te destierre y queme la marca del clan que llevas en la piel. La otra es desertar, y para ello la persona debe tachar la marca con un filo cortante.

Kaira inclinó la cabeza, apartó la tela de la espalda de Luna y sonrió.

—La marca sigue intacta, mamá.

—Ya veo. ¿Quieres que te haga un corte?

—¿Quieres que me vaya?

—¡Claro que no! Pero quiero que sepas que eres libre de irte cuando desees. Glauxolia no es ninguna jaula para ti.

—Lo sé. ¿Eso significa que también puedo volver cuando me apetezca?

Luna no tenía intenciones de volver, al menos por el momento.

—No, cariño. Recuerda la regla de la primera expedición que te enseñó Lanka.

Luna recordaba aquella regla, había tenido incluso pesadillas con ella.

—La primera expedición —titubeó Luna— es la primera prueba de un explorador neófito. Debe volver al clan solo cuando haya cumplido su misión, de lo contrario, es mejor que no regrese jamás.

—Si vuelves habiendo fracasado, se te quitará el rango de exploradora y pasarás a desempeñar tareas más rutinarias y rudimentarias.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? ¡A mí nadie me ha encomendado una misión! ¡Yo no estoy de expedición!

Kaira se levantó y estiró las piernas.

—La versión oficial de tu partida es que tenías tantas ganas de ponerte a prueba que saliste a cumplir tu primera expedición nada más obtener el rango de neófita.

—¿Qué? ¿Y quién me la encomendó? ¡No sé ni qué tengo que hacer! ¡Ni si quiero hacerlo!

—Te la encomendé yo, cariño. Por eso partiste con tanta premura. —Kaira le guiñó un ojo—. Tu hermana y tus amigas están al tanto; nadie sabrá lo de vuestra pequeña riña. —Kaira deambulaba por el claro—. Te conozco bien, hija. Sabía que después de la cena huirías del clan. Por eso me adelanté. También sabía que tu loba interior ansiaría cazar, lo que te llevaría a una muerte segura. Por eso me preocupé en darte un objetivo, una tarea, algo en lo que mantenerte ocupada.

—Y luego decís de los cuervos. De todas formas, la primera expedición suele llevarse a cabo por toda la patrulla de neófitos más un explorador experimentado de guía.

—Ahí tienes a tu explorador experimentado —dijo Kaira señalando a Férox.

El lobo emitió un largo bostezo.

—Al final me veo cavando surcos de patatas.

—Es una tarea tan digna como otra cualquiera. Además, a ti te encantan las patatas.

—Al grano, mamá. ¿Qué se supone que tengo que hacer? —dijo Luna cruzándose de brazos.

Kaira comenzó a andar en círculos, inquieta.

—Es una misión peligrosa. La tenía reservada para más adelante, pero el tiempo apremia. Sauro y sus cazadores nos están

estrechando la jaula, y guardan con recelo la llave de nuestra libertad. Es hora de romper los barrotes.

—¿A quién quieres que… liquide?

—Eres una exploradora, no una asesina. Lo que necesitamos son aliados, bestias feroces y salvajes, capaces de mandar a la extinción a esa banda de malnacidos que nos oprimen. —Kaira escupía cada palabra con furia.

—Pensaba que teníamos aliados en la Liga.

—Los tenemos, pero no son suficientes. Necesitamos al clan de la Osa, famoso por sus bravas guerreras.

—Tengo entendido que su población ha menguado hasta rozar la extinción.

—Igual que la de los lobos, pero recuerda que los cazadores temían que algún lobo sobreviviese, ya que atacaron a todos y cada uno de los miembros del clan, sin mostrar piedad con los ancianos y los niños. Sauro es una astuta rata, conocía bien a tu clan y sabía que debía temer el implacable coraje e instinto de venganza de sus miembros, aunque está claro que falló en su gesta. —Kaira señaló a Luna.

—Una caterva de ratas contra los búhos, cuyos aliados son una loba, quizás un par de osas, y puede que algún zorro…, no suena muy alentador —vaciló Luna.

Kaira se acercó a su hija y le susurró al oído.

—Hay más ratas en este mundo que búhos, y eso no impide que, cuando caiga la noche, la rata huya atemorizada, pues sabe que el búho anda cerca, posado entre las tinieblas, esperando a que ella dé un paso en falso. Dará igual cuántas ratas sean: se quedarán impotentes cuando el búho se arroje en picado de forma silenciosa y letal sobre una de ellas.

Kaira sacó un papiro de un bolsillo oculto de su manto y se lo entregó a Luna.

—¿Qué es esto? —preguntó la pelirroja.

—Un mapa, dibujado por tu amiga Yina. —Luna abrió con presteza el trozo de papel—. Le indiqué qué sitios tenía que marcar; creo que sabrás ubicarte.

—¿Yina sabía que era para mí? —Luna sujetaba el papel con sus manos temblorosas.

Kaira arqueó una ceja y le señaló la esquina derecha del mapa.

Luna se quedó muda de asombro.

El mapa reflejaba una parte de la isla de Terión; había varias cruces en el Bosque Aullante, y un par más en las Cordilleras Pálidas. Lo que más maravilló a Luna fue lo que había pintado Yina en la parte que Kaira había señalado. Allí había cinco símbolos trazados de forma consecutiva: una lechuza, un búho, un oso, un cuervo y un lobo.

Yina, Tyna, Arixa, Liz y Luna.

«Amigas», pensó Luna sintiendo que su corazón se inundaba de calor.

—Tenía destinada esa misión a un equipo más avanzado de exploradores, pero tu repentina partida y otros sucesos han cambiado los planes. Le comuniqué de inmediato a Yina mi plan, y ella me pidió un poco de tiempo para darle un último retoque. Después de todo, tus amigas no te han querido dejar sola.

Luna estrechó el mapa contra su pecho, sintiéndose orgullosa de sus amigas, prometiéndose a sí misma que cumpliría aquella misión, aunque solo fuera para regresar algún día al clan y pedir perdón a sus seres queridos.

—De acuerdo —dijo Luna—. ¿Cuál es la marca de Arkouda? ¿Dónde está el poblado de las osas?

Kaira resopló.

—Esa es tu misión, hija —dijo Kaira arrancándole el mapa de las manos—. Arkouda no se encuentra en la superficie, sino bajo tierra. Según tengo entendido, existen dos entradas: una en el Bosque Aullante y otra en las Cordilleras Pálidas. —Kaira señaló las distintas cruces—. Nadie sabe exactamente dónde están dichas entradas, y, peor aún, aunque lo supiéramos, de nada serviría, ya que se dice que la entrada está sellada con magia. —Kaira volvió a darle el mapa a Luna.

—Entonces, ¿qué debo hacer yo?

—Debes investigar esas zonas marcadas. Las osas deben salir a cazar con regularidad, por lo que tu tarea será establecer contacto con alguna de sus exploradoras. Cuando lo hagas, le darás este mensaje para que se lo lleve a Ursa. —Kaira sacó una pluma de lechuza de otro bolsillo y se la entregó a Luna.

—¿Ya está? ¿Solo eso? —Luna guardó el mapa—. Vaya tarea más aburrida. ¿Quién es esa Ursa? ¿Y se puede saber qué tipo de mensaje es este? —Luna agitó la pluma en el aire.

Kaira le arrebató la pluma con presteza.

—Ursa es la líder de las osas, y esto —Kaira alzó la pluma— es una pluma de Kora, aunque en realidad es una llave del Reino de los Espíritus. —Luna seguía estupefacta—. Cada clan tiene chamanes que pueden acceder al Reino Espiritual, pero, como bien sabes, cada zona del Reino tiene sus normas y sus protectores. Con esta pluma, Ursa podrá usar el ritual del concilio. Antaño fue usado por los líderes de los clanes para tratar asuntos vitales cuando se encontraban en época de guerra y era peligroso viajar. Ese ritual le permite acceder a nuestra zona sagrada del Reino, a nuestra asamblea espiritual. Allí podré hablar con ella de forma segura.

—Pues vaya. —Luna cogió la pluma y la guardó en el morral—. Preferiría ir a dar caza a los tres jabalíes primigenios.

Kaira se acercó y la miró a los ojos.

—Esta misión es de vital importancia para lo que estamos construyendo. Tú eres la piedra angular que derrotará a la Liga para dar paso a la Federación de Terión. —Luna iba a preguntar, pero Kaira continuó—: Esta gesta parece sencilla, pero es muy peligrosa. Te daré un consejo: si encuentras algún obstáculo, sortéalo. Procura no ser vista, y, por encima de todo, procura ocultar tu identidad, sobre todo tu identidad real. El miedo puede ser una cualidad de débiles, pero también es una cualidad de los que viven una larga vida.

Luna esbozó una sonrisa de arrogancia.

—Parece que no te fías de mí, mamá. —Dejó escapar una carcajada.

Kaira le dio un profundo beso en la frente.

—Llevas la sangre de Férox el Bárbaro. Me fío de ti hija, pero sé que no puedo controlar tu carácter indómito. Veo en ti la misma testarudez, arrogancia y temeridad que poseía tu abuelo.

—Gracias por el cumplido —dijo Luna dándole un beso en la mejilla a la sonriente Kaira.

Luna se dio media vuelta y, en esta ocasión, sí miró atrás.

—Te prometo que volveré al nido —dijo alzando el puño—. ¡Vamos, pequeño!

Férox se levantó con apremio y siguió a su compañera, internándose en el bosque junto a ella. El lobo danzaba por delante de la pelirroja, cuya sonrisa resplandecía bajo el brillo de la luna, emanando emoción ante la agitación que provocaba tener un propósito por el que seguir luchando. Era feliz, pues no hay nada más dichoso que saber que, por muchos errores que cometas, tu

familia siempre te seguirá apoyando. Porque en eso consiste la ley de la manada, en luchar por permanecer unidos y sobrevivir juntos. Luna había intentado huir de ella, pero, a diferencia de la primera vez, su manada había ido a buscarla.

Liz

Día 3 de la fase del Búho
Ciclo 28 después de la Gran Guerra

A Liz le parecía que todo aquello no era más que un horrible sueño, de esos en los que tu cuerpo deja de obedecerte y observas, inerte, que tu peor miedo se hace realidad. Pero aquello no era ningún sueño, sino una pesadilla muy real.

Luna, a la que Liz consideraba su mejor amiga, se había ido. No habían intercambiado ni una palabra de despedida, ni siquiera una mirada de adiós.

Sus caminos se habían bifurcado, y ya solo quedaban los recuerdos que habían compartido, momentos que perdurarían en la mente de Liz para que no se olvidara de que Luna había existido.

Mientras Luna se perdía en el frondoso bosque, Liz pensó en la conversación que había tenido con Kórsak la noche anterior.

—Tengo una propuesta para ti —le había dicho Kórsak de improvisto con una pícara sonrisa.

—Esta noche no estoy de humor, pelirrojo —dijo Liz apesadumbrada por la pérdida de tres buenos amigos—, y tú tampoco deberías estarlo.

Kórsak parecía confundido, hasta que comprendió.

—¿Mi prima…?

Liz sacudió la cabeza en señal de negación.

Kórsak perdió la sonrisa, su rostro se tornó taciturno y miró a las estrellas.

—Nos habíamos visto muy poco, pero me agradaba mucho su compañía. Me parecía una persona cuyo espíritu podía alegrarte un mal día.

Una fugaz lágrima cayó por la mejilla de Kórsak.

Liz se abalanzó sobre él y lo estrechó entre sus brazos.

—Yo la quería mucho. Era una gran amiga —dijo Liz entre sollozos —. Dio su vida por Luna.

—No esperaba menos de mi prima —susurró Kórsak con una sonrisa agridulce y apartándose de Liz—. Podemos hablar mañana de la propuesta… si te apetece.

Liz agarró la mano de Kórsak, evitando que el grandullón se marchara.

—Nos vendrá bien pensar en otra cosa.

Kórsak asintió, apretó con firmeza la mano de Liz y ambos se alejaron del bullicio central del poblado.

—Dispara.

Kórsak se llevó la mano a la nuca. Por primera vez, Liz notó que estaba nervioso.

—Yo…, bueno…, verás, me preguntaba si tú…, si tú…

—¿Me estás pidiendo ser pareja?

La rojez del cabello de Kórsak pareció extenderse como un veneno por su rostro.

—No… exactamente —balbuceó—. Me preguntaba si tú…, si te gustaría venir con nosotros…, conmigo…, a Kalópix… una temporada.

Liz estaba confusa.

—¿Como amigos?

—Sí, sí, claro —farfulló Kórsak—. Como compañeros.

Liz quedó pensativa. Ya era una neófita y podía pedir permiso para hacer un viaje a otro poblado aliado. Era algo muy común, ya que fortalecía las uniones entre los clanes, y la persona volvía fortalecida y con nuevos conocimientos. Aunque muchas veces lo que ocurría es que volvía encinta.

Era una buena propuesta, y Liz la habría aceptado, de no ser por sus amigas. No podía irse y dejarlas solas. Pensó en Luna, que estaría deseando realizar la primera misión de expedición junto a ella. No podía hacerles eso, poner su placer personal por encima de sus amigas.

—No hace falta que me respondas ahora —dijo Kórsak—. Quizás los sueños que tengas esta noche te ayuden a decidirte. Nosotros nos vamos en unos días, por lo que si necesitas dos… o tres noches…, tú no te agobies.

Liz sonrió y siguió caminando junto a Kórsak en silencio. Aunque sabía bien su respuesta, decidió retardarla lo máximo posible para no desilusionarle.

* * *

—Liz, levanta. Tenemos que volver al poblado —dijo Arixa ofreciéndole la mano.

Liz se encontraba con las rodillas clavadas en la hierba y no sabía cuánto tiempo llevaba sumida en sus pensamientos. Aceptó la mano de su amiga y se puso en pie sin decir nada.

—Tyna, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Arixa.

Tyna se encontraba sentada sobre una roca, mirando al suelo. Yina echaba un ojo a sus heridas.

—No creo que sea el mejor momento para hablarlo, grandullona —respondió Yina.

Tyna no dijo nada.

—No importa el motivo —dijo Liz—. Ella ya se ha ido, y eso es lo único que importa.

—Volverá —aseveró Arixa.

—No lo hará —musitó Tyna.

—¡Entonces iremos tras ella y la traeremos de vuelta a la fuerza! —gritó Arixa.

Tyna seguía con la mirada fija en el suelo. Yina había terminado de curarle las heridas con un poco de tela y ungüento. Arixa andaba sin rumbo, inquieta. Liz sabía lo que tenía que hacer, y aquel era el mejor momento.

—Yo también me voy a ir —anunció Liz—. La iniciación nos ha convertido en neófitas, lo anterior a eso ya no importa. Es momento de elegir nuevos caminos, como ha hecho Luna.

—Pero ¡¿adónde vas a ir?! —preguntó furiosa Arixa.

—Me voy con Kórsak al clan del Zorro —respondió con seguridad Liz.

—Por mucho que seáis neófitas, no podéis abandonar la villa sin permiso —dijo Tyna—. Lo que acaba de hacer Luna tiene castigo.

Liz lo sabía, y no tenía pensado irse como había hecho su amiga. En realidad, no tenía pensado irse, pero la partida de Luna había trastocado sus planes, y ahora ansiaba alejarse de Glauxolia una temporada.

«Es curioso cómo cambian nuestras decisiones en base a los actos de nuestros seres queridos», pensó Liz.

—Lo sé, hablaré con Kaira en cuanto volvamos al poblado —dijo Liz.

Tyna asintió, se levantó y avanzó con calma hasta llegar a Liz. Sin decir nada, la estrechó entre sus brazos. Liz alzó sus decaídos brazos y los apretó con fuerza contra la espalda de su amiga. Al instante

sintió que los fuertes brazos de Arixa la rodeaban, seguidos de los brazos de Yina.

—Te vamos a echar de menos —murmuró Tyna. Luego le dio un beso en la mejilla, lo que provocó que Liz se sonrojara.

—Tendré listas unas setas para tu regreso —dijo Yina con una sonrisa agridulce.

—No os las toméis sin mí —dijo Liz.

—Vuelve más sabia, y, a ser posible, vuelve sin un polluelo en tu barriga —dijo Arixa guiñándole un ojo.

—Podéis estar tranquilas —dijo Liz entre risas—. Yina me enseñó a preparar la pócima de silfio antes de la Glaukada, y menos mal que lo hizo.

Las demás soltaron una carcajada al unísono, ya que todas la habían tomado también antes de la Glaukada.

—Deberíamos volver al poblado —sugirió Arixa separándose.

Liz y Yina la siguieron.

—Esperad —dijo Tyna cuando no habían dado ni dos pasos—, quiero deciros una última cosa. Nos hemos criado juntas en el mismo nido. No importa adónde emprendamos el vuelo, no importa adónde nos lleve el viento. El nido siempre estará aquí. —Tyna señaló su corazón—. Glauxolia puede que solo sea una villa, pero para nosotras es un hogar. ¡Y no permitiremos que nada ni nadie nos arrebate eso! —Tyna las miraba con fuego en sus ojos—. Todas y cada una de nosotras tenemos la misma marca en la piel. ¡Un signo que nos une para toda la vida! —Tyna miró el lugar por donde se había ido Luna—. Hoy una polluela sin alas ha emprendido otro camino, y os pido que no la culpéis, que no le guardéis rencor. Solo os pido que si llegara el día en que dicha polluela no encontrara el camino de vuelta al nido, me acompañéis para ir a buscarla.

Liz, Yina y Arixa asintieron con firmeza.

Las cuatro amigas volvieron al poblado en silencio, disfrutando de ese último momento juntas, sabiendo que pasaría mucho tiempo hasta que el grupo volviera a reunirse al completo.

* * *

El golpeteo de unos nudillos contra la dura madera de la puerta la sacó del reino de los sueños.

Liz se sobresaltó, estaba empapada en sudor y había tenido un sueño de lo más extraño. Necesitaba volver al sueño, ansiaba saber el final, por lo que volvió a cerrar los ojos e intentó sumergirse de nuevo en el mundo onírico, pero la puerta volvió a sonar.

—¡Hermana! —gritaba Kora desde el otro lado.

—Vete —masculló Liz medio dormida.

El sueño pendía de un fino hilo. Liz no quería que se rompiera.

Soñaba que era una cuerva y, siguiendo sus instintos córvidos, sobrevolaba un bosque. La cuerva podía oler la sangre, aunque no hacía falta que se hubiera derramado todavía. Sus instintos eran tan agudos que podía predecir dónde se produciría un festín de carroña.

La puerta volvió a sonar, difuminando por un momento la visión de Liz en el sueño.

Algo se movía a lo lejos en el sueño: una bestia grande y fuerte, pero a la vez rápida y majestuosa. La bestia corría rauda sobre sus cuatro patas, huyendo de algo; pero cayó en una trampa y rugió. La cuerva graznó, reclamando los ojos de la bestia para sí.

—¡Lizzy! —vociferó una voz varonil—. Te he traído comida. Tu madre nos ha preparado unas hogazas de pan. Es de presa de cerdo con pimientos salteados.

La puerta volvió a sonar, esta vez más fuerte, y el sueño tembló.

La cuerva se posó en una rama y observó de cerca a la bestia: era una osa parda. La pata delantera de la enorme bestia había caído presa en las fauces de una dentadura de metal que se hallaba oculta entre la maleza. Unas sombras rodearon a la osa, que gemía de dolor.

La cuerva volvió a graznar, y su graznido fue respondido por un súbito aullido que resonó por todo el bosque. La lluvia llegó y el sueño se acabó.

—¡Por las ubres de Gaia! —gritó Liz al sentir el contacto del agua contra su cara—. ¡Está helada!

Nox sonreía de oreja a oreja. Kórsak no sabía dónde meterse y le daba un muerdo al bocadillo que llevaba en las manos.

—¡Ya está despierta! —dijo Nox, que le dio una palmada en el hombro a Kórsak y se marchó.

Liz fulminó a Kórsak con la mirada.

—Tu hermano me vio en la puerta y me dijo que sabía cómo despertarte —dijo Kórsak.

Liz se levantó y fue hacia Kórsak, le arrebató la hogaza de pan y se volvió a la cama.

Hacía cuatro días desde que Luna había partido y, aunque Yina les había contado lo relativo al plan que Kaira le había encomendado, Liz seguía sintiendo un gran vacío en su interior.

—Liz —susurró Kórsak—, partimos mañana al alba hacia Kalópix. Debes decírselo a tu madre.

Kórsak había dado saltos de alegría cuando Liz le informó de que aceptaba su propuesta y de que Kaira le había dado permiso para irse una temporada.

—Lo sé —respondió Liz dándole un mordisco al pan, que rezumaba grasa y estaba delicioso.

Kórsak se sentó en el borde de la cama. En los últimos tres días, Kórsak había cogido mucha confianza con su familia; comía y cenaba siempre en su casa, jugaba con Kora y se pasaba las noches hablando con Nox. Todos le adoraban.

—Lo saben todos menos ella —dijo Kórsak al tiempo que intentaba agarrar el pan para darle un mordisco.

Liz esquivó su mano como si se tratara de una afilada espada y le miró de forma desafiante.

—Ya le has dado un muerdo antes, que te he visto —gruñó Liz.

—He de admitir que no esperaba que vinieras, pero haré que no te arrepientas de tu decisión.

Liz asintió en silencio, aunque era debido a que tenía la boca llena de jugosa carne.

—Tengo algo de miedo. Hay asuntos de mi familia que debes saber antes de ir —comenzó a parlotear Kórsak—. Mi madre no será problema, y mi padre es de tu clan, por lo que seguro que hacéis buenas migas. En cambio, mi hermana… es una persona muy complicada. Además, nuestro clan tiene problemas internos. —Liz le dio otro mordisco al bocadillo y cerró los ojos para deleitarse con el sabor de la carne cocinada a fuego lento—. Hay rumores sobre una posible guerra interna, y me preocupa que, de estallar alguna trifulca, te pudieras ver implicada. Aunque me preocupa más que seas tú la que avive las llamas que den comienzo a alguna trifulca. —Los pimientos estaban salados, como a ella le gustaban. Liz no prestaba atención a otra cosa que no fuera la delicia que se estaba comiendo—. Mi hermana es una rebelde, está obcecada con Zox, y piensa que su actitud cobarde condenó al clan del Lobo, y que, a la larga, Sauro acabará atacando Kalópix también. En cuanto a dónde viviremos… —Ya solo le quedaba una pequeña porción. Liz no quería acabárselo, quería dejar ese trozo para toda la eternidad, pero era

débil—. Podemos adecentar la forja y vivir allí juntos, como compañeros, claro.

Liz se había terminado el bocadillo y ahora estaba triste. Kórsak, al ver su cara apenada, la arropó con sus musculosos brazos.

—No pasa nada, recuerda que puedes volver a Glauxolia cuando quieras —le susurró y le dio un beso en la mejilla—. ¿Vamos a contárselo a tu madre?

Kórsak se levantó de la cama y salió por la puerta. Liz le siguió, aunque no tenía ni la más remota idea de qué le había estado contando Kórsak mientras ella se comía el bocadillo.

Su familia se encontraba fuera: Ravenna cocinaba y montaba más hogazas de pan alrededor de una fogata; Kora y Nox lanzaban flechas al tronco de un árbol cercano; y, como cada día, su padre no estaba allí.

Nadie conocía el paradero de Zinanvar el Bermejo, mote que le habían dado debido a sus ojos rojos. Ni de él ni de ningún miembro del grupo de exploradores al que pertenecía. El escuadrón de Zinanvar había partido de expedición hacía ya cinco ciclos y todavía no había rastro de ellos. La mayoría del clan los daba por muertos, aunque no era el caso de la familia de Liz, ya que Ravenna aseveraba que, si su marido hubiera muerto, ella lo habría visto en sueños. Liz creía a su madre y fantaseaba con el día en que su padre regresara al clan con una gran historia sobre su viaje.

—Ya era hora de que te levantaras, jovencita —dijo Ravenna—. Tened, os he preparado otro par de hogazas.

—Gracias, Renna —dijo Kórsak cogiendo su parte.

Liz arqueó una ceja ante la velocidad con la que Kórsak cogía confianza con su familia.

—Mamá, tengo algo que contarte —farfulló Liz.

Ravenna miró sutilmente la barriga de su hija y luego alzó la ceja.

—¡Lizzy! ¿No te enseñó Yina a hacer la pócima de silfio?

Liz por poco no se atraganta por el comentario.

—¡No es eso, mamá! —vociferó Liz.

—¿Qué es el silfio? —preguntó Kórsak sin entender.

—¡Hija, que no nací ayer! —dijo Ravenna, que preparaba más comida—. Aunque mi iniciación fue en Koraxia, recuerda que conocí a tu padre en una Glaukada. —Los ojos de Ravenna brillaron al recordar hechos pasados de su juventud—. Acababa de cumplir mis dieciséis ciclos, y, como ya era una neófita del clan del Cuervo, decidí venirme a las fiestas del clan del Búho. Zinanvar se iniciaba en aquel ciclo, y, ya sabes, una cosa llevó a la otra, y al poco nació tu hermano.

—¡Mamá! —gritó Liz avergonzada.

—¿Qué es el silfio? —volvió a preguntar Kórsak.

—Pensé que por eso te ibas a Kalópix, hija —dijo Ravenna encogiéndose de hombros.

—¿Sabes que me marcho? —preguntó Liz.

—¡Pues claro! —Ravenna había preparado otra hogaza y se la entregaba a Kórsak—. Me has presentado a este muchacho tan fuerte y guapo, y justo después de la iniciación. —Ravenna le dio unas palmadas en el hombro a Kórsak—. Y todos sabemos lo que habéis hecho en las fiestas. —Liz no sabía dónde meterse—. Pues una ata cabos; además, tu hermana me lo contó en cuanto este se fue de la lengua.

Liz miró con furia a Kórsak.

—¿Se lo contaste a mi hermana?

—Me prometió que no diría nada —contestó Kórsak con calma.

Liz frunció el ceño y resopló.

—Toma —dijo Liz cogiendo dos hogazas de pan y entregándoselas a Kórsak—, llévaselos a mis queridos hermanitos.

Kórsak obedeció sin rechistar.

—Mamá —comenzó a decir Liz—, lo que quiero que sepas es…

—Ya es hora de que eches a volar, mi pequeña Lizzy. —Ravenna le dio un enorme beso en la frente a su hija—. Conoce mundo, vive aventuras, disfruta del amor candente de la juventud, y luego vuelve para contármelo todo.

Liz se abalanzó sobre su madre y la abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Te prometo que volveré! —sollozó Liz al recordar que su padre hizo aquella misma promesa.

—Lo sé, pequeña. —Ravenna le limpió las lágrimas con sus manos—. Si algo malo te pasara, recuerda que yo lo vería antes de que sucediese.

Ravenna era nieta de Medea, una poderosa bruja del clan del Cuervo. Medea era considerada el mejor oráculo del clan, e incluso gente de otros clanes iban a solicitar audiencia con ella. Mara, la actual líder del clan del Cuervo, era sobrina de Medea.

—Te voy a echar de menos —dijo Liz.

—Mentira…, vas a echar de menos mi comida —dijo Ravenna con una sonrisa, provocando que Liz también sonriera—. Anda, ve con tus hermanos; ellos también te van a echar mucho de menos.

Liz se fue hacia el árbol donde estaban practicando. Allí descubrió que Kora estaba humillando al pobre Kórsak.

—Alucinante —murmuró Kórsak al ver que Kora volvía a acertar en el centro del tronco.

Kora iluminaba el día con su sonrisa de ganadora. Liz sabía que su hermana pequeña adoraba presumir de su maestría con el arco, sobre todo si era ante gente que la superaba en edad.

—¿Cómo nos saldrá el zagal? —preguntó de improvisto Nox mientras acariciaba la barriga de Liz—. ¿Heredará vuestro azulado cabello o el ardiente color de los zorros?

—Mientras que no herede tu calvicie —dijo Liz—. ¡Además, que no estoy preñada!

Nox se pasó la mano por su brillante cabeza rapada y se encogió de hombros.

—¿Cómo se queda una preñada, Liz? —preguntó Kora arqueando una ceja.

—Todavía eres muy joven… —comenzó a responder Kórsak.

—¡Kora!, que tienes doce ciclos, ya deberías saberlo —bufó Liz interrumpiendo a Kórsak.

Kora agachó la cabeza, juntó los pies y le puso su clásica mirada de cachorro indefenso.

—¡Liz! Explícamelo, porfa, vengaaa, porfaaaa.

Liz suspiró.

—Cuando un chico y una chica… se quieren…, o bueno, pueden no quererse… —Liz comenzó a ponerse roja—, puede que solo estén borrachos y quizás hayan tomado un par de setas… Lo de las setas es opcional, aunque recomendable… A lo que iba: cuando la chica y el chico… —Liz comenzó a hacer gestos con las manos.

—¡Liz! —gritó Kora con una sonora risotada—. Sé muy bien que hay que fornicar para quedarse preñada.

Kórsak y Nox también llevaban un rato conteniendo la risa. Su hermana le había tomado el pelo, a ella, la persona que más tomaba el pelo a los demás en el clan. Liz le dio una buena colleja a Kora, aunque aquello no hizo que su hermana parara de reírse ni un instante.

Cuando la noche los envolvió, la familia se sentó junto al fuego para beber y charlar. Nox y Kórsak parloteaban sobre armas, y Ravenna trenzaba el pelo de sus hijas.

—Kora, tendrás que cuidar de la familia mientras yo no estoy —dijo Liz a su hermana.

—Papá te dijo eso antes de que se fuera, ¿verdad? —dijo Kora.

Liz asintió.

—¿Volverá algún día? —volvió a preguntar Kora después de un largo silencio—. Tengo miedo de olvidarme de su rostro, de olvidarme de cómo pinchaba su barba cuando me daba un beso de buenas noches.

Liz cerró los ojos, respirando profundamente. Debía controlar sus emociones por el bien de su hermana.

—Papá volverá, igual que lo haré yo —aseveró Liz.

Kora cerró los ojos y sonrió.

—Mamá, ¿has acabado? —preguntó Kora—. Tengo que ir a cambiarle el agua a la almeja.

Liz soltó una profunda carcajada ante la mirada atónita de los demás.

—Lo que le enseñas a tu hermana… —dijo su madre.

—Son peores las mentiras que le cuenta —murmuró Nox con enfado cuando Kora se fue.

—¿De qué hablas? —preguntó Liz confundida.

Nox cogió un palo y removió las brasas de la hoguera. Luego apuntó con el palo a Liz.

—Papá no va a volver. Olvidaros de él de una vez y dejad de llenarle la cabeza a Kora con esas sandeces.

Liz odiaba hablar de aquel tema con los demás, en especial con Nox.

—Nox, no es momento de hablar de eso. Esta noche, no —dijo con seriedad Ravenna.

—Parece que no confías en la palabra de mamá —dijo Liz.

Nox sacudió la cabeza y lanzó el palo al fuego.

—¡Claro que confío en ella!, y sé que papá no está muerto. —Nox miró al suelo, evitando la mirada de Liz—. Tú también conoces los

rumores. A ese grupo se le conoce como los desertores. Papá nos abandonó, aceptadlo de una vez. Yo también tuve mi época de fantasear con su vuelta, pero ahora solo espero el día en el que mamá nos cuente que lo ha visto morir en sueños, así podremos zanjar el tema de una vez.

Aquello sembró un incómodo silencio alrededor del fuego.

—No digas eso —dijo Kórsak con cautela, atrayendo todas las miradas—. Mi hermana perdió a su padre cuando era pequeña. Gilperik, mi padre, la crio como si fuera su hija, pero para ella él no es su verdadero padre. Siempre ha vivido con ese sentimiento, y sabe que nunca volverá a ver a su padre, que jamás podrá tener unas palabras con él. La muerte te arrebata esa posibilidad. —Kórsak le puso la mano en el hombro a Nox—. Si tu padre sigue ahí fuera, seguro que es por un buen motivo, y si algún día lo vuelves a ver, al menos tendrás la posibilidad de hablar con él y podrás preguntarle muchas cosas. Si es cierto lo que dices, bueno, puedes ir y mirarle a los ojos y demostrarle que no le necesitaste, que te convertiste en un hombre fuerte y valiente; y también puedes restregarle que cuidaste de la familia sin su ayuda.

—Me gusta mucho este chico —susurró Ravenna al oído de Liz.

—Dejemos el tema —zanjó Liz, viendo que Kora volvía dando saltos.

Kora se sentó en el regazo de Liz y le dio un beso en la mejilla.

—Liz, ¿estarás en mi iniciación? —preguntó.

Liz la envolvió en un abrazo y le dio un gran beso.

—¿Serás capaz de superarla?

—¡La superaré y me convertiré en la jefa de los chamanes! —vociferó Kora poniéndose en pie—. ¡Vaya que sí!

Liz asintió y sonrió al ver el entusiasmo de su hermana pequeña. Luego, su madre le ató algo en la muñeca. Cuando miró hacia abajo,

descubrió lo que era: la pulsera de Ravenna, una fina cadena de plata que tenía atado un pequeño zafiro con la forma del pico de un cuervo.

—Mamá, fue un regalo de tu madre…

Ravenna se llevó un dedo a los labios en señal de que no rechistara, y eso fue lo que hizo Liz.

Aquella noche fue especial, aunque no épica, ya que nadie hizo ninguna hazaña digna de ser marcada en piedra hasta el fin de los tiempos. Tampoco la cena que había preparado Ravenna fue la mejor de su vida, ni siquiera los chistes que contó su hermano Nox fueron los mejores, y tampoco fueron distintas las pullas de su hermana Kora. Pero para Liz fue una noche memorable, pues era el día que echaría a volar, el día que la polluela se armaría de valor y decidiría saltar al abismo. Ella sabía que tenía alas, sabía que su madre las usaba para volar. La polluela la había visto saltar innumerables veces del nido y la había visto regresar volando. ¿Podría ella volar? Solo había una forma de comprobarlo: saltando.

* * *

La pequeña fogata arrojaba ascuas que resplandecían en las tinieblas de la noche e iluminaban los rostros de los miembros del grupo que se habían sentado alrededor de la hoguera, un acto tan antiguo como el mismísimo fuego.

Las estrellas le robaban el protagonismo a la medialuna, y una ligera brisa ondeaba los cabellos y erizaba la piel. Las copas de los árboles silbaban y, de vez en cuando, se oía el ulular de una rapaz nocturna en la distancia.

Liz permanecía sentada, con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada sobre el hombro de Kórsak. A su lado se encontraban los

distintos miembros del grupo: Vúlzor, Réynard y su zorro Kor, Tanuk y Gilperik. Los demás miembros del clan del Zorro ya habían partido hacia Kalópix hacía días.

Gilperik le había agradado desde un primer momento, ya que le recordaba mucho a Lanka. Era alto y robusto, llevaba el cabello corto, excepto por dos largos y anchos mechones castaños que le caían hasta su frondoso bigote; en su mentón sobresalía una larga y afilada perilla, también de color castaño. Llevaba la clásica ropa de explorador, con la tan característica capa verde del clan del Búho.

«Vive con los zorros, pero sigue siendo un búho», pensó Liz.

Habían parado en el llamado Cruce de los Cánidos. Un gran poste de piedras se alzaba en mitad de la bifurcación. La marca de los lobos estaba pintada en la piedra superior y señalaba a la derecha, mientras que la marca de los zorros estaba en la inferior señalando a la izquierda. Liz sintió un escalofrío al pensar en su amiga Luna.

«Luna sin duda ha tomado el camino del norte, mientras que yo voy al oeste», pensó Liz.

—Me gustaría hacer una libación a Gaia por mi sobrina —dijo Gilperik atrayendo la atención de todos.

Liz se enderezó y sacó de su morral un pequeño pellejo de cuero que contenía aguardiente de dragón, un obsequio de Yina.

—¡Por Lissa! —gritó Gilperik.

Gilperik le dio un largo trago a su pellejo, después derramó el contenido sobrante en las llamas de la hoguera. Los demás le imitaron.

—Por Lissa —dijo Liz mientras bebía—, la zorra más valiente que he conocido.

Liz derramó lo que quedaba en el fuego, que crepitó y se avivó de tal manera que una gran llama se alzó sobre las demás y se perdió

en la noche. Nadie dijo nada, pero todos vieron que aquella llama había cobrado la forma de una esbelta zorra.

Un largo silencio recorrió el círculo. Cada miembro se sumió en sus pensamientos y se los dedicó a la persona en cuyo honor se había derramado el líquido.

Liz rememoró sus recuerdos con Lissa mientras contemplaba la inmensidad del firmamento. Agradeció cada momento alegre que había compartido con su amiga; también se alegró por el hecho de que en su último día hubiera podido sentir el placer de yacer con otra persona. También sintió respeto por ella al pensar que se había sacrificado por Luna.

«Morir hemos de hacerlo todos, ¿qué mejor forma de morir que haciéndolo por la persona a la que amas?», pensó Liz.

—Se rumorea que eres una gran exploradora —dijo Vúlzor rompiendo el silencio.

Kórsak tuvo que darle un toque a Liz para que se diera cuenta de que le estaban hablando.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó confusa Liz—. Soy tan buena como cualquier explorador de mi clan.

Vúlzor frunció el ceño ante la respuesta.

—Eres tan humilde como cualquiera de tu clan —terció Gilperik.

Liz se sonrojó por el comentario. Ella se consideraba buena exploradora, pero creía que Luna la superaba con creces. Además, los zorros tenían mala fama, ya que Luna decía que les gustaba aparentar ser unos mediocres para sorprender al adversario.

—Más te vale ser buena, polluela —dijo Réynard—. Tu amiguita Yina me hizo prometer que cuidaríamos de ti, y que si te pasaba algo por nuestra culpa me despellejaría vivo.

Liz soltó una risotada.

—No seas embustero —respondió—. Yina te diría que no te preocuparas, que yo cuidaría de vosotros.

Réynard puso los ojos en blanco y luego miró a Tanuk.

—Esta chica es buena —le dijo con una media sonrisa.

Tanuk asintió sin decir nada.

—Entonces podremos mandarla en la próxima expedición —dijo Vúlzor desperezándose—. La que va al Bosque Aullante…

Kórsak miró severamente a su amigo.

—Vúlzor, no bromees con eso —replicó su forzudo amante.

—¿Qué hay en el Bosque Aullante? —preguntó Liz curiosa.

Los demás se miraron unos a otros, esperando a que alguien contestara la pregunta.

—Una vieja leyenda del clan del Lobo… —respondió Gilperik con calma.

Liz sintió más curiosidad.

—¿Leyenda? ¿Sois historiadores o exploradores? Si es una leyenda, ¿de qué tenéis miedo?

Vúlzor bufó y miró a Kórsak.

—Qué pronto te vas a quedar sin compañera, grandullón.

Kórsak le echó una mirada a Liz que decía: «Deja el tema». Liz, por supuesto, le lanzó una mirada de la que su hermana Kora estaría orgullosa.

—El Lobisón de Fénrir —dijo Kórsak con un suspiro.

Fénrir. Liz conocía ese nombre. Luna solía citar una expresión cuando salían en las noches oscuras: «Soy una hija de Fénrir, no me da miedo la oscuridad». Aunque también tenía otra que decía: «Más oscuro que el ojete de Fénrir».

—¿Y Fénrir es…? —preguntó Liz haciéndose la tonta.

—Es el dios fundador del clan del Lobo —respondió Kórsak—. Además, es un hijo de Gaia, fruto de su unión con el lobo primigenio

que lideraba la manada de Terión. Fénrir era único en su especie, estaba solo y aullaba todas las noches a la luna. Gaia, apenada por la soledad de su hijo, convirtió a la luna en una hermosa mujer loba llamada Selene. En las noches de luna llena, Fénrir aullaba a Selene hasta que ella bajaba y yacía con él. De esa unión entre ambos nacieron los fundadores del clan del Lobo. Fénrir y Selene son híbridos, por lo que caminan sobre dos patas, aunque su cuerpo está recubierto de un frondoso pelaje lobuno. Sus cabezas son enormes como las de los lobos primigenios, y sus fauces son letales.

Liz sabía todo aquello, aunque nunca había oído hablar del tal Lobisón.

—¿Y el Lobisón?

Kórsak exhaló un gran suspiro.

—La leyenda dice que Lukaina, la primogénita de Fénrir, desafió a su padre. Lo normal habría sido que Fénrir la hubiera expulsado de la manada, pero Fénrir se enorgulleció ante la osadía de su vástaga, así que la recompensó con una pequeña parte de su poder.

»Fénrir tenía un poder único, el cual había heredado de su padre lobuno: poseía la capacidad de convertirse en un lobo de cuatro patas cuando lo desease. Nadie más había obtenido aquella cualidad, por lo que Fénrir rogó a Gaia que le permitiera dar en herencia esa cualidad a su primogénita.

»Gaia le otorgó ese don a su hija, y le dijo a Lukaina que dicho don sería heredado por uno de sus hijos, y así sucesivamente, hasta que un miembro de su linaje muriera sin descendencia. Este don se ha ido heredando por los descendientes del clan del Lobo.

»El Lobisón del Bosque Aullante es uno de dichos vástagos. El don ha ido mutando, ya no te convierte en lobo: ahora te convierte en un ser medio humano, medio lobo. Un ser como lo fue Fénrir o Selene, un bípedo con pelaje, sentidos y colmillos de lobo, pero

mente de humano. Y se rumorea que tiene la habilidad de comunicarse con los lobos.

»Es una bestia letal.

Liz frunció el ceño, confundida.

—Pero ¿los lobos no se habían extinguido? —preguntó cruzando los brazos.

Kórsak miró a su padre, esperando su aprobación para seguir hablando. Fue Vúlzor el que rompió el silencio.

—No es fácil exterminar por completo a un clan —dijo atrayendo la mirada de Liz.

Liz debía medir muy bien sus palabras.

—En una leyenda tan ancestral… Imagino que conoceréis nombres de antiguos Lobisones. —Liz necesitaba saber más.

—Somos zorros, no lobos —respondió Tanuk, que hablaba por primera vez—. Sus leyendas se perderán en unos ciclos, cuando ya nadie los recuerde, igual que sus nombres.

Réynard asintió mientras acariciaba a su zorro y soltaba una bocanada de humo de su pipa.

—El Mapache tiene razón —dijo el chamán refiriéndose a Tanuk, que tenía los cabellos y la barba de tonos blancos y negros a la vez, y le daban un curioso aspecto—. Si recordamos esta historia es porque nuestros exploradores se han encontrado con una bestia que se asemejaba al Lobisón e hizo añicos a una partida de exploradores que nos habían enviado los cazadores.

Kórsak carraspeó atrayendo la atención de su padre y amigos.

—Yo recuerdo una historia —dijo— que me contaba mi madre antes de dormir. —Gilperik miró con curiosidad a su hijo—. Ella decía que se la había contado su madre, que había conocido a una Lobisona. Mi abuela materna se llamaba Kamila y murió en la Gran Guerra, por lo que yo no la conocí. Mi madre decía que Kamila había

pasado su infancia en Lykaina y que allí una Lobisona la había salvado de un gigantesco uro. Kamila se había quedado petrificada, pensando que la bestia la iba a devorar, pero no fue así. La Lobisona adoptó una forma humana para tranquilizarla y le dijo que se llamaba Ylva.

Réynard soltó una fuerte risotada, seguido por Vúlzor y Tanuk.

—Menudos cuentos te contaba Kione —dijo Tanuk entre risas.

—Seguro que Kórsak tenía pesadillas con esa Lobisona —vociferó Vúlzor.

Gilperik sonreía en silencio.

Kórsak se encogió de hombros, mostrando indiferencia ante lo que pensaran los demás. Luego miró a Liz, que también reía.

—¿Tú también? —preguntó.

Liz debía reírse, no fuera que descubrieran que ella sí sabía quién era Ylva. Puede que Luna hablara poco sobre su clan, pero siempre que podía contaba algo sobre su abuelo Férox y, cierta vez, mencionó que era el primogénito de una tal Ylva. Liz guardó mentalmente aquella nueva información y la sumó a la que ya sabía. Debía actuar con cautela, pero lo primero era recopilar más información.

—Me estáis tomando el pelo —espetó Liz—. No hay Lobisón ni nada de eso. Conozco bien los tejemanejes de la Liga de Clanes. Si fuera verdad lo que decís, Sauro habría mandado ya calcinar dicho bosque hasta que solo quedaran las cenizas.

Réynard exhaló un círculo perfecto de humo y, haciendo gala de una curiosa pero extraordinaria habilidad, volvió a exhalar lo que parecía un búho que se coló por el agujero del círculo y se perdió en la noche.

—Y yo que os tenía por un clan sabio —dijo Réynard.

Liz miró a Kórsak confundida.

Kórsak estaba sudando, Vúlzor miraba a otro lado, Gilperik miraba al suelo, y Tanuk mostraba sus afilados colmillos.

—¿Es que todavía no se ha dado cuenta? —preguntó Tanuk.

Liz giraba la cabeza como un búho, de un lado a otro, esperando algo. No sabía a qué se referían, y odiaba sentirse como una torpe de mente roma.

—A veces, los hijos no se parecen a sus padres —dijo Réynard—. Mira a Kórsak: no se parece en nada a su padre ni a su madre. Seguramente haya salido a la abuela esa. —Réynard soltó una pequeña carcajada por su broma—. Y tú, pequeña, parece que no has heredado la sabiduría de tu clan primario ni la inteligencia de tu secundario.

¿Cómo era posible? ¿Cómo sabían que tenía sangre del clan del Cuervo? ¿Se lo habría contado ya Kórsak? ¿Debía empezar a confiar menos en él?

—Tranquila, rapaza —dijo Vúlzor leyendo los pensamientos de Liz —. El herrero no nos contó nada, pero para un zorro es primordial conocer a sus amigos y enemigos por igual. —Vúlzor alzó las manos mostrando sus palmas y encogiéndose de hombros—. No somos los más fuertes ni los más inteligentes, pero sí los más astutos.

Liz siempre se las había dado de lista en su clan, pero ahora se sentía una completa estúpida. Kórsak estaba a punto de decirle algo, pero Liz le cortó con la palma de la mano. Debía averiguarlo ella sola, debía demostrarles que no estaban ante una polluela asustadiza.

Sauro no había quemado el bosque, lo que significaba que no había sido alertado con la noticia del Lobisón. Alguien le debió mentir sobre la muerte de su partida de exploradores, alguien del clan del Zorro que debía tener buena relación con Kaira. Liz miró a

Gilperik. Sí, todo cuadraba, por eso Gilperik había ido a la Glaukada para llevarle noticias a Kaira.

Kaira debía conocer el rumor del Lobisón desde hacía tiempo. La llegada de Gilperik la había tenido que poner en alerta. Ya no era un rumor, sino una realidad. Por lo tanto, alguien del clan del Lobo debió sobrevivir a la masacre, y eso implicaba problemas. Muchos problemas.

Kaira no podía acudir en persona, y no podía exponerse mandando a Luna, por lo que había tenido que actuar de forma sutil e imperceptible. Kaira necesitaba a un aliado allí, necesitaba a un miembro del clan del Búho, alguien con buena vista y gran inteligencia, y que conociera el secreto de Luna. Necesitaba a Liz.

Kórsak le había ofrecido a Liz ir de forma muy prematura, quizás alguien le metió esa idea en la cabeza, seguramente Gilperik, el cual estaría manipulado por Kaira. Liz obtuvo el permiso de Kaira con suma facilidad. Y Ravenna estaba muy contenta de ver a su hija partir. Además, los zorros le habían lanzado el anzuelo del Lobisón de tal manera que Liz había caído de lleno en él.

Mierda.

Liz había sido la última en darse cuenta de que había sido utilizada.

—¡Maldita Kaira! —bufó ante los zorros.

El grupo prorrumpió en carcajadas, señalando a Liz y aplaudiendo su inteligencia y razonamiento. Kórsak le rodeó con sus brazos y le dio un gran beso en la mejilla.

—Sabía que tú sola lo descubrirías.

—Kaira nos dijo que eras la mejor del clan —dijo Gilperik—. Que contigo podríamos usar al Lobisón para nuestros intereses sin que los cazadores se enterasen. Pero nos dijo que no podíamos contarte nada. —Gilperik se encogió de hombros—. Cosas de Aveoscura.

Liz sonrió. Kaira había confiado en ella, sabiendo que era más prudente dejar que su neófita descubriera la información por sí misma, evitando el riesgo de que alguien escuchara algo relacionado con Luna. Además, la falta de información había jugado a favor de Liz, pareciendo una pánfila ante los zorros y usando su propia estrategia contra ellos. Kaira había vuelto a demostrar por qué era la líder del clan de forma indiscutible.

El resto de los miembros del grupo se fueron a dormir. Kórsak y Liz se quedaron haciendo guardia. Kórsak le prometió a Liz que la misión nada tenía que ver con lo que él sentía por ella, y que había sido su padre el que le había animado a invitarla, aunque él ya tenía intenciones, pero le daba vergüenza. Liz le creyó, pero esa noche quería estar a solas con sus pensamientos, por lo que Kórsak hizo la guardia solo.

Liz viajó al mundo de los sueños como cada noche. Aunque siempre tenía dos tipos de sueños, unos en los que participaba y otros en los que observaba, hoy le tocaba mirar.

Volvía a ser una cuerva, siempre lo era cuando le tocaba observar. Estaba sola, posada en una enorme rama de un gran árbol cuyo tronco emergía de la isla de Terión. Liz podía ver toda la isla desde su posición y se sentía poderosa. Podía viajar a cualquier parte y, por alguna extraña razón, conocía todos los lugares.

Emprendió el vuelo y sobrevoló el Nido Olvidado, repleto de rapaces nocturnas. Luego siguió su camino hasta el Cruce de los Cánidos, donde vio un fornido pelirrojo echando una meada en el tronco de un árbol, cerca de una pequeña fogata. Sus alas no se pararon ahí; algo le atrajo en la senda del norte.

Cerca del Bosque Aullante vio una figura blanca que se movía rauda como el viento entre los árboles, en dirección al corazón del bosque: era un lobo. Sus pisadas dejaban unas marcas rojas en la

tierra que brillaban. Algo atrajo la mirada de Liz: había una lejana fogata en el este, cerca de un antiguo poblado, del que solo quedaban cenizas y desesperación. Liz sentía que aquel lugar le llamaba, que tiraba de sus alas con hilos invisibles.

La cuerva sobrevoló el poblado en ruinas, sintiendo pena y lástima; pero no debía llorar por la muerte y la destrucción, ya que era su mayor fuente de alimento.

Su vuelo siguió el centelleo de la luz en la oscuridad, acercándose más y más hasta llegar a la ribera de un río. Luego buscó un árbol y se posó en una rama desde donde podía verlo todo.

Siete oscuras figuras estaban sentadas alrededor del fuego. Sus rostros eran siniestros, y sus sonrisas alargadas. Cerca de ellos había otras dos figuras que brillaban en la oscuridad; una tenía un fulgor pardo, y otra un fulgor rojizo.

La cuerva sintió curiosidad por ambas y se acercó un poco más. Los destellos luminosos fueron cobrando forma según se fue acercando. Pronto descubrió que los destellos eran en realidad la forma de los espíritus de aquellas figuras.

El espíritu pardo tenía la forma de una osa, y el rojizo el de una loba. Ambos estaban encadenados, rugían y gemían de dolor. La cuerva se acercó más a ellos, posándose en el suelo.

La del espíritu osuno le hizo un gesto, pero la cuerva arqueó la cabeza sin entender. Entonces la del espíritu en forma de osa le dio un golpe a la otra, que permanecía con los ojos cerrados. La del espíritu lobuno despertó y, al ver a la cuerva, susurró algo incomprensible y sonrió.

Liz oyó un ruido detrás; cuando se volvió, era demasiado tarde. Una de las figuras oscuras la había atrapado. La cuerva notó, de forma repentina, un filo frío y puntiagudo que le atravesó el corazón.

Acto seguido, la figura arrojó el moribundo cuerpo de la cuerva a la hoguera.

Liz se levantó sobresaltada. Su pecho ardía y, de forma inconsciente, introdujo la mano bajo su camisa para asegurarse de que no tenía un agujero en el corazón. Liz suspiró aliviada al notar que lo único que tenía era el cuerpo empapado en sudor.

Estaba acostumbrada a ese tipo de sueños, pero esta vez había sido diferente, ya que había sentido el dolor del puñal cuando se había clavado en su onírico cuerpo de córvida. Había sentido la calidez del fuego y, al recordar las dos figuras, había sentido una afinidad con la del espíritu del lobo. ¿Y si era ella?

«No, no puede ser Luna», pensó Liz.

Liz, a diferencia de su madre, no tenía la capacidad de predecir el futuro. Aunque aquella figura portaba un espíritu lobuno y estaba junto a otra con el espíritu de una osa, en lo que parecían las ruinas de Lykaina, rodeada de figuras oscuras, personas sin espíritu: cazadores.

¿Qué podía hacer? ¿Creer que aquello iba a suceder? ¿Adelantarse y esperar allí hasta que ocurriera? No, nada tenía sentido. Aquello solo había sido un sueño. Su amiga Luna no era tan cerril para dejarse atrapar por unos tarugos del clan del Cazador.

* * *

Liz se vio contagiada por los largos y pronunciados bostezos de Kórsak. Ambos iban en la retaguardia del grupo. Kórsak estaba tan cansado de haber hecho guardia que incluso su pesada maza, de la cual no se había separado nada más salir de Glauxolia, parecía que le fatigaba.

El día era espléndido para aquellos que amaban el calor. No era el caso de Liz, cuyos únicos pensamientos iban dirigidos al Lamento de Dakrya y su refrescante lago. Kórsak, en cambio, parecía disfrutar del ardiente sol.

—Deberíamos darnos prisa. Mi padre y los demás se están alejando bastante —dejó caer Kórsak.

Liz le miró confundida.

—Creía que estabas cansado —contestó Liz—, he reducido el paso por ti.

Liz no mentía, pero tampoco decía toda la verdad. Estaba preocupada por el sueño de anoche, y no le apetecía hablar con nadie; prefería ir en silencio.

—Liz, nos quedan catorce leguas hasta Kalópix, y eso sin tener en cuenta que tenemos que parar a comer. A este paso llegaremos un día más tarde que los demás.

Liz se encogió de hombros.

—Tú sabes el camino. ¿Acaso no te apetece estar un rato a solas conmigo?

Kórsak frunció el ceño.

—No tergiverses mis palabras, joven dama. Siempre querré pasar un rato a solas contigo. Pero ya que vamos a estar a solas —continuó Kórsak, y Liz se imaginó lo que iba a sugerirle—, podrías ser sincera conmigo y contarme qué te ocurre.

Liz se paró en seco y maldijo para sus adentros.

—No me pasa nada. Venga, vamos. —Reanudó el ritmo y adelantó a su acompañante.

—Sé que es difícil confiar en un zorro, pero espero que algún día puedas confiar en mí —dijo Kórsak con desánimo.

Liz volvió a maldecir. Se sentía mal consigo misma.

No es que no confiara en Kórsak, era más bien que no le gustaba hablar de sus preocupaciones y sentimientos con nadie, excepto con sus amigas. Pero ellas no estaban disponibles; además, tenía miedo. Miedo de lanzarse de cabeza a una persona, a depositar todas sus ilusiones y confianzas en ella, y que la abandonara.

«Como hizo papá», susurró la voz de Nox en su mente.

Liz sacudió su cabeza y se volvió a Kórsak.

—Está bien, pero es complicado.

—No soy solo músculos —dijo Kórsak con una sonrisa irritante.

Liz suspiró. Arixa siempre decía que el mejor hombre es el que usa la lengua para no hablar. Al final iba a tener razón la maldita.

—Anoche tuve un sueño —vaciló Liz—, uno muy real. En él, creo que una amiga se encontraba en grave peligro, y tengo miedo. —Kórsak se acercó a ella y la tomó de la mano—. Siento que, si le pasara algo a ella, yo me sentiría responsable y… culpable. No podría soportar dicha culpa; además, no… no recuerdo cuáles fueron las últimas palabras que le dije.

Kórsak no le reprochó nada, simplemente la abrazó. Liz se apretó fuerte contra su cuerpo ardiente por el sol. Kórsak le dio un beso en la frente y la miró a los ojos.

—Liz, tu amiga Luna es un hueso duro de roer. —Liz mostró satisfacción por la sagacidad de su amante—. No debes preocuparte por ella, habría que estar majara para hacer enfadar a la nieta de Férox el Despiadado.

Liz abrió de par en par los ojos. Empujó a Kórsak con todas sus fuerzas y, con una extraordinaria rapidez, asió el arco que llevaba colgado a la espalda al tiempo que sacó una flecha del carcaj. Con el arco enflechado, apuntó a Kórsak sin titubear.

—Liz, tranquila —dijo Kórsak con los brazos extendidos hacia delante y las palmas abiertas—. No es lo que piensas.

Liz no bajó el arco. Sujetaba la tensa cuerda con tres dedos de su diestra viendo la cicatriz de la palma de la mano, realizada por Yami en el juramento de sangre. Ella no había revelado el secreto de Luna y, aunque dudaba de la veracidad de dicho juramento, sentía que había traicionado a su amiga.

—Liz —dijo Kórsak.

—¿Cómo has podido…? —rugió Liz furiosa—. Todo este tiempo me has utilizado, me has mentido.

Kórsak negaba con la cabeza, aunque no se atrevía a moverse.

—Si me dejas de apuntar con eso, te lo explicaré encantado. —Unas largas gotas de sudor recorrían su rostro.

¿Cuánto hacía que lo sabía Kórsak? ¿Lo sabrían los demás? ¿Como había sido tan necia? Conocía a la perfección los rumores sobre la astucia de los zorros. Precisamente por eso los búhos nunca habían llegado a confiar en ellos del todo. Eran sagaces, siempre con sus tretas y artimañas. Confiar en un zorro era peligroso. Se alimentaban de eso, así luego podían encontrar un punto débil y explotarlo. La gente los tomaba por el clan más débil, aunque para Liz los zorros eran, sin duda, los más peligrosos.

—De rodillas —dijo Liz.

Kórsak no era tan valiente como sagaz. Se encogió de hombros y se puso de rodillas, incluso puso los brazos detrás de la cabeza. Liz podía ver el miedo y la resignación en sus ojos.

—Adelante, ejecútame sin darme la oportunidad de hablar —dijo cabizbajo—. Eso es algo muy típico entre los miembros del clan del cazador.

«El granuja sabe usar bien la lengua», pensó Liz.

—¡Demonios! —maldijo Liz—. Te escucho, pero al menor signo de que me estás intentando engañar…

—¡No voy a mentirte! Estoy de tu lado, y preferiría hablar sin tener una flecha apuntando a mi cabeza.

Liz deseó por primera vez haber tenido formación como chamana, así podría realizar a Kórsak el juicio de Minerva. Como no podía, suspiró y bajó el arco.

—Empezaré por el principio. Como sabes, los lobos y los zorros tenemos nuestra propia historia. Cientos de ciclos de alianzas y guerras nos unen.

»Hubo un tiempo en que era común viajar a Lykaina para celebrar las Lupercalias junto a ellos, y eso hacía que en la siguiente fase, cuando se festejaban las Vulpéculas, ellos vinieran a Kalópix.

»Como la mayoría de los jóvenes de mi generación, me he criado escuchando las historias de la Gran Guerra, por lo que nunca olvidaré cuando conocí a Férox el Despiadado, en persona. Férox acudió junto a su familia a las Vulpéculas del ciclo veinte después de la Gran Guerra, y todos se alojaron en casa de Vúlzor.

—¿Por qué iba la familia de Luna a juntarse con la de Vúlzor?

—Tienen un ancestro común —respondió Kórsak aparentando más tranquilidad—. Mylena, la madre de Luna, es del clan del Zorro. ¿No lo sabías?

Liz sabía que Luna tenía sangre del clan del Zorro, pero no conocía el nombre de la madre de su amiga, ya que nunca hablaba de ella. El hecho de que Kórsak lo supiera hizo que le hirviera la sangre a Liz.

—Luna no hablaba nunca de su madre biológica.

Kórsak quitó las manos de la cabeza, las estiró y continuó la historia.

—Mylena era bastante conocida en mi clan. Su madre fue Teumexia la Inconquistable, hermana pequeña de Alópex, el Zorro

Ígneo. Alópex fue el padre de Zox y, por tanto, el abuelo de Vúlzor. Por eso se alojaron junto a ellos.

Liz frunció el ceño.

—Si su abuela era «inconquistable», ¿cómo es que fue conquistada? —preguntó Liz, más confiada y ávida de nueva información sobre su amiga.

—Es una de las historias más famosas de nuestro clan. Lélapo, conocido como el Lobo Atormentado, debido a que había desertado del clan del Lobo, dedicó toda su vida a cortejar a Teumexia. Le llevó dieciséis ciclos, pero, al final, Teumexia aceptó pasar una noche con él. De ahí nació Mylena, aunque hay un rumor de que un hermano mellizo nació junto a ella y que Lélapo se llevó al niño. Teumexia murió en el alumbramiento, y Mylena fue criada con Zox. Nadie volvió a ver a Lélapo.

Liz lo anotó en su memoria, ya que en un futuro le gustaría hablar con Luna de ello.

—Todo eso está muy bien —refunfuñó Liz—, pero no explica cómo reconociste a Luna.

Kórsak se levantó muy despacio para estirar sus doloridas piernas.

—Todos en mi clan habíamos crecido oyendo las historias de Férox, por lo que Vúlzor nos invitó a su casa. Allí fue donde conocimos a Férox y a su familia.

»Yo no habría reparado en la pelirroja, pero ella y Vúlzor no congeniaron y se pasaron toda la noche peleándose. La lobita nos desafió a todos, alardeando de ser la única nieta del gran Férox.

»El día que nos conocimos no caí en que aquella Luna y tu amiga eran la misma persona, ya que Luna es un nombre muy común. Al día siguiente, mientras deambulaba por el bosque, Réynard vio un gran lobo blanco. Luego oímos historias en el poblado de que ese lobo se llamaba Férox y que era el compañero de tu amiga Luna.

Entonces os vimos volver de la iniciación, todas vestidas de verde. Vúlzor habría dudado al verla, pero Réynard tiene la habilidad de viajar al pasado, de revivir cada momento de su vida como si hubiera sido ayer. Ahí fue cuando la reconoció.

Kórsak agachó la cabeza, como si estuviera dolido por haber descubierto el secreto.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó con preocupación Liz.

—Vúlzor, Réynard, Tanuk y yo. Nadie más. —Kórsak se acercó más y más a Liz—. Te lo prometo, estamos de tu parte.

Liz colocó una mano en el pecho de Kórsak.

—La noche que lo descubristeis fue la misma que me pediste unirme a tu viaje. ¿Por qué no me lo contaste?

Kórsak sujetó con firmeza la mano de Liz y la miró a los ojos.

—Hubieras ido corriendo a Kaira y no habríamos salido vivos de Glauxolia. Los cazadores andaban cerca y hubiera sido peligroso. —Los ojos de Kórsak resplandecían bajo los rayos del sol, y su voz transmitía confianza—. Liz, estamos de tu parte. Queremos derrotar a los cazadores, y queremos lo mismo que Kaira. Podemos comprender por qué Kaira escondió a Luna. Tranquila, su secreto está a salvo, te lo prometo.

Liz apretó su cabeza contra el duro pecho de Kórsak, sintiendo que aquel muchacho estaba majara. Hacía apenas unos instantes lo había apuntado con su arco y había estado dispuesta a disparar. ¿Desde cuándo se comportaba ella así? Liz no era una loba rabiosa como Luna, debía ser más inteligente y sabia. No podía permitir que sus emociones alteraran sus capacidades, no podía dejarse llevar por ellas.

¿Cómo podía aquel joven seguir sintiendo algo por ella? Liz suspiró: sabía que intentar comprender el amor era cosa de necios.

—Sigamos —dijo Liz.

Continuaron el viaje en completo silencio. No había rastro de los demás, y lo más probable es que ya no pudieran alcanzarlos, aunque eso no les importaba.

Pararon a la sombra de un gran roble que se alzaba sobre un roquedal. Una de las grandes rocas tenía marcada una runa cuyo significado Liz desconocía.

—¿Qué significa esta runa?

Kórsak no tuvo ni que mirar la marca roja que había en la pálida roca para contestar.

—No tiene una traducción literal. Es una marca que usamos para indicar cuando hemos recorrido la mitad de la distancia entre el Cruce de los Cánidos y Kalópix. Los demás han debido parar a descansar y comer aquí.

Parecía una idea inteligente. Liz se subió a la roca más alta del roquedal para otear en todas direcciones. Miró al oeste, pero aún no se atisbaba el poblado. Hacia el sur se encontraba el Bosque Arenoso, cuyos árboles y arenas chocaban con el empedrado camino. De su corazón emanaba una refrescante brisa que le mecía el pelo.

Liz se fijó en unos majestuosos y lejanos árboles que se alzaban en el norte y le parecían familiares. Aunque jamás había estado allí, sabía que aquel era el Bosque Aullante, el que había visto en sueños.

Una amplia llanura la separaba del bosque. La planicie se extendía por el noreste, perdiéndose en el horizonte. Algo llamó la atención de Liz, algo en lo que no había reparado antes: un otero protagonizaba el llano. El otero tenía dos incólumes formas talladas en la piedra de forma majestuosa: una representaba a un lobo, y otra a un zorro. Ambas se miraban, no con odio ni con envidia, sino con respeto mutuo.

Liz se quedó maravillada ante aquella mágica estampa.

—Lizzy —dijo Kórsak atrayendo su atención—. Ahora que podemos hablar sin tapujos, ¿no has considerado la posibilidad de que hayas heredado la habilidad de tu madre?

Liz frunció el ceño confundida.

—Nunca he llegado a comprender mis sueños. Sé que son extraños y confusos. En ocasiones aparecen seres queridos en ellos, como ocurrió con Luna la otra noche, pero nunca he soñado nada que se hiciera realidad.

Kórsak asintió en silencio mientras afilaba un hermoso puñal.

Aquella pregunta había sembrado una semilla en los pensamientos de Liz, la cual germinó en una suposición. No tuvo tiempo de compartirla con Kórsak. Liz cubrió con una mano sus ojos a modo de visera, ya que la luz solar del mediodía la cegaba por completo. Su espléndida vista le permitió ver que una figura se movía en la distancia: un jinete se desplazaba por el camino del noreste.

—¡Kórsak! —gritó alarmada señalando al jinete.

Kórsak subió las rocas a gran velocidad y en apenas un instante estaba junto a Liz.

—Solo hay un clan que use caballos —dijo Kórsak.

—Viaja solo, ¿no te parece extraño?

Kórsak se encogió de hombros.

—Puede que sea un mensajero —dijo bajando de las rocas—. Aunque es extraño, viene del norte. Nadie utiliza ese camino, nadie soporta ver cómo la antigua y bella Lykaina es ahora un cenizal.

Aquellas palabras hicieron que Liz recordara algo del sueño: un lugar bañado de ceniza y restos calcinados.

—Lykaina —dijo Liz—: ¡ahí es donde van a capturar a Luna!

Kórsak sacudió la cabeza.

—Dijiste que no ves el futuro —apuntó el pelirrojo.

Liz no podía ver el futuro, pero sus sueños debían significar algo.

—No puede ser una casualidad. Mi sueño de Luna y ese jinete están relacionados, lo sé.

—¿Y si es el presente? —preguntó Kórsak mirando al cielo—. Ves el presente, pero sucesos que están ocurriendo en otros lugares de Terión.

Liz chasqueó los dedos y le dio un apasionado beso a Kórsak.

—¡Eso es! —dijo con euforia sacando su arco.

—Eso significa que Luna está en grave peligro —expresó Kórsak alzando la maza.

Liz se subió a la roca, con el arco preparado.

—Ese jinete va a Kalópix —caviló en voz alta Liz—, ahora todo tiene sentido. Han capturado a una osa y a Luna. Esos zoquetes no tienen ni idea de quién es, pero habrán visto su marca del clan del Búho.

—Por lo que pensarán que Kaira ya no es de fiar y, por tanto, mandan un mensajero para alertar a Zox.

El sentimiento de Liz por Kórsak se había intensificado cuanto más lo conocía: dejó de ver al pelirrojo musculado para ver a un astuto compañero de aventuras.

—¿Tienes un plan? —preguntó Kórsak.

Liz sonrió con malicia.

* * *

Un caballo marrón y con manchas blancas por el cuerpo apareció por el camino. La montura no era hermosa, pero se ajustaba al aspecto del jinete: un hombre barbilampiño, feúcho y carnoso.

El jinete advirtió que había un pelirrojo sentado en la roca comiéndose unas tiras de cecina con algo de pan.

—¿A cuánto queda Kalópix? —preguntó el jinete.

Kórsak miró al jinete, dio un mordisco a la cecina y, cuando hubo tragado, le respondió.

—Le queda un largo viaje, amigo —dijo Kórsak con amabilidad—. Su caballo parece cansado, ¿por qué no se sienta y come algo?

El jinete titubeó, lanzó sendas miradas al camino y a la cecina, y al final respondió.

—Está bien. El caballo está cansado y no le vendrá mal un pequeño descanso.

Después de un aparatoso y penoso alarde de habilidades de jinete, el hombre consiguió bajarse del caballo. Kórsak compartió su comida con él, mostrando una sonrisa tan real y sincera que hizo que hasta Liz dudara de la veracidad de las que le dedicaba a ella. Liz estaba oculta tras unos matojos del Bosque Arenoso, con el arco enflechado y apuntando al jinete.

—Disculpe, ¿para qué va hacia Kalópix? —preguntó cortés Kórsak —, señor…

—Nixon, del clan del Cazador —dijo el hombre con la boca llena de pan y cecina.

Kórsak estrechó su mano con Nixon y luego le acercó la cantimplora con agua.

«Sí que son buenos embusteros estos zorros», pensó Liz.

—He de entregarle un mensaje urgente a su líder —farfulló Nixon —, y luego volver como un diablo con mi grupo.

—No me diga que tiene que hablar con Zox —dijo con una gran sonrisa Kórsak.

—¿Le conoces? —preguntó Nixon frunciendo el ceño.

—¡Claro! Es mi padre —dijo Kórsak con efusividad—. Mi nombre es Vúlzor.

—Me indicaron que debía transmitirle el mensaje expresamente a Zox —vaciló Nixon.

Kórsak se levantó y agarró su pellejo de vino.

—Por supuesto —dijo entregándoselo a Nixon—, pero ha de saber que yo formo parte del consejo de mi padre. Cualquier decisión es consultada con nosotros antes. Si es algo importante, algo que concierne a la Liga, puede confiar en mí. —Nixon le dio un trago al pellejo mientras escuchaba con atención—. Yo partiré veloz al poblado y se lo comunicaré a mi padre, y así usted podrá volver antes con su grupo.

Nixon dudó, aunque solo unos instantes.

—Me haces un gran favor, Vúlzor, hijo de Zox —dijo Nixon guardándose el pellejo en un bolsillo de la vestimenta—. El mensaje es el siguiente: «Los búhos han escapado de la jaula».

Nixon se levantó con intención de volver a montarse en el caballo.

—¿Solo eso? Es un poco misterioso —dijo entre risas Kórsak.

—¡Menudo ceporro estás hecho! —espetó Nixon—. Los búhos nos han traicionado.

Kórsak fingió que se escandalizaba.

—Eso… no es posible. Venimos de la Glaukada.

Nixon bufó.

—Una de sus exploradoras nos atacó… Menuda furcia. —Nixon arrugó la nariz y descargó un asqueroso escupitajo contra una roca —. Le espera un final amargo…, eso si llega viva a Zaeria. —Nixon sonrió siniestramente—. Es muy hermosa la jaca, aunque muy feroz.

Una flecha silbó y se estrelló contra el hombro izquierdo de Nixon, que profirió un profundo grito de dolor y cayó contra las rocas, golpeándose la cara. El caballo relinchó, asustado por los alaridos de

Nixon, y emprendió un galope sin rumbo, internándose en la llanura hasta perderse en la distancia.

—¡Ayud… ayuda! —suplicó Nixon.

Liz salió de la maleza. Sujetaba el arco con firmeza y tenía otra flecha preparada.

—¿Qué has hecho? —dijo Kórsak confuso.

Su plan consistía en descubrir si Luna había sido capturada. Ahora que habían descubierto que sí, debía interrogar al cazador. Liz no le había comentado previamente esa parte a Kórsak.

—Seguir el plan —dijo Liz.

Nixon se arrastraba como una culebra por las rocas, intentando levantarse, aunque sin éxito. Lo único que consiguió fue tumbarse boca arriba; su cara era un río de sangre, igual que su hombro izquierdo.

Kórsak se llevó las manos a la cabeza, luego cogió la maza y empezó a dar vueltas en círculos, cavilando la situación.

—¡Malahembra! —maldijo Nixon desde el suelo mirando a Liz—. Pelirrojo, ayúdame, mata a esta jaca.

Kórsak miraba a Liz con temor, sabiendo lo que iba a hacer ella.

—Escucha, sucia sabandija —gruñó Liz—. Antes has dicho que habíais capturado a una chica del clan del Búho. También tenéis a una osa, ¿verdad? ¿Dónde están ahora las prisioneras?

Nixon temblaba y lanzaba una mirada de auxilio a Kórsak.

—Malnacidos, escoria —insultó Nixon—. Vais a pagar por lo que habéis hecho. Sauro os dará vuestro merecido. —Nixon escupió un gargajo de sangre y bilis a sus pies.

Liz alzó el arco y apuntó a Nixon.

—No me das miedo, furcia —dijo Nixon mostrando sus dientes ensangrentados—. Cuando Sauro te atrape, te vamos a encular entre todos. —Nixon consiguió mover su brazo bueno y con la mano

derecha se agarró la entrepierna con firmeza—. Baja esa antigualla. Para matar hay que tener un par de estas. —Volvió a apretar la entrepierna con brío—. Y tú ahí abajo no tienes más que una raja.

Liz sujetó con fuerza la empuñadura del arco, que se había convertido en una extensión de su brazo con el paso de los ciclos: una azulada serpiente de madera de roble que se curvaba hasta topar con dos extremos oscuros, unidos por una tensa cuerda que antaño fueron los tendones de alguna rapaz del clan del Búho.

Tensando la cuerda se hallaba una flecha de madera con la punta de bronce; la flecha tenía plumas de rapaz y palpitaba en el interior del arco como lo hacía el corazón de Liz dentro de su cuerpo.

Liz suspiró y la flecha salió disparada a gran velocidad. Aquello provocó el mayor grito que hubiera oído jamás. Un grito de tal magnitud que dejó en ridículo el primer alarido que habría emanado de la boca de aquel malnacido.

Nixon tenía la mano derecha apretando sus partes varoniles. La flecha había atravesado su mano y se había internado en aquella zona tan alabada por el género masculino. Ahora su mano y su entrepierna se habían unido por la flecha de Liz.

La cara de Nixon se había desencajado, y sus heridas anteriores parecían una simple broma en comparación con la nueva. Su valentía y orgullo se habían esfumado, dejando paso a una expresión de auténtico dolor. Hasta Kórsak tenía una expresión de dolor en el rostro.

—Ya somos dos los que tenemos una raja ahí abajo —dijo Liz—. Ahora habla.

Liz alardeaba de que siempre haría lo que fuera por sus amigas y seres queridos, que la jovial y alegre Liz desaparecía para liberar el instinto córvido que llevaba dentro. Los demás siempre se habían reído de aquello, diciendo que no había maldad en ella, y que

aquella Liz oscura solo era una treta para asustar a la gente. Pero Liz sabía que existía una Liz tenebrosa en su interior, y en aquel momento acababa de despertarla.

—Mátame, te lo suplico —balbuceó Nixon.

—Habla, y lo haré —prometió Liz.

Nixon sacudió la cabeza, retorciéndose de dolor.

—Liz —murmuró Kórsak.

Liz lo ignoró.

—Mi maestra siempre decía una cosa muy graciosa sobre las flechas. —Liz soltó el arco en el suelo y se agachó—. «Arrancar duele más que perforar».

Liz tiró con fuerza de la flecha clavada en el hombro.

Nixon volvió a gritar. Su chillido se perdió entre un mar de sollozos y lágrimas.

—Si crees que eso ha dolido, imagina lo que dolerá la siguiente. —Liz sujetó con firmeza el astil que sobresalía de la flecha de la entrepierna de Nixon.

Nixon abrió mucho los ojos, tanto que Liz pensó que se iba a morir allí mismo, sin decir nada más. Entonces comenzó a balbucear.

—Dos… prisioneras…, seis cazadores con ellas. —Nixon tosía sangre—. Han salido al amanecer… hacia Aetosía. De allí irán en barco hasta… Zaeria.

Liz asintió. Ya sabía la ruta que iban a seguir esos malnacidos y, lo más importante, ya sabía cómo localizar a Luna. Se levantó, recogió el arco y apuntó a Nixon.

—Yo puedo hacerlo por ti —intervino Kórsak alzando la maza.

Liz ladeó la cabeza.

—Yo he empezado esto, no quiero que tú también te manches las manos de sangre —dijo con determinación.

Liz tensó el arco con una última flecha y apuntó a la cabeza, ya que su único objetivo era acabar con el dolor y el sufrimiento de aquel hombre.

Disparó sin apartar la mirada ni un instante, viendo la flecha atravesar la cabeza de Nixon, arrebatándole la vida y también su dolor.

Kórsak desplazó el cuerpo inerte de Nixon hasta unos matorrales en las cercanías del Bosque Arenoso, donde sería devorado por alguna bestia al caer la noche.

—¡Demonios! —maldijo Liz—. Tendría que haber capturado el caballo de Nixon.

Kórsak la miró sorprendido.

—¿Acaso tenías pensado ir tú sola? —Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué esperas que haga? No voy a permitir que la lleven a Aetosía —dijo con rabia Liz.

Liz volvió a tomar el camino de vuelta al Cruce de los Cánidos. Kórsak la sujetó por el brazo.

—Liz, hay cuatro leguas hasta el cruce, y de allí hasta el poblado de los lobos son otras ocho leguas más. Jamás los alcanzarás a pie.

Liz se zafó del agarre de Kórsak y le miró con rabia.

—¿Qué sugieres? ¿Que la abandone? —dijo con los ojos vidriosos.

Kórsak sacudió la cabeza.

—No. ¡Quiero ayudarte! Pero necesito que me escuches y confíes en mí. Por favor, deja a un lado tu orgullo y tu rabia. Es momento de pensar con calma y de enfriar la cabeza, no de actuar como salvajes.

Liz resopló furiosa.

—¡Si no hubiera actuado como una salvaje, ahora no sabríamos dónde buscar! —vociferó.

—Sí, lo admito —dijo cogiendo a Liz de la mano—. Ahora me toca a mí, no llegarás a tiempo tú sola. Necesitas ayuda.

—¡No podemos confiar en nadie más! —gritó Liz entre lágrimas—. ¡Y tus amigos no pueden ayudarnos!

Kórsak miró el Bosque Arenoso y lo señaló con una mano.

—No, ellos no pueden hacer nada, pero en ese bosque hay alguien que podría ayudarnos. Ella odia a los cazadores tanto como tú, y es probable que tenga una idea para alcanzarlos.

—¡¿Y contarle el secreto?! —espetó Liz alzando los brazos—. ¡No podemos contárselo a nadie!

—Yo sí puedo.

—¿Y qué? ¡No podría confiar en quienquiera que sea esa persona!

Kórsak soltó una pequeña risotada y desenfundó una hermosa daga.

—Puedes, ya que se trata de Kitsuna, mi hermana mayor —dijo Kórsak alejándose de Liz en dirección al bosque.

Liz bufó y comenzó a maldecir a su compañero, que ya se internaba en el Bosque Arenoso.

—¡Voto a Gaia que lo mato! —gritó resignada, y siguió los pasos de Kórsak.

Kitsuna

Día 10 de la fase del Búho
Ciclo 28 después de la Gran Guerra

El amanecer bañó los grisáceos cabellos de Kitsuna. Los párpados de la joven no pudieron contener la reluciente luz que emanó del primer rayo de sol que consiguió abrirse paso a través del infinito mar, y estos se rindieron ante el divino astro, dejando desprotegidos sus granates ojos.

Lo primero que vio Kitsuna fue un hermoso amanecer, pero en cuanto su mente tomó contacto con el mundo despierto y dejó olvidado el acogedor y feliz mundo de los sueños, Kitsuna recordó sus enormes preocupaciones, aunque todas procedían del mismo lugar: su antebrazo izquierdo.

La marca de un zorro con una gran cola había sido grabada para siempre en su antebrazo, a la edad de catorce ciclos. A partir de aquel día, Kitsuna pasó de niña a neófita del clan del Zorro, y su feliz infancia se fue al traste. Las risas se convirtieron en llantos, las sonrisas en falsas sonrisas, la magia de la amistad se esfumó y los deseos dieron paso a las preocupaciones.

El sol se había despegado ya del mar, y Kitsuna todavía seguía tumbada en la arena. Kitsuna solo tenía veinte ciclos, pero por las mañanas tenía la energía de una anciana de cien.

A su lado se hallaba tumbado su fiel compañero zorruno, Fulvo. El pequeñajo hizo su tan característico sonido matutino, se acercó a Kitsuna y se colocó justo en su abdomen.

Fulvo le dedicó su más mortífera mirada, clavando sus oscuros ojos en ella al tiempo que alzaba sus triangulares, enormes y particulares ojeras arenosas, del mismo color que el resto de su pelaje, excepto la punta de la cola, que era oscura.

Kitsuna sabía bien lo que quería su zorrín: que le acariciara la barriga.

La aguda risa de Fulvo inundó el ambiente y provocó que Kitsuna sonriera sin pretenderlo. Fulvo era lo único en su vida que le aportaba felicidad, y por eso una de sus mayores preocupaciones era saber que algún día sufriría la pérdida de su pequeñajo.

La mortalidad en el clan del Zorro era muy alta para sus miembros, pero en especial para los compañeros zorrunos. No había familia en el clan que no hubiera perdido a un hijo, a un padre, a una madre o a su compañero animal. El clan se mantenía vivo, y aquellos que veían perecer a sus allegados se fortalecían.

Pero Kitsuna no veía cómo la muerte de Fulvo iba a fortalecerla en nada. Intentaba no pensar en ello, ya que la sola idea de despertar y no sentir el cálido contacto peludo de su compañero le succionaba la felicidad y la imbuía en una llorera eterna.

Kitsuna zarandeó la cabeza, culpándose por tener esos pensamientos funestos. Fulvo seguía vivo y, mientras lo estuviera, debía aprovechar todo el tiempo que pudiera con él. Ya habría tiempo para llorar después.

Al fin y al cabo, era un gran día para ella, pues abandonaría el clan y emprendería por fin su viaje.

«Al igual que lo abandoné ayer, y anteayer…», pensó Kitsuna resignada.

Después de preocuparse por Fulvo, venía su discusión interna. Por la mañana decidía que sería el último día en el poblado y que se iría para completar su formación de chamana para poder regresar a la villa con la cabeza bien alta. Su madre la miraría a los ojos y se enorgullecería de ella.

Había un pequeño problema: Kitsuna era una pésima cazadora, y aunque Fulvo era un gran cazador, sus presas eran insectos, reptiles y algunos roedores. El tamaño de su zorrín era similar al de un conejo, por lo que, si se enfrentaban a un jabalí o un ciervo, poco podía hacer Fulvo. Le tocaba a Kitsuna pensar cómo alimentarse y cómo alimentar a Fulvo, ya que él también se hartaba de insectos y de vez en cuando se le antojaba algo de carne.

Después de hacer sus necesidades, Kitsuna siempre se daba un pequeño paseo por la playa, permitiendo que el agua fría bañara sus pies desnudos hasta que el calor la obligaba a darse un chapuzón mañanero. Su albina piel reflejaba los dorados rayos del sol, los cuales no conseguían oscurecerle ni una pizca de su tez blanquecina.

El baño de aquellas aguas frías tenía un único problema para Kitsuna: al salir, le entraba un hambre atroz.

Kitsuna se dirigió a su campamento improvisado en busca de algo a lo que hincarle el diente, pero ya no quedaba nada. La última tira de cecina se la había comido la noche anterior, y el jamón había sido devorado por Fulvo, que emitía intencionados sollozos en dirección al morral de comida.

—Ya te lo comiste anoche, glotón —dijo con cariño Kitsuna a su compañero.

Fulvo no contestó, pero el estómago de Kitsuna sí.

Kitsuna se llevó las manos a la cabeza, miró al mar y sopesó la idea de pescar.

«Qué pereza», pensó descartándola al instante.

Luego desvió la mirada a un pequeño cuchillo que usaba para cortar la carne.

«Con esto no mato ni un conejo, y seguro que, de hacerlo, se lo comería Fulvo enterito».

No le quedaba otra salida, aunque sabía que se arrepentiría más tarde: tenía que ir a casa de su madre a pedir comida.

Kitsuna se encontraba al oeste del poblado, en la cala de Ofión. Se la conocía así debido a la leyenda de que Ofión, el dios del clan Serpiente, había puesto los huevos en aquella ensenada; huevos de los cuales surgieron los Naga, unos ancestros primigenios de los humanos del clan Serpiente. Además, desde allí se podía divisar el archipiélago Escamoso, hogar del clan Serpiente, rodeado por las aguas del océano Uróboro.

El camino al poblado era de apenas una legua. Fulvo adoraba corretear por el bosque, y Kitsuna perderse en sus pensamientos mientras sus pies la conducían de camino a casa, haciendo caso omiso de los curiosos zorros que la observaban escondidos entre la maleza, recelosos.

El Bosque Arenoso rodeaba por completo Kalópix. La periferia se componía de palmeras, y el interior estaba repleto de altos pinos, enormes hayas, grandes castaños y un sinfín de moreras.

No existía un camino que comunicara la cala con el poblado, pero Kitsuna había recorrido tantas veces aquel trayecto en sus intentos de iniciar el viaje que había creado su propia senda. El Bosque Arenoso era su segundo hogar: lo conocía mejor que Kalópix.

Había una cosa que no había encontrado, o más bien no había conseguido descifrar: la Madriguera Primigenia. Las leyendas decían que se encontraba en aquel bosque, y que de aquel lugar habían emergido todos los zorros primigenios. Kitsuna había oído que

incluso todavía quedaba alguno con vida de aquella majestuosa y mítica raza de leyenda, pero ninguna chamana la había encontrado.

Unos silbidos al otro lado de los matorrales indicaron a Kitsuna que había llegado. Fulvo movía la cola con brío, ávido de salir corriendo a la casa. Kitsuna apretó los puños, cogió aire y salió del bosque. Se topó de frente con la cabaña de su familia y con un pequeño cercado repleto de flores.

La cabaña era simple. Alzada sobre unas piedras se encontraba la base, y unos pequeños tablones en escalera facilitaban el acceso a la puerta robusta de madera de haya, de la cual colgaba un farol de hierro, forjado por Kórsak. El techo era rojizo y tenía forma picuda, y de uno de los laterales emergía una chimenea de piedra. Las paredes tenían dos ventanas que permitían el acceso a la luz solar.

En el jardín se hallaba una mujer tenaz y atractiva que llevaba sus largos cabellos escarlata recogidos en un gran moño trenzado. Su sonrisa ensombrecía al propio sol, sus hermosos ojos eran verdes como el jade, y una miríada de pecas, como las estrellas en el firmamento, surcaban su rostro. Su cuerpo ya no era el de una joven adolescente, pero no por eso dejaba de ser bello. Kitsuna había visto cómo los embarazos arrebataban a las mujeres el amor por su propio cuerpo, pero aquello no había repercutido en absoluto en Kione; su forma de moverse, su gracia, su sonrisa y su amor por la vida eran más fuertes que cualquier amor superficial.

«Nadie dudaría jamás de que aquella mujer pertenecía al clan del Zorro», pensó Kitsuna.

—¡Fulvo! —gritó su madre lanzando la regadera por los aires—. ¡¿Quién es un zorrito guapo?! ¡Tú lo eres!

Kitsuna sonrió, aunque más le valía borrar esa sonrisa con presteza, no fuera que su madre la viera; suspiró, se armó de valor y entró en el jardín.

—Buenas, mamá. Solo vengo a picar algo y me iré.

Kione sonrió a su hija.

—Claro, hija. No te quisiera entretener. Anoche me sobró carne de la cena, te la puedes llevar. También hay gazpacho recién hecho.

Kitsuna asintió y fue directa a la cabaña, que no había cambiado ni un ápice desde la última vez que estuvo allí, ya que fue el día anterior. Dejó sus pertrechos en la esquina y se sentó a la mesa, cogiendo toda la comida que tenía al alcance.

Se sirvió un gran cuenco de gazpacho, en el cual mojó pan duro y trozos de jamón que habían sido previamente picoteados por Kione; además, acercó el plato de carne que había sobrado de la cena de su madre.

Estaba a punto de darle un sorbo al gazpacho cuando Kione entró en la cabaña, con Fulvo en brazos.

—El gazpacho, ¿no llevará cebolla? —preguntó Kitsuna sin alzar la cabeza del plato.

Kione bufó.

—Hija, soy tu madre y sé que odias que le eche cebolla al gazpacho. Claro que no lleva. Y tendría que haberme pasado toda la mañana dándole con el dornillo para que no se vieran los trozos.

Kitsuna olió antes de beber. Por supuesto que el gazpacho llevaba cebolla; aunque Kitsuna decidió que lo mejor era no quejarse, no le iba a dar esa satisfacción a su madre. Sabía por experiencia que Kione aprovechaba la mínima oportunidad para darle una charla sobre las propiedades de la cebolla. Asió la cuchara de madera junto con un gran trozo de pan, bien empapado, y se lo zampó.

—Humm, delicioso. Ves como está mejor sin cebolla —mintió Kitsuna. Su madre la miró con una sonrisa que decía que su hija había sido privada del sentido del gusto o que era una gran embustera.

Kione se acercó y le arrebató un trozo de carne a Kitsuna, la cortó en trocitos pequeños y se la fue dando a Fulvo.

—¿De qué es la carne? —preguntó Kitsuna mientras olía con esmero un trozo.

—Un buen cazador sabe siempre qué carne está comiendo —dijo Kione con zaherimiento.

Kitsuna repitió aquellas mismas palabras en su mente, aunque con un tono muy distinto. Luego se esforzó por reconocer la carne que se iba a comer.

—¡Conejo! —aseveró con confianza.

Kione soltó una risotada.

—Casi, es liebre. Tu padre nos dejó mucha reserva de carne y pescado antes de partir a Glauxolia.

Kitsuna resopló.

«Conejo y liebre son lo mismo. No las diferencio vivas, las voy a diferenciar muertas y fileteadas», pensó Kitsuna molesta.

Lo que más le había molestado había sido lo último que había dicho su madre, y no lo iba a dejar pasar.

—Te tengo dicho… —masculló Kitsuna con la boca llena.

—Sí, sí, no es tu padre, perdón hija. Es la costumbre.

Kione alzó con firmeza el brazo derecho y sacudió la cabeza, harta del mismo tema de siempre.

«Es la costumbre de sacarme de quicio», pensó Kitsuna mientras devoraba el lebruno conejo.

Kitsuna solo tenía cinco ciclos cuando Ashen, su padre, falleció. Había sido a causa de una epidemia que asoló la aldea y se llevó a muchas personas, la mayoría, niños y ancianos.

Kitsuna también se vio afectada por la enfermedad, y estuvo al filo de la muerte hasta que dicha situación extrema fue el artífice de desencadenar su magia interior. Kitsuna sobrevivió gracias a su

nuevo poder, y fue reclutada por los chamanes para ser una acólita del Gran Zorro, Inari.

Su madre no tuvo ningún síntoma y ayudó a curar a los heridos poniendo en riesgo su propia salud. Cuando su marido murió, los carroñeros empezaron a sobrevolar la madriguera, a la espera del momento oportuno para lanzarse.

Así fue como llegó un pajarraco llamado Gilperik, del clan del Búho, que había conocido a su madre en unas fiestas, cuando ambos eran jóvenes. En una época en la que su madre se soltaba la coleta y se lanzaba a la jarana y al libertinaje como haría cualquier jovenzuela al ingerir hidromiel y sentir las vibraciones de los tambores recorriendo su cuerpo.

De aquella nueva unión nació el hijo predilecto de la familia: Kórsak. El musculoso hombretón que no solo tenía los cabellos rojos, sino también la barba. El intrépido herrero que se independizó de casa a los catorce ciclos para montar su propia forja en la aldea.

Lo que más odiaba Kitsuna de Gilperik y de Kórsak era lo buenas personas que eran, lo bien que la trataban, con una inmensa amabilidad y generosidad; eso, sumado a lo buena madre que era Kione, dejaba bien claro quién era la culpable de la desastrosa vida de Kitsuna: ella misma.

—¿Cuándo vuelven estos dos? —preguntó Kitsuna simulando indiferencia.

—Cuando lo estimen oportuno. ¿Quieres que mande a tu hermano a verte cuando lleguen? Así podríamos hacer una comilona.

Kitsuna se relamió al pensar en una gran comilona, pero aquello suponía tener que aguantar a su repelente y perfecto hermano pequeño.

—No puedo —dijo Kitsuna haciéndose la interesante—. Mañana emprenderé mi viaje.

Kione se encogió de hombros y siguió alimentando a Fulvo.

—Al menos llévate el arco de Ashen.

Kitsuna no se atrevía a tocar dicho arco. Se lo había dejado su padre al morir, y era lo único que conservaba de él. Temía romperlo y perder el último recuerdo de su padre.

—Tengo a Fulvo —dijo Kitsuna ante la incertidumbre de su madre y del propio Fulvo.

Kione miró a Fulvo, al adorable y pequeño Fulvo, el único zorro arenoso de toda la aldea. Fulvo y Kitsuna tenían algo en común, eran los únicos que no encajaban en el clan.

Cada clan tenía sus reglas y tradiciones, y el del Zorro no era la excepción. Nueve familias habían fundado el clan del Zorro, y aunque al principio las nueve colaboraban entre ellas para buscar la prosperidad del clan, pronto empezaron a buscar su propia prosperidad. Se las conocía con los nombres de los Veloces, Orejudos, Esteparios, Montañosos, Mesetarios, Desérticos, Plateados, Gélidos y, por último, los Ígneos.

Al final solo una de ellas prevaleció: la familia de los Ígneos.

Aunque era tarea imposible erradicar los rasgos de cientos de ciclos, los Ígneos se volcaron en intentar dar al clan un único aspecto: pecas, cabellos rojizos y ojos verdes. Las demás familias pronto pasaron al olvido, y los descendientes que no heredaban los rasgos de los Ígneos eran sometidos a burlas y desprecios, por lo que muchos preferían abandonar la villa.

Los tiempos cambiaban; los humanos, no. Los humanos se adaptaban a los nuevos tiempos, pero en su interior seguían siendo los mismos, y los Ígneos toleraban a los de distintos rasgos, pero desde la distancia.

A Kitsuna le habían enseñado, desde bien pequeña, que tenía los mismos privilegios que cualquier otro miembro del clan, pero ella

había crecido y había aprendido a distinguir las mentiras.

La verdad era que Kitsuna y Fulvo eran bichos raros en la aldea.

Kitsuna había heredado sus grisáceos cabellos de su bisabuela materna, conocida como Aroketa, la Ceniza de las Estepas. Aroketa había sido la última descendiente de la familia de los Esteparios, aunque se rumoreaba que era una bastarda, debido a que su verdadero padre era de la familia de los Ígneos. El rumor se confirmó cuando, al nacer los vástagos de Aroketa, salieron con los rasgos soberanos del clan del Zorro.

Hasta que nació una niña con los rasgos típicos de los Esteparios: Kitsuna.

Los Ígneos son una familia orgullosa y, según sus deliberaciones, los cabellos grisáceos de Kitsuna nada tenían que ver con los Esteparios. No, los rasgos de aquella joven se debían a una sangre más… ponzoñosa. La de su padre, Ashen.

Ashen era, según decían los zorros, un mestizo de segunda, debido a que el padre de Ashen era Urko, el Gigante Nublado. Aunque Urko era mitad zorro y mitad lobo, era famoso por su cabellera grisácea, además de por su gusto por el bebercio y las peleas.

Urko había sido iniciado en el clan del Zorro, pero formaba parte de un grupo de mercenarios. No eran desterrados, pero tampoco apreciados por sus clanes de origen. En sus viajes, Urko conoció a una mujer cuyo nombre nadie parecía recordar, pero aquella mujer pertenecía al clan de la Serpiente.

Si a Urko había algo que le gustaba más que beber y pelear era fornicar, por lo que nadie se extrañó cuando una mujer del clan Serpiente apareció en Kalópix, grávida y con un hatillo al hombro.

Al poco nació Ashen, aunque, para sorpresa de nadie, su madre lo abandonó por no tener los característicos ojos rojos del clan

Serpiente.

Urko, para sorpresa de todos, dejó el camino de la sangre para dedicar toda su vida a ser padre. Se asentó de forma fija en Kalópix, y allí pasó sus últimos ciclos hasta que la Gran Guerra se lo llevó.

Kitsuna se imaginaba a Urko bebiendo y ahogándose entre sus propias carcajadas si supiera que ahora tenía una nieta con los ojos granates del clan Serpiente.

Igual que los humanos, los compañeros zorrunos también se vieron afectados por el mismo tipo de discriminación. Los raposos como Fulvo estaban reservados para la gente como Kitsuna; por eso ambos hacían tan buena pareja. Dos repudiados que habían encontrado el amor el uno en el otro.

—¿Alguna novedad por el clan? —preguntó Kitsuna después de un largo silencio.

—Poca cosa —dijo Kione sin mirarla—, aunque se rumorea que han atrapado a las Pícaras, y me alegro, ya que solo traían problemas al clan.

«Mierda», pensó Kitsuna.

Las Pícaras era la última de las bandas que se dedicaban a protestar contra el liderazgo de Zox y su política de alianza con los cazadores. Kitsuna siempre había querido pertenecer a dicha banda.

—Deberías alegrarte, hija —dijo Kione al ver la expresión de su hija—. El ambiente está tenso, y grupos como ese pueden desencadenar una guerra civil. Otra más para nuestra colección.

—Sí, es una pena —dijo Kitsuna con sarcasmo.

Su madre le lanzó una profunda mirada de desaprobación.

—La guerra solo es dulce en boca de aquellas personas que anhelan la muerte y no sienten amor por sus allegados. Para aquellos que la sufren solo es un festín de vísceras, sangre y dolor —dijo con determinación Kione.

Kitsuna no había estado nunca en una guerra, aunque su madre tampoco, pero Kione había vivido la época de la Gran Guerra. La juventud no se rige por el conocimiento y la experiencia, sino por la pasión.

—¡No ansío la guerra, mamá!, aunque fue la guerra la que hizo posible este nuevo mundo. La paz que supuestamente tenemos ahora fue una consecuencia de la Gran Guerra, y pronto esa paz será prisionera de los cazadores, y estallará otra guerra… Y yo quiero estar en el bando adecuado cuando llegue…

Kione resopló.

—No te creas tan sabia, hija, pues no hay mayor necia que la que habla con firmeza de cosas que desconoce —dijo Kione con hastío—. Tienes un techo firme sobre la cabeza, el estómago lleno y una familia… Eso es lo único que debería importarte, no quién rige el mundo. —Kione había perdido su sonrisa iluminadora—. Yo nací antes de la Gran Guerra, y también experimenté la paz y la felicidad de la infancia. Los felinos mandaban, igual que hacen ahora los cazadores. Los zorros sobrevivimos a aquello, y sobreviviremos, mande quien mande.

Kitsuna golpeó la mesa con fuerza con el puño.

—¡Cómo puedes decir eso! —gruñó Kitsuna—. ¡¿Qué tal si vamos a dar un paseo a Lykaina?! Así podremos ver las sonrisas de los niños disfrutando de su tan maravillosa infancia. —Kitsuna se golpeó la frente con la palma de la mano—. ¡Ah, no! Si están muertos…

Kione apretó los labios y giró la cabeza a otro lado. Kitsuna no tenía pensado soltar todavía ese hueso.

—Dime, mamá. ¿Qué crees que habría ocurrido si hubiera sido al contrario? Si los cazadores nos hubieran atacado a nosotros, ¿habrían venido los lobos a defendernos? ¿Crees que nos habrían abandonado como hicimos nosotros con ellos?

Kione dejó a Fulvo en el suelo y comenzó a recoger la mesa en silencio. Esas discusiones eran el pan de cada día en aquella casa. Kione sabía que el silencio sacaba de quicio a Kitsuna.

—¡Al menos los felinos eran de nuestra misma sangre! —siguió Kitsuna, ya de pie—. Respetaban la naturaleza y adoraban a Gaia. Tenían a sus compañeros y sus ritos y leyes. Los cazadores son el mal encarnado, la corrupción que aniquilará nuestra forma de vida tal y como la conocemos. Crearán un mundo en el que no habrá sitio para nosotros. Acabará siendo nuestra extinción, y será de un modo salvaje y cruel.

Kione comenzó a tararear.

—¡Todo esto es culpa del maldito Zox! —Kitsuna escupió al pronunciar su nombre—. Si Alópex levantara la cabeza, seguro que mandaba colgar a su hijo, por pusilánime.

Kione exhaló un suspiro resignada.

—Otra vez hablando de cosas que no sabes.

—Conozco… —comenzó a decir Kitsuna, pero su madre la interrumpió.

—¡Sí, hija! ¡Claro que sí! Conoces todas las historias y leyendas: la de Alópex el Ígneo, Yoko el Maldito, Urko el Gigante Nublado. Incluso tú conoces mejor que yo la historia de mi madre, Kamila.

«Kamila la Astuta», pensó Kitsuna sin atreverse a decirlo. Sabía cuándo callarse ante su madre.

—¿Sabes qué tienen todas esas historias en común, hija? ¿Sabes por qué solo conoces las historias, y no a las personas que las protagonizan?

Kitsuna conocía bien la respuesta.

—Sí, mamá. Todos murieron en alguna guerra —murmuró Kitsuna.

Kione asintió.

—¿Prefieres morir joven y ser una leyenda en boca de todos los niños? Adelante, lánzate a la guerra. Pero si de verdad quieres una vida tranquila, enamorarte y ver crecer a tus hijos, olvídate de las fantasías de las leyendas y de la política. Viaja, termina tu formación como chamana, trabaja, ten un par de churumbeles y sé feliz.

Kitsuna iba a responder, pero Kione decidió abandonar la sala. Su madre se dirigió con decisión a una habitación. Kitsuna oyó unas bisagras chirriar al abrirse un baúl, luego distinguió un envalentonado golpetazo que indicaba su cierre. Después, unos pasos firmes le indicaron que Kione estaba de vuelta.

Su madre no dijo nada, solo estampó una pequeña caja de madera sobre la dura mesa. La caja, que no tenía más de un palmo y era oscura, había sido barnizada con sumo cuidado y mimo, y en cada arista tenía una runa grabada.

—Mañana empiezas tu viaje —dijo Kione—. Ahí tienes tu herencia.

Kitsuna observó con detalle cada una de las seis runas.

Una llama, una hoja, una gota de agua, una espiral, un sol y una luna.

—¿Qué es esto, mamá?

Kione puso los ojos en blanco y suspiró.

—Aroketa se lo dio a mi madre Kamila, y ella me lo dio a mí. Ni mi madre ni yo le encontramos ninguna utilidad. Tu bisabuela fue una chamana, y quizás solo una chamana pueda saber para qué vale.

Kitsuna se puso nerviosa. Ella idolatraba a Aroketa, ya que sus historias le fascinaban y siempre había soñado con ser tan buena chamana como ella. Kitsuna se moría de ganas por ver lo que contenía la caja, aunque albergaba dudas sobre la misteriosa herencia que acababa de recibir.

—¿Por qué no me lo diste en mi iniciación? —preguntó furiosa.

—Pues te vas a reír, hija. Ni me acordaba de que la tenía. Guardé esa caja cuando la abuela murió, y lleva en el fondo de ese baúl ciclos y ciclos. Fue Kórsak el que la encontró. El baúl estaba algo dañado, y él lo reparó. Cuando lo vació, encontró la caja. —Kione soltó una pequeña carcajada—. Y con la charla de antes me acordé de que tenía que dártela.

Kitsuna estaba que echaba humo por las orejas.

—¡¿No te acordaste el día que despertó la magia en mí?! ¡¿Tampoco te acordaste el día de mi iniciación?! ¡¿Tú te haces llamar mi madre?!

—Cariño, relájate, tampoco es para tanto —dijo Kione sin dejar de reír—. No te va a cambiar la vida lo que haya en esa caja. Será alguna baratija de tu bisabuela.

—¡Aroketa fue la mejor chamana del clan! —bramó Kitsuna.

—Si tú lo dices…

Kitsuna cogió la caja y comenzó a buscar, ansiosa, la forma de abrirla. Pero la caja estaba cerrada y no tenía ninguna marca ni nada que indicara por dónde se abría.

—¡¿Cómo demonios se abre esto?! —preguntó furiosa.

—Pregúntale a tu querida Aroketa.

Kitsuna le echó una mirada asesina a su madre.

—¡Mierda! —exclamó con resignación Kitsuna.

—Espera a que venga mañana tu hermano, seguro que él sabe abrirla.

—¡Prefiero quemarla! —bufó Kitsuna dándole un golpe a la caja y tirándola de la mesa.

Su madre se agachó y la recogió. Luego la guardó con cuidado en el morral de viaje de Kitsuna, y lo llenó de alimentos.

—Seguro que en tu viaje descubres cómo abrirla, cariño.

Su madre le dio un beso en la mejilla y siguió con sus tareas. Tan tranquila como siempre, como si no hubiera tenido una discusión con su hija. Para Kione no existían los enfados entre familiares.

Kitsuna, en cambio, temblaba e intentaba contener las lágrimas. Su voz sonó rota.

—Mamá, esta vez es de verdad. No puedo seguir aquí, no encajo en este clan. —Las lágrimas luchaban por salir de los ojos de Kitsuna, pero ella todavía no había dado la orden.

Kione suspiró y se acercó a su hija. Intentó abrazarla, pero ella cruzó los brazos y giró la cabeza. Kione era una madre con experiencia, por lo que ignoró el gesto y la abrazó de todas maneras.

—No encajas en este clan, cariño, es verdad. Debes cambiarlo, debes convertir el clan del Zorro en un sitio en el que encajes. Para eso debes cambiar primero tú, debes emprender tu viaje, saber quién eres y qué haces aquí. Los ancianos buscamos la felicidad y la calma, porque tenemos miedo de perder a nuestros hijos. Vosotros, los jóvenes, debéis luchar por construir un mundo en el que vuestros hijos sean felices.

Kitsuna deshizo su enfado y abrazó a su madre.

—Mamá, estás majara —dijo entre sollozos—. Antes me has dicho lo contrario.

Kione se separó y la miró a los ojos.

—Es difícil enfrentarse a un enemigo, pero mucho más difícil es enfrentarse a un ser querido. Solo quería asegurarme de que tus ideas eran tuyas, cielo. Muchas jóvenes se dejan llevar por las ideas y sueños de los demás, y no me gustaría que fueras una de esas. Si tienes el valor de enfrentarte a tu familia por tus ideales, significa que crees en ellos.

«Mamá no ha perdido su astucia», pensó Kitsuna.

—Te quiero, mamá.

—Y yo, pequeña raposa.

Kione le dio su morral y el arco de Ashen, y se despidió con un beso en la frente. Kitsuna notó que su madre tardó bastante más en despedirse de Fulvo que de ella. Era de esperar: Fulvo no le daba ningún disgusto.

Kitsuna se marchó con las lágrimas recorriéndole el rostro. Fulvo correteaba a su lado, alegre por haber llenado la barriga, pero inconsciente de que mañana no volverían a casa para desayunar. O de que quizás nunca volvería.

El camino hasta el sur del Bosque Arenoso le pareció un fugaz sueño. Aunque su destino estaba al norte, en el Valle de Gaia, Kitsuna quería pasar la última noche en su lugar favorito del poblado: la cala Oculta.

El sol estaba en el ocaso cuando alcanzó su destino: una pequeña ensenada escondida entre dos acantilados, cuyo único acceso era invisible para cualquier persona, y la única manera de descender era siguiendo los pasos de un zorro con sumo cuidado, ya que un paso en falso y nadie encontraría tu cadáver. A pesar del peligro, el lugar merecía la pena.

Una ladera se usaba para bajar, y la otra para subir. Fulvo bajó con cuidado por la ladera correcta, esperando cada pocos pasos a su compañera. Una vez abajo, Kitsuna pudo respirar con calma. No temía a la muerte, pero sí saber que su muerte haría sufrir a Fulvo.

El gran muro del acantilado servía como pared y daba a la ensenada una enorme sensación de intimidad. La ensenada estaba rodeada de fina arena desprovista de cualquier tipo de vegetación, y sus aguas turquesas se fundían con las oscuras que se adentraban en el océano Uróboro. Allí, el atardecer se convertía en una escena

mágica: el sol se acoplaba contra el infinito mar, formando un solo ser que teñía el cielo de naranja.

Kitsuna se desnudó y fue a la orilla, donde una suave marea le refrescó los pies.

«Voy a echar de menos esto», pensó mirando la hermosura de la naturaleza.

Kitsuna sostenía que no había maldad en la naturaleza, que un zorro no era malvado por devorar un conejo. Antaño, los chamanes pensaban que los desastres naturales eran obra de Gaia, y que esta nos los enviaba para probar nuestras fuerzas. Kitsuna no lo creía. Los huracanes, los terremotos, las sequías, las ventiscas, los maremotos, todo lo que mandaba Gaia no era para volvernos más fuertes. No, Gaia hacía lo mismo que haríamos nosotros cuando un cultivo se veía infestado por una plaga: prenderle fuego. Nosotros somos su plaga, una que ella misma engendró y que ahora ha escapado a su control.

«Los humanos mataremos a Gaia», dijo Kitsuna un día en clase con la Gran Chamana. Solo consiguió ser castigada, ya que no era lógico que una chamana no idolatrara o temiera a los dioses. Kitsuna temía su desaparición, ya que cuando llegara el día en que Gaia fuera olvidada, los humanos crearían falsos ídolos y los venerarían.

«Y entonces la plaga dominará un mundo corrupto», pensó mirando el mágico atardecer.

Al caer la noche se quedó allí tumbada, compartiendo la comida de su madre con Fulvo mientras ella miraba el firmamento.

La luna emitía un afilado y fino resplandor apenas visible, ya que la noche siguiente habría luna nueva. Las estrellas resplandecían, y Kitsuna puso en práctica las lecciones de la Gran Chamana, que le había enseñado a guiarse por ellas y el significado y la historia de cada constelación.

Kitsuna encontró, al instante, la constelación del Zorro, reconocible por cualquier niño del clan, ya que las estrellas dibujaban en el firmamento la silueta de un zorro saltando.

Kitsuna dejó que su mirada se perdiera entre las estrellas, viajando entre ellas como solo un mortal podía hacerlo: en sueños.

La silueta resplandeciente del zorro, que llevaba en la misma posición durante eones, congelada en un salto infinito, cobró vida. El zorro estrellado brincaba y correteaba por el firmamento, hasta que de un gran salto cayó a las oscuras aguas del océano. El mar no pareció darse cuenta de la presencia del zorro, ya que sus patas no tocaban la superficie marina, sino que golpeaban una superficie invisible que se alzaba a pocos palmos del agua, y con cada pisada del zorro, un destello luminoso alumbraba el oscuro océano.

El zorro llegó hasta Kitsuna. No existían palabras en ningún dialecto para describir su majestuosidad, y ningún color terrenal haría justicia a la oscuridad de su pelaje. Algunos dirían que era oscuro como el azabache, otros, que era tan oscuro como una noche sin luna, pero todos errarían. Aquel zorro era tan oscuro como la oscuridad, y sus ojos resplandecían igual que las estrellas.

Kitsuna viajó a través de los ojos de aquel ser. Ya no estaba en el sueño ni en el mundo real. Una oscuridad eterna gobernaba aquel nuevo y desconocido lugar, hasta que un destello de luz iluminó una gran roca.

Un menhir de roca caliza se alzaba imponente en el centro de aquella nada. La cúspide tenía tallada la cabeza de un zorro. Otro haz de luz iluminó otro menhir, seguido de otro, y así hasta que fueron nueve los menhires que rodeaban al primero. Los últimos eran más pequeños y, en lugar de tener tallada una cabeza, tenían la cola de un zorro.

Los ojos tallados del menhir central se abrieron mostrando un destello rojizo, y al instante cada una de las colas pétreas cobró vida. De cada menhir surgió un bello y hermoso zorro fantasmal. Todos eran más grandes que los zorros comunes, tanto que alguien como ella los podría usar de montura. Tenían diferentes formas. Había uno blanco con los ojos rojos, uno con los ojos de color de jade, otro tenía el pelaje oscuro y los ojos azules, algunos tenían mezclas de varios colores en el pelaje, ojos de distintos colores, y todos tenían un aura que emitía una luz fantasmal.

En el menhir central también había despertado un ser, aunque Kitsuna solo atisbó sus ojos. Cuando cruzó su mirada con ellos, despertó del sueño.

El canto de los pájaros y los cabezazos de Fulvo consiguieron despertar a Kitsuna. Fulvo emitía su gemido de súplica, señal de que estaba hambriento. Kitsuna miró al sol y se dio cuenta de que ya era mediodía.

«Buena manera de empezar mi viaje, quedándome dormida», pensó Kitsuna.

La arena se le había pegado a su desnudo cuerpo, y la agradable cala era ahora un infierno ardiente. Después de sacudirse gran parte de la arena, ya que ni la propia Gaia sería capaz de quitársela por completo, decidió vestirse y emprender su viaje. Aunque primero haría una pequeña parada en su madriguera personal.

Su madriguera era una cueva al noreste del Bosque Arenoso, que había encontrado debido a la falta de amistad y al gusto por la soledad. Kitsuna no tenía ni idea de cómo encontrar la cueva, y eso que había estado en ella casi a diario. Era tarea de Fulvo. Poca gente sabía su ubicación, por no decir que solo su odioso hermano la conocía.

Kórsak había fabricado en una ocasión dos dagas gemelas, y le había dado una de ellas a su hermana para que siempre la llevara consigo. La daga había sido un regalo por la iniciación de Kitsuna, y como por aquel entonces ella se hallaba feliz (el aguardiente y el fornicio de la iniciación habían ayudado), aceptó el regalo. Lo que Kitsuna no sabía era que su hermano había forjado las dagas con magia rúnica.

Cada daga tenía grabada la misma runa, y ambas habían nacido del mismo material, por lo que estaban destinadas a encontrarse siempre. Un día, Kórsak se fue de paseo al bosque y el destino quiso que encontrara la madriguera de Kitsuna, ya que esta había dejado escondida allí su daga.

A Kitsuna le llevó casi toda la tarde llegar a la cueva, ya que se hallaba lejos de la playa. La apertura a la cueva estaba oculta para asegurar que nadie la descubriera por accidente: una improvisada puerta de hojarasca y musgo ocultaba la entrada, pequeña y redonda.

Fulvo se lanzó de cabeza adentro. Debido a su pequeño tamaño, la entrada no le suponía ningún problema, no como a Kitsuna, que tenía que agacharse hasta casi ponerse de rodillas para entrar.

Una vez dentro, la cueva se hacía más alta y más ancha. Una estancia circular repleta de musgo gobernaba el lugar, junto con una gran cantidad de telarañas que inundaban el techo. Lo primero que hizo Kitsuna fue buscar la maldita daga de su hermano. Por mucho que le odiara, tanto como una hermana mayor puede odiar a un hermano pequeño, en el fondo lo quería. No podía irse sin aquella daga.

La cueva estaba bien iluminada, aunque no gracias a la caprichosa naturaleza, pues se hallaba en una completa oscuridad cuando Kitsuna la encontró por primera vez. Para solucionarlo,

Kitsuna había colgado del techo una jaula forjada de hierro, y dentro encerró una llama eterna. Estaba muy orgullosa de ella: había sido una de sus primeras proezas como chamana. Aquel fuego ardería dentro de aquella jaula hasta que el corazón de Kitsuna dejase de latir.

Encontró la daga en un instante, ya que se encontraba clavada en un pequeño leño que servía como asiento. La daga era una obra de arte, un trabajo de un chaval que ni siquiera se había iniciado y que todo el mundo calificaba en aquel momento como el futuro herrero del clan.

La daga era curva, de un palmo de largo y hecha con un mango de cuerno de alce que había cazado Gilperik. Al final del mango había anclado un pequeño círculo de metal con el que se podía hacer girar la daga para ser usada como arma arrojadiza. Kitsuna se enfundó la daga en el hueco de la bota izquierda, otro maldito regalo de Kórsak, y se dispuso a salir.

—Bueno, Fulvo —dijo echando un último vistazo a la cueva—. Parece que no podré despedirme del cabeza hueca de Kórsak.

Kitsuna se encogió de hombros y fue a mirar a Fulvo, pero no estaba. Se le oía a lo lejos, y era un sonido que Kitsuna reconocería aun estando sorda: Fulvo estaba gimiendo.

Kitsuna volvió a desenfundar la daga con presteza. Su corazón palpitaba a gran velocidad, y su mano temblaba al sostener el arma. Se trataba de su pequeñín, y por él haría cualquier cosa, así que cogió aire y salió rauda.

Una vez fuera, vio que Fulvo era atacado por una bestia de barba rojiza y grandes músculos, aunque su mayor arma era aquella encantadora sonrisa que convertía al instante a una madre en una suegra. La bestia le hacía cosquillas a Fulvo con más maña que la propia Kitsuna, debido a que sus callosas manos sabían trabajar

todo tipo de materiales. En la bota llevaba enfundada una daga, una idéntica a la que empuñaba Kitsuna.

—¡Por la maldita Gaia! —maldijo Kitsuna—. ¡Qué susto me has dado!

Kórsak miró a su hermana y suspiró de alivio.

—No sabes lo que me alegra saber que sigues siendo una haragana en lo que respecta a tu viaje, hermanita —dijo Kórsak.

Kitsuna bufó ante aquella ofensa.

—¡¿Haragana, yo?! —Se señaló a sí misma con su propia daga—. Ha sido un placer verte, pero que sepas que he de irme. Mi viaje acaba de comenzar. —Kitsuna guardó la daga y cogió a Fulvo entre sus brazos—. ¿Qué tal las fiestas? ¿Has soplado mucho el fuelle? Me alegro por ti. Que te vaya bien en la forja, hermanito.

Kitsuna iba a alejarse cuando se dio de bruces con una joven de largos cabellos azulados; la desconocida portaba un arco y un carcaj repleto de flechas. La joven tenía la tez oscura y los ojos violetas, su rostro era hermoso, pero escondido bajo aquella superficie bella y cristalina. La mirada de aquella desconocida albergaba un abismo de rabia e ira que no pasó desapercibido para Kitsuna.

—Kórsak… —dijo Kitsuna soltando a Fulvo en el suelo y sacando de nuevo su daga.

Liz apuntó a Kitsuna con el arco enflechado en cuanto sacó la daga.

—Vuelve a guardar esa daga —gruñó la desconocida.

Kitsuna comenzó a hacer girar la daga, aunque no tenía ni idea de cómo se lanzaba.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó entre dientes Kitsuna, que tenía la costumbre de desconfiar de todo el mundo.

Fulvo, viendo que podía salir herido, salió correteando hasta los brazos de Kórsak, que lo cogió y se colocó entre las dos chicas.

—Las dos tenéis motivos para ensartarme con algo puntiagudo —dijo Kórsak sin perder la sonrisa—, pero el pobre Fulvo no os ha hecho nada.

Kórsak alzó a Fulvo, mostrando sus adorables ojos, que hicieron que las chicas bajaran las armas.

—¡No me digas que la conoces, Kórsak! —dijo Kitsuna—. ¡Además vas y la traes a mi madriguera secreta!

La desconocida se adelantó y miró la entrada a la cueva al tiempo que lanzaba un hiriente silbido.

—Menudo palacio debe ser…

Kórsak soltó una carcajada.

—Kina, te presento a Liz —dijo Kórsak señalando a la desconocida —. Liz, ya conoces a mi hermana y a su pequeño zorrín, Fulvo.

—¡No me vengas con motes cariñosos! —gruñó Kitsuna—. ¿Piensas que voy a dejarte mi cueva como picadero para tus ligues?

Kórsak intentó acercarse a su hermana con calma, pero Liz se interpuso.

—¡Kórsak! —gruñó mirándolo con dureza—. Dijiste que esta demente nos ayudaría. —Liz señaló a Kitsuna para que no quedara ninguna duda de a quién se refería con «demente»—. No tengo tiempo para sandeces, sabes que la vida de mi amiga corre peligro.

—Kitsuna, nunca te he pedido nada —dijo Kórsak con tono de súplica—, pero te ruego que nos ayudes. La vida de una amiga de Liz corre peligro, y tú eres nuestra última y única esperanza.

Kitsuna abrió los ojos de par en par, mirando primero a Kórsak y luego a Liz. Luego se rio.

—Lo siento —dijo Kitsuna tapándose la boca—, no entiendo nada. Vienes aquí con una desconocida, hablando de que su amiga está en peligro y que soy su única salvación. —Kitsuna volvió a reír—. ¿Yo?,

cuya única habilidad consiste en tomar el sol sin que se me oscurezca la piel. Dime, hermanito, ¿en qué te supero?

Liz no aguantó más y se lanzó contra Kitsuna. Kórsak la cogió a tiempo.

—¡Yo la mato! —gruñó Liz.

—Kina, basta de sarcasmo y majaderías —espetó Kórsak con dureza—. La vida de una persona muy importante corre peligro. Tú eres una auténtica chamana, yo solo soy un herrero. Necesitamos magia, no fuerza.

Kitsuna guardó silencio, cabizbaja, con las puntas de las botas apuntándose la una a la otra.

—Sabes que no soy una chamana legítima —dijo con la misma tristeza que pronunciaba siempre esas palabras.

Kórsak soltó a Liz y se acercó a su hermana.

—Kina —dijo alzándole la cabeza—, no necesitas alcanzar el rango de *mistagoga* para ayudarnos. Necesitamos desplazarnos más rápido que el viento y rugir más que una tormenta. Necesitamos magia. Necesitamos a una chamana. Te necesitamos.

Kitsuna se encogió de hombros.

—No sé cómo podría ayudarte.

Liz se adelantó, sorteando el brazo que había alzado Kórsak. Apartó al fornido pelirrojo y se colocó enfrente de Kitsuna. La chica de ojos violeta cogió aire con calma y habló.

—Entiendo tu desconcierto ante mi llegada, y te pido perdón por mi actitud. —Liz le ofreció la mano—. El tarugo de tu hermano me agrada. No me gustaría empezar con mal pie contigo. Mi amiga —a Liz le temblaba la voz— está en grave peligro. Te suplico que nos ayudes. Tu hermano confía en ti, y yo confío en él.

Kitsuna le estrechó la mano con firmeza.

—Siento haberme portado como una imbécil contigo antes —dijo Kitsuna—. Pero de verdad que no puedo ayudarte. Lo siento por tu amiga.

Liz sonrió de una manera maliciosa.

—Lo intentaré con o sin tu ayuda —aseveró con tono sombrío Liz —. Aunque Kórsak me ha hablado de tu gran adversidad por los cazadores y por Zox…

Kitsuna frunció el ceño. Aquella joven era inteligente. Kitsuna debía medir sus palabras con cuidado.

—¿Qué tiene esto que ver con Zox y los cazadores? —preguntó ansiosa.

—Si consiguen llevar a mi amiga a Aetosía, la Liga de Clanes se convertirá en un imperio, y Sauro en emperador —dijo con determinación Liz.

—¿Tu amiga es la maldita Gaia?

—No es una diosa, pero, igual que Gaia, ella también está en peligro de extinción.

Liz le dio la espalda a Kitsuna e hizo ademán de irse. Entonces Kórsak habló.

—Tú sabes quién es, Kina.

Liz se acercó mucho a Kórsak y le susurró algo al oído. Kórsak ladeó la cabeza y apretó su puño contra el pecho. Liz asintió, aunque resignada.

—Es la nieta de Férox el Despiadado, la nieta de Teumexia la Inalcanzable, la hija de Daxos. Es la Última Loba…

—Luna…, la Falsa Zorra… —dijo Kitsuna con un brillo en los ojos —. Esa maldita pelirroja de ojos verdes sobrevivió a la masacre lobuna…

Kórsak asintió.

Kitsuna comenzó a dar vueltas en círculos, procesando la información en su cerebro a toda velocidad.

—No… no puede ser… Has dicho que era tu amiga. —Kitsuna señaló a Liz—. Eso implica que escapó, y que el clan del Búho le dio cobijo. Aveoscura está considerada una de las personas más sabias de Terión; no se le iba a colar una loba sin que ella no lo supiera… —Kitsuna cayó en lo que había dicho antes Liz—. ¿Kaira planea derrotar a Sauro? ¿Ha estado fingiendo todo este tiempo?

Liz asintió.

—No solo eso… —intervino Kórsak—. Vúlzor también forma parte de la resistencia del clan. Planea derrotar, con su hermano Fének, a su padre, para así rebelarse junto con los búhos.

Liz miró atónita a Kórsak, como si esa información no la supiera ni ella.

—Se está formando una resistencia entre clanes —dijo Kitsuna, incapaz de ocultar su emoción—. ¿Qué aliados tenemos?

—Creemos que Luna ha encontrado al clan de la Osa, y tiene un lobo primigenio como compañero —contestó Kórsak.

A Kitsuna por poco no se le desencaja la mandíbula.

—¿Un… lobo… primigenio? —preguntó mirando a Liz—. Vuestra lobita no llega ni a comprender el poder que tiene una de esas bestias. —Kitsuna sintió que su piel se le erizaba y que su barriga le cosquilleaba; comenzó a sentir felicidad y entusiasmo por la vida—. ¡Os ayudaré a salvar a esa maldita pelirroja como sea!

* * *

—¡Sigo diciendo que deberíamos ir al norte, no al sur! —se quejó Liz por cuarta vez.

—¡Eh!, que yo estoy contigo —dijo Kitsuna mirando a Liz—. El artífice de este estúpido plan es tu querido compañero de viaje.

Kórsak siguió avanzando, con Fulvo a su lado, sin prestarles atención.

—No entiendo el plan de tu hermano —dijo Liz con una mueca—, solo me queda confiar en vosotros.

Kitsuna confiaba en el buen juicio de su hermano, pero no tenía ninguna confianza en sí misma.

—No deberías —contestó Kitsuna—. Antes te dije la verdad, no soy una chamana legítima. Tengo habilidades básicas por mis estudios y ciclos de preparación, pero no estaré completa hasta que encuentre mi zorro espiritual.

Liz frunció el ceño y miró a Fulvo. Kitsuna negó con la cabeza.

—A Fulvo me lo dieron cuando tenía catorce ciclos, cuando superé la prueba de iniciación —respondió Kitsuna—. Al otro debo encontrarlo en un viaje espiritual. Un viaje que no sé si llegaré a completar, pero que he de hacer. —Suspiró—. Necesito un zorro espiritual para ser oficiada como chamana legítima del clan del Zorro.

—¿El que estabas a punto de emprender cuando hemos aparecido? —preguntó Liz arqueando una ceja.

—El mismo, pero siempre hay algo que me hace posponerlo.

«O quizás soy yo la que busca siempre una excusa para aplazarlo», pensó Kitsuna.

—Vale, esa es la vía correcta y moralmente respetable para encontrar a tu zorro espiritual. —Liz asomó una pícara sonrisa digna del clan del Zorro—. ¿Acaso no sois unos tramposos? Busca un atajo.

—¡Eso es lo que hacemos! —gritó Kórsak, de espaldas.

—¡No seas fisgón! —gritó Kitsuna, y siguió andando con Liz—. Mi hermano cree que las respuestas están en el templo de la Zorra Demoníaca, un lugar en ruinas cuya ubicación nadie conoce. Las leyendas hablan de que es una gran fuente de poder, y mi hermano cree que allí podré hacer un hechizo de invocación de alto rango, aunque no haya encontrado a mi zorro espiritual ni haya completado mi formación como chamana. De ser así, podría invocar a uno de los nueve yakos, en concreto al de la familia de los Veloces.

—¿Y esa cosa nos llevaría hasta mi amiga? —preguntó Liz.

—Sí, aunque hay muchas cosas que podrían salir mal.

Kitsuna no le había confesado sus temores a Liz, en parte por tranquilizarla y en parte porque cabía la posibilidad de que saliera corriendo al oírlos. No tenía ni idea de si encontrarían el templo, ni tampoco sabía con certeza si sería capaz de realizar un hechizo tan avanzado, pero, por encima de todo, temía encontrarse con algún esbirro de la Zorra Demoníaca.

La noche los había envuelto con su oscuridad, agraviada por la falta de luna. Liz y Kitsuna habían seguido a Kórsak sin hacer preguntas, y cuando Kitsuna vio el sitio al que los había llevado su hermano, un intenso deseo de golpearlo cobró fuerza en ella.

—¡Menuda pérdida de tiempo! —le gritó al ver que los había llevado a la cala Oculta.

—¿Kórsak? —preguntó Liz entre dientes.

Kórsak movía sus manos con delicadeza, intentando calmarlas, aunque sin efecto.

—Sí, sí —farfulló el herrero—. Sé que vienes aquí todos los días, lo sé. Pero escúchame. —Kitsuna apretó los puños, poniendo todo su empeño en escuchar a su hermano—. ¿Cómo encontraste este lugar?

Kitsuna también se había hecho esa pregunta un montón de veces.

—Por casualidad, mucha gente debe conocerlo también.

Kórsak rio y señaló la playa bajo sus pies.

—Nadie conoce este sitio, hermanita. Por eso nunca te has encontrado con nadie ahí abajo. Solo tú sabes bajar ahí; cualquier otra persona debería ir a nado o en una barcaza. Nadie ha oído hablar nunca de la cala Oculta. Es una invención tuya, igual que todo lo que rodea a este lugar.

Kitsuna no comprendía nada.

—Es Fulvo el que sabe bajar, no yo —aclaró Kitsuna mirando a Fulvo—. ¿No?

—Fulvo aprendió el camino porque tú se lo enseñaste —dijo Kórsak acercándose a su hermana y agarrándola por los hombros—. ¿Cómo conociste este lugar? Recuerda.

Kitsuna sabía la respuesta, pero siempre había temido decirla en voz alta. Ella misma se había creado la mentira de que todos lo conocían, una mentira que se había convertido en verdad con el tiempo.

—Yo… lo soñé —contestó con la mirada fija.

—No solo lo soñaste, sino que bajaste ahí mientras estabas dormida. Una vez me constate que te dormiste en la cueva y despertaste en una playa en la que no había salida. Entonces volviste a dormirte en la arena, para después despertar de nuevo en la cueva. No fue un sueño, hermanita. Fuiste tú la que encontró el lugar, fuiste tú la que enseñó a Fulvo cómo entrar y salir de él. Alguien te lo mostró por un motivo, alguien que está deseando conocerte.

Kórsak sonreía y apretaba los hombros de Kitsuna con firmeza. Ella no podía creerlo, no después de haberlo enterrado durante

ciclos en el fondo de su mente.

—Me has engañado. Tu idea es que haga un pacto con ella —dijo apartándose de Kórsak.

—¿Quién es ella? —preguntó Liz.

—La Gran Madre Zorra —contestó Kórsak—. Kitsune, la diosa de la que proviene el nombre de mi hermana.

—¿La demoníaca? —preguntó Liz sin comprender.

—Bah, no escuches a mi hermana. La teme debido a que lleva teniendo pesadillas desde la infancia con ella. Es una diosa benévola, no un demonio.

—¡Qué sabrás tú! —rugió Kitsuna empujando a su hermano de improvisto—. ¡Esa bestia me atemorizaba todas las noches! ¡A veces veía cosas que no existían en el mundo real, creadas por ella para engañarme! ¡Veía la muerte de Fulvo, de ti, de mamá! ¡Ella me odia, ansía mi destierro debido a mi aspecto! ¡Y fue ella la que mató a mi padre!

Kitsuna había roto a llorar y golpeaba a Kórsak, furiosa. Aunque sus golpes no hacían mella en el muro de hierro que era la piel de su hermano.

—Lo siento, peque —dijo Kórsak abrazando a su hermana y besándola en la cabeza—. Es por tu bien, no ibas a encontrar nada en el norte de Terión. Tu viaje iba a ser una pérdida de tiempo, por eso lo posponías sin darte cuenta. Sabías desde hacía tiempo que las respuestas estaban aquí, al lado de casa. Además, no estarás sola.

Liz se acercó también y tomó la mano de Kitsuna, apretándola con firmeza y combinándola con una gran sonrisa. Kitsuna se limpió las lágrimas, apretó los puños, cogió aire y se separó de ellos.

—Pisad donde yo pise, y no tengáis prisa por bajar. ¡Vamos, Fulvo!

Fulvo correteó en círculos alrededor de ellos hasta que se posicionó en el primer escalón oculto. La cola del zorrín se agitaba con brío, y de su rostro emanaba una gran excitación.

El descenso fue más lento de lo normal. Liz no tenía muchos problemas, pero el extraordinario Kórsak pareció encontrar un duro rival en aquella ardua tarea. Liz tuvo que agarrarle de la mano todo el trayecto, ya que el herrero perdía el equilibrio cada pocos pasos; además, la oscuridad no ayudaba.

—Dime que tienes una barcaza para poder salir de aquí —balbuceó Kórsak cuando tocaron la arena.

—Salir es el menor de nuestros problemas ahora mismo —masculló Kitsuna escrutando la pared de piedra—. Según tu teoría, la entrada debería estar aquí.

Liz se acercó a la piedra y colocó su palma en ella, luego pegó una oreja contra la roca.

—Hay corrientes de aire —dijo golpeando la piedra—. Si vuestro clan se parece algo al mío, diría que alguien ocultó aquí una entrada secreta que solo un verdadero miembro del clan del Zorro puede abrir. Si hacemos caso a las leyendas, necesitaremos sangre, algún elemento básico y una luna llena.

Kitsuna miró a Kórsak y se echó a reír.

—¿De dónde has sacado a esta? Pensaba que los búhos eran sabios, no sabiondos.

—Soy mitad cuervo —contestó Liz sin prestar atención.

—Ah, una carroñera, eso lo explica todo —dijo Kitsuna carraspeando la garganta.

—Habló la ponzoñosa —contestó Liz.

Kitsuna soltó una gran carcajada.

—¿Qué me ha delatado, los ojos? Siempre son los ojos.

Liz asintió y siguió analizando la piedra.

—Deberías ser tú la que busque la entrada, hermanita —dijo Kórsak con un tono de orden disfrazada de sugerencia.

—Podría cerrar los ojos y sabría cómo es cada minúscula zona de este sitio. No hay nada en esa piedra que no haya visto ya. Necesitaremos alguna de las cosas que dice tu querida compañera. —Kitsuna se sentó con las piernas cruzadas en la arena, mirando a la pared con resignación.

Liz se había dejado caer de espaldas contra la piedra, y Kórsak estaba sentado en una roca, acariciando a Fulvo. Kitsuna seguía con los ojos fijos en la pared, sin decir nada, fingiendo que pensaba algún plan, aunque en realidad no tenía ni idea de qué hacer.

—Puede que parezca una tontería —dijo Liz rompiendo el silencio —. ¿Tiene vuestra diosa leyendas e historias para niños? Quizás en alguna de ellas esté oculto el secreto de cómo entrar en su templo.

—Hay cientos de leyendas sobre Kitsune, perderíamos mucho tiempo —dijo Kórsak.

Fulvo se escaqueó de Kórsak y se fue a la orilla, se sentó allí y miró al firmamento.

—¿Fulvo? Ven aquí —ordenó Kórsak sin éxito.

—¿Algún héroe o heroína que desafiara a Kitsune? —preguntó Liz.

—Sí, muchos —contestó Kitsuna—. Pero todos acabaron derrotados por la diosa de ojos rojos.

—¿Ojos rojos? —Liz alzó la cabeza como un conejo al oír al zorro.

—Sí —dijo Kitsuna sin darle importancia—, las leyendas dicen que puede cambiar de forma, pero que sus ojos siempre permanecen rojos y que su sombra siempre es la de un zorro. También dicen que odia a los lobos. —Kitsuna se levantó furiosa—. ¡Mierda! ¡Todo eso no nos vale de nada ahora mismo!

Liz ya no la escuchaba, se había levantado y había ido corriendo a su carcaj a coger una flecha.

—¿Qué haces, Liz? —preguntó Kórsak.

Liz se acercó a Kórsak y le quitó su daga, arrancó las plumas de búho de su flecha e hizo varios tajos en la parte trasera, hasta separar en varios trozos la madera, aunque sin llegar a romperla. Luego rajó un trozo de tela de sus ropajes y la introdujo en el hueco que había formado la madera dividida; sacó una cuerda de su morral y, con ella, rodeó con firmeza la parte donde la madera volvía a unirse.

—Rápido, prende la tela con tu pedernal de sílex. —Liz entregó la flecha a Kórsak—. ¡Tú hazlo! —gritó Liz al ver la expresión de incertidumbre en el rostro del herrero.

—¡No tengo aquí un pedernal, Liz!

Kitsuna se acercó y, con un chasquido y un susurro, prendió la tela, creando una pequeña llama que ardió con fuerza hasta detenerse en la cuerda, dándole la forma de una perfecta antorcha.

—Ya tienes fuego —dijo Kitsuna sin pasión.

—Gracias —dijo Liz arrancándole la flecha de las manos a Kórsak.

Liz fue con presteza a la pared. Pasó la improvisada antorcha por la superficie en repetidas ocasiones hasta que dio un alarido de triunfo.

—¡Lo sabía! Mirad.

Kitsuna y Kórsak se acercaron raudos.

La luz del fuego había dejado al descubierto unas runas ocultas, inscritas en la piedra con magia.

—¿Cómo demonios…? —dijo Kórsak.

—El material básico —contestó Kitsuna, que ya lo había adivinado —. Al decirte que sus ojos eran rojos, dedujiste que estaba relacionada con el fuego. Eres muy inteligente.

Liz respondió girando la cabeza, al tiempo que cerraba los ojos y mostraba una gran sonrisa.

La pared tenía la misma marca que llevaba Kitsuna en la parte inferior de la espalda, la misma que tenían todos los iniciados del clan del Zorro. Al lado de dicha marca, una extraña runa había sido grabada en la pared, una runa que Kitsuna conocía.

—La marca de nuestro clan y la runa del Reino Espiritual —aclaró Kitsuna, pasando su mano por la piedra.

—Necesitamos un zorro espiritual para entrar. Pues estamos buenos —dijo Kórsak rascándose la cabeza—. Y hoy no hay ni luna.

—Has dicho antes que la diosa odiaba a los lobos —dijo Liz volviendo a girar la cabeza—. Tenemos el fuego y una noche sin luna. Nos falta la sangre.

Kitsuna asintió, sacó su daga y se hizo un corte en el pulgar; luego presionó con fuerza contra la piedra, esperando a que pasara algo, pero no pasó nada.

—¿Qué tiene eso de espiritual? —preguntó Liz arqueando una ceja.

—¿Alguna sugerencia, alas negras?

—Alas negras… —murmuró Liz—. ¡Eso es!

—Otra vez no —dijo Kitsuna golpeándose la frente.

—Sibyl la Ciega —dijo Liz con los ojos abiertos de par en par—. No habéis oído hablar de ella, ¿verdad? Da igual. —Liz hablaba a gran velocidad, como si su mente fuera más veloz que su lengua—. Sibyl era una chamana obsesionada con el futuro. Intentó descifrarlo y cayó en la locura. Le rezaba a Gaia y le hacía sacrificios, pero no le contestaba, por lo que probó suerte con la diosa del clan del Cuervo: Morrigan.

»Morrigan sí respondió a sus plegarias, pero es bien sabido que Morrigan es malvada y que nunca debes hacer un trato con ella. Sibyl, ansiosa por obtener el don de la clarividencia, hizo un trato con Morrigan. La diosa le pidió una sola cosa: sus ojos. Si de verdad

deseaba ver el futuro, significaba que no necesitaba los ojos para ver el presente. Sibyl aceptó. Se convirtió en una gran chamana y condujo el clan a la prosperidad con sus acertadas predicciones. Pero, aunque veía en su mente el futuro con absoluta claridad, nunca volvió a ver con sus propios ojos el bello mundo en el que vivía.

—¡¿Quieres que mi hermana le dé sus ojos a Kitsune?! —preguntó perplejo Kórsak.

—¡No, idiota! —bufó Kitsuna, que había entendido la metáfora a la primera—. Aunque lo que ha sugerido Liz es bastante más siniestro que lo de los ojos.

—Sigo sin entenderlo. ¿Acaso os comunicáis mentalmente o algo? —Kórsak frunció el ceño.

—Tu hermana necesita un zorro espiritual, pero es posible que para conseguirlo deba sacrificar antes a un zorro terrenal, a su zorro, Fulvo —dijo Liz con un tono triste, bajando gradualmente la intensidad de la voz, hasta que la última palabra se convirtió en un mero susurro.

Kitsuna se volvió y buscó a Fulvo, que seguía allí quieto, sentado en la orilla del mar, como si fuera una estatua de piedra. Kitsuna siguió con sus ojos lo que miraba Fulvo, y sonrió.

—¡Tienes razón! —espetó Kitsuna, provocando un alarido en Kórsak—. Los zorros somos unos tramposos, siempre hay un atajo. Tranquilos, no voy a sacrificar a mi zorrín. Vamos a hacer trampas. —Kitsuna señaló al cielo, a la constelación del Zorro.

Ahora eran Liz y Kórsak los que no entendían nada.

—Kórsak, tengo un cuenco en el morral, tráelo. Liz, toma mi daga y hazme un buen corte, necesitaremos bastante sangre.

Liz y Kórsak obedecieron las órdenes de Kitsuna sin preguntar. En poco tiempo tenían un cuenco con abundante sangre, y Kitsuna una

profunda herida en la palma de la mano que había tenido que ser vendada y curada por Liz al terminar de extraer la sangre.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Liz.

—Vosotros, nada; he de hacerlo yo. —Kitsuna cogió el cuenco y comenzó a pintar debajo de la runa del Reino Espiritual grabada en la pared.

—Eso es… —comenzó a decir Kórsak.

—… la constelación del Zorro —terminó Liz.

Kitsuna asintió con un sonido gutural.

Al terminar de pintar los puntos y líneas sangrientas, Kórsak y Liz se echaron hacia atrás. Kitsuna sabía que aún faltaba una cosa.

—Fulvo, ven aquí, pequeñín.

Fulvo no obedecía a nadie, ni siquiera a Kitsuna, pero el zorrín decidió corretear hasta su compañera.

Kitsuna observó a Fulvo: el pequeñajo la miraba con sus pequeños e inocentes ojos negros, y no había miedo en su mirada, pues confiaba en su compañera. Luego, la incompleta chamana cogió la pata izquierda delantera del zorro, la untó en su propia sangre y la presionó contra la pared, justo en el centro de la marca del clan.

Una nube de polvo les indicó que había funcionado.

—¡Lo hemos conseguido! —vociferó Kitsuna con la mayor sonrisa de su vida.

La formidable pared había sido perforada por una magia invisible en apenas unos instantes. Una lluvia de arena los envolvió, agrandando la ya de por sí arenosa playa. Cuando el polvo se disipó, pudieron ver que donde antes había estado grabada la marca y la runa, ahora había un hueco similar al de una puerta de una cabaña común. De aquel hueco emanaba una oscuridad silenciosa y aterradora.

Kitsuna recogió su morral y sus pertenencias, cogió la antorcha de Liz con determinación y dio el primer paso adentro, seguida al instante por Fulvo. Cuando Kórsak y Liz la intentaron imitar, Fulvo se interpuso. El zorrín mostró los dientes y defendió el lugar como si fuera suyo.

—¿Qué haces, pequeñín? —preguntó Kórsak confundido.

—Pase lo que pase, no entréis aquí —dijo Kitsuna sin saber por qué. Sentía una magia extraña flotando en el ambiente—. Fulvo se ha dado cuenta antes que yo. Este lugar no es seguro para vosotros. Solo los chamanes del clan del Zorro pueden entrar aquí.

Liz asintió sin dudarlo. Kórsak tenía sus dudas.

—Si gritas, voy a entrar. No permitiré que te pase nada, y menos por nuestra culpa.

Kitsuna ladeó la cabeza y miró de soslayo hacia atrás.

—Liz, si intenta entrar, déjale inconsciente. Sé que puedes hacerlo —dijo guiñándole un ojo—. Y tú, hermano pequeño, no te sientas culpable, sino orgulloso, ya que gracias a vosotros he comenzado mi viaje.

Kitsuna les dio la espalda y se internó en la cueva, seguida por Fulvo.

La luz de la antorcha iluminaba lo suficiente para saber que su siguiente paso no sería el último, pero no era tan fulgurante como para alumbrar el interior de la caverna.

Las gotas que se desprendían de las estalactitas golpeaban el suelo de la caverna al son de los latidos del corazón de Kitsuna, y con cada paso que daban la joven y su zorro, una atmósfera inundada de magia los iba envolviendo.

Kitsuna se forzó a no mirar atrás. Cuando no pudo resistir la tentación, se encontró con que la entrada había desaparecido debido

al serpenteo de la cueva. Poco importaba ya. Kitsuna debía seguir adelante.

El aullido de Fulvo le hizo parar al instante. El zorro se había adelantado. Bajo la luz de la antorcha, Kitsuna vio que el camino desaparecía para dar paso a una serie de escalones de piedra, grandes y lisos.

Bajaron aquellos peldaños hasta que Kitsuna vio una construcción que le era muy familiar. Dos grandes postes de color bermellón se alzaban a ambos lados de los escalones, y otros dos postes idénticos los cruzaban de forma horizontal en la parte más alta, dejando una separación entre ellos en la que había un cuadro de madera con la marca del clan del Zorro grabada. Un gran dolmen oscuro se alzaba en la cúspide, sobresaliendo por los lados de la estructura y curvándose en los extremos hacia arriba. A los lados de aquella entrada, a modo de guardianes, había dos idénticos zorros de piedra.

Kitsuna cruzó la estructura y, nada más atravesarla, notó que un aura mágica la envolvía. Fulvo la siguió con presteza. Si el zorrín notó algo, Kitsuna no lo advirtió.

La joven de cabellos cenicientos y su zorro arenoso continuaron avanzando. Cada pocos pasos volvían a encontrar otra estructura similar y, con cada una de ellas, Kitsuna volvía a sentir lo mismo que con la primera. Las estructuras eran cada vez más pequeñas, y todas contaban con sus dos zorros protectores.

Después de cruzar ocho puertas, contando la primera, encontraron una distinta. Era la más pequeña de todas, pero no albergaba zorros guardianes a los lados. En su lugar había un único zorro de piedra presidiendo la cúspide: la estatua mostraba una gran zorra dorada de ojos sangrientos con un pañuelo blanco atado al cuello y nueve largas y frondosas colas doradas. En su marco de

madera estaba la runa que más temía Kitsuna: la runa de la Zorra Demoníaca, y en el interior se vislumbraba una resplandeciente luz.

—Ya no hay vuelta atrás, pequeño —musitó Kitsuna.

Fulvo aulló y se lanzó al interior. Kitsuna arrojó la antorcha al suelo, apoyó las manos y las rodillas en la roca, y gateó hasta cruzar el umbral.

La estancia estaba completamente iluminada. Se trataba de una bóveda gigantesca en la que flotaban una miríada de llamas encerradas en jaulas de papel. Nueve grandes menhires formaban un círculo perfecto en el centro de la estancia, y en el centro del círculo se alzaba un menhir más alto que los demás. Kitsuna reconocía aquella formación de piedras: era la misma que había visto una vez en sueños.

Entró en el círculo de piedras, escrutando las runas dibujadas en cada uno de los menhires. Las reconocía todas. Cada una de ellas representaba a un yako; los conocidos como los nueve zorros legendarios, hijos de Kitsune.

Cada familia del clan del Zorro adoraba a un yako, y las leyendas decían que antaño cada familia tenía el favor de uno de ellos, del cual heredaron el nombre que tanto orgullo les producía.

Kitsuna repasó los menhires con la mirada hasta que la visión de uno de ellos le erizó el vello de los brazos. Se trataba del yako de las estepas, cuya runa había visto cientos de veces grabada en varios utensilios de su familia. Kitsuna pasó una mano por el menhir, rozando la marca de la runa con la palma.

—¿Qué interés tienes en mi hijo Sutepu, niña? —preguntó una voz femenina que resonó por toda la sala.

Kitsuna tuvo un pequeño sobresalto, y sus sentidos se agudizaron al máximo.

Fulvo comenzó a olisquear el ambiente, siguiendo un rastro que lo llevó hasta el menhir central.

—¡Fulvo, quieto! —ordenó Kitsuna.

Fulvo no era su mascota, sino su compañero, y estos no siempre hacen caso. Fulvo siguió el rastro, cegado, y cuando llegó al menhir central, una figura encapuchada salió a recibirle.

La figura tenía una estatura similar a Kitsuna e iba envuelta en una túnica completamente blanca que arrastraba por el suelo. Se movía con calma, como si se deslizara, como si danzara por el agua. Todo su cuerpo iba oculto, y por encima de la cintura llevaba una banda rojiza atada que llevaba grabadas varias runas blancas. Lo único que se podía ver de su cuerpo era el hocico, largo y delgado.

La figura se acercó a Fulvo.

Kitsuna, preocupada por el bienestar de su zorrín, creyó que aquella figura iba a hacerle daño. En su mente se imaginó a Fulvo profiriendo tauteos sin parar al ser torturado. En ningún momento se imaginó que Fulvo se sentaría a los pies de la figura, agitando la cola con brío, ni tampoco que la desconocida encapuchada se agacharía y cogería a Fulvo entre sus brazos, acariciándolo y demostrando un gran cariño y una enorme sutileza.

—Si le haces daño… —comenzó a amenazar Kitsuna, apretando los puños y los dientes.

La figura se puso en pie y echó hacia atrás su capucha, dejando al descubierto su rostro. La cabeza poseía los mismos rasgos que la de cualquier zorro, aunque se podía atisbar en aquel ser rasgos humanoides, como su postura, su forma e incluso sus expresiones faciales.

El pelaje de aquel ser era dorado y blanco. La cabeza estaba dividida en dos grandes secciones. Por un lado, su pelaje dorado bañaba toda la zona superior, mientras que por debajo de los ojos

emanaba la tonalidad nívea. Sus orejas, grandes y puntiagudas, eran doradas por el exterior, pero por dentro eran blancas. Dos grandes mechones dorados, con las puntas blancas, colgaban de su testa. Un enorme matojo de pelaje salía de su cabeza hasta perderse por debajo de la túnica.

El ser poseía un hocico cuyo final era negro como la noche, y debajo de aquel hocico asomaba una letal sonrisa en la que destacaban cuatro largos y afilados colmillos. Lo más extraordinario eran sus ojos: dos rasgaduras curvadas, finas y afiladas en el rostro, de las que escapaba un resplandor rojizo y sangriento. Un fulgor que asustaba más que los propios colmillos.

Una larga, enorme y poblada cola asomaba por debajo de la túnica de la extraña figura. Era también dorada, aunque con la parte final blanca.

Kitsuna no tenía ninguna duda de quién era, y pronunció su nombre intentando mostrar el mínimo temor posible.

—La diosa Kitsune…

Kitsune escondió los colmillos y asintió.

—¿Tienes miedo?

—No eres la primera deidad a la que conozco —respondió Kitsuna.

La diosa se sentó con las piernas cruzadas al lado de Fulvo y usó su enorme cola como si fuera una manta, envolviendo al pequeñín y dejándolo sumido en un feliz sueño.

—Sí, es cierto, en tu iniciación conociste a Inari, mi antiguo esposo. —Kitsune pronunció el nombre con un tono de desprecio—. ¿Cómo le va al peliblanco?

La joven chamana debía medir con exactitud cada una de sus palabras. Se encontraba ante el paradigma de la astucia, ante la

diosa más taimada de todo el círculo de las divinidades, odiada y temida por los demás dioses.

—Las leyendas dicen que puedes ver y oír todo lo que ocurre en el mundo —dijo Kitsuna—. Sabes de sobra lo que ocurrió en mi iniciación.

La diosa soltó una pequeña carcajada.

—Sí, es cierto, pequeña chamana, hija de Kione, nieta de Kamila y bisnieta de Aroketa. Sé todo lo que ha ocurrido en tu vida desde el momento en que fuiste concebida. Es más, yo estaba allí en aquel momento, pero ya llegaremos a eso. —La diosa hizo una pequeña pausa y acarició a Fulvo—. Te confesaré algo, ya que has llegado hasta mí. No puedo entrar en el Reino de los Espíritus, por lo que no puedo ver ni oír lo que allí ocurre, pero sí puedo entrar en tu mente y visualizar lo que ocurrió aquel día.

Kitsuna se quedó petrificada. Sabía por las leyendas que la diosa siempre estaba ahí, escuchando cada conversación, viendo cada suceso ocurrido en su clan, pero jamás pensó que sus pensamientos fueran también escuchados.

—Puedo ver el prodigioso templo de Inari —comenzó a relatar Kitsune con los ojos cerrados—. Protegido por sus nevados riscos y custodiado por cientos de *zenkos.* Veo los escalones que te llevaron allí, cómo admirabas los inagotables arrozales que rodeaban el templo, cómo te parabas en cada arco rojizo para admirar su arquitectura, y cómo te acercabas a sus mascotas para acariciarlas.

—¡Un *zenko* no es una mascota! —exclamó Kitsuna furiosa—. Son los protectores de su templo y de nuestra villa. No te burles de los zorros blancos.

La diosa hizo algo que Kitsuna no esperaba, pedir perdón.

—Siento ofenderte, niña, pero has de saber la verdad: Inari es un anciano que ha perdido la astucia. Su benevolencia está destruyendo

al clan del Zorro, sus buenas palabras y actos han provocado más daño que cualquier guerra. ¿Por qué fuiste despertada en tu iniciación? —La diosa hizo una pausa. Kitsuna sabía bien lo que iba a decir a continuación—. Por pena.

Kitsuna lo sabía. Su mente se lo recordaba de forma incesante. Aunque dolía mucho más cuando tus propias inseguridades eran ratificadas por los demás.

Inari despertaba el espíritu interior de cada iniciado con una prueba intelectual: tocaba a cada joven en la cabeza y lo retaba a un desafío en el que el dios siempre ganaba. Dependiendo de tu actuación en el desafío, Inari decidía despertar tu espíritu interior o bien dejarlo dormido. Antaño solo los que eran despertados podían seguir en el clan; los demás debían ser desterrados. Las leyes habían cambiado, y ahora el despertar no era relevante, excepto si eras un aprendiz de chamán, ya que a los futuros chamanes se les exigía haber conseguido despertar dicho espíritu interior. Kitsuna fue despertada la última, la novena que despertó en su iniciación.

—Sí, eso es —contestó la diosa a los pensamientos de Kitsuna—. Fuiste despertada para cuadrar, para que fueran nueve, ya que Inari siempre despierta a un número impar. Además, el nueve es su preferido. No vio nada en ti, pero él lleva muchos ciclos sin condenar al destierro a nadie.

Kitsuna temblaba, estaba empezando a perder la compostura. Si se derrumbaba ante aquella diosa, estaba perdida. Bufó y alzó el tono.

—¡Tú qué sabrás! —espetó con brío—. Yo no sé lo que pasaba por la cabeza de Inari, y tú tampoco, ya que no puedes ir a su reino. Vives aquí, y empiezo a comprender que no por decisión propia. Este no es tu templo, sino tu prisión.

La diosa ladeó ligeramente la cabeza, mostrando una afilada y brillante sonrisa de satisfacción.

—Te felicito, has acertado. Sí, fui condenada a permanecer en el Reino Terrenal, y me asenté aquí para poder observaros bien, para cuidar de vosotros como haría cualquier madre preocupada por sus hijos.

Kitsuna volvió a bufar; esta vez añadió una carcajada al final.

—Buena madre, ¿tú? No me hagas reír. ¿Qué has hecho por nosotros? Tu único propósito en este mundo es hacer el mal.

Kitsune era una diosa, pero hasta los dioses se ofenden.

—¡Tú qué sabrás! —rugió la diosa emulando a Kitsuna—. Vives en una burbuja, sin responsabilidades, ajena a los problemas del mundo. Sin mí, los zorros hubierais seguido el mismo destino que los malditos lobos.

—¿Tú no odiabas a los lobos? —dijo Kitsuna confundida.

—¡Oh, sí! Y no sabes lo que me alegró saber su destino. Yo estuve allí, viéndolo a través de los ojos de uno de mis esbirros. Se lo tenían merecido esos malditos, siempre mirándonos con aires de superioridad, como si nuestra compañía fuera un menosprecio para ellos. —Kitsune fruncía el ceño y embadurnaba cada palabra con un profundo desprecio—. Ese maldito Fénrir siempre estuvo observándome desde que nuestra madre Gaia nos concibió, nunca se fio de mí. Sabía de lo que yo era capaz, se lo tiene merecido.

Kitsuna vio que la diosa guardaba mucho rencor y que, como una anciana, había estado esperando la presencia de una joven para soltárselo.

—No me interesan tus historias de los albores del mundo, tengo prisa.

Kitsune soltó una carcajada enorme.

—¡¿Tienes prisa?! —Kitsune tuvo que taparse el hocico con la mano para evitar seguir riéndose—. Jamás saldrás de aquí, necia.

—No te tengo miedo. —Kitsuna desenfundó la daga y apuntó a la diosa—. Cogeré a mi zorro y me iré de aquí con lo que necesito. Igual que puedes reír, puedes sufrir.

«Si se puede ofender, también puede sangrar», pensó Kitsuna.

—¡Oh, sí! Sangro igual que tú, y es roja como la de todos —respondió la diosa a los pensamientos de Kitsuna—. Será bonito ver a una joven e incompleta chamana enfrentarse a una diosa que ha participado en todas las guerras que han acontecido en este mundo. —Kitsune se levantó—. Puede que te vayas, aún existe una… posibilidad. Pero te aseguro que tu zorro no saldrá vivo de aquí, ya que no depende de mí. Fulvo está condenado a permanecer en este lugar desde que cruzó el primer umbral.

Kitsuna sintió que todo su cuerpo se rompía. La daga se resbaló de sus temblorosas manos y cayó al suelo, produciendo un sonido frío y metálico, y sus piernas flaquearon ante la pesadumbre que invadía su corazón. Su cuerpo cayó hasta quedar de rodillas, pero nada podía amortiguar la caída de su alma, que iba hundiéndose más y más en un pozo de lágrimas.

—Mientes…, mientes…, no te creo —balbuceó Kitsuna.

La diosa se acercó a ella, se agachó para estar a su altura y la abrazó. Kitsuna sintió el contacto real de aquel ser, sintió su pelaje, su olor, su magia. Sintió una calidez recorriendo todo su cuerpo, y aquel abrazo… la reconfortó. Era el mismo sentimiento que cuando la abrazaba su madre.

—Eso es porque soy tu madre, pequeña. Soy vuestra madre, y os quiero a cada uno de vosotros, igual que a vuestros peludos compañeros.

Kitsuna estaba harta de que la diosa hurgara en sus pensamientos.

—Las palabras no demuestran los sentimientos; son los actos —susurró Kitsuna.

La diosa volvió a por Fulvo, lo cogió en sus brazos y se lo entregó a Kitsuna. Fulvo estaba profundamente dormido. Kitsuna pudo sentir su pequeño corazón latiendo entre sus brazos.

—Seguirá vivo hasta la eternidad, pero como tú bien has dicho antes, este lugar es una jaula. Ningún zorro corpóreo puede salir de aquí, ni siquiera una diosa. De ahí que se pida un sacrificio al entrar, para ahorrarle sufrimientos a la pequeña criatura. Pero tú hiciste trampa y le has condenado a un sufrimiento eterno.

Kitsuna apretó a Fulvo contra su pecho y echó a correr. No miró atrás, simplemente quería salir de allí, ya que no creía ni una palabra de lo que decía la taimada diosa. Cuando puso un pie fuera del círculo de menhires, el tauteo de Fulvo fue atronador. El pequeño zorrín daba gañidos sin parar, mostrando un dolor atroz. Kitsuna volvió rauda al interior del círculo, donde el lamento cesó al instante.

El lamento de Fulvo se convertiría en su más recurrente pesadilla. Sintió aquel sonido de dolor colarse en su pecho, distribuirse por su cuerpo, provocarle un dolor tan atroz como silencioso en su mente, un dolor que le hacía sentir la peor persona del mundo, porque no hay mayor mal que hacer daño a un ser querido, en especial a un compañero animal.

Las lágrimas de Kitsuna caían sobre el pelaje arenoso de Fulvo, ahora recostado en el suelo. Entonces apareció la diosa. Kitsune colocó su mano sobre la cabeza de Fulvo, y de su mano emergió una resplandeciente aura de color blanco puro. Fulvo volvió a dormirse bajo aquel haz de luz, dejando en su rostro una expresión de alivio y paz.

—No te miento, hija —susurró la diosa—. Debes confiar en mí, tanto como se pueda confiar en una zorra vieja.

Kitsuna había escuchado, desde que tenía uso de razón, que nunca debías confiarle tu vida, o lo que más querías, a un zorro; ya fuera tu madre, tu hermano o tu pareja. Era una de las leyes más ancestrales de su clan. Y si había algo peor que confiar en un zorro, era confiar en uno viejo; y no había ser más vetusto que una deidad.

La diosa Kitsune se levantó y fue hacia el gran menhir. Se recostó sobre él y, con los ojos fijos en Kitsuna, comenzó a recitar uno de los lemas más antiguos del clan.

Perderé mis pelos frondosos,
mas no mi esencia.
Perderé mis morros curiosos,
mas no mi perspicacia.
Perderé mis ojos hermosos,
mas no mi malicia.
Perderé mis ciclos dichosos,
mas ganaré en astucia.

Una sonrisa asomó en el rostro de la diosa que, en lugar de rezumar malicia, inspiraba confianza.

—Lo habrás escuchado cientos de veces —dijo Kitsune—. Es mío. Yo lo creé para vosotros en los albores del clan del Zorro, para que los demás clanes nos temieran, para que supieran que siempre seríamos más listos que ellos. Nadie engaña a los zorros, somos nosotros los que engañamos.

Kitsuna se levantó, con Fulvo en brazos; secó sus lágrimas y se dirigió al gran menhir. Una vez allí, la diosa le ofreció sentarse frente a ella, invitación que Kitsuna aceptó.

—Por eso sé que me engañas —dijo la joven mirando a los ojos de la diosa—. Antes has dicho que has salido para ver las guerras y para ayudarnos. ¿Por qué Fulvo no puede salir?

La diosa no desvió la mirada y mostró satisfacción, pues no hay nada que produzca más orgullo a una madre que verse reflejada en su hija.

—He salido, pero no de forma corpórea —respondió la diosa—. He usado a mis esbirros, los cuales conoces bien. A mis lugartenientes, los *nogitsunes,* y a sus subordinados, los *ninkos.* Con ellos he podido controlar la villa: me han ido informando de todo, y puedo poseerlos cuando se me antoje. Además, con mi magia os he ayudado y protegido.

—¡Mentira! —rugió Kitsuna con rabia—. Tú eres el artífice de las plagas, de las epidemias, de las pesadillas.

—¡Claro que lo soy! —respondió la diosa con orgullo—. Una madre debe proteger a sus vástagos, y yo no soy una blandengue como Inari; su benevolencia es la peor de las enfermedades, os hace débiles. Mis azotes se llevaban a aquellos que no eran zorros de espíritu, limpiaban las malas hierbas, y despertaban la magia en aquellos que eran dignos —la diosa se inclinó a Kitsuna—, como tú.

Kitsuna se había repetido siempre que la diosa había matado a su padre. Ella lo sabía; por algún motivo lo sabía. Ahora, la misma diosa lo había confesado.

—Tú, maldita bestia demoníaca, maldita salvaje, mataste a mi padre. ¿A eso llamas protegernos? Te llevaste no solo a él, sino a niños, madres, abuelos… Eres el mal encarnado, no nuestra protectora, sino nuestro verdugo.

La diosa apoyó su espalda contra la piedra y miró con ojos curiosos a la joven.

—¿A qué has venido? —preguntó la diosa, como si no lo supiera.

Kitsuna exhaló con brío, dejando claro que no estaba para artimañas.

La diosa hurgó en la mente de la chamana.

—Buscas a tu zorro espiritual, y buscas la manera de ayudar a tus amigos, y también buscas la manera de salvar a tu compañero zorruno. Y ahora buscas venganza. —Kitsune asintió a cada pensamiento que afloraba de la incompleta chamana—. Yo también busco venganza, niña. ¿Acaso no te has parado a pensar en por qué llevas mi nombre? ¿Por qué tienes mis ojos? ¿Por qué sueñas conmigo?

Kitsuna lo había pensado, aunque nunca había hallado respuesta. Su madre decía que el nombre había sido idea de Ashen. Calló ante las preguntas de la diosa, sabiendo que, cuando alguien quiere saber algo, lo mejor que puede hacer es dejar hablar a los demás.

—Mis esbirros se vinculan a una familia para siempre —explicó Kitsune—. Si esa familia tiene hijos, los vástagos heredarán también a mis esbirros, y dependiendo de si sus progenitores fueron buenos con mis pequeños, serán bendecidos o castigados. Y tú, niña estúpida, me has heredado a mí. ¿No te parece gracioso?

Kitsune mostró sus dientes, pero sonreía con los ojos.

—Mi madre no te ha hecho nada —musitó Kitsuna.

—No, ella es una gran mujer. Fue… otra persona. Ya llegaremos a eso en otro momento. Sé que tienes prisa, y yo tengo asuntos que atender.

—No quiero volver a verte. Jamás —escupió Kitsuna—. Solo quiero salir de aquí con Fulvo.

—¿Y abandonar a esa joven lobuna a su suerte? —Kitsune alzó el hocico y la miró de reojo.

—No la conozco; además, ¿a ti qué te importa lo que le ocurra a una loba?

—Tiene sangre zorruna, y su destino se entrelaza con el tuyo.

—¿Ahora te preocupas por mí? —preguntó Kitsuna levantándose con Fulvo y mirando de nuevo fuera del círculo.

—Niña, tú eres ahora mismo mi mayor preocupación. —Kitsune también se levantó—. Te he dicho que tu familia está vinculada a mí, por lo que no rechaces a la ligera el favor de una diosa. Puedo ayudarte a que consigas todo lo que te propongas… si tú me ayudas a mí.

De pronto, Kitsuna lo entendió. Igual que había hecho Liz con todas las pistas ocultas, entendió una cosa que siempre había estado a plena vista: la diosa no la odiaba, no la atormentaba por gusto. Kitsune podía haberla matado o torturado haciendo daño a Fulvo. No, la diosa no buscaba un enfrentamiento con la incompleta chamana, sino una alianza. Buscaba a Kitsuna, quería que ella la encontrara. Era todo al revés: Kitsuna no necesitaba a la diosa Kitsune, era la diosa la que necesitaba algo de ella.

«Quiere negociar», pensó Kitsuna.

—Chica lista —respondió Kitsune con una sonrisa—. Dejemos los motivos y pasemos al trato. Sales de aquí con Fulvo, un zorro espiritual, y con Kosoku, el yako de los Veloces.

Kitsuna sabía que había trampa, pero tenía que preguntar.

—¿A cambio de…?

—Dos cosas. —Kitsune alzó una mano y mostró un peludo dedo —. Primera: no mueras, no puedo protegerte de todo ahí fuera. Ten cuidado y sé perspicaz. Te necesito viva, niña. —Kitsune mostró un segundo dedo—. Segunda: tienes algo que necesito, y lo llevas ahora mismo contigo.

Kitsuna abrió los ojos y sacó con presteza su daga, pegándola a su pecho.

—Eso no, por favor —dijo la diosa sin poder contener la risa—, mis dientes son más peligrosos que ese metal afilado. Te pido que escuches, y no lo saques bajo ningún concepto, ya que no sería capaz de contenerme. Te devoraría sin dudarlo y te lo arrebataría, para luego llorar arrepentida durante eones. —Kitsune le dio la espalda y se apoyó con la palma de la mano contra el menhir—. Es la caja que te ha dado hace poco tu madre, la que, de forma mágica, recordó que tenía que entregarte.

Kitsuna entendió las actitudes extrañas de su madre. Ahora todo tenía sentido. No era solo su madre, la diosa jugaba con las mentes de toda la villa.

—No la quiero, tómala, no me importa. Acepto el trato. —Iba a abrir el morral cuando la diosa gritó.

—¡NO! —Kitsune se volvió y por primera vez su rostro mostró miedo—. Te lo imploro, no la saques en mi presencia. No quiero ni verla.

—¿Qué tengo que hacer con ella? —preguntó Kitsuna sin soltar la mano de la apertura del morral.

—Guárdala junto a ti, a toda costa, y descubre cómo abrirla —rogó la diosa.

—¿Acaso no sois los dioses unos eruditos de la *Iarenda*? ¿Por qué no me dices tú cómo abrirla? —preguntó arqueando una ceja Kitsuna.

—La *Iarenda* es la magia de nuestro mundo. Fue creada por Gaia, y solo ella conoce todos y cada uno de sus entresijos. Cada dios aprendió una parte de ella, y esa parte fue transmitida al clan que lo veneraba. La barrera que protege dicha caja me hace imposible abrirla a mí, y carezco de los conocimientos para revelarte cómo romper el escudo que la protege. Debes hacerlo tú, y si lo haces y me traes su contenido, tendrás mi bendición, y tanto tú como tu

estirpe disfrutarán del favor de la gran diosa Kitsune. Tienes mi palabra.

Kitsuna dejó al pequeño Fulvo en el suelo, se hizo un corte en la palma de una mano y la alzó en dirección a Kitsune. No sabía si los pactos de sangre funcionaban con las divinidades; tampoco perdía nada por probar. Para su sorpresa, la diosa accedió.

La diosa del clan del Zorro se acercó, cogió la daga de la chamana y se cortó en una palma, dejando que un hilo de sangre roja manara de la herida hasta caer al suelo; luego estrechó su peluda mano contra la de Kitsuna.

—Lo siento, niña, pero esto es necesario.

Algo paralizó el cuerpo de Kitsuna por completo. La joven podía ver a la diosa enfrente de ella, pero no podía moverse ni hacer nada, salvo gritar en su cabeza.

La diosa seguía teniendo la daga y se dirigía a Fulvo. Kitsuna gritaba más y más, pero de nada servía.

La Zorra Demoníaca se agachó, cogió a Fulvo y lo llevó al gran menhir; lo depositó en el suelo, al lado de la gran piedra, y le miró a los ojos.

Una lágrima cayó de la Gran Madre hasta Fulvo, una lágrima real, de alguien que siente tener que hacer lo que está a punto de hacer; y una miríada de lágrimas recorrían el alma de Kitsuna por la imagen que tenía delante.

La diosa alzó el cuchillo y lo clavó en el corazón de Fulvo, arrancándole la vida, sin dolor, sin gañidos. Luego susurró unas palabras, y el cadáver de Fulvo se vio envuelto por unas hermosas llamas que alzaron el cuerpo sin vida del suelo y lo envolvieron como si fuera una manta.

Las llamas comenzaron a consumir el cuerpo mientras consumían la felicidad de Kitsuna, hasta que solo quedaron cenizas del mismo

color que los cabellos de la chamana. Cabellos que reflejaban el color de su corazón, de su alma.

La diosa limpió la daga con su túnica blanca, dejando una marca de sangre en ella. Se acercó y guardó la daga en el morral de la chamana. El semblante de la diosa era triste, no había sonrisa maliciosa ni atisbo de maldad.

—No había otro modo, hija. —Kitsune le dio un beso en la frente como haría una madre—. Ahora debes irte. Te recuerdo que yo siempre cumplo mi palabra, espero que tú hagas lo mismo.

Kitsuna quería gritar, quería llamarla mentirosa, pegarle, golpearla e incluso matarla. Lo pensaba a voces para que la diosa lo escuchara, y sabía que la estaba escuchando. Pero entonces Kitsune susurró algo, y Kitsuna se sumergió en una completa oscuridad.

* * *

El golpe de agua fría la devolvió a la realidad.

—¡Hermana! ¿Estás bien? —preguntó una voz masculina—. ¿Dónde está Fulvo? ¿Y qué es esa… cosa?

Kitsuna abrió los ojos; seguía siendo de noche.

—¿Cuánto tiempo… ha pasado? —farfulló Kitsuna.

—¡Estás viva, gracias a Gaia! —exclamó Kórsak.

—Pronto amanecerá…, pero eso ahora no importa. ¿Dónde está Fulvo? —preguntó Liz con la voz quebrada.

Kitsuna consiguió erguirse, no sabía cómo iba a decirle aquello a Liz y Kórsak. No quería hacerlos responsables de lo que había ocurrido en la cueva. Ellos solo habían agilizado su destino, del que ella nunca había podido escapar.

—Fulvo está…, está… —susurró intentando contener las lágrimas.

—Lo… lo siento… mucho. —Liz se arrodilló ante ella—. Ha muerto por mi culpa.

Entonces lo vio. Sentado en el mismo lugar, mirando a las estrellas: una pequeña figura de orejas puntiagudas resplandecía en la orilla, sentada sobre sus dos patas. La figura emitía un aura fulgurante, del color de la arena.

Cuando la figura se volvió, mostrando la mayor de las sonrisas y unos ojos que restablecieron la esperanza de Kitsuna, esta lo entendió todo.

«Saldrás de aquí con Fulvo, un zorro espiritual, y Kosoku», le había dicho la diosa.

Kitsuna por fin había conseguido su zorro espiritual.

—Gracias, Liz —dijo Kitsuna abrazando a su futura cuñada—. Eres la chica más lista que he conocido nunca. Tenías razón: para conseguir un zorro espiritual había que sacrificar uno terrenal. Gracias a ti, jamás volveré a separarme de Fulvo.

Liz buscó en la mirada de Kitsuna algún sentido a lo que acababa de decir, pero no veía otra cosa que una playa vacía. Ella no podía ver a Fulvo, ya que a un zorro espiritual solo podía verlo la persona a cuya alma estaba ligado.

—Te dije que no podía devolverlo a tu mundo. Ahora será un espíritu ligado a tu alma hasta el fin de tus días. Viniste buscando a tu zorro espiritual, ahí lo tienes —dijo Kórsak con la mirada perdida.

Liz miró a Kórsak asustada, pero Kitsuna la tranquilizó.

—Fulvo está ahí delante, en el mismo lugar que estaba antes de entrar —dijo mirando a su hermoso y feliz zorrín—. Ahora soy una chamana completa, y tengo al mejor compañero espiritual, que me acompañará hasta que algún día muera. Luego Fulvo conducirá mi alma al Reino de los Espíritus, donde podré por fin volver a

abrazarlo. —Luego señaló a Kórsak—. Y mi hermanito ha sido poseído por la diosa Kitsune. Tranquila, se le pasará.

«Gracias», pensó Kitsuna mirando a su hermano.

Kórsak volvió en sí.

—¿Qué… ha pasado? —preguntó mirando a todos lados.

—Antes has mencionado que había una… cosa —dijo Kitsuna buscando al yako—. ¿Dónde está?

Liz y Kórsak se miraron.

—Un zorro enorme te sacó de la cueva —comenzó a relatar Liz—. No era un zorro real, ni tampoco espiritual, ya que podíamos verlo. No sé lo que era, pero en cuanto te dejó aquí, se largó. Era enorme, con un pelaje marrón y manchas negras en el hocico. También tenía la punta de la cola oscura. ¿Te suena?

Kitsuna asintió.

—Es Kosoku, el yako que Kitsune me prometió. Los yakos son seres corpóreos que pertenecen al mundo de los espíritus, aunque pueden pasar un tiempo limitado en el mundo terrenal si son invocados. Debemos apresurarnos. —Kitsuna se levantó y miró a Fulvo—. Fulvo, guíanos hasta Kosoku. Debe obedecerme mientras permanezca aquí.

—¿Fulvo? —preguntó Kórsak incrédulo.

—Mi zorro espiritual —respondió Kitsuna sonriente.

—Por fin eres una chamana completa, estoy orgulloso de ti. —Kórsak se lanzó a su hermana y la estrechó entre sus musculosos brazos.

Fulvo guio a Kitsuna para salir de la cala. Kórsak y Liz siguieron sus pasos. La subida les llevó menos que el descenso, ya que estaba amaneciendo. Una vez arriba, Fulvo se internó en el bosque con presteza, en busca de Kosoku.

—Sabía que podía confiar en ti —dijo Kórsak—. Volveremos en cuanto…

—¿Estás chalado? —interrumpió Kitsuna—. Tú te quedas aquí, vamos Liz y yo.

—¿¡Qué!? No, no. Me niego, es muy peligroso. Tú debes quedarte aquí —replicó Kórsak.

—Soy una chamana del clan del Zorro —respondió Kitsuna con autoridad—. Si quisiera, podría darte órdenes con mi nuevo rango. Además, no le temo al peligro, sino a una vida sencilla y rutinaria, a ser alguien que no ha salido de su villa y que no ha conocido mundo. ¡Además soy tu maldita hermana mayor! Así que a callar.

Liz soltó una carcajada.

Kórsak iba a replicar, pero Liz le dio una colleja.

—Tu hermana y yo nos las apañaremos bien. Espera nuestra llegada. Pase lo que pase, espera a que volvamos. Ni se te ocurra salir en nuestra búsqueda. ¿Ha quedado claro, grandullón? —La voz de Liz era melosa, pero de una miel que enmascaraba el duro alcohol que subyace debajo de un licor ardiente.

Kórsak era listo, pues los hombres inteligentes saben cómo responder a esas cuestiones.

—Sí, cariño.

Liz le dio un ardiente beso a Kórsak.

Una brisa azuzó los cabellos de Kitsuna, un viento que había sido provocado por la velocidad de una fiera que apareció frente a ella. Liz tenía razón, era enorme.

Kosoku era tan alto como Kitsuna, y su aspecto era majestuoso. El zorro desprendía un aura fantasmagórica por su pelaje marrón; sus orgullosos ojos eran de color naranja oscuro, y había clavado su mirada en Kitsuna. Ella se acercó con prudencia a Kosoku y, con sumo cuidado, le acarició la cabeza. El pelaje del zorro era mullido

como un almohadón de plumas. Kosoku cerró los ojos y disfrutó de las caricias que Kitsuna le daba. Era un animal majestuoso, divino, pero seguía siendo un zorro, y como tal, disfrutaba de las mismas caricias que disfrutaban los demás zorros.

Kosoku no se quejó cuando Kitsuna saltó y se montó en sus lomos a horcajadas, seguida de Liz.

—¿Ahora qué? —preguntó Liz, detrás de Kitsuna.

—Kórsak, cuida de mamá —ordenó Kitsuna.

—Os quiero, a las dos —dijo Kórsak.

—Agárrate bien, cuerva sabionda —dijo Kitsuna—. Vamos a salvar a tu amiga.

Liz se agarró al torso de Kitsuna con firmeza. Kitsuna se sostuvo agarrando el frondoso pelaje de Kosoku. No sabía cómo decirle a Kosoku que saliera, no sabía cómo comunicarse con él hasta que vio a Fulvo delante de Kosoku.

Antes siempre había intentado comunicarse con Fulvo mediante pensamientos, pero nunca había funcionado. Ahora formaba parte de su ser, estaba ligado a su alma.

Kitsuna cerró los ojos y se concentró en su zorrín, sintiendo la conexión invisible que los unía. Cuando consiguió verlo en el interior de su mente, solo tuvo que hacer una cosa: pensar.

«Ve a Aetosía», pensó Kitsuna.

Cuando abrió los ojos, Fulvo ya sabía adónde debía dirigirse Kosoku, y este obedeció, porque, a diferencia de Fulvo, Kosoku era una invocación y debía obedecer al chamán que estaba ligado mientras permaneciera en su mundo.

Kosoku partió veloz como el viento.

Mientras el majestuoso zorro surcaba el bosque como si fuera un viento huracanado, un invisible *ninko* observaba toda la escena. Si alguien pudiera verlo, solo vería un zorro normal y corriente, pero el

ninko solo se dejaba ver a su antojo. Su mente estaba siendo controlada por un ser superior, por una astuta diosa.

Kitsune veía a través de los ojos de su esbirro, y sonreía en su cueva subterránea.

—Corre rauda y veloz hacia la loba de cabellos ardientes, joven chamana. Pues ella es tu destino —dijo la diosa en su solitaria caverna.

Epílogo

Día 11 de la fase del Búho
Ciclo 28 después de la Gran Guerra

Un gran lobo blanco corría raudo por el bosque.

La bestia sabía que la perseguían, y también sabía que no podía contar con la ayuda de su peculiar manada, ya que no se hallaba cerca.

La compañera de aquel lobo, la que daba sentido a su vida, había sido atacada y se encontraba en grave peligro.

Al lobo le habría gustado luchar, dar su vida por su alma gemela, pero ella le había implorado que huyese, aunque no le había dicho adónde.

El gran lobo se internó en un bosque en el que nunca había estado, pero cuyos olores le eran familiares. Se detuvo unos instantes en un pequeño arroyo para beber, hasta que oyó de nuevo las pisadas de sus perseguidores: dos bestias de cuatro patas, con dos jinetes a horcajadas, le perseguían sin cesar.

Aquellas bestias eran rápidas, pero en el frondoso bosque el lobo tenía ventaja. El lobo blanco saltó a una roca, y de esta saltó a otra y luego a otra, hasta que se escondió en una pequeña cavidad natural, al amparo de la oscuridad.

Los jinetes no tardaron en pasar por aquella misma zona, dando alaridos y golpeando a sus compañeros animales con furia. Uno de

ellos se adelantó, dejando al otro jinete a solas con su montura. El solitario jinete se bajó del caballo y fue hacia un árbol, donde comenzó a marcar su territorio con su orín.

Aquel hombre no se había percatado que sobre las rocas que tenía a sus espaldas había una pequeña y oscura apertura que no ocultaba a un lobo, sino a la mismísima muerte.

Ocurrió en apenas un instante.

Los enormes colmillos del lobo mordieron la yugular de aquel hombre con una mortífera embestida.

El hombre no se quejó, tampoco gritó, simplemente murió.

El caballo, al ver que la cosa no iba con él, continuó pastando alegremente la hierba que crecía al lado del camino; no lloró por su jinete ni tampoco peleó contra el fiero lobo. Se quedó allí, pastando y espantando las moscas con la cola.

El lobo blanco siguió el rastro del siguiente jinete, el cual exudaba miedo.

No tardó en encontrarlo. El jinete se había metido en una zona muy densa donde los gigantescos árboles emergían como columnas; las ramas inundaban el suelo, y la hierba crecía alta como el caballo, que no iba ni para delante ni para atrás.

El jinete se bajó e intentó sacar de allí a su montura, pues sin ella aquel sitio sería su tumba. Lo que el jinete no sabía era que aquello poco importaba ya, pues bajo la alta hierba acechaba su verdugo.

Aquel hombre tampoco gritó. La muerte blanca mordió su yugular y le arrebató la vida con presteza.

El lobo siguió su camino desconocido.

Solo sabía que tenía que seguir corriendo.

El lobo corría y corría. Nada encontraba que le interesara. Aunque había detectado multitud de rastros, no sabía si eran los que buscaba, pues no sabía qué tenía que buscar.

El lobo necesitaba ayuda. Su compañera estaba en peligro y, cuando un compañero lobuno se encontraba en peligro, su instinto le decía que debía alertar a la manada.

La manada no se encontraba cerca. Aunque así fuera, no era de su misma especie y no podía recurrir a los rituales ancestrales para llamarla.

El lobo necesitaba ayuda, y su instinto le imploraba que la pidiese.

Cedió ante sus instintos más primarios y buscó un sitio elevado.

Encontró una gran roca que sobresalía del frondoso bosque, subió a lo más alto y allí aulló; aulló con todas sus fuerzas, como jamás lo había hecho. No aullaba a la luna, pues no había luna; no aullaba a su compañera, pues no lo oiría a tanta distancia. De todas formas, aulló.

Allí se quedó, a la espera de si algún otro lobo respondía a su aullido. Nadie respondió. Agachó la cabeza, triste y deprimido por no haber podido ayudar a su compañera. Lloró, pues los lobos también lloraban, también sufrían por amor a sus compañeros, pues sin ellos su vida no tenía sentido.

Afligido y desesperado, volvió a aullar. Esta vez impregnó su llanto con la tristeza que albergaba en su corazón, y aquel aullido quebró la noche.

Un aura silenciosa envolvió el ambiente.

Las nubes se arremolinaron sobre el corazón de aquel lobo. De pronto, un rayo surgió de entre las tinieblas e iluminó su esperanza.

El lobo había obtenido la ansiada respuesta.

Un aullido que habría helado la sangre a cualquier humano; un aullido que hizo que el gran lobo blanco levantara las orejas; un aullido que insufló esperanza en su alma. Aquel no fue el único aullido que respondió. Uno tras otro, el lobo fue obteniendo nuevos

aullidos de respuesta de cada una de las manadas que habitaban en aquel bosque, conocido por los humanos como el Bosque Aullante.

El gran lobo blanco no tardó en verlos venir. Primero oyó sus pasos, luego sus jadeos, y al final los vio. Era la primera vez en su vida que veía a otros como él, otros de su misma especie.

Allí estaban. Varias manadas de lobos habían acudido para socorrer a un compañero que no conocían. Debían de tener sus propias disputas, pero habían aunado fuerzas para proteger a uno de los suyos. El gran lobo blanco sintió algo que jamás olvidaría: amor por los de su propia especie.

Así llegó el momento de los líderes, llegó el momento en que un macho y una hembra de cada manada dieron unos pasos adelante. Sus colas se alzaban altivas, y sus ojos indicaban al gran lobo blanco que debía someterse.

El lobo blanco quería someterse, quería pedir ayuda y no causar problemas, pero la sangre no se podía domar, no se podía cambiar ni alterar. La sangre nos hace ser quienes somos, y aquel lobo llevaba la sangre de un líder nato, por lo que no se doblegó, sino que sacó los dientes. Los demás respondieron, hasta que una enorme loba de pelaje negro y ojos rojos se interpuso y profirió un gran aullido. Todos callaron. Había llegado la líder del bosque.

Aquella líder era peculiar, pues pocas veces se había visto que un lobo permitiera a un humano subirse a horcajadas sobre sus lomos, pero aquella loba llevaba a un hombre montado sobre ella.

El hombre tenía los cabellos blancos como la nieve, y los llevaba en una gran coleta que le caía por los hombros. Tenía grandes músculos y portaba dos cimitarras a la espalda.

—Quieta, Lyca. ¿Qué tenemos aquí?

El hombre se bajó de su loba, escrutó al lobo blanco y le miró a los ojos como alguien que mira más allá, como si quisiera leer su

mente.

—¿Te has perdido, pequeño?

El lobo sintió algo extraño hacia aquel hombre; su olor le era… familiar. Sintió una conexión con él, que podía confiar en él. Se acercó a él y se sentó enfrente, ofreciéndole a aquel hombre una mirada llena de ternura y súplica.

Un escalofrío recorrió la piel del hombre.

—No es posible —dijo.

El hombre se agachó y acarició el suave pelaje del lobo blanco. Colocó su cabeza contra la del lobo, y cerró los ojos.

—No eres un lobo salvaje, y tus ojos son idénticos a los de… Pero no sobrevivió nadie, ni siquiera los cachorros. Tú no buscas cobijo, sino ayuda. Alguien está en peligro… Tu compañera…

El gran lobo blanco lamió la cara del hombre.

—El lobo elige a su compañero…, y si eres quien creo…, estabas destinado a…

El gran lobo blanco volvió a lamerle la cara, y una gran risa emanó de la garganta del hombre.

—Sí…, ¿por qué no? Al fin y al cabo, lleva mi sangre. Es lógico que sea dura de roer y difícil de matar.

El hombre se subió de nuevo a su loba.

—Aprisa, chico, nosotros te seguimos. Hoy no hay luna, pero los lobos la rescataremos de la oscuridad de la noche, y pronto volverá a brillar.

El gran lobo blanco echó a correr, seguido de un hombre cuyos cabellos eran del mismo tono que su pelaje. Había algo más que compartían, aparte de su amor por la luna, y era su nombre: Férox.

Glosario de clanes y personajes

Clan del Lobo

Villa	**Dioses**	**Fiestas**
Lykaina	Fénrir y Selene	Lupercalias

Miembros

Lykos, apodado el Druida, antiguo líder del clan del Lobo
— su loba, **Cerys**
Eyra, apodada Lobablanca, líder del clan del Lobo
— su esposa, **Eir**
— su abuela, **Ylva**
— su padre, **Férox** el Implacable, el Sanguinario, el Bárbaro o el Despiadado

- su primera loba, **Rhea**
- su segunda loba, **Lyca**

— su hermano, **Daxos** el Verde

- su esposa, **Mylena**, procedente del clan del Zorro, hija de Teumexia

    - su padre, **Lélapo**, desertor del clan del Lobo, apodado Lobo Atormentado
- su hija, **Luna**, apodada Loba Solitaria, Loba Ígnea, Aullido Sangriento, Loba Rojiza, Loba Sangrienta, Falsa Zorra o Última Loba
    - su lobo, **Férox**

— su chamán: **Líkodux**, el Gran Chamán
— sus exploradores:

- **Lulú**
    - su loba, **Yari**
    - su marido, **Balego**
        - su lobo, **Colmillo**
    - su hija, **Lara**
- **Elva**, apodada Medioloba
    - su hijo, Daven
    - su hijo, Dáruk
    - su antepasada, **Ariadna** la Astuta
- **Yorh**, el Sediento
    - su hija, Zoe
    - su hijo, Karú
- **Lupita**, apodada Cazajabalíes
    - su hija, Ane
- **Leila**

- **Koyo**
- **Siri**

CLAN DEL ZORRO

Villa	**Dioses**	**Fiestas**
Kalópix	Inari y Kitsune	Vulpéculas

Miembros

Zox, líder del clan del Zorro
— su abuelo, **Yoko** el Maldito
— su padre, **Alópex** el Zorro Ígneo

- su hermana pequeña, **Teumexia** la Inconquistable

— sus hijos:

- **Fének**
- **Vúlzor**

— subordinados:

- **Kione**
    - su abuela, **Aroketa** la Ceniza de las Estepas
    - su madre, **Kamila** la Astuta
    - su primer esposo, **Ashen**
        - su padre, **Urko** el Gigante Nublado
        - su hija **Kitsuna**, apodada Kina
            - su zorro, **Fulvo**

    - su segundo esposo, **Gilperik**
        - su hijo **Kórsak**
- **Réynard**
    - su zorro, **Kor**
- **Tanuk** el Mapache

CLAN DEL BÚHO

Villa	**Dioses**	**Fiestas**
Glauxolia	Thoth y Minerva	Glaukada

Miembros

Dakrya, antigua líder del clan del Búho
Tucur el Temerario, antiguo líder del clan del Búho
— sus hijos:

- **Kétux** el Pescador
- **Étrix** el Curioso
    - su hijo, **Siju**
- **Grálix** el Terco
    - sus hijos:
        - **Vorus**
        - **Otus** el Desdichado, esposo de Niza
        - **Sétrix** el Afortunado, esposo de Kaira
            - su búho, **Zazú**

Kaira, apodada Aveoscura, chamana y líder del clan del Búho
— su madre, **Yami** la Longeva, antigua líder del clan del Búho y antigua jefa de los chamanes

- su lechuza, **Tyta**

— sus hermanas:

- **Niza**
    - su hijo **Tynses**
- **Aurelia** la Lechuza Dorada, jefa de las lechuzas
    - su esposo **Leo el Enamorado**, antiguo miembro del clan del León
    - su hija **Reysa**, aspirante a exploradora
- **Zulaykha**, apodada Zula
    - su hija **Nisha**
- **Layna**, guardiana lechuza
    - su esposo **Odilus**
    - su hija **Arixa**
    - su ahijada y sobrina **Yinalyn**, apodada Yina, hija de **Ceilán**, el hermanastro de Odilus, y de **Maísa**

— su lechuza, **Kori**
— sus hijas:

- **Surnia**
- **Tyna**

— su sirvienta:

- **Nina**
    - su hijo, **Rolf** el Fuerte

— sus guardias, **las lechuzas**:

- **Melaris**
    - sus hijos mellizos:
        - **Trixa**
        - **Glaux**, aspirante a mochuelo
- **Autilla**
    - su hijo **Salomón**

— sus exploradores:

- **Lanka**, la jefa de exploradores
    - su hija y alumna, **Lissa**
- **Perla**, capitana de escuadrón
    - su hermano, **Gábor**

— sus subordinados:

- **Ravenna**, apodada Renna, procedente del clan del Cuervo
    - su esposo, **Zinanvar** el Bermejo, hermano de Nina
    - su hijo, **Nox**
    - su hija, **Lizzy**, apodada Liz, aspirante a exploradora
    - su hija, **Kora** la Pícara
- **Elvin**, el Enano

- su hijo, **Úrox**

CLAN DEL CAZADOR

Villa	**Dioses**	**Fiestas**
Zaeria	-	-

Miembros

Sauro el Mezquino, el Humilde o el Cercenador de Felinos, líder del clan del Cazador
— su madre, **Laúdine**, procedente del clan de la Tortuga
— su padre, **Rex**, un desterrado
— su hijo, **Malóu**, apodado Malucho
— su lugarteniente, **Zánatos**

- su primera esposa, **Irena**
- su hijo con Irena, **Tux**
- sus sobrinos, **Tix** y **Tex**

— sus leales súbditos:

- **Ígor** el Valiente
    - su hijo, **Nixon**
- **Maruxa**
    - su hija **Liliana**, apodada Lily
- **Ózef**
- **Fergus**
- **Rúrik**

- **Hadrianus**
    - sus hijos:
        - **Micael**
        - **Kevan**
- **Yuango**
    - sus hijos:
        - **Danko**
        - **Danylo**

Otros personajes

Arturo el Noble, desterrado del clan de la Osa
Ursa, líder del clan de la Osa
Dante el Bífido, desterrado del clan de la Serpiente
Suko el Lagarto, antigua líder del clan de la Tortuga
Dabros el Gigante, líder del clan de la Tortuga
— su hija, **Seyanna**
— su hijo, **Genbu**
— su subordinado: **Kobukso**, el Barquero
Aracne, apodada Sedafilada, antigua heroína del clan de la Araña
Mara la Terrorífica, líder del clan del Cuervo
— su esposo, **Bran**
— su hija, **Sybella**
— su tía, **Medea**, una poderosa bruja
— su bestia: **Amón** el Infernal
— su chamana: **Sibyl** la Ciega
Zelna, una de las tres arpías que lideran el clan del Águila

- sus hijos:

    - **Karuro**
    - **Aleria**

Etón, águila primigenia
Yabana la Salvaje, líder del clan de la Pantera
— su pantera primigenia: **Nékox**
Gaia, diosa madre de Terión
— sus hijos:

- **Fénrir** el Fiero, dios del clan del Lobo
    - su hija, **Lukaina**
- **Selene** la Portadora de Luz, diosa del clan del Lobo
- **Inari** el Gran Zorro, dios del clan del Zorro
    - sus guardianes del templo, los **Zenkos** o Zorros Blancos
- **Kitsune**, la Gran Madre Zorra o la Zorra Demoníaca, diosa del clan del Zorro
    - sus hijos:
        - **Sutepu**, el yako de las Estepas
        - **Kosoku**, el yako de los Veloces
    - sus lugartenientes, los **Nogitsunes**
    - sus subordinados, los **Ninkos**
- **Ofión**, dios del clan de la Serpiente
- **Kelona**, diosa del clan de la Tortuga
- **Kokíangwuti**, diosa del clan de la Araña
- **Morrigan**, diosa del clan del Cuervo
- **Garuda**, dios del clan del Águila
- **Thoth**, dios del clan del Búho

- **Minerva**, diosa del clan del Búho
- **Kizín** el Maldito, guardián del Nido Fantasmal y de la Higuera Sagrada
    - sus huestes, los **tecolotes**

— su creación: **Lilith**, transformada en la Higuera Sagrada
— su sierva: **Morta** la Eterna, guardiana del Inframundo
Kathartes, último líder del extinto clan del Buitre

Agradecimientos

Dice el refrán que es de bien nacidos ser agradecidos. Por tanto, sería de ingratos no mencionar a todos aquellos que, de una forma u otra, hicieron posible esta historia.

A Eva Fraile, mi agente, que confió al instante en esta arriesgada saga de fantasía y no paró hasta verla publicada.

A Adelaida Herrera, mi editora, por ayudarme a dar mis primeros pasos en este arduo mundo y convertirse en mi guía y faro. Y a todo el equipo de Planeta que confió en mí.

A Juanjo Santos, amigo y compañero de viaje. Sus primeros consejos me dieron alas. Siempre has estado ahí, en las buenas y en las malas. Nos queremos tal y como somos, y en eso consiste la verdadera amistad.

A Daniel Martín, Kevin Sánchez, Adrián Alcón y Daniel Ruano, que me sacaron a emborracharme de aguardiente cuando más falta me hacía, y que me quieren a pesar de ser un ermitaño.

A Diego Gallego, confidente, amigo y socio, que aportó ideas en cada charla mientras batallábamos cada día. No se ha leído el libro todavía, pero porque está esperando al anime.

A David Moreno, que le fascinó al instante y no paró de preguntar cada día si ya tenía editorial. Que si no, me lo publicaba él si hacía falta.

A Mario Vegas y Jessica Rubio, que se lo leyeron con gran ahínco y me alegraron el día con sus comentarios.

A Judith Rico, mi librera, que me descubre cada día nuevos libros cuya existencia desconocía. Mi biblioteca se enriquece cada vez que visito su librería en Plasencia: El Jardín Secreto.

A Ulises Herrero, mi compañero de aventuras de la infancia. A Álvaro Jiménez, nuestro sabio y mentor, que nos inició en el rol de espada y brujería, y del que nunca quisimos salir.

A Isabel Albarrán, mi madre, que sigue empeñada en hacerme creer que soy capaz de todo. Sus lágrimas fueron la mejor crítica.

A José María Bueno, mi padre, que jamás permitió que a su hijo le faltase algún libro para leer.

A Bartolomé Bueno (Bertol), mi abuelo, que me enseñó con su ejemplo el camino de la bondad y la honestidad.

A Miguel Ángel Bueno, mi hermano pequeño, mi compañero y rival de ondas vitales y *expelliarmus* cada día. Le reñía porque me pintaba los libros, y ahora le riño porque ya no lo hace. A Paula Vales, mi cuñada, por su amor a los animales.

A Mario Bueno y Rosa Carrasco, mis suegros, que celebran cada éxito mío como si fuera uno más de la familia. A Mario Bueno, mi cuñado, que me apoya como un hermano más. A Nelva Domínguez, mi concuñada, que siempre me anima a discutir.

A Leticia Bueno, mi alma gemela. Ella es la piedra angular de mi vida, sin su apoyo incondicional e inestimable ayuda no existiría esta historia ni sería escritor. Nadie se ha leído este libro tantas veces como ella lo ha hecho, ha pulido cada aspereza y ha encontrado el oro entre la grava de mis palabras. Y también ha aguantado a este terco y obsesionado escritor. A Thor y Freya, nuestros lobitos, cuya aparición en mi vida fue la semilla para esta historia.

A Robe Iniesta, por acompañarme cada noche mientras escribía.

A Extremadura, por su hermosura.

Y, por último, a ti, querido lector o lectora. Gracias por contribuir a que pueda seguir soñando despierto. Si te ha gustado la historia, dímelo, y si no también. Así podré mejorar en las siguientes. Si quieres conocer más sobre la saga de *Fieras,* si ardes en deseos por saber qué le depara a Luna y Férox, recuerda recomendar este libro a tus conocidos y proclamarlo a los cuatro vientos.

Biografía



John Bueno nació en Aldehuela del Jerte (Cáceres) en 1993. Es graduado en Ingeniería Informática por la Universidad de Salamanca.

Primero quiso ser escritor, luego diseñador de videojuegos. Pronto se dio cuenta de que lo que de verdad le gustaba eran las historias, ya fuera en novelas, relatos, tebeos, cine o en juegos: John quería contar historias.

Apasionado de la lectura y la naturaleza. Escribe todos los días, se publiquen o no sus historias, siempre y cuando le dejen sus pequeñas fierecillas o no esté partiendo leña con el hacha.

Su primera novela es *Extinción salvaje,* la primera parte de su ambiciosa saga: «Fieras».

@elbuenodejohn

Extinción salvaje
John Bueno

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Blanco Pantoja

© John Bueno, 2025

© del mapa, Blanco Pantoja
https://www.instagram.com/blancopantoja/

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2025

ISBN: 978-84-08-30531-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Lara
Luna
Tyna
Luna
Malóu
Luna
Liz
Tyna
Malóu
Luna
Liz
Kitsuna
Epílogo
Glosario de clanes y personajes
Agradecimientos
Biografía
Créditos